

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN
DE HISTORIA

Clara García Ayluardo

DIRECTOR FUNDADOR

Jean Meyer

JEFE DE REDACCIÓN

David Miklos

CONSEJO DE REDACCIÓN

José Antonio Aguilar

Adolfo Castañón

Luis Medina

Rafael Rojas

Mauricio Tenorio

Jesús Velasco

DISEÑO Y FORMACIÓN

Natalia Rojas Nieto

CORRECCIÓN

César Albarrán Torres

Comité Editorial

Yuri Afanasiev

Universidad de Humanidades,

Moscú

Carlos Altamirano

Editor de la revista Prisma

(Argentina)

Pierre Chaunu

Institut de France

Jorge Domínguez

Universidad de Harvard

Enrique Florescano

CONACULTA

Josep Fontana

Universidad de Barcelona

Manuel Moreno

Fraginals +

Universidad de La Habana

Luis González +

El Colegio de Michoacán

Charles Hale +

Universidad de Iowa

Matsuo Kazuyuki

Universidad de Sofía, Tokio

Alan Knight

Universidad de Oxford

Seymour Lipset +

Universidad George Mason

Olivier Mongin

Editor de Esprit, París

Daniel Roche

Collège de France

Stuart Schwartz

Universidad de Yale

Rafael Segovia

El Colegio de México

David Thelen

Universidad de Indiana

John Womack Jr.

Universidad de Harvard

- Istor es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
- El objetivo de Istor es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
- Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
- Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
- Todos los artículos son dictaminados.
- Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
- Puede consultar Istor en internet: www.istor.cide.edu
- Editor responsable: Jean Meyer.

• Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
• Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
• Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

• ISSN: 1665-1715
• Impresión: IEPSA San Lorenzo 244, Col. Paraje San Juan, Iztapalapa, México, D.F.
• Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6094
e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu
e-mail redacción: david.miklos@cide.edu



El primer ministro británico Pitt y Napoleón "Bony" Bonaparte, en una caricatura de 1805 de James Gillray.

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

DOSSIER

- 3 **Patrice Gueniffey.** Un año antes: Napoleón en España, 1808
- 31 **Frédéric Hitzel.** Estambul y sus revoluciones: camino hacia la modernidad
- 43 **Claude Markovits.** Calcuta y el mundo
- 65 **Ruth de Llobet.** El poeta, el regidor y la amante: Manila y la emergencia de una identidad criolla filipina

NOTAS Y DIÁLOGOS

- 93 **María Paz Amaro.** William Blake: la exposición de 1809
- 100 **Gerardo Piña.** William Blake, profeta en la tierra

VENTANA AL MUNDO

- 108 **Valeria Luiselli.** Mancha de agua
- 118 **David Miklos.** Ser triestino: Claudio Magris, 70 años remontando el Danubio

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS

- 123 **Carl W. Ernst.** ¿El Occidente y el Islam? Repensar el orientalismo y el occidentalismo

TEXTOS RECOBRADOS

- 140 **G. C. Coulton, et. al.** Sobre *l'abbé* Jacques-Paul Migne
- 146 **Coronel Thomas Roig.** Informe sobre los indios organizados en pueblos colindantes con Sinaloa, sierras de Álica y Huajicori, 1866
- 158 **Teniente-coronel D'Albici.** 1866, La Laguna, México: carta al general Castagny

USOS DE LA HISTORIA

- 162 **Jean Meyer.** La Historia y sus lecciones

IN MEMORIAM

- 168 **Adolfo Castañón.** Oración fúnebre por Alejandro Rossi (1932-2009)

RESEÑAS

- 171 Orlando Figes, *The Whisperers, Private Life in Stalin's Russia* (José Manuel Prieto)
- 174 Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867: aportaciones para una historia de la nación* (Emilio de Antuñano)
- 176 Stuart B. Schwartz, *All Can Be Saved. Religious Tolerance and Salvation in the Iberian Atlantic World* (Jean Meyer)
- 180 Varios autores, Colección *Para entender* (David Miklos)

Un año antes: Napoleón en España, 1808

Patrice Gueniffey*

Desde hace dos siglos, los historiadores no acaban de preguntarse las razones por las cuales Napoleón decidió intervenir en España, a riesgo de abrir en Europa un nuevo frente cuando la paz era frágil, y para reemplazar a su aliado el rey de España por uno de sus hermanos. Ningún otro episodio de la historia del Imperio ha suscitado más interrogantes que éste, a no ser, quizás, la campaña de Rusia de 1812. Y con razón, ya que en ambos casos el Emperador resultó vencido. Hay que notar que los historiadores se habrían hecho menos preguntas si finalmente hubiese ganado. Lo que confiere a estos episodios su carácter enigmático es, al menos en parte, la derrota. Como Napoleón sólo fue vencido en muy raras ocasiones –la noticia de la capitulación de un ejército francés en Bailén, España, el 22 de julio de 1808, retumbó como un trueno precisamente porque la opinión pública había olvidado que los franceses no eran invencibles– la conclusión a la que se llegó fue que tanto en España como en Rusia Napoleón no podía ser vencedor y que, al no poder serlo, había cometido algo irreparable al decidir intervenir en esos dos países. Por supuesto, ninguna guerra se pierde definitivamente antes incluso de haberla empezado, y durante algunos meses se creyó que la de España, por ser delicada, no tendría un final diferente al de las numerosas campañas que desde hacía 15 años habían enfrentado a los ejércitos franceses con los soldados de la mayor parte de los países europeos. Si bien, en 1808, una parte de España se subleva contra la

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

noticia de la doble abdicación del rey y de su hijo, y si la derrota de Bailén, entre Andalucía y La Mancha, por una parte obliga al rey a abandonar la capital de manera precipitada, y por la otra provoca el desembarco de un cuerpo de expedicionarios ingleses, Napoleón restablece la situación durante el invierno de 1808-1809. Al temer que la paz con Austria (firmada en 1805) pronto quede rota, estima no obstante que dispone del tiempo necesario para ir él mismo a reabrirle a José el camino hacia Madrid. Va corriendo a España, se abre camino a través de la Sierra de Guadarrama, “libera” la capital y le pisa los talones a los ingleses, quienes el 6 de enero de 1809, tienen que reembarcarse precipitadamente en La Coruña. Lannes y Suchet “pacifican” Aragón y Cataluña. Una vez que cae Zaragoza (en febrero de 1809), y excepto Gerona, que resistirá hasta diciembre, todo el Norte de la península queda de ahí en adelante bajo el control de los franceses. En 1810, los ejércitos imperiales, luego de haber invadido la mayor parte de Andalucía, están a las puertas de Cádiz, a un paso de ocupar la totalidad del territorio. En ese momento, del lado francés, dos años después del inicio de la guerra, se llegó a creer que la victoria estaba al alcance de la mano. Pero estos éxitos también fueron los últimos. Cádiz no capituló y posteriormente la situación no dejó de degradarse hasta que se emprendió la retirada de España a finales de 1813. ¿Podía haberse evitado el desastre? ¿Habría podido sortearse si Napoleón se hubiese quedado más tiempo en Madrid, en vez de regresar precipitadamente a París en enero de 1809 para enfrentar las amenazas cada vez más precisas de una nueva guerra con Austria? ¿Habría podido esquivarse si José hubiese tenido más autoridad, en particular sobre los mariscales –Soul, Ney, Suchet o Victor– que reñían y, celosos de ver que su colega Murat se había convertido en rey de Nápoles, soñaban con hacer pedazos a España y Portugal para obtener ahí sus propios reinos? Los historiadores lo dudan. Los contemporáneos mismos tenían el sentimiento de que Napoleón no saldría del avispero español en el que cada victoria era como un espadazo en el agua, con el fuego apenas apagado por aquí y surgiendo de nuevo por allá, con las ciudades bajo control pero con el campo fuera de la autoridad tanto del gobierno del rey José como de la de los jefes militares. El ejército francés en España libraba una guerra cuyas dificultades ya había podido medir 15 años antes, en Vandea: un tipo de guerra en la que el frente no está en ninguna parte y en todas al mismo

tiempo, en la que el enemigo, invisible, sin uniforme, surge de ninguna parte para atacar y luego desaparece, en la que las represalias ejercidas de manera indistinta contra prisioneros y rehenes refuerzan la determinación y la crueldad de los sublevados, en la que hay pocas verdaderas batallas pero incontables escaramuzas... Siempre victorioso contra los ejércitos de voluntarios españoles que de manera periódica se le oponen en combates clásicos, el ejército francés no puede, en definitiva, aplastar las guerrillas que le disputan el territorio. Fue muy pronto, desde 1808, cuando los franceses mejor informados consideraron que el gobierno imperial se había metido en una aventura quizás sin salida, o en todo caso muy arriesgada. El medio de los negocios, en particular, que conocía bien España y del que Francia era el principal socio económico, no creía al emperador cuando afirmaba que España sería conquistada en menos de tres semanas y dio la alarma al manifestar su preocupación por una baja en su actividad, que no tardó mucho en acarrear la caída de las cotizaciones de la Bolsa.¹ Napoleón, quien consideraba que este era el indicador más seguro de la confianza en su gobierno, decidió reaccionar, no preguntándose sobre la pertinencia de su política española y sobre las causas de la repentina desconfianza de los hombres de negocios, sino fijando las cotizaciones de manera arbitraria. El 13 de septiembre de 1808 –Dupont había capitulado en Bailén, José había dejado Madrid unos días después de haber llegado, Aragón y Cataluña resistían, ya había empezado la desbandada de las elites españolas que, luego de la doble abdicación de Carlos IV y de Fernando VII, habían prestado juramento de fidelidad a los franceses–, el ministro de finanzas escribió al gobernador del Banco de Francia un extenso informe para notificarle que había llegado el momento de someter la actividad de la Bolsa a los intereses políticos de Francia: “El Emperador, [...] preocupado desde hace mucho por el inconveniente de dejar que la plaza de París quede en manos de viles especuladores [...], quiere poner término, por fin, a esta especie de escándalo público. Ya no desea que el crédito de Francia ante los extranjeros [...]

¹ Sobre los estrechos vínculos económicos entre Francia y España, ver Michel Zylberberg, *Une si douce domination: les milieux d'affaires français et l'Espagne vers 1780-1808*, París, Comité pour l'histoire économique et financière de la France, 1993.

dependa de las fantasías azarosas de algunos hombres desconsiderados, cuyas combinaciones crean, debido a sus resultados diversos, un termómetro necesariamente inexacto, pero que no por ello deja de volverse el regulador de la opinión cuando a ésta no pueden dársele aclaraciones profundas sobre el estado real de nuestras finanzas. Ciertamente, éste nunca antes ha sido más próspero, y sin embargo ustedes han visto desde hace dos meses que las cotizaciones de los fondos públicos se han degradado de manera sucesiva, como si Francia hubiese perdido algo de la influencia que ejerce en toda Europa”. En consecuencia, Napoleón ordenaba al Banco de Francia comprar tantas de sus propias acciones y de títulos de renta al cinco por ciento como fuera necesario para que las cotizaciones de la Bolsa siguieran dando prueba de la inquebrantable confianza de la opinión pública en el gobierno imperial. Incluso se firmó un tratado entre el Banco y el ministro dos días después, y hasta 1813 las cotizaciones de la Bolsa se mantuvieron en el nivel más alto, por lo que la ausencia de toda variación notable debió parecer necesariamente muy sospechosa.² ¿Mareos de la potencia? ¿Convicción de romper pronto con España? ¿Ignorancia? ¿Malos consejos? Hay un poco de todo esto en la reacción de Napoleón. Lo que es seguro es que no tenía una idea muy positiva de España ni de los españoles y que los éxitos fáciles que logró sobre el terreno unas semanas después, aplastando duramente al general La Romana, echando a los ingleses al mar y recuperando Madrid, lo único que hicieron fue confirmarle su sentir. Por eso, convencido de que todo había terminado, o casi, regresa a París el 23 de enero de 1809 y escribe a José, quien no deja de lloriquear por el regalo envenenado que le había dado su hermano,³ y convencido de que en lo sucesivo, para acabar con

² Estos documentos inéditos se conservan en los archivos del Banco de Francia. Emmanuel Pruniaux tuvo la amabilidad de facilitármelos.

³ José, quien había tenido que dejar a Murat el trono de Nápoles para tomar el de Madrid, acababa de ponerse la nueva corona cuando escribió a Napoleón esta increíble carta: “Esto es lo que deseo: conservar el mando del ejército el tiempo suficiente para combatir al enemigo, entrar a Madrid con el ejército, ya que él salió conmigo, y desde esta capital, dictar un decreto en el que se diga que renuncio a reinar sobre un pueblo al que tuve que reducir por la fuerza de las armas, y que dado que sigo teniendo la opción entre semejante pueblo y el de Nápoles, que sabe apreciar mi gobierno y hacer justicia a mi carácter, doy la preferencia a los pueblos que me conocen, y regreso a Nápoles haciendo votos por la felicidad de los españoles, y voy a trabajar por la de las Dos Sicilias, entregando a Su Majestad los derechos que tengo sobre ella.” (Napoleón y Joseph Bonaparte, *Correspondance générale*, 1784-1818, V. Haegele, París, Tallandier, 2007, pp. 556-557).

la resistencia española, bastaría con colgar regularmente a algunos “malos sujetos”.⁴ En realidad, nada había terminado, todo estaba comenzando.

Desconocimiento y desprecio, son éstas las dos palabras más apropiadas para describir la manera en que los franceses de esa época veían a España. Hasta mediados del siglo XVII, observa Léon-François Hofmann en *Romantique Espagne*, “la imagen que se tenía en Francia de España evocaba respeto y hasta admiración. Después, al ya no encontrar nada que respetar en sus vecinos, los franceses pasaron de la admiración al desdén. El capitán al que tanto se había admirado se vuelve, en la imaginación popular, un risible perdonavidas; el antiguo pícaro, un lamentable muerto de hambre. [...] El *Barbero de Sevilla* de Beaumarchais es, en cierta medida, la síntesis de la España tal como la imaginábamos en el siglo XVIII: país lánguido en el que suenan las guitarras; país fabuloso en el que los caballeros montan guardia bajo la ventana de su amante; pero también país en donde el pícaro requiere de toda su astucia para lograr sus fines en una sociedad corrupta y retrógrada.”⁵ ¿España según el Siglo de las Luces francés? Un país refractario a las enseñanzas de la filosofía y a las ciencias, enemigo del progreso y de la libertad. Pero al lado de esta España estancada en la superstición, la ignorancia y la crueldad, existe otra España para los franceses, la de las novelas de Florian y de Le Sage, quien atestigua el esplendor desaparecido del Siglo de Oro. Es la España de las “aguas limpias del Guadalquivir” y de los “verdes prados de Andalucía”, del “honor sagrado” y del “ardiente amor”, la España pintoresca de los hidalgos orgullosos y caballerescos.⁶

⁴ Esto lo escribe, por ejemplo, el 12 de enero de 1809: “Hay que colgar a unos veinte malos sujetos. Mañana mando colgar aquí a siete, conocidos por haber cometido todos los excesos y cuya presencia afligía a toda la gente buena, que los denunció en secreto y que recupera el valor en cuanto se deshace de ellos. Hay que hacer lo mismo en Madrid. Si no nos deshacemos de unos cien revoltosos y bandoleros, no habremos hecho nada. De estos cien, fusile o cuelgue a unos doce o quince, y envíe al resto a Francia, a las galeras. Sólo tuve tranquilidad en Francia cuando mandé arrestar a doscientos revoltosos, asesinos de septiembre y bandidos que envié a las colonias [ciento treinta jacobinos a los que acusaba sin razón de haber fomentado el atentado de la calle Saint-Nicaise el 24 de diciembre de 1800]. Desde entonces, el espíritu de la capital cambió como por un silbatazo”. (*Ibid.*, pp. 633-634).

⁵ Léon-François Hoffmann, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, Princeton University Press/Presses universitaires de France, 1961, pp. 9-14.

⁶ Estas expresiones provienen de la novela de Florian, *Gonzalve de Cordoue ou Grenade reconquise* (1792), 1836, t. I, pp. 257-259. Traductor de Cervantes, Florian (1755-1794) también había publicado *Mémoires d'un jeune Espagnol*.

La inversión de la imagen de España entre los siglos XVI y XVIII –de la admiración que se profesaba al reino de Carlos V al desprecio que inspira el país de Carlos IV– se une a la curva de la decadencia de España como potencia. Hay razones para que los franceses miraran a sus vecinos españoles con desdén. Éstos, en efecto, habían sacado de sus posesiones americanas inmensos recursos que habrían podido dedicar al desarrollo económico de la península. No fue así. Como este capital obtenido de las colonias no consistía en materias primas que habría sido necesario transformar si se deseaba hacer comercio con ellas posteriormente, sino en oro y plata utilizables de inmediato, pensaban que era inagotable, destinado a reconstituirse de manera indefinida. España hizo una elección al mismo tiempo comprensible y desastrosa: gastó este capital en vez de invertirlo, y con menos escrúpulos de los que había tenido para ganarlo sin esfuerzo, o casi, ya que ninguna conquista costó tan poco como la de América. Oro y plata sirvieron pues para hacer la guerra y para comprar aquello que los españoles no tenían ni la necesidad ni las ganas de producir. Así, España se volvió pobre porque era demasiado rica.⁷ Mientras que seguía cultivando valores y un modo de vida aristocráticos, la nobleza francesa empezaba (ciertamente con timidez) a aburguesarse invirtiendo sus rentas rústicas en el comercio, la industria y la banca. Mientras el resto de Europa tomaba el camino que había de conducirla a la revolución industrial del siglo XIX, España tomaba otra dirección, lo que hará decir a un antiguo embajador francés en Madrid: “Se pensaría que España está más bien en el extremo de Asia en vez de en el de Europa”.⁸ Consideración ampliamente extendida en esa época, y Roederer, al esbozar el retrato de los españoles en 1808, no los juzga menos severamente de lo que los franceses habían juzgado a los egipcios cuando, diez años antes, habían entrado a Alejandría y El Cairo. ¿Los españoles? “Gobernados por monjes y comidos por los piojos, pordioseros, ignorantes,

⁷ David S. Landes, *Richesse et pauvreté des nations. Pourquoi des riches ? Pourquoi des pauvres*, París, Albin Michel, 2000, pp. 225-246.

⁸ Jean-François de Bourgoing, *Tableau de l'Espagne moderne*, París, [1797], París, Tourneisen, 1807, 3 vol., t. I, p. V. “España, escribe Lord Chesterfield, es sin duda el único país de Europa que día tras día regresa irremediamente a la barbarie, en la misma medida en que los demás países se civilizan”. (*Letters to His Son* [1774], citado en Franck Lafage *L'Espagne de la contre-révolution, développement et déclin, XVIII^e-XX^e siècle*, París, L'Harmattan, 1993, p. 23.

santurriones, perezosos, no muy valientes”, según Roederer;⁹ ¿los egipcios? “Imaginen a un ser impasible, escribe uno de los oficiales de la expedición, que toma todos los acontecimientos como vienen, al que nada sorprende, que, con la pipa en la boca, no tiene más ocupación que estar sobre sus nalgas, frente a su puerta, en un banco, o frente a la casa de alguien importante, y así pasa sus días, preocupándose muy poco por su familia, por sus hijos; madres que vagan con la cara cubierta con un andrajo negro y venden a sus hijos a los que pasan; hombres medio desnudos cuyo cuerpo se parece al bronce, con la piel asquerosa, buscando en riachuelos fangosos, y que, parecidos a los cerdos, roen y devoran lo que ahí encuentran”.¹⁰

Dos obras en particular afectaron la imagen de España: el *Essai sur les mœurs* (*Ensayo sobre las costumbres*), de Voltaire, e *Histoire philosophique des Deux Indes*, del abate Raynal. Ambos relacionan la decadencia española con el poder exorbitante de la religión y el clero. No se entiende bien, por lo demás, si, para ellos, la religión desvió a los españoles (con ayuda del oro americano) de los caminos del progreso económico e intelectual, o si el oro americano, al desviar a los españoles del progreso, favoreció en ellos la persistencia de la “superstición” y el clericalismo. De cualquier manera, España les resulta aislada en una Europa orientada hacia el progreso de los conocimientos y la decadencia de las supersticiones. España es la Inquisición, el mundo feudal que se perpetúa, la edad teocrática que sobrevive. ¿La gran culpable? La Inquisición: obstaculiza el progreso porque al inspirar un temor vago pero permanente, crea un clima poco propicio a las iniciativas individuales y a las innovaciones. Como el miedo a los inquisidores paraliza las inteligencias, España permaneció al margen de los descubrimientos y del progreso que cambiaban al mismo tiempo la fisonomía de Europa: “Además hay que atribuir a este tribunal la profunda ignorancia de la sana filosofía en la que las escuelas españolas siguen hundidas, escribe Voltaire. Nunca la naturaleza humana se envileció tanto como cuando la ignorancia supersticiosa se hizo del poder.”¹¹ El objeto del *Ensayo sobre las costumbres* es, por

⁹ Pierre-Louis Roederer, “Des causes de la guerre d’Espagne”, *Œuvres*, París, Firmin Didot frères, 1853-1859, 8 vol., t. III, p. 552.

¹⁰ Carta escrita por el general Boyer a su familia el 27 de agosto de 1798, citada en Louis-Antoine Fauvelet de Bourrienne, *Mémoires*, París, 1831, 10 vol., t. II, pp. 345-349.

¹¹ Voltaire, *Essai sur les mœurs et l’esprit des nations* (t. III), *Œuvres*, Beuchot, 1829, t. XVII, p. 348.

supuesto, probar la incompatibilidad entre religión y progreso. Se trata de un alegato a favor del modelo francés de las Luces –el progreso por erradicación de la tradición y la religión– pero que afirma la imagen no sólo de una España sometida a los monjes sino de una España cruel y medio salvaje: “Fue sólo después de la reconquista de Granada, sigue escribiendo Voltaire, cuando (la Inquisición) desplegó en toda España la fuerza y el rigor que los tribunales ordinarios jamás habían tenido. Es necesario que el genio de los españoles tenga entonces algo de más austero y despiadado que el de las demás naciones. Eso se ve en las crueldades pensadas con las que pronto inundaron luego el Nuevo Mundo. Se ve sobre todo en el exceso de atrocidad que pusieron en el ejercicio de una jurisdicción en la que los italianos, sus inventores, eran mucho más suaves. Los papas habían erigido esos tribunales por política; y los inquisidores españoles le añadieron la barbarie”.¹²

Hay que subrayar aquí una paradoja: si bien Voltaire inventa una excepcionalidad española para demostrar la universalidad del modelo francés (antirreligioso), en realidad es el modelo francés lo que constituía una excepción en Europa, ya que sólo en Francia –y en ninguna otra parte– la lucha contra la religión se consideraba la condición necesaria del progreso. Es debido a que existía una “excepción francesa” que los franceses no podían entender a España, una España que estaba menos alejada del resto de Europa de lo que pretendían en París. Es cierto que el fin del siglo XVIII estuvo marcado en la península por una violenta reacción contra las “nuevas ideas”. Esta reacción había incluso empezado antes entre los adversarios de las reformas emprendidas por Carlos III, en nombre de una “hispanidad” comprometida por la influencia francesa: sus defensores denunciaban la corrupción de la lengua española por los galicismos, el aumento del número de libros traducidos del francés y de manera más general el gusto por la imitación del francés, que según ellos corrompía el alma española y tenía por resultado producir una multitud de enemigos de la religión y de su propio país.¹³

Esta reacción demuestra *a contrario* la existencia de un movimiento reformador. España había tenido sus hombres de las Luces. Actores políticos e intelectuales no habían dejado de debatir sobre el bien común y sobre las

¹² *Ibid.*, pp. 345-346

¹³ Ver Franck Lafage, *L'Espagne de la contre-révolution*, *op. cit.*

mismas nociones –ciudadanía, constitución, libertad– que eran objeto de discusiones apasionadas en toda la Europa ilustrada. Si bien es cierto que la censura vigilaba en España, las nuevas ideas penetraban en ella como en otras partes. Quizás no llegaban más que a una franja estrecha de la sociedad española, ¿pero acaso no era más o menos lo mismo en todas partes? También los partidarios españoles de la Ilustración creían en las reformas, en el progreso, en la regeneración de su país. No todos serán enemigos de la Revolución francesa. Si bien su radicalismo espantará a más de uno, muchos desearán seguir creyendo en los pensamientos que había levantado, y en el momento de la invasión a España, el partido de los afrancesados no será tan minoritario como se ha dicho.¹⁴ España no es una: ¿qué relación hay entre la Navarra “resistente” casi de manera unánime y la Andalucía en la que los franceses encontrarán numerosos partidarios?¹⁵ Como en el resto de Europa, la Revolución de 1789 dividirá a las elites, y como en Italia o Alemania, es sobre todo en la parte baja de la escala social donde sus enemigos encontrarán sus más sólidos apoyos. La singularidad es pues relativa, y si singularidad hay, no se manifiesta solamente a favor de las ideas reaccionarias y de la tradición. Después de todo, la intervención francesa de 1808 provocará en España no sólo una reacción de una amplitud inédita, sino una experiencia de la modernidad política que, en la Asamblea de las Cortes reunida en Cádiz en 1812 y en la Constitución que resultó de sus trabajos, llegó más lejos que todo lo que se podía observar en el mismo momento en el resto de Europa. Dicho de otro modo, este país famoso por su encierro en su particularidad fue el que tuvo la experiencia liberal más lograda, aunque en formas que le eran propias y a partir de principios que, para mantener ciertas relaciones con la cultura política revolucionaria, no eran una pura y simple proyección.¹⁶ España forma parte del espacio europeo. Su singularidad es, al

¹⁴ Ver, en particular, la obra clásica de Miguel Artola, *Los Afrancesados*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

¹⁵ Ver el penetrante estudio de Jean-Marc Lafon, *L'Andalousie et Napoléon. Contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne (1808-1812)*, París, Nouveau Monde/Fondation Napoléon, 2007.

¹⁶ Sobre el proceso constitucional liberal de Cádiz, la mejor introducción sigue siendo el estudio de Marie- Danielle Demélas y François-Xavier Guerra, “Un proceso revolucionario desconocido: la adopción de formas representativas modernas en España e Hispanoamérica (1808-1810)”, reeditado recientemente en M.-D. Demélas y F.-X. Guerra, *Orígenes de la democracia en España y América*, Lima, FECP/ONPE, 2008, pp. 19-80.

menos en parte, un mito, un mito forjado por la Francia de la Ilustración, reproducido y perpetuado después por los españoles mismos, y luego retomado por historiadores preocupados por explicar lo inexplicable: ¿cómo el invencible Napoleón fracasó ante bandas de campesinos mal armados y mal dirigidos? En historia existe una tendencia natural, aunque a menudo enojosa, que consiste en querer dar a todo fenómeno desconcertante una explicación a la medida de la importancia que se le otorga. ¿Cómo contentarse con una explicación sencilla, al tratarse de la guerra de España, cuando ésta desempeñó un papel importante en el derrumbe final del sistema imperial y de su jefe?

Pero regresemos al siglo XVIII. España también había tenido la experiencia del despotismo ilustrado, bajo el reinado de Carlos III (1759-1788). Relaciones entre el poder central y la periferia, poderes de la Inquisición o de los jesuitas, economía, nada escapó a la acción de los ministros reformadores de los que se rodeó el rey. La obra terminada está lejos de resultar despreciable, incluso si los historiadores (franceses) juzgan con severidad los resultados: “Poca levadura, mucha pasta inerte”.¹⁷ ¿“Poca levadura”? Iniciativas en número insuficiente, poco coherentes y demasiado tímidas; ¿“mucha pasta inerte”? Una sociedad refractaria al cambio que nada podía cambiar. En efecto, si la España de Carlos III se movió, lo hizo con una prudencia y una lentitud impuestas por el poder comparado de la sociedad española y de la corona, ésta incomparablemente más fuerte, desde el punto de vista orgánico, que aquélla. Había que trabajar con esta sociedad poco maleable. Existía otra razón para la prudencia de las reformas: no pretendían de ninguna manera cuestionar el orden establecido; desde este punto de vista eran ajenas a la política de modernización de la sociedad y del Estado –preconizada en el mismo momento por los reformadores franceses– que implicaba romper con el pasado.¹⁸

Los historiadores han regresado hoy al severo juicio de sus antecesores, al afirmar incluso que cuando Carlos IV subió al trono, España estaba a

¹⁷ François Bluche, *Le Despotisme éclairé*, París, Hachette, col. “Pluriel”, 2000, p. 257.

¹⁸ Sobre sus proyectos, ver el estudio que Keith M. Baker dedicó a Turgot y a Condorcet, *Condorcet, raison et politique*, París, Hermann, 1988.

punto de volver a encontrar cierto brillo.¹⁹ Se trata pues de un vecino en pleno despertar (aunque no representaba una amenaza, de tan considerable que era el retraso que era necesario superar) con el que Francia se topa en su frontera cuando estalla la Revolución. La animosidad y la incompreensión entre los dos países eran de hecho proporcionales a los esfuerzos de España para escapar a la tutela francesa, que se había afirmado a favor de la decadencia de la potencia española y de la crisis que rodeó en 1700 a la sucesión del Habsburgo Carlos II. Como el agonizante rey no tenía heredero, el emperador de Austria y el rey de Francia se presentaron como candidatos, el primero a favor de su hijo, y Luis XIV a favor de su nieto, el duque de Anjou. En su lecho de muerte, y para la sorpresa general, Carlos II eligió al duque de Anjou. Luis XIV proclamó rey de España a su nieto con el nombre de Felipe V, y comenzó la guerra. La paz regresó once años después, cuando Luis XIV aceptó la separación definitiva de las dos coronas de Francia y España: Felipe V renunció a la corona de Francia para él y sus descendientes, y los herederos de la corona de Francia hicieron lo mismo respecto de la corona española. Pero antes de que Felipe V partiera hacia Madrid, Luis XIV le hizo la siguiente recomendación, que muestra bien cómo consideraban los franceses la separación de los dos reinos: “Sea buen español, ése es su primer deber; pero recuerde que usted es francés, para mantener la unión entre las dos naciones”.²⁰ España se convertía en aliada, pero también, en el espíritu de la diplomacia francesa, en un Estado vasallo. Felipe V y sus sucesores Fernando VI y Carlos III no fueron “reyes franceses en España”, sino reyes españoles. Si bien la monarquía española, en el momento de la guerra de los siete años, entró en el área de influencia francesa al firmar el 15 de agosto de 1761 un “pacto de familia” con los Borbones de Versalles, durante todo el siglo hizo esfuerzos por emanciparse de la tutela francesa sin dejar de actuar en la mayor parte de los casos al lado de Francia, y sin caer bajo el dominio de Inglaterra, que envidiaba sus colonias americanas. Al morir Carlos III, España seguía siendo una “potencia secundaria”, pero ya se había reintegrado al “concierto europeo”. Pero quizás, en definitiva, se lo debía a los lazos familiares existentes entre los

¹⁹ Ver F. Lafage, *L'Espagne de la contre-révolution*, op. cit., pp. 21-76.

²⁰ Citado en François Bluche, *Louis XIV*, París, Fayard, 1986, p. 770.

Borbones de Madrid y los de Versalles, ya que cuando el trono fue derrocado en Francia en 1792, España volvió a ser una potencia sin importancia. Entonces se vio renacer en la Francia revolucionaria el viejo sueño de Luis XIV, de una reunión de las dos coronas, acompañado de la idea de que sólo Francia podría regenerar a España.²¹

Al principio de la Revolución, a los franceses España no les preocupaba mucho, o, por lo demás, no en mayor medida que sus otros vecinos: estaban lo suficientemente ocupados con sus desavenencias internas como para preocuparse por el resto del mundo. La península no llamaba mucho la atención de sus dirigentes: si bien el gobierno real seguía estando muy ligado al Pacto de Familia de 1761, en el que veía la condición para mantener la influencia francesa en el Mediterráneo, los dirigentes revolucionarios, que sólo tenían ojos para la conquista de la frontera del Rin, eventualmente de Saboya y de Niza, y de manera accesoria del enclave pontificio de Aviñón, no veían en España más que un Estado periférico, ciertamente famoso por su carácter reaccionario y hostil, pero demasiado débil como para que se le temiera.

²¹ Esta idea servirá para justificar la doble abdicación impuesta por Napoleón a Carlos IV y a Fernando VII en Bayona el 5 de mayo de 1808, y la designación de José Bonaparte como rey de España. El orador de la junta española dijo a Napoleón, al presentarle, el 7 de julio de 1808, la Constitución que difiere la corona a José: “Esta nación generosa privada de su antiguo esplendor era presa de todos los males precursores de la caída de los imperios y de la disolución de los pueblos. [...] Por fortuna para nuestra patria, La Providencia empleó vuestra mano irresistible para sacarla del abismo en el que se iba a precipitar [...]. Toda España abrirá los ojos [y] verá que necesitaba una completa regeneración, y que sólo podía esperarlos de Vuestra Majestad Imperial y Real. Es una verdad innegable sobre la que llamo a que reflexionen todos aquellos que todavía no pueden estar sinceramente unidos a la autoridad que gobierna en la actualidad a las Españas [José]: que examinen en el interior de su conciencia bajo qué otro régimen habrían podido prometerse los inapreciables beneficios de los que gozarán de ahora en adelante [...]. El mal había llegado al colmo: los agentes de un gobierno débil concentraban en sus manos la autoridad arbitraria para echar sus límites cada vez más hacia atrás; la parcialidad y el capricho elegían entre los asuntos aquellos que les agradaba despachar, y dejaban los demás en el olvido; las autoridades que debían de trabajar bajo su dirección, temerosas y abatidas, no podían nunca conocer el camino que debían seguir, y si bien no hacían daño, al menos estaban en la imposibilidad de hacer el bien. Las finanzas eran un caos, la deuda pública un abismo; todos los mecanismos de la administración estaban desmontados o rotos; ninguna cumplía con sus funciones; era imposible que el primer día el cuerpo político no quedara paralizado por completo y no perdiera su capacidad de acción y de movimiento. ¿Qué español sensato no vio la imposibilidad de ir más allá, y no estableció la próxima época de la disolución total? ¿A qué otro poder que no fuera el de Vuestra Majestad Imperial y Real le habría sido dado, en semejante estado de las cosas, no solo detener el mal, lo que no era suficiente, sino además hacerlo desaparecer por completo, y sustituir el desorden con el orden, el capricho con la ley, la opresión con la justicia y la incertidumbre con la seguridad?” (*Moniteur universel*, número del 14 de julio de 1808, Año 1808, t. II, p. 770).

La prueba de lo anterior se encuentra en la manera negligente en la que el gobierno francés recibió el inicio de la guerra en España en marzo de 1793: “Un enemigo más para Francia, declaró uno de sus representantes, ¡es un triunfo más para la libertad!”.²² Si bien, en 1789, se ignoraba a España en el lado francés, en España no ignoraban lo que estaba ocurriendo en Francia. Ya lo vimos, la Revolución reforzó en España la reacción contra la influencia cultural francesa. Pero el gobierno se abstuvo de toda manifestación de hostilidad. Reaccionó como lo hicieron la mayoría de sus homólogos europeos. En un primer momento, no midió con exactitud el nivel de gravedad de los acontecimientos revolucionarios, pensando que Francia atravesaba por una de esas crisis políticas que, desde hacía unos diez años, eran el espectáculo que daba de manera regular; en un segundo momento, a los españoles no les desagradaron las desdichas de sus vecinos: Francia, acaparada por sus disputas políticas internas, ¿no iba a estar menos presente en la escena internacional? A España no podía sino satisfacerle esta situación, ya que estaba esforzándose por escapar a la tutela de su poderoso vecino. No obstante, el gobierno de Madrid no se encontraba en la situación de un país como Austria, al que las desgracias del rey de Francia alegraban abiertamente. La razón era que a Austria le interesaba el debilitamiento de Francia, mientras que España no tenía interés en una Francia *demasiado* débil. ¿Por qué? Porque Austria no tenía imperio colonial, mientras que España obtenía gran parte de sus ingresos de sus colonias americanas. Ahora bien, éstas últimas estaban amenazadas por los objetivos imperialistas de Inglaterra, que trabajaba con más o menos energía en la emancipación de la América hispana. Inglaterra pensaba reencontrar en el Sur del continente americano la influencia que había perdido en el Norte, luego de la proclamación de independencia de Estado Unidos. Y no es que quisiera apropiarse de México o de Perú, sino que quería abrir para su comercio nuevas fuentes de aprovisionamiento y nuevos mercados. Por eso España, cuyas comunicaciones con América se veían entorpecidas por los navíos ingleses, deseaba mantener una Francia lo bastante fuerte como para que la ayudara en caso de conflicto con los ingleses.

²² Citado en Thierry Lentz, *Napoléon et la conquête de l'Europe, 1804-1810 [Nouvelle histoire du Premier Empire, t. II]*, París, Fayard, 2002, p. 385.

Las cosas cambiaron en 1790, cuando, precisamente, un incidente opuso a navíos españoles y británicos a lo largo de la costa de California. España pidió la ayuda de Francia en virtud del Pacto de Familia y, por primera vez desde el inicio de la Revolución, España estuvo en el centro de los debates. Mientras que los ministros de Luis XVI abogaban a favor del respeto al tratado de 1761, la Asamblea constituyente subrayaba que los compromisos contraídos bajo el “despotismo” vinculaban a reyes y no a pueblos, de tal manera que habían sido revocados de facto en 1789, cuando el pueblo se había vuelto soberano. El debate pronto se alejó de la pregunta –¿era o no necesario acudir en auxilio de España?– para transformarse en una discusión general sobre las prerrogativas respectivas de la Asamblea nacional y del rey en materia de declaración de guerra y de firma de tratados de paz. Este debate, iniciado en el mes de mayo de 1790, duró tanto tiempo que cuando la Constituyente, el 26 de agosto, finalmente autorizó al rey a ir en ayuda de España –aunque esta última hubiera decretado que Francia nunca más tomaría parte en ninguna guerra que no tuviese por objeto la liberación de los pueblos–,²³ la crisis había terminado. El gobierno español había entendido: el Pacto de Familia se había revocado de facto y España, en lo sucesivo, tendría que arreglárselas sola. Como no era capaz de luchar, hizo lo que habría hecho cualquier otro gobierno en su lugar: negoció con los ingleses, prefiriendo ablandar a un enemigo tan temible, en vez de combatirlo. Las relaciones franco-españolas se degradaron. Del lado francés, la subida del mesianismo revolucionario en 1791-1792, que había dado fin al seudopacifismo de 1790, concernía tanto a España como al resto de Europa y del mundo: mientras que Anacharsis Clootz pregonaba la creación de una república universal, Chaumette quería “jacobinizar” a Europa hasta Moscú, y Miranda, quien entonces se encontraba en París, elaboraba planes para revolucionar a la América hispana. Del lado español, se buscó a principios de 1792 un entendimiento con Francia, pero la caída de la monarquía,

²³ La Asamblea constituyente había decidido el 22 de mayo de 1790 que “el derecho a la paz y a la guerra pertenece a la nación” y que una u otra sólo podían decidirse mediante una ley votada por el cuerpo legislativo a proposición del rey. La ley del 22 de mayo añadía: “La nación francesa renuncia a emprender cualquier guerra que tenga por objeto realizar conquistas, y no empleará nunca sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo” (*Réimpression de l'ancien Moniteur*, París, Plon, 1863-1870, 32 vol., t. IV, p. 432).

el 10 de agosto de 1792, hizo que la continuación de las discusiones fuera imposible. España “estableció un cordón en la frontera como para una peste”,²⁴ y emprendió una cruzada antifrancesa y antirrevolucionaria bajo el mando de Manuel Godoy, el nuevo hombre fuerte del gobierno madrileño. España fue entonces el único país que hizo verdaderos esfuerzos para salvar la vida del rey Luis XVI. Al ser decapitado, la guerra era inevitable. Estalló el 7 de marzo de 1793.

Duró dos años (1793-1795), y ocupa tan sólo dos líneas en los libros de historia. Sin embargo, no carece de interés. Es cierto que las operaciones se limitaron mucho tiempo a algunas ofensivas y contraofensivas sin consecuencia, al menos hasta que los franceses, incrementando su esfuerzo, invaden el País Vasco y Cataluña. En España, la movilización se llevó a cabo en un clima apocalíptico y tomó el carácter de un auténtico levantamiento popular, con el clero a la cabeza, contra el Anticristo. Después, la invasión francesa de Cataluña y del País Vasco en 1794 prefiguró con mucha exactitud lo que iba a volver a suceder en 1808: del lado español, la combinación de operaciones militares regulares con acciones guerrilleras; del lado francés, ocurren atrocidades que, en esa época, ningún otro conflicto producirá.²⁵ Sólo la guerra de Vandea de 1793-1794 podría compararse con lo que ocurrió en el mismo momento del otro lado de los Pireneos. También Vandea se había sublevado en nombre de Dios y del rey, y la violencia había alcanzado una extensión y una intensidad igualmente extremas. Los gobernantes, algo muy sabido, tienen corta la memoria, puesto que de haber quedado algún recuerdo de la guerra franco-española de 1794, Napoleón no habría tenido tanta certeza de llevarse una victoria fácil y rápida.

El 22 de julio de 1795, franceses y españoles firmaron un tratado de paz y puede decirse, apenas exagerando un poco, que fue entonces cuando empezó el proceso que condujo a la guerra de 1808. Los revolucionarios, en ese momento, dudaban entre la paz con Europa y la guerra a ultranza. Francia apenas estaba saliendo del Terror, tenía frente a sí una inmensa tarea de

²⁴ La palabra es del ministro español Floridablanca, citado por Albert Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, París, Plon, 1903-1904, 8 vol., t. II, p. 94.

²⁵ Ver el abrumador informe establecido por Tallien y leído en la tribuna de la Convención el 16 de abril de 1795 (*Réimpression de l'ancien Moniteur*, *op. cit.*, t. XXIV, pp. 230-231).

reconstrucción, estaba deseosa de un respiro. Cualquiera que fuera la política elegida al final, a Francia le interesaba, por otra parte, disminuir el número de sus enemigos. Por eso, en 1795, firmó tratados con Suecia, Prusia, Holanda, Nápoles y España, lo que le permitía reunir todas sus fuerzas contra Inglaterra y Austria. La paz fue humillante para España, ya que tuvo que ceder a Francia su mitad de la isla Santo Domingo (cesión teórica por completo, ya que en esa época Francia, que había perdido lo esencial de su poder naval, era incapaz de retomar el control de sus antiguas colonias de las Antillas y el Caribe). Entonces, no había lugar para una alianza franco-española. Fue en 1796 cuando Francia impuso a España un tratado de alianza ofensiva contra Inglaterra. España no había sido un claro adversario, y no iba a convertirse en un aliado apreciado o respetado; pero poseía algo precioso e indispensable en la guerra contra Inglaterra, y que hacía falta en el lado francés: una importante flota de guerra. Entre los dos países, en sentido estricto no se trataba de una alianza sino de un tratado entre señor y vasallo, mediante el cual España quedaba reducida al papel de auxiliar de los ejércitos republicanos, de instrumento de la política exterior francesa. No podía rehusar aquello que le era impuesto, pero tampoco tenía mucho que ganar. Tenía incluso mucho que perder en ese timo: si hacía causa común con Francia, era evidente que pagaría un alto precio, en América, donde los ingleses se aprovecharía de que estuviera ocupada en otra parte para despojarla de su imperio. Aquí es donde puede verse en qué medida, en materia diplomática, Napoleón fue el continuador de la Revolución, y en particular del Directorio, puesto que ya antes que él la política del gobierno francés consistía en explotar sin compensación alguna los recursos de países pretendidamente “aliados”, pero considerados en realidad como potencias vasallas. Había una razón para esto: ya que la guerra que oponía a la Francia revolucionaria con el resto de Europa era también una guerra en la que los Estados beligerantes encarnaban principios filosóficos incompatibles, Francia –y esto era igualmente cierto para sus enemigos– no reconocía su legitimidad, y tampoco la de los tratados (y con mayor razón los anteriores a 1789) que podía firmar con estos Estados. Nunca la Revolución se considerará vinculada por los tratados firmados con “déspotas” del Antiguo Régimen. Siempre serán alianzas provisionales y que no implicarán ningún compromiso o sacrificio para el lado francés: eran de carácter unilateral.

Por ese motivo, lo que ocurrió después no es para nada sorprendente: España siguió siendo fiel a la alianza pactada con Francia, pero se esforzaba por ser un aliado tan mediocre que el enemigo inglés se lo agradecería. Juego poco honorable, que probaba sobre todo la gran debilidad política y militar de España, aunque también peligroso debido a sus repercusiones políticas en la misma España, donde el gobernador, a quien se veía tan débil, tenía que soportar el oprobio de una conducta consideraba sin dignidad. Así, España no oponía nunca su veto a las exigencias francesas, sino que siempre las cumplía fallidamente, en parte por mala voluntad, y en parte por incapacidad de hacerlo mejor: Francia había dado demasiada importancia a la potencia naval española y podía comprobar día tras día el mal estado de sus navíos y la mediocre calidad de sus tripulaciones. Fue así como a principios de 1798, hubo que renunciar a desembarcar en Inglaterra y como en 1799 el gobierno francés fue incapaz de transportar refuerzos a Egipto. Repitémoslo: el gobierno español no podía comportarse de otro modo. Su alianza con Francia era desequilibrada, y la parte más débil esperaba poder sustraerse a ella algún día, haciendo esfuerzos hasta ese momento para dar lo más posible. La causa principal del fracaso de los proyectos franceses fue la concepción de las alianzas que la Revolución había introducido. ¿Qué es un sistema de alianzas en el que los aliados no son socios sino vasallos, en el que los tratados no definen una reciprocidad de derechos y obligaciones sino desigualdad de derechos y obligaciones unilaterales? En consecuencia, toda alianza realizada en esas condiciones tenía, en algún momento, que exigir el recurso a la fuerza para perpetuar o restablecer sus condiciones, ya que resultaba absurdo pensar que ningún Estado podría aceptar de manera duradera las condiciones que se le imponían: “La alianza, para estos países, España y Holanda sobre todo, observa Sorel, es el bloqueo, el comercio arruinado, las tomas, los corsarios, los vacíos del Tesoro, los ingresos agotados, las contribuciones incrementadas; son naves que hay que armar, tropas de ocupación que hay que alimentar, aprovisionar, vestir; es el descontento del pueblo cansado, humillado, arruinado; es la impopularidad del gobierno acusado de servilismo ante los extranjeros; ¡es el deseo universal de la caída de un aliado al que se detesta! Para poner remedio a todo esto, los únicos medios con los que cuenta Bonaparte son el miedo, la fuerza, la confiscación y la anexión que ahogan las quejas, garan-

tizan la obediencia inmediata, pero atizan la rebelión. Así, requirió aliados para vencer a Inglaterra y a Europa, (pero) tiene que vencer a Inglaterra y Europa para conservar a sus aliados”.²⁶ Era ya inevitable que un día Francia, para vencer a sus enemigos, se viera en la obligación de hacerles la guerra a sus “amigos”: ahí está toda la historia de la guerra de España de 1808-1813 y la de la campaña de Rusia de 1812.

Los historiadores dan gran importancia a lo que llaman el “doble juego” de Godoy. Es cierto que la posición de Godoy era dual, asegurando su fidelidad al Directorio y luego a Napoleón, y a los enemigos de Francia que estaba esperando el momento adecuado para pasarse de su lado. Pero tanto en un caso como en el otro, no eran sino palabras. Si bien se esforzaba por ser un mal aliado de Francia con el objeto de no hacer enojar a Inglaterra, hacía bellas promesas a los ingleses sin tener la intención de cumplirlas, ya que tampoco quería provocar a Francia. De hecho, Godoy se esforzaba sólo por garantizar la neutralidad de España. Había además otra razón para su duplicidad: su margen de maniobra era estrecho. La alianza con Francia no era popular en España, y un poderoso partido trataba de derrocar al ministro con el apoyo de Fernando, el heredero al trono.

El doble juego del gobierno español no explica la guerra de 1808. En realidad, la alianza española “se devaluó” de manera progresiva. Sin embargo, había recobrado un valor seguro en el Consulado. Cuando Bonaparte accedió al poder en 1799, era evidente que el proyecto del Directorio para transformar el Mediterráneo en un mar francés, con ayuda de los españoles, había fracasado. Los franceses seguían ocupando Egipto, pero nadie ignoraba que pronto tendrían que salir de ahí (su capitulación tendrá lugar en junio de 1801). Haciendo a un lado su obstinación, Bonaparte cambió el proyecto mediterráneo por uno atlántico no menos ambicioso, que seguía necesitando la participación de España. Se trataba de retomar posesión de las colonias francesas del Caribe, caídas en manos de los ingleses, y de poner los pies en el continente americano. Para ello, Bonaparte obtuvo de España la retrocesión de Luisiana a cambio de promesas en Italia.²⁷ Francia, instala-

²⁶ A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, *op. cit.*, t. VI, p. 325.

²⁷ En virtud del tratado de San Ildefonso, firmado el 1 de octubre de 1800, España volvía a ceder Luisiana a Francia (que se la había cedido en 1762). Francia, a cambio, se comprometía a erigir

da en la confluencia de las dos Américas, se volvería la garantía de la integridad del imperio español; de igual manera, estaría en medida de hacer presión sobre Estado Unidos para que entraran a la coalición antiinglesa que París hacía esfuerzos por establecer. Es para llevar a cabo este proyecto que el 27 de marzo de 1802, Bonaparte firmó con Inglaterra un tratado de paz en el que ninguno de los dos firmantes llevaba las de perder: entre ellos, se trataba tan sólo de una tregua, y Bonaparte aprovechó ese respiro para emprender la reconquista de Santo Domingo y las Antillas. Pero las cosas sucedieron por completo de otro modo: la expedición del general Leclerc a Santo Domingo acabó en desastre, el cuerpo de expedicionarios reunido en Holanda para ir a tomar posesión de Luisiana no dejó Europa –la flota reunida en los puertos holandeses que debía transportarla había quedado atrapada entre los hielos– y, para rematar, los estadounidenses se rehusaban a tener una frontera común con Francia: “En el mundo no hay más que un solo punto cuyo poseedor es nuestro enemigo natural y habitual, declaró el presidente Jefferson: Nueva Orleans. Es por ahí, en efecto, y por ahí solamente, por donde los productos de las tres octavas partes de nuestro territorio pueden escaparse. Al cerrarnos esta puerta, Francia hace acto de hostilidad en nuestra contra. España podía seguir conservándola durante muchos años. Su temperamento pacífico y su debilidad debían llevarla a otorgarnos de manera sucesiva facilidades capaces de impedir que su ocupación nos resultara demasiado pesada [...]. Pero cuando se trata de los franceses, el asunto toma otro aspecto. Ellos tienen un temperamento impetuoso, un carácter enérgico y alborotador”.²⁸ Mientras que el Congreso hacía sobrevenir la amenaza de un acercamiento entre estadounidenses e ingleses, Jefferson envió emisarios a París para evitar una prueba de fuerza que en el fondo no deseaba. Llegaron a París en el momento de la ruptura de la paz francoinglesa. Bonaparte ya había entendido que no podría conservar Luisiana si la guerra volvía a empezar en Europa y en los océanos. Antes incluso de

Toscana en reino de Etruria en beneficio del príncipe Luis de Parma, casado con la hija del rey de España, a condición de que el padre del príncipe, el duque de Parma en funciones, cediera su ducado a Francia. Este tratado preliminar adoptó una forma definitiva con el tratado de Aranjuez del 21 de marzo de 1801.

²⁸ Citado en Pierre Branda y Thierry Lentz, *Napoléon, l'esclavage et les colonies*, París, Fayard, 2006, p. 179.

recibir a los enviados del presidente estadounidense, confiaba a uno de sus ministros: “Sé todo lo que cuesta Luisiana... Su conquista sería fácil para los ingleses, y no tengo tiempo que perder para ponerla fuera de su alcance”.²⁹ Los enviados estadounidenses habían recibido la consigna de ofrecer doce millones a cambio sólo de la ciudad de Nueva Orleans. Quedaron muy sorprendidos del ofrecimiento que pronto les hizo Bonaparte: toda Luisiana, desde el Golfo de México hasta la frontera canadiense, por sólo 50 millones. No podían creer lo que oían. Se firmó el acuerdo el 30 de abril de 1803. En el intervalo, el precio había aumentado. Se pusieron de acuerdo en una suma de 80 millones. Bonaparte lo hizo sin ningún pesar. En lo inmediato, sobre todo tenía prisa por enviar a todas sus fuerzas contra Inglaterra y, para ello, necesitaba dinero, mucho dinero. El producto de la venta de Luisiana (50 millones cayeron fácilmente en las arcas del Estado) financió el reinicio de la guerra contra Inglaterra. La paz de 1802, tan breve, ya estaba llegando a su fin, en efecto. El 11 de mayo de 1803, ocurría la ruptura. Bonaparte había vendido Luisiana a los estadounidenses sin siquiera consultar a su aliado español. Este aliado ya no valía gran cosa para él, pero perdió todo lo que le quedaba de valor, o casi, un año después, cuando el 21 de octubre, el almirante Nelson hundió en Trafalgar las flotas francesa y española. En consecuencia, si bien España conservaba una importancia estratégica, sobre todo en el momento en que Francia estaba metida en una guerra contra Austria y Rusia, ya no tenía ninguna importancia como aliado susceptible de apoyar el esfuerzo de guerra francés.

No resulta fácil reconstituir la génesis de la decisión de destronar a Carlos IV para dar España a un Bonaparte. El modelo de lo que iba a ocurrir lo dio Nápoles: a finales de 1805, Napoleón, informado de que el rey de Nápoles, un Borbón, intrigaba con los ingleses, proclamó su destronamiento; el reino fue invadido y la corona entregada a José Bonaparte. Pero nada indica que Napoleón haya pensado desde ese momento en hacer sufrir la misma suerte a los Borbones de España, incluso si, desde hacía mucho tiempo, y cada vez que había tenido razones para quejarse de su aliado, amenazaba con destruirlo.

²⁹ Citado en Jean Tulard, *Dictionnaire Napoléon*, París, Fayard, 1999, 2 vol., t. II, p. 223.

Esto es lo que escribía, ya desde el verano de 1801: “Si este príncipe (Godoy), comprado por Inglaterra, llevara al rey y a la reina a tomar medidas contrarias al honor y a los intereses de la República, la última hora de la monarquía española habría llegado”.³⁰ Lo seguía pensando en 1803,³¹ y de nuevo en 1806, cuando tuvo pruebas de que Godoy sólo estaba esperando una ocasión favorable para pasarse del lado de los enemigos de Francia. Fue entonces cuando, según uno de sus consejeros, el conde de Montgaillard, habría jurado “destruir a cualquier precio la rama española de la casa de Borbón”.³² En su entorno, otros (Talleyrand sin duda)³³ lo pensaban por su lado, pero Napoleón tenía entonces preocupaciones más apremiantes: luego de la guerra con Austria en 1805, la guerra contra Prusia y Rusia en 1806 y 1807.

Dos acontecimientos revelaron ser decisivos: primero, el 21 de noviembre de 1806, el decreto de Berlín, mediante el cual Napoleón decretó el Bloqueo continental; después, el 7 de julio de 1807, la firma del tratado de alianza con Rusia. Fue en ese momento cuando Napoleón, al sentirse seguro de la tranquilidad del continente, decidió encontrar una solución al problema español. La invasión a España en 1808 fue una de las primeras consecuencias del establecimiento del Bloqueo continental. Generalmente, un bloqueo consiste en cerrar los puertos de un país enemigo con el fin de asfixiar su economía. El problema era que Francia, al ya no tener marina de guerra, no podía clausurar el acceso a los puertos británicos. Por eso Napoleón imaginó (se inspiraba en un proyecto redactado bajo el Directorio) prohibir al continente europeo las mercancías británicas. Esperaba que eso produjera la ruina del comercio inglés, que, de ese modo, ya no podría tener acceso a su principal mercado. Al no poder disputar a Inglaterra la supremacía en el mar, Napoleón decidió oponerle su propia hegemonía en tierra. No era algo imposible, y, de hecho, hacia 1809, Inglaterra estuvo a punto de capitular. Pero las implicaciones del Bloqueo continental eran gigantescas, ya que todos los Estados europeos sin excepción tenían que

³⁰ Carta del 10 de julio de 1801 a Talleyrand (Napoléon Bonaparte, *Correspondance générale*, t. III, ed. Th. Lentz y G. Madec, n° 6360, p. 726).

³¹ Ver las instrucciones muy amenazadoras entregadas a Talleyrand el 13 de agosto de 1803 (*ibid.*, t. IV, ed. F. Houdecek y G. Madec, n° 7930, pp. 267-269).

³² Citado en A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, *op. cit.*, t. VII, p. 118.

³³ Ver Emmanuel de Waresquiel, *Talleyrand, le prince immobile*, París, Fayard, 2003, pp. 378-386.

sumarse a él para que el continente quedara herméticamente cerrado al comercio inglés. Ahora bien, cada país medía con facilidad las consecuencias de semejante política: los ingleses se vengarían atacando sus navíos, y su comercio quedaría en la ruina. Tal sistema, para aplicarse, exigía una Europa dominada por Francia. Es por eso que Napoleón, en cuanto hubo derrotado por completo a los rusos en 1807, tomó la mano extendida del zar. Rusia era, en efecto, la aliada indispensable al Bloqueo continental, ya que cerraría por el este el continente, que quedaría de ahí en adelante atenazado entre Francia y Rusia. Todo lo demás sería obligado a caminar, de buena gana o por la fuerza. En cuanto firmó el tratado de alianza con el zar Alejandro, Napoleón desvió la mirada hacia los Estados que, en Europa, se aferraban a su neutralidad. Entre ellos, Portugal. Desde mediados del siglo, por lo menos, Portugal se había convertido en un protectorado británico, y por lo mismo en un débil eslabón del dispositivo del Bloqueo, tanto más peligroso cuanto que estaba pegado a una España poco confiable. La decisión de Napoleón se formó a partir de la cuestión portuguesa. Desde finales de 1807, su decisión ya estaba tomada: Portugal sería eliminado, y como no podía confiar el trabajo a los españoles, los ejércitos franceses mismos se encargarían de hacerlo después de haber obtenido un derecho de paso a través del Norte de la península. Napoleón impuso a Godoy un nuevo tratado, el 27 de octubre de 1807, en virtud del cual España autorizaba el paso de los ejércitos franceses e incluso les brindaba refuerzos. En el mismo momento, Napoleón decidía que sus tropas no se limitarían a atravesar España para llegar a Portugal, sino que avanzarían hasta Madrid. Para disimular mejor sus objetivos, había halagado la codicia de Godoy prometiéndole un “principado de Algarves”, al que se daría forma al Sur de Portugal, mientras que en el Norte, se entregaría un “reino de Lusitania al rey de Etruria, al que había decidido expulsar de Toscana”. Godoy, que ya era “príncipe de la Paz”, se veía ya como “príncipe de Algarves” y casi soberano de Portugal. ¿Napoleón pensaba con seriedad indemnizar así a Carlos IV y a su favorito con los despojos arrancados a Portugal? Quizás estaba apostándole entonces al heredero del trono, Fernando, cuyos partidarios –el embajador francés en Madrid era de ellos– habían llegado a pedir a Napoleón encontrar una mujer para el príncipe heredero. Se pensaba en la hija mayor de Luciano Bonaparte, Carlota... El Emperador no había rechazado estas

propuestas. Era una de las hipótesis en las que estaba pensando sin haber tomado aún una decisión definitiva, esperando a que las circunstancias le indicaran el camino a seguir.

De pronto, en el mes de noviembre de 1807, mientras que las tropas francesas empezaban a penetrar en España, se produjo la primera crisis de la monarquía española. ¿Trató Fernando de destituir a Godoy? ¿O bien éste, al sospechar que Fernando estaba preparando su caída, se le adelantó? No queda claro. De cualquier modo, Fernando fue detenido, interrogado y amenazado con un proceso al que su padre terminó por renunciar a instancias de Francia. Napoleón había tomado al heredero de la corona bajo su protección, pero es seguro que estas escenas de familia lo llevaron a pensar y a dudar de que el remplazo del padre por el hijo fuese una buena solución. ¿Por qué, entonces, no cortar por lo sano y tratar a España como a Nápoles? Después de todo, los napolitanos no tenían quejas de su nuevo rey, José. ¿Por qué habrían de reaccionar de otro modo los españoles? Desde hacía varios meses, el embajador francés en Madrid, Claude de Beauharnais, repetía que los españoles esperaban su salvación de Napoleón. Al Emperador, aseguraba (y Talleyrand le hacía coro), lo aclamarían en Madrid. Napoleón, por más realista que fuera, no estaba exento de prejuicios ni de las ilusiones de su tiempo. Por un lado no le tenía mucha estimación a ese pueblo retrasado y supersticioso –al escribir a Murat que “si hubiera movimientos (populares) en España, se parecerían a los que vimos en Egipto”–,³⁴ pero por el otro quería creer que a los franceses les bastaría con entrar a España blandiendo la bandera de la libertad, de la abolición de privilegios y de la secularización de los conventos para que ese mismo pueblo retrasado y supersticioso recibiera al invasor en calidad de libertador. También tenía buenas razones para querer solucionar a su manera el problema planteado desde hacía mucho tiempo por ese aliado tan débil. Primero, así como en 1812 invadirá Rusia para restablecer una frágil alianza, pensaba en apoderarse de España para sustituir a un aliado defectuoso. Después, estaba más o menos oscuramente persuadido de que la historia de los Borbones se había acabado con la ejecución de Luis XVI en 1793. El caso del duque de Enghien, en 1804, in-

³⁴ Carta del 15 de abril de 1808 a Murat (*Correspondance de Napoléon I^{er}, publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III*, París, Imprimerie Impériale, 32 vol. n.º 13746, t. XVII, p. 3).

cluso lo había convencido de que estaba destinado a suceder a los Borbones, dándole a Francia una nueva dinastía. Eso equivalía también a condenar a los Borbones de Nápoles, de Parma y de España, y en el momento mismo en que comenzaba a pensar en echarlos de Madrid, decidía expulsarlos de Florencia. Por último, no había renunciado a sus ambiciones coloniales. Ciertamente, había fracasado de manera sucesiva en Egipto y en Santo Domingo, pero imaginaba periódicamente nuevas expediciones, unas veces para retomar el control del Mediterráneo, y otras para volver a poner los pies en América. No ignoraba cuánta falta le hacía a Francia una armada poderosa. Había creído, como el Directorio antes que él, que podría apoyarse en la flota española. En vano. Pero ahora sospechaba que las autoridades españolas no habían puesto al servicio de Francia la totalidad de sus fuerzas. ¿Ceder la corona española a uno de sus hermanos no permitiría poder contar finalmente con las fuerzas navales españolas y, por el puerto de Cádiz, reanudar el contacto con el Nuevo Mundo? Ya no a través de Santo Domingo o Luisiana, sino de México –las piastras estadounidenses se embarcaban con destino a Europa en Veracruz– cuyos metales preciosos eran necesarios más que nunca para el financiamiento de la guerra europea. En enero de 1808, en febrero, seguía reflexionando, sondeando a sus hermanos sin lograr encontrar candidato a la corona española, y finalmente nombró a Murat cabeza del ejército. El papel de este último era organizar la invasión y la ocupación de la mitad del Norte de España y de la capital sin provocar el menor incidente. Entre tanto, los franceses habían invadido Portugal, pero no habían podido impedir que la familia real huyera a Brasil (el 27 de noviembre de 1807). Este episodio desafortunado (equivalía entregar Brasil a los ingleses) inspiró no obstante un plan a Napoleón: ocupar España poco a poco, de manera pacífica, pero sin dar nunca una palabra de explicación sobre las razones de dicha invasión. El objetivo: asustar a la familia real española para obligarla a dejar Madrid y huir a Cádiz como lo había hecho la familia real portuguesa. Navíos franceses patrullaban frente a Cádiz, y a principios del mes de marzo, su comandante recibió una carta cifrada en la que se le pedía detener al rey de España y a su hijo si intentaban irse de Cádiz. El plan era sencillo: al haber huido el rey de España, bastaría entonces con proclamar su destronamiento y con hacer que las Cortes, reunidas de manera extraordinaria, reconocieran al nuevo monarca.

Fueron los españoles quienes, al final, hicieron fracasar el plan. En efecto, la familia real, asustada al ver que los soldados franceses cercaban todo el Norte del país, había dejado Madrid. Se encontraba en Aranjuez cuando, el 18 y el 19 de marzo, la muchedumbre, quizás alborotada por agentes de Fernando, le impidió dejar la ciudad. Godoy fue detenido, Carlos IV obligado a abdicar y Fernando VII proclamado rey, ascensión al trono que Murat, que acababa de llegar a Madrid, rehusó reconocer porque esperaba vagamente recibir el trono como herencia si éste quedaba vacante. España ya no tenía soberano, y la decisión quedaba en manos de Napoleón. Éste, como se sabe, no fue hasta Madrid. Se detuvo en Bayona, a donde la familia real había venido a su encuentro: “Los consejeros de Fernando se vanagloriaban de comprar el reconocimiento de su rey con algunos jirones de territorio. Fernando habría dado Cataluña y Navarra, y su honor, [...] para que Napoleón lo entronizara destronando a su padre. [...] Carlos IV y María Luisa estaban decididos a entregar a España entera y a todos sus pueblos, con tal que Napoleón pronunciara el destronamiento de su hijo”.³⁵ La decisión de Napoleón ya estaba tomada. Algunos historiadores piensan que el aflictivo espectáculo que ofrecía la familia real española liberó a Napoleón de sus últimos escrúpulos, suponiendo que todavía le quedaran algunos. El cuadro que pintamos, con un Carlos IV débil, afligido por una esposa devorada por la ambición y cegada por su pasión hacia Godoy, y por un hijo medio degenerado que Napoleón, luego de haberlo visto, considerará “muy tonto y muy malo”,³⁶ peca tal vez de excesivo, aunque el desprecio de los contemporáneos hacia esta lamentable familia haya sido casi unánime para desalentar toda tentativa de rehabilitación.³⁷ La misma condesa de Albany, a pesar de ser gran partidaria de la realeza, ¿no decía acaso de Carlos IV, de su mujer y de su hijo que eran todos “unos cretinos, masas de carne sin alma y sin sentimientos”?³⁸ Napoleón, quien ya había podido conocer *de visu* a algunos representantes de la familia algunos años antes, había conservado

³⁵ A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française, op. cit.*, t. VII, pp. 262-263.

³⁶ Carta a Talleyrand del 1 de mayo de 1808 (*Correspondance, op. cit.*, n° 13797, t. XVII, p. 50).

³⁷ Ver de cualquier manera Emilio La Parra, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, col. “Fábula”, 2005.

³⁸ Citado en Louis Madelin, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, París, Hachette, 1974, 16 vol., t. VII, p. 90.

un mal recuerdo de ellos y quedó persuadido, con mucha mayor facilidad al ver a Carlos IV y a su hijo, de que al separar a esta dinastía extenuada le hacía un gran favor a España y a los españoles. Resulta evidente que la decisión de derrocar a los Borbones fue la continuación, y no la causa, de su caída. Lo que había ocurrido el mes de octubre de 1807, cuando el padre había mandado arrestar al hijo (antes de que cinco meses después el hijo destronara al padre) hizo entender a Napoleón que el trono de España había quedado, de facto, vacante, y que ya no podía contar, por poco que fuera, con los Borbones de España para garantizar el cierre de Portugal a Inglaterra, y que una solución de repuesto impuesta desde el exterior tal vez permitiría evitar una guerra civil. Exigió la doble abdicación del padre y del hijo, y, sin pedirle su opinión, anunció a su hermano José, entonces rey de Nápoles, que de ahí en adelante era rey de España.

La astucia del plan de Napoleón era diabólica, salvo que no había previsto el levantamiento de Aranjuez, como tampoco pudo prever el de Madrid, el 2 de mayo, que prendió el polvorín. Ese era el punto débil del plan: suponía que los españoles no iban a reaccionar. Para el Emperador, la abdicación de Carlos IV y la sustitución de la dinastía de los Borbones por una nueva era un asunto que le concernía al soberano y sólo a él, ya que, al poseer la corona como un bien propio, podía disponer de ella como le diera la gana. Lo que Napoleón no era capaz de entender era que el derrumbe sufrido por la monarquía española había hecho volar en pedazos los préstamos que, desde hacía un siglo, le había pedido a la tradición absolutista francesa. Espontáneamente había vuelto a aparecer la vieja doctrina, de origen medieval, muy anterior a la llegada de los Borbones a España, según la cual la monarquía española era producto de un pacto entre la “nación” y el rey, que ni una ni el otro podían romper de manera unilateral. La cesión de la corona, posible de acuerdo con los principios absolutistas, no lo era en el marco de la doctrina “pactista”: ni Carlos IV ni Fernando tenían el poder de ceder la corona, la cesión que habían hecho de ella conducía tan sólo a la “reversión de la soberanía a la comunidad política”.³⁹ En cuanto comenzó, la insurrección ya contaba con la legitimidad que José, el “rey intruso”, nunca iba a poder disputarle. No hay duda de que, a este respecto, a Napoleón

³⁹ Ver M.-D. Demélas y F.-X. Guerra, *Orígenes de la democracia en España*, op. cit., pp. 24-25.

lo engañaron aquellos de su entorno que, por diversas razones, deseaban la guerra y le aseguraban que los españoles lo estaban esperando como a un salvador; pero también lo engañaron los prejuicios de la época en cuanto a la decadencia de España. Sobre todo, mostró ser un fiel heredero de la Revolución, persuadido de que los pueblos prefieren siempre la libertad –incluso cuando llega de manos extranjeras– a la servidumbre, y confiado le escribe a Murat, al día siguiente de la doble abdicación de Bayona: “Esto termina por completo los asuntos...”⁴⁰ La adhesión masiva de las elites a la nueva monarquía, una vez pasado el efecto del 2 de mayo madrileño, lo único que logró, de hecho, fue confirmar su pronóstico. Creía que la masa de españoles estaba en el mismo plano e incluso la capitulación del general Dupont en Bailén no le abrió los ojos, mientras que precisamente al hacer nacer la duda sobre la invencibilidad de los franceses y, por ende, sobre sus posibilidades de quedarse en España, dicha capitulación provocaba no sólo un levantamiento popular de inédita amplitud, sino el sálvese quien pueda de un buen número de *ralliés*⁴¹ tempraneros. Napoleón, quien admiraba a Robespierre, habría tenido que meditar el discurso que pronunció el Incorruptible el 2 de enero de 1792 para oponerse a entrar en guerra con Austria: “Pasean ustedes a nuestro ejército triunfante por los pueblos vecinos, por todas partes establecen municipalidades, directorios, asambleas nacionales, y exclaman que este pensamiento es sublime, como si el destino de los imperios se determinara con figuras retóricas. [...] Es enojoso que la verdad y el sentido común desmientan estas magníficas predicciones. [...] La idea más extravagante que pueda nacer en la cabeza de un político es creer que basta con que un pueblo entre a mano armada en el territorio de un pueblo extranjero para hacerlo adoptar sus leyes y su constitución. Nadie quiere a los misioneros armados, y el primer consejo que dan la naturaleza y la prudencia es rechazarlos como a enemigos”.⁴² ❧

⁴⁰ Carta del 6 de mayo de 1808 a Murat (*Correspondance, op. cit.*, n° 13818, t. XVII, p. 70).

⁴¹ Término de la política francesa con el que se designa a los monárquicos o bonapartistas que se adhirieron a la República. (N. del T.)

⁴² Maximilien Robespierre, *Œuvres*, ed. M. Bouloiseau, E. Desprez, G. Laurent, G. Lefebvre, E. Lesueur, G. Michon y A. Soboul, París, 1912-1967, PUF, 10 vol., t. VIII, pp. 81-82.

Estambul y sus revoluciones: camino hacia la modernidad

Frédéric Hitzel*

“Si hoy me toca a mí, mañana te tocará a ti”. Esta advertencia, que es frecuente encontrar grabada en los epitafios de las estelas funerarias otomanas, recuerda al buen musulmán que todos los hombres están destinados a morir, en un tiempo límite fijado por Dios. Este término predeterminado no puede adelantarse ni atrasarse, tal como lo dice otra fórmula funeraria común en los cementerios de Estambul: “Puesto que le llegó su fin, no podría haber piedad para él”. Este precepto se aplica a todo ser humano, incluso a los sultanes otomanos que, desde su capital de Estambul, gobiernan el más vasto imperio musulmán, que se extiende desde las riberas del Adriático hasta los confines de África del Norte (excepto Marruecos), pasando por la península arábiga. Sin embargo, es obvio: el soberano otomán no era el primer fiel que llegaba. Era la sombra de Dios en la Tierra, lo que hacía de él una pieza esencial del sistema institucional. Su muerte planteaba la delicada cuestión de su sucesión. Si bien la mayoría de los sultanes murieron en el trono, algunos fueron depuestos, y otros asesinados. Esto es lo que ocurrió al sultán Selim III, quien tuvo que ceder el trono a su primo Mustafá IV en 1807, antes de ser salvajemente ejecutado el año siguiente. El trágico final de su reinado, sobre el que volveremos más adelante, marcó fuertemente la historiografía turca. En efecto, más que cualquier otro sultán antes que él, Selim III fue testimonio de una voluntad de renovación del Estado otomano, que hizo de él el verdadero precursor de los sultanes y

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

grandes visires reformadores del siglo XIX.¹ Además, su reinado coincidió con algunos grandes acontecimientos de finales de los siglos XVIII y XIX. Comienza con él una nueva fase de la historia del Estado otomano cuando, por su parte, en la otra orilla del Atlántico, México estaba viviendo su proceso de independencia.

Así como los siglos XVI y XVII fueron brillantes para el Imperio Otomano y su capital Estambul, que se había convertido en uno de los faros del Viejo Mundo, de igual manera los últimos años del siglo XVII anuncian un cambio de dirección que empezó con el repliegue de las tropas otomanas ante Viena en 1683. El siglo siguiente marca el verdadero inicio de la ofensiva de las grandes potencias europeas, tanto en el ámbito militar y diplomático como en el económico, sin contar con la influencia occidental que empieza a ejercerse en los espectros técnico y cultural. En el plano militar, rusos y austriacos logran victorias que obligan a un repliegue de las fronteras del imperio; en el económico, franceses y, en menor grado, ingleses y holandeses, incrementan su penetración en el Mediterráneo. Por último, todas estas naciones ejercen un nuevo tipo de presión al favorecer a las minorías cristianas del imperio (armenios y griegos), injerencia de carácter social que luego se va a transformar en apoyo político.

Este declive del Imperio Otomano va a aparecer de manera notable en el momento de la guerra ruso-turca (1768-1774), que marca el inicio de lo que suele llamarse la “Cuestión de Oriente”.² Desde la firma del desastroso tratado de Kutchuk Kainardji (julio de 1774), que consagra los progresos militares, diplomáticos y políticos de Rusia, el nuevo sultán Abdul-Hamid I (1774-1789) trabaja para renovar el Estado otomano y, en primer lugar, para constituir un ejército y una flota capaces de proteger las fronteras del imperio. Es así como, desde 1774, confía al barón François de Tott, un gentilhombre

¹ El mejor estudio sobre Selim III es el de Stanford J. Shaw, *Between Old and New, The Ottoman Empire Under Sultan Selim III, 1789-1807*. Cambridge: Harvard University Press, 1971.

² La “Cuestión de Oriente” corresponde a un conjunto de hechos que se desarrollaron entre 1774 (Tratado de Kutchuk Kainardji) y 1923 (Tratado de Lausana). Sus principales rasgos son el desmembramiento progresivo del Imperio Otomano y la rivalidad de las grandes potencias para establecer su control e influencia sobre el Imperio Balcánico y los países de la ribera del Mediterráneo. Ver Edouard Driault, *La Question d'Orient. Depuis ses origines jusqu'à nos jours*. París: 1898; J. Ancel, *Manuel historique de la Question d'Orient*. París: 1923; M. S. Anderson, *The Eastern Question, 1774-1923*. Londres-Nueva York: 1966.

húngaro al servicio de Francia, la creación de una artillería moderna.³ Con la ayuda de un renegado escocés llamado Campbell, apodado “Mustafá el inglés” (*İngiliz Mustafa*), de un oficial de artillería francés, Antoine-Charles Aubert, y de una compañía de doce maestros obreros enviados por la corte de Versalles, Tott organizó un nuevo cuerpo de artillería de tiro rápido, de pocos efectivos, pero bien entrenados, bien dirigidos y dotados con cañones, algunos proporcionados por Francia; por otra parte, crea en Estambul una fundición de cañones y una escuela de ingenieros, dirigidas a partir de 1784 por dos oficiales del cuerpo de ingenieros militares, de La Fitte-Clavé y Monnier de Courtois.⁴

Se renueva la marina bajo la enérgica batuta de un almirante mayor, Djezayirli Ghazi Hasan Pacha, quien da inicio en los diferentes arsenales del imperio a la construcción de navíos modernos, para lo cual recurre a técnicos extranjeros dirigidos por dos ingenieros franceses del puerto de Lorient, Le Roy y Durest, y cuatro armadores originarios de Tolón. Se hacen esfuerzos para reclutar y entrenar marinos; al mismo tiempo se llevan a cabo mejoras en las carenas de las naves y surgen las primeras lanchas cañoneras. Paralelamente a este reordenamiento en el ámbito militar, el sultán dirige su atención y esfuerzos al mejoramiento de las condiciones económicas: alienta las industrias locales, le apuesta a vigorizar la industria textil, en fuerte competencia con los productos europeos favorece la fabricación de artesanías. Estas medidas se topan con la oposición de los conservadores, de los religiosos (ulemas) y de ciertos jefes militares.⁵ A los reformadores convencidos, aunque poco numerosos, se les acusa además, en razón del llamado que se hace a técnicos europeos, a menudo franceses, de minar las bases

³ Su estancia en Oriente dará origen a un relato, verdadero *best-seller* de la época: Baron F. de Tott, *Mémoires sur les Turcs et les Tartares*. Ámsterdam: 1784, 3 vol., reedición de Ferenc Tóth, en las ediciones Honoré Champion, 2004. Ver también F. Tóth, *La guerre russo-turque (1768-1774) et la défense des Dardanelles. L'extraordinaire mission du baron de Tott*. París: Économica, 2008.

⁴ Auguste Boppe, “La France et le militaire turc au XVIII^e siècle”, *Feuilles d'histoire du XVII^e au XX^e siècle*, VII (1912), pp. 386-402 y 490-501; A. Arcelin, “Une mission militaire en Turquie (1784-1788)”, *Revue de la Société littéraire, historique et archéologique du département de l'Ain*, 1873-1874, pp. 8-25; Frédéric Hitzel, “Les écoles de mathématiques turques et l'aide française (1775-1798)”, *Actes du sixième congrès international d'histoire économique et sociale de l'Empire ottoman et de la Turquie (1326-1960)*, Aix-en-Provence (1-4 julio, 1992), *Collection Turcica*, VIII, 1995, pp. 813-825.

⁵ Uriel Heyd, “The Ottoman ‘Ulema and Westernization in the time of Selim III and Mahmud II”, *Studies in Islamic History and Civilization, Scripta Hierosolymitana*, 10, 1961, pp. 63-96.

religiosas y sociales del Estado. Esta oposición a las reformas tiene el apoyo velado de los rusos y los austriacos, a los que no les interesa mucho que el Estado otomano elimine sus debilidades y con ello aumente su poderío. Catalina II manifiesta, por lo demás, sus intenciones de manera abierta: en 1779, sus tropas penetran en Crimea, el viejo territorio musulmán del Norte del Mar Negro (anexión confirmada por el tratado de Aynali Kavak, de enero de 1784). El mismo año, el feldmariscal Potemkine funda la puerta marítima de Sebastopol en el emplazamiento de un pueblo tártaro, sentando así las bases del principal puerto de guerra ruso que permitía el acceso al Mediterráneo.

En Estambul, aunque encerrado y aislado en el palacio de Topkapi, el joven príncipe Selim, nacido el 24 de diciembre de 1761, sigue de cerca todos estos acontecimientos. Quienes lo mantienen al corriente de las reformas de su tío Abdul-Hamid I son sus esclavos y sus amigos, así como también su médico veneciano, el doctor Lorenzo, a sueldo al mismo tiempo de las embajadas francesa y austriaca, particularidad ésta que es necesario hacer notar. Bajo su influencia, incluso antes de subir al trono, entendía la necesidad de reformar el imperio, pero la idea que se hacía de ella seguía siendo tradicional. Para él, era preponderante poner fin a los abusos y a la ineficiencia, restaurar el espíritu de disciplina y de servicio, pero sin dejar de respetar el marco tradicional.

Deseoso de conocer a los otros regímenes del mundo, en particular el de Francia, debido al lugar que tenían en Estambul los técnicos de aquella nación, el príncipe Selim mantiene una correspondencia secreta con el rey Luis XVI, modelo del monarca cultivado que desea llegar a ser.⁶ Pero el 7 de abril de 1789, cuando a los 28 años sube al trono con el nombre de Selim III y se apresta a solicitar la ayuda del rey de Francia para reorganizar sus ejércitos y recuperar los territorios otomanos dejados en manos de Rusia, ocurren dos acontecimientos que se contraponen a sus proyectos: en Francia, los Estados Generales, que marcan el inicio de la Revolución Francesa, están a punto de ser convocados, y estalla un nuevo conflicto social entre el Imperio otomano y Rusia.

⁶ Léonce Pingaud, *Choiseul Gouffier. La France en Orient sous Louis XVI*. París: 1887, pp. 87-90; Salih Munit, "Louis XVI et le sultan Sélim III", *Revue d'histoire diplomatique*, 26, 1912, pp. 516-548.

Debido a esta guerra, a la que se unió Austria, Selim III tiene que retrasar cinco años el lanzamiento de sus reformas. Aprovecha para poner en puestos de responsabilidad a varios compañeros de su infancia, con lo que constituye a su alrededor un nuevo equipo de administradores y soldados favorables a las reformas. A petición del sultán algunas personalidades se unen al movimiento y preparan una serie de informes sobre la situación en la que se encuentra el imperio. Estos informes preconizan a menudo reformas que van más allá de lo que deseaba el sultán, en particular en los ámbitos económico y social. Como siempre, este movimiento suscita oposiciones; estas últimas terminarán por triunfar en 1807. Como el imperio está en guerra, las primeras medidas de renovación se aplican lógicamente a las fuerzas armadas. Los cuerpos tradicionales del ejército otomano, en particular la infantería de los jenízaros, no sufren cambios drásticos en sentido estricto. Sin embargo, el reclutamiento se hace más severo, se instaura una nueva jerarquía y se fijan sueldos de acuerdo con los grados y las capacidades: el entrenamiento se vuelve regular y obligatorio, y se controla el ausentismo. Se agrandan y modernizan las barracas para los cuerpos. Pero más allá de este marco, Selim III decide crear en 1794 un nuevo cuerpo de artillería, llamado “la nueva organización” (*nizam-i cedid*). Entrenadas a la europea por oficiales franceses que les imponen uniforme y disciplina, y les enseñan el manejo de las armas, estas nuevas tropas se van a desarrollar rápidamente gracias a importantes medios financieros: pasan de 2,536 hombres y 27 oficiales en 1797 a 22,685 soldados y 1,590 oficiales en 1807, la mitad de los cuales permanece en Anatolia y el resto en Estambul.⁷ Al mismo tiempo, el gobierno revolucionario francés envía a varias decenas de oficiales encargados de desarrollar una escuela de ingeniería militar destinada a formar oficiales especializados, a reformar las fundiciones de cañones y las fábricas de pólvora, y a establecer manufacturas de armas.⁸

⁷ Stanford J. Shaw, *Between Old and New*, p. 132; *idem*, “The Established Ottoman Army Corps under Sultan Selim III (1789-1807)”, *Der Islam*, 40 (1965), pp. 142-185; *idem*, “The Origins of Ottoman Military Reform: The *Nizam-i Cedid* Army of Sultan Selim III”, *Journal of Modern History*, 37, 1965, pp. 291-306.

⁸ F. Clément Simon, *Le premier ambassadeur de la République française à Constantinople, le général Aubert Dubayet*, París, 1904; Edouard de Marcère, *Une ambassade à Constantinople: La politique orientale de la Révolution française*. París: 1927, 2 vol.

Las reformas también se hacen en la marina, cuya renovación había sido iniciada por Djezayirli Ghazi Hasan Pacha. Su sucesor, Kutchuk Hussein Pacha, almirante mayor durante casi todo el reinado de Selim III (de 1792 a 1803), prosigue con su obra: mejora el reclutamiento y la formación de los marinos, reorganiza los arsenales, manda construir diques de carena por parte de ingenieros suecos y crea una escuela de salud naval, con el objetivo de establecer una marina moderna.⁹ No obstante, estas reformas tienen un costo y Selim III se ve obligado a efectuar una devaluación de la moneda y a aumentar los impuestos; estas medidas llegan a la confiscación de bienes de los ricos negociantes. Aunque muy tradicionales entre los otomanos, dichas medidas acarrearán fatalmente cierto descontento en la población.

De igual manera, las reformas se hacen en los servicios civiles, pero son mucho menos profundas: tienen que ver con la reorganización de los servicios financieros, el abastecimiento de productos de primera necesidad a las ciudades, la obligación para los campesinos que huían del campo de regresar a sus pueblos, el respeto de las tradiciones y de cierta moral (cierre de tabernas y burdeles en la capital). Los éxitos económicos más importantes tienen su origen en estos esfuerzos por regularizar el abastecimiento a las grandes ciudades de granos, café y otros productos alimenticios, con lo que se atenúan los efectos más graves de la sobrepoblación y la inflación; estos últimos se manifestarán, sin embargo, de manera endémica hasta finales del reinado de Selim III.

Dicho periodo está marcado, sobre todo, por cierta apertura hacia Occidente, en particular hacia Francia, cuya cultura aprecia. Por intermediación de su hermana, la sultana Khadidja, Selim III recluta a un joven artista lorenés, Antoine-Ignace Melling, quien construirá para él varios pabellones a lo largo del Bósforo, en estilo neoclásico.¹⁰ Un ingeniero, también lorenés,

⁹Stanford J. Shaw, "Selim III and the Ottoman Navy", *Turcica*, I, 1969, pp. 212-241; Tuncay Zorlu, *Innovation and Empire in Turkey: Sultan Selim III and the Modernisation of the Ottoman Navy*. Londres-Nueva York: I. B. Tauris, 2008; Pierre Pinon, "Un épisode de la réception des progrès techniques à Constantinople: l'échec de la mission Ferregeau, ingénieur des Ponts-et-Chaussées", *Varia Turcica*, XVI, 1990, pp. 71-83.

¹⁰Cornelis Boschma y Jacques Perot, *Antoine-Ignace Melling (1763-1831), artiste voyageur*, París, 1992; Jacques Perot, "Un artiste lorrain à la cour de Sélim III: Antoine-Ignace Melling (1763-1831)", *Bulletin de la société de l'histoire de l'art français*, 1987 [1989], pp. 125-150. A su regreso a Francia, Melling

François Kauffer, diseñará a su petición jardines a la francesa, con laberinto.¹¹ Sin embargo, Selim III no comprende las nuevas ideas que aparecieron con la Revolución Francesa.¹² Le resultan indiferentes los bailoteos de los patriotas franceses que cantan la carmañola alrededor de un árbol de la libertad plantado en la terraza del Palacio de Francia coreando “Vivan la Libertad, la Igualdad y la República”, así como los debates, llenos de ardor, de un club jacobino durante el que se distribuyen escarapelas.¹³ En cuanto al contenido de los diarios (*La Gazette française de Constantinople*, *Le Mercure oriental*) y de los panfletos impresos en las prensas de la embajada de Francia, varios de los cuales se traducen al otomano, su comprensión es aún menor.¹⁴ Este inicio de apertura hacia Occidente está marcado, sin embargo, por una innovación: la que tiene que ver con la diplomacia. Por primera vez en su historia, el Imperio Otomano nombra embajadores permanentes en diversas capitales europeas. En 1793, se envía un embajador a Londres; en 1795, a Berlín y a Viena. La ejecución del rey Luis XVI, a quien Selim no aprueba, atrasará el nombramiento de un embajador turco en Francia; Seyyid Ali no será ratificado realmente sino hasta septiembre de 1796. No llegará a París antes de julio de 1797 con un séquito de 18 personas; tendrá la ocasión de reunirse varias veces con Talleyrand, quien se había convertido en

conocerá el éxito gracias a la publicación de su magnífica obra *Voyage pittoresque de Constantinople et des rives du Bosphore*. París: 1826.

¹¹ F. Hitzel, “François Kauffer (1751?-1801): ingénieur-cartographe français au service de Sélim III”, *Science in Islamic Civilisation*, editado por Ekmeleddin Ihsanoglu y Feza Günergün. Estambul: 2000, pp. 233-243.

¹² F. Clément Simon, “La Révolution et le Grand Turc (1792-1796)”, *Revue de Paris*, enero-feb de 1907, pp. 426-448; Bernard Lewis, “The Impact of the French Revolution on Turkey”, *Journal of World History*, 1953, pp. 105-125 (retomado en B. Lewis, *Le Retour de l’Islam*, París, Gallimard, 1985, pp. 67-98); Stéphane Yerasimos, “Les premiers témoignages sur la France post-révolutionnaire: les rapports des ambassadeurs ottomans à Paris pendant le Directoire, le Consulat et l’Empire”, *Cahiers d’études sur la Méditerranée orientale et le monde Turco-iranien*, 12, 1991, pp. 47-57.

¹³ F. Hitzel, “Etienne-Félix Héning: Un jacobin à Constantinople (1793-1795)”, *Anatolia Moderna*, I, 1991, pp. 35-46; *idem*, “Les échos de la Révolution française à Istanbul”, *La Révolution française en Alsace*, 7, 1995, pp. 145-155; Onnick Jamgocyan, “La Révolution française vue et vécue à Constantinople, 1789-1795”, *Annales historiques de la Révolution française*, 282 (oct.-dic de 1990).

¹⁴ L. Lagarde, “Note sur les journaux français de Constantinople à l’époque révolutionnaire”, *Journal Asiatique*, 236, 1948, pp. 271-276; Richard Clogg, “A further note on the French Newspaper of Istanbul during the Revolutionary Period (1795-97)”, *Belleten*, 155, 1975, pp. 483-492; Gérard Groc, “Les premiers contacts de l’Empire ottoman avec le message de la Révolution française (1789-1798)”, *Cahiers d’études sur la Méditerranée orientale et le monde Turco-iranien*, 12, 1991, pp. 21-46.

ministro de Relaciones Exteriores. Pero la expedición de Egipto de Bonaparte en 1798 acarreará la ruptura de relaciones con Francia, que durará un poco más de tres años.¹⁵

Las múltiples reformas emprendidas por Selim III, así como las guerras con Rusia y Austria, que no terminarán sino hasta 1792, exigen considerables medios financieros y humanos. A todas las provincias del imperio, desde los Balcanes hasta las provincias árabes, se les pide su contribución, lo que acarrea rebeliones aquí y allá, como la de Ali Pacha de Janina, en Grecia del Norte y en Albania (personaje legendario que encontramos en la novela de Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*), la de Kara Georges en Serbia y Pasvanoghlu Osman en Bulgaria. Estas revueltas tienen tanto más eco cuanto que las ideas emitidas por la Revolución Francesa empiezan a extenderse, en particular en los medios intelectuales griegos, lo que incita a Selim III a sentir una nueva desconfianza respecto de Francia. Al mismo tiempo, se modifica el contexto internacional: durante el verano de 1797, los franceses del ejército de Italia destruyen Venecia y se apoderan de las Islas Ionias.¹⁶ Las relaciones con Rusia mejoran tras la muerte de Catalina II en noviembre de 1796, al mismo tiempo que su sucesor, Pablo I, se acerca a los otomanos para intentar oponerse a la influencia francesa. La expedición de Bonaparte a Egipto (1798-1801) no tarda en comprometer de manera definitiva las buenas relaciones turco-francesas; dicha expedición obliga a Selim III a pactar una alianza con los británicos y los rusos, así como a declarar la guerra a Francia (9 de septiembre de 1798).¹⁷ Las consecuencias de esta conflagración resultan desastrosas para el comercio francés en Levante: arrestan a cónsules y comerciantes, confiscan bienes franceses, los otomanos reconquistan las islas Ionias, que estaban bajo control de los franceses. Los ejércitos francés y ruso se enfrentan en Palestina, y luego Bonaparte tiene que levantar el sitio de Saint-Jean-d'Acre (23 de marzo-11 de mayo de

¹⁵ Maurice Herbet, *Une ambassade turque sous le Directoire*, París, 1902; *Deux ottomans à Paris sous le Directoire et l'Empire*, traducción del otomano, presentación y notas de Stéphane Yerasimos, Arles, Sindbad/Actes Sud, 1998.

¹⁶ Emmanuel Rodocanachi, *Bonaparte et les îles Ioniennes*, París, 1899; Henry Laurens, "Bonaparte, l'Orient et la Grand Nation", *Annales historiques de la Révolution française*, 273, 1988, pp. 289-301.

¹⁷ Sobre la expedición de Egipto, ver Henry Laurens (coordinador), *L'Expédition d'Égypte, 1798-1801*. París: 1989.

1799) ante la resistencia de las nuevas tropas del *nizam-i cedid*. Otro ejército turco resulta vencido en Aboukir, en julio, pero el general Kléber, quien sucedió a Bonaparte luego de que éste regresara a Francia de incógnito, muere asesinado en el Cairo el 14 de junio de 1800, y su sucesor, el general Menou, evacua Egipto un año después, el 1 de septiembre de 1801. Se firma la paz en Amiens, en junio de 1802: Francia recobra todo lo que había tenido que conceder con anterioridad e incluso obtiene el derecho a navegar en el Mar Negro. La política de amistad con Francia, renovada a partir de entonces, continuará a pesar de las tentativas rusas e inglesas por oponerse a ella. En esta época, Selim III se encuentra en la cúspide de su reinado. Aparece como un soberano feliz, cuya política, tanto interna como externa, ha tenido éxito. Sin embargo, esta mejoría no dura mucho y el descontento no tardará en hacerse visible.

Aprovechando la ausencia de autoridad, resultado de las guerras contra Rusia y Austria, y luego contra Francia en Egipto y Palestina, algunos gobernadores, notables y hasta jefes de bandas tratan de instaurar en su provincia una autonomía que les resulte provechosa. Estas revueltas tienen diferentes motivaciones y adquieren un carácter político, personal, nacionalista o religioso, según las regiones y el contexto. Si bien no se insiste todavía en el “principio de las nacionalidades”, éste ya empieza a manifestarse. Ciertamente, las ideas siguen siendo confusas para la mayoría de la gente, que no ve en estos movimientos más que un medio de hacer que los dirigentes otomanos reconsideren su sistema de dominio. Pero ya las nuevas ideas de independencia y libertad hacen eco. Aunque sea la inspiradora de tales ideas, la Francia del Consulado y luego la del Primer Imperio prefieren no obstante conservar cierta neutralidad, en razón de su política de amistad tradicional con el gobierno otomano, más aún cuando austriacos y rusos son sus enemigos comunes.

Rusos e ingleses ven con muy malos ojos la preponderancia de la influencia francesa en Estambul, que es reforzada por las victorias de Napoleón en Ulm (17 de octubre de 1805) y en Austerlitz (2 de diciembre de 1805), lo que permite al sultán endurecer su actitud respecto de ellos.¹⁸ Así, el dere-

¹⁸ F. Hitzel, “Austerlitz vu par les Ottomans”, *Austerlitz. Napoléon au cœur de l'Europe*. París: Musée de l'Armée, 2007, pp. 275-294.

cho de paso en los Estrechos (Bósforo y Dardanelos), otorgado en un primer momento a los rusos, se les rehúsa en el otoño de 1806. Selim III puede, por lo demás, contar con el apoyo de Francia, cuyo embajador en Estambul, el general Horace Sébastiani, es considerado como un héroe por haber organizado la defensa de la capital otomana y por haber repelido el bloqueo de una flota inglesa (febrero de 1807).¹⁹ Algunos autores atribuyen igualmente estas buenas relaciones franco-turcas al papel que desempeñó una dama del harem que, en principio, era francesa, identificada con el nombre de Aimée Dubuc de Rivery, prima de Joséphine de Beauharnais. Nada permite afirmar que Aimée Dubuc, capturada por piratas berberiscos, haya sido parte del harem del sultán, en el que se habría convertido, con el nombre de Nakchidil, en la favorita de Abdul-Hamid I. Ciertamente, la madre del sultán Mahmut II se llamaba Nakchidil, pero no parece que sea esta francesa la musa de Selim III y la inspiradora de su política profrancesa.²⁰ Sea como fuere, esta favorita no podrá impedir la caída de Selim III.

A finales de mayo de 1807, Selim III tiene que enfrentar una nueva revuelta. Ésta, tan repentina como espontánea, es mucho más grave que las anteriores.²¹ Se origina en las filas de los jenízaros, en rebelión contra oficiales del nuevo ejército del *nizam-i cedid*. Esta vez, el sultán duda en aplicar mano dura. Trata de negociar con los rebeldes que no aceptan y avanzan hacia el palacio imperial y a los que se han unido todo tipo de opositores; éstos reclaman la abolición de las reformas y, más allá, su simple y llana deposición. Luego de muchas pláticas, Selim III renuncia a defenderse y abdica en favor de su primo Mustafá IV, quien sube al trono el 29 de mayo de 1807. Así, el reinado del más liberal de los reformadores tradicionales termina en una derrota.

¹⁹ Edouard Driault, *La politique orientale de Napoléon: Sébastiani et Gardane*, París, 1904; *idem*, “Correspondance du général Sébastiani, ambassadeur à Constantinople, 1806-7”, *Revue des études napoléoniennes*, IV, 1913, pp. 402-425; P. Coquelle, “Sébastieni ambassadeur à Constantinople (1806-1808)”, *Revue d'histoire diplomatique*, 1904, pp. 574-611.

²⁰ La vida de Aimée Dubuc de Rivery, nacida en Pointe Royale, Martinica, en 1776, fue objeto de dos novelas de éxito, una de Michel de Grèce, *La nuit du sérail* (1985) y otra de Barbara Chase-Riboud, *Valide: A Novel of the Harem* (1986), traducida al francés con el título de *La Grande Sultane*.

²¹ Ver, al respecto, A. Juchereau de Saint-Denys, *Révolution de Constantinople en 1807 et 1808*, París, 1819, 2 vol.; E. Driault, *La politique orientale de Napoléon*, pp. 191-192.

Mustafá IV, quien muestra poquísima personalidad, se pliega ante las exigencias de los medios conservadores y reaccionarios: todas las innovaciones que se introdujeron bajo Selim III, empezando con el *nizam-i cedid*, quedan abolidas, y las antiguas instituciones y leyes vuelven por sus fueros. Todos aquellos que, en diverso grado, fueron víctimas del régimen precedente o son considerados como tales recuperan sus bienes o reciben compensaciones. La cacería de partidarios de Selim III –y en particular los oficiales del *nizam-i cedid*– se organiza por todo el imperio. El poder de los jenízaros de Estambul, que dieron origen al derrocamiento del sultán, ya no tiene límites; hacen que reine el terror y los saqueos en la capital, hasta tal punto que los nuevos dirigentes tienen que tratar de alejarlos haciéndoles promesas y concediéndoles ventajas.

A estas dificultades de orden interno se añaden algunas inquietudes provocadas por acontecimientos ocurridos fuera del imperio. Dado que Napoleón había vencido a los rusos en Friedland (14 de julio de 1807), ya no requería al aliado otomano. El 7 de julio de 1807, Napoleón acepta pactar la paz con el Zar Alejandro I en Tilsit: además de cierta cantidad de puntos relativos a la Europa Occidental, el emperador de los franceses se compromete a intervenir como mediador entre rusos y turcos; en caso de fracasar, ambos emperadores llegarán a un acuerdo para quitar a los otomanos su dominación sobre la Europa balcánica y repartirse luego el Imperio Otomano.²²

Estas amenazas, a las que se añaden la incompetencia y la ausencia de actos positivos por parte del nuevo soberano de Estambul, provocan que se acerquen reformadores y notables, quienes temen que la situación interna se degrade. Estos últimos contactan entonces a un tal Bayraktar Mustafá Pacha, quien aparece con sus tropas como el hombre fuerte del momento, para reinstalar a Selim III en el trono. Se inician negociaciones entre los reformadores, el sultán Mustafá IV y el nuevo gran visir Tchelebi Mustafá Pacha. El resultado es la entrada a Estambul de Mustafá Bayraktar y sus tropas, el 18 de julio de 1808. Pero como Bayraktar estaba adquiriendo de-

²² Albert Vandal, “Documents relatifs au partage de l’Orient négocié entre Napoléon et Alexandre I^{er}”, *Recue d’histoire diplomatique*, 1890, pp. 421-470; Edouard Driault, “La question d’Orient en 1807, l’armistice de Slobodzié”, *Recue d’histoire diplomatique*, 1900, pp. 5-63.

masiada importancia, el sultán y el gran visir tratan de alejarlo de la capital enviándolo a guerrear del lado de la frontera danubiana. Se rehúsa, y muy por el contrario, exige la deposición de Mustafá IV y la reinstalación de Selim III. Mustafá IV, puesto en un predicamento, decide pasar a la acción y envía a sus propios agentes a matar a Selim y al príncipe Mahmut, lo que lo convertiría en el único miembro todavía vivo del linaje otomano. A Selim, en efecto, lo capturan y asesinan salvajemente. Pero el joven príncipe Mahmut logra escapar por los techos del palacio de Topkapi y se refugia con Bayraktar Mustafá Pacha, quien lo proclama sultán el 28 de julio de 1808. Este príncipe, uno de los hijos de Abdul-Hamid I, en lo sucesivo va a reinar con el nombre de Mahmut II (1808-1839). Dará continuidad a la política de su padre y de su primo, Selim III, y será el verdadero iniciador de las grandes reformas del Imperio Otomano a principios del siglo XIX. Con él dará inicio el periodo conocido como del *Tanzimat* (las reformas) y la entrada del Imperio Otomano a la modernidad.

Con la muerte de Selim III acaba un periodo de la historia otomana durante la cual aparece con claridad la presión de las grandes potencias para debilitar el imperio y reducir su dominio territorial, mientras se manifiestan los primeros intentos de reformas, con la oposición de hombres y mentalidades, demasiado marcados por las tradiciones, las costumbres y el temor de la pérdida de privilegios. El reinado de Selim III constituye, de cualquier manera, un periodo de transición. Y aunque los resultados hayan sido objeto de cuestionamientos, es necesario reconocer que hubo intentos de modernización y apertura, se rompió de alguna manera el aislamiento del imperio y algunos jóvenes diplomáticos otomanos pudieron observar de cerca las estructuras y los regímenes de los Estados europeos, que fueron fuente de las futuras reformas. De hecho, Selim III puede ser considerado como uno de los soberanos “cultivados” que marcaron, en la historia otomana, los primeros años del siglo XIX. De hecho, en la actualidad, cuando se están oponiendo en Turquía corrientes laicas e islamistas, su memoria sigue siendo objeto de recuperación política, como lo atestigua una reciente exposición que conmemora el bicentenario de su muerte, que lleva por nombre “Sultán Selim III: un reformista, poeta y músico” (Museo del palacio de Topkapi, del 24 de diciembre al 24 de marzo de 2009). 

Calcuta y el mundo

Claude Markovits*

Visto desde Calcuta, el año 1809 no aparece como particularmente memorable. Mientras que 1808 había presenciado la preocupación de las autoridades británicas por las consecuencias del tratado que había firmado Napoleón en 1807 con Persia en Finkenstein,¹ y había quedado marcado por el envío de dos misiones concurrentes en este país para tratar de oponerse a la del general Gardanne, enviado de Napoleón ante el sha de Persia, 1809 estuvo marcado por una repentina disminución de las preocupaciones inglesas respecto de un eventual proyecto napoleónico para invadir la India.² Lo único que seguía siendo motivo de preocupación era la guerra de corso llevada a cabo desde Île de France (Mauricio) y la Reunión, en el archipiélago de las Mascareñas, bajo la batuta del Gobernador Decaen, por los corsarios franceses.³ Preferían enfrentarse a los navíos que efectuaban el

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

¹ Sobre este tratado y, de manera más general, sobre la política oriental de Napoleón, ver: Edouard Driault, *La Politique Orientale de Napoléon: Sébastien et Gardanne 1806-1808*. París: Félix Alcan, 1904.

² En una correspondencia privada con fecha de marzo de 1809 y referente a los asuntos persas, el gobernador general Lord Minto escribió: “Pienso que no corremos riesgos [...] si fundamos nuestra política en el principio de que una invasión francesa a la India no es algo que debamos temer en lo inmediato”. Citado en J. W. Kaye, *The Life and Correspondence of Sir John Malcolm*. Londres: Elder Smith, 1856, vol. I, p. 452.

³ En total, entre 1803 y 1810, 82 expediciones de corsarios y navíos del Estado llevaron a Port-Louis 127 botines con un valor total de más de dos millones de libras esterlinas. De acuerdo con un informe del capitán John Hayes al vicealmirante A. Bertie, citado en A. Nayapen, *Histoire de la Colonie Île de France-Île Maurice 1721-1968*. Port-Louis: Diocèse de Port Louis, 1996. Acerca de la guerra de corso llevada a cabo por los franceses, ver también Patrick Crowhurst, *The French War on Trade: Privateering 1793-1815*. Aldershot, Brookfield, Vermont: Scholar Press, 1989.

trayecto entre Calcuta y Madrás, las dos principales plazas británicas en la India, capitales de las dos presidencias que constituían entonces lo esencial de la India Británica (ya que Bombay en ese momento sólo tenía un papel menor). Sus botines, sin alcanzar un récord en 1809 (puesto que los hermanos Surcouf, los más temibles corsarios franceses, habían vuelto a Francia en 1805), fueron lo suficientemente importantes como para llevar al gobernador general de la India Británica, Lord Minto, a concebir un proyecto de conquista de Las Mascareñas, que fue aprobado por Londres. Una primera operación, de naturaleza preliminar, fue la ocupación en octubre de 1809 de la tercera isla del archipiélago, Rodrigues, por parte de una expedición salida de Bombay y que incluía a 400 cipayos indios, en preparación del asalto a la otras dos, que tuvo lugar en 1810. El fin de la presencia naval francesa en el Océano Índico le permitió a Minto organizar después, en 1811, la toma de Java, principal posesión asiática de Holanda, que en ese momento era aliada de Napoleón. Pero no nos anticipemos y regresemos a la situación de la India en 1809.

LA INDIA EN 1809

En 1809 el subcontinente se encontraba en una situación que aparece, en retrospectiva, como de “transición”. La Honorable Compañía de las Indias Orientales (*The Honourable East India Company*, o, para los indios, la *Company Bahadur*), la institución de comercio que representaba los intereses británicos en la India y Asia desde 1600, y que se había transformado en potencia territorial en la segunda mitad del siglo XVIII, después de haber tenido cerca de cinco décadas de expansión casi continua, entre 1757 y 1804, parecía pasar por una especie de receso. Después de la ola de conquistas efectuadas bajo el proconsulado del gobernador general, Richard Wellesley (1798-1804),⁴ asistido por sus dos hermanos, Henry y, sobre todo, Arthur (el futuro duque de Wellington), ola que había visto la derrota definitiva del temible sultán de Mysore, Tipu (asesinado en 1799 durante la toma de su capital Srirangapatna), y de la derrota provisional de la poderosa confederación

⁴ Para un relato sucinto de estas conquistas, referirse a C. Markovits (coordinador), *Histoire de l'Inde Moderne 1480-1950*. París: Fayard, 1994.

Maratha en 1803-04, que acarreó la ocupación por parte de los ingleses de la mayor parte de la India del Norte y, en particular, de la capital imperial Delhi, donde el general Lake había mantenido en su trono, como protegido de la East India Company, al emperador mogol (cuya importancia política se había reducido bastante desde 1740, pero cuyo papel simbólico seguía siendo considerable para las poblaciones), los británicos, bajo los proconsulados de Sir John Shore, de George Barlow y por último de Lord Minto (quien llegó en 1807), se habían preocupado por consolidar su dominio en las dos terceras partes del subcontinente, más que por ampliarlo a la tercera parte que aún estaba fuera de su control. De hecho, fue en 1809 cuando se produjo el único “avance” territorial desde 1804, resultado de una negociación y no de una guerra: luego de un tratado firmado en Amritsar en 1809 con el soberano sij del Panjab, el marajá Ranjit Singh, la frontera de la India británica con su reino fue recorrida del río Yamuna al Sutlej, con lo que se incluyó en el territorio británico cierta cantidad de pequeños principados sijs que antes eran más o menos vasallos de la corte de Lahore. Con frecuencia, los historiadores imperiales de finales del siglo XIX y principios del XX han acusado a los sucesores de Wellesley de inmovilismo, pero, no obstante, de lo que se trataba para la India británica era de “digerir” las enormes anexiones realizadas durante la década precedente, y también de poner fin a la hemorragia financiera causadas por incesantes guerras, con el fin de sostener financieramente la metrópoli sometida al bloqueo napoleónico.

De hecho, si bien la East India Company se había tornado a principios del siglo XIX en la principal poder territorial del subcontinente, tenía sin embargo que contar con tres potencias “indígenas” dotadas de fuerzas militares nada despreciables: la Confederación Maratha, el reino Sij del Panjab y el reino de Nepal, unificado desde 1768 bajo la dinastía de Gorkha. De las tres, la Confederación Maratha era sin duda alguna la más temible, ya que se apoyaba en un campesinado armado indio del Decán, que había dado mucha guerra al Imperio Mogol desde los años 1660, antes de representar un peligro mayor para la East India Company durante el periodo 1780-1804. Su gran debilidad era la intensidad de las rivalidades políticas que oponían en su seno, por un lado, a los peshwas instalados en Pune (Poona), en la planicie del Decán, que eran una especie de “alcaldes de palacio”, brahmanes de “reyes ociosos” de casta guerrera, y por el otro a las dos

grandes casas principescas de Gwalior (Scindia) y de Indore (Holkar), en la India central. El soberano de Indore en particular, Jaswant Rao Holkar, había revelado ser un temible practicante de la guerrilla durante la segunda guerra maratha en 1803-04, y había permanecido invicto, aunque su ambición frenética lo llevó al aislamiento. A partir de 1808, sufre graves trastornos mentales y constituye una amenaza cada vez menos importante (morirá en 1811). Ranjit Singh, quien se apoderó de Lahore, la capital del Panjab, en 1799, aprovechando el debilitamiento de los soberanos Durrani de Afganistán –que habían establecido su dominación en esta rica provincia durante la segunda mitad del siglo XVIII–, y quien luego tomó el control en 1802 de la ciudad santa de los sijs, Amritsar, antes de hacerse reconocer como soberano por parte de la mayoría de los jefes de los clanes sijs en 1805, es, por su parte, un temible jefe guerrero y al mismo tiempo un buen administrador, pero sus afanes de conquista se centran más bien en Afganistán y Cachemira y, en 1809, opta por el compromiso más que por el enfrentamiento con la East India Company. Quedan en el Norte los soberanos de Nepal, que ocuparon a finales del siglo XVIII cierta cantidad de pequeños principados himalayas y pueden constituir una amenaza. A estas tres potencias principales hay que añadir algunos actores menos importantes, como Amir de Sind, o el marajá de Bharatpur, así como los numerosos principados rajputas de Rajasthan, sin hablar de potencias exteriores como Afganistán (en decadencia) o Birmania (en expansión hacia la India del Noreste). Lo que más preocupa a los dirigentes ingleses instalados en su capital de Calcuta es una eventual unión entre una potencia europea hostil, como podría ser Francia, y los enemigos locales de la Compañía. Francia lo fue, en efecto, entre 1740 y 1761, con Dupleix, un actor político y militar importante en la India del Sur; aunque vencida, conservó, por el tratado de París en 1763, cinco factorías comerciales en las costas de la India, empezando con Pondicherry, que, en esa época, aparecía como rival de Madrás, e incluso tuvo un resurgimiento de su poder naval en la época de la Guerra de Independencia Norteamericana (1776-1783), lo que la llevó a ser vista de nuevo como una amenaza para la posición dominante de Gran Bretaña en la India. A finales del siglo XVIII, Wellesley lanzó una amenaza francesa en gran medida imaginaria (una misión enviada por el Directorio desde Île de France al “ciudadano Tipu” se limitó a sembrar un árbol de la libertad en Srirangapattana) para justificar

su guerra contra Tipu Sultan en 1798-99. Aunque las factorías comerciales francesas hayan sido ocupadas por los ingleses en 1795, y luego –tras haber sido brevemente restituidas después de la paz de Amiens de 1802– nuevamente en 1803, la presencia de una flota francesa en Port-Louis, en la isla Mauricio, preocupa a Londres, que atribuye a Napoleón, desde la expedición de Egipto de 1798, ambiciones sobre la India británica. El acercamiento franco-ruso que entonces se hallaba en curso parece representar una amenaza para Persia, considerada en Londres como una especie de Estado tapón que cuidaba el flanco noroeste de la India, y la perspectiva de una doble presión francesa, terrestre por Persia y marítima por Mauricio, aunque no descansara sobre ningún elemento concreto, produce breves estremecimientos a los estrategias de Londres y Calcuta.⁵ Ya hemos mencionado que a principios de 1809 sus preocupaciones parecían haberse disipado y que lo que reinaba en los círculos dirigentes era un ánimo más ofensivo, como lo mostrarían los sucesivos envíos de expediciones contra Mauricio y Java.

Sin embargo, a pesar de las noticias tranquilizadoras provenientes de Europa, de España en particular, y que dejaban entrever la posibilidad de una derrota de Napoleón, los británicos en la India no podían dejar de experimentar ciertas preocupaciones relativas a la solidez de su posición en el subcontinente. En efecto, el sistema imperial británico en la India se había desarrollado de manera considerable desde que tomaron el control de Bengala –que se hizo definitivo en 1765 mediante el tratado de Allahabad–, pero constituía un entramado extremadamente complejo, producto de las casualidades de la historia más que de un plan, y que seguía siendo sensible a los riesgos de la coyuntura. Al control sobre Bengala le había seguido una serie de costosos sacrificios impuestos a esta rica provincia, que en el plano económico habían tenido consecuencias desastrosas: una hambruna, que había acabado con una tercera parte de la población, un retroceso de la producción textil, debido a medidas de reorganización autoritarias tomadas por la Compañía, y que habían acarreado una baja en las exportaciones de telas. La codicia de los empleados de la Compañía ya no tenía freno y Londres temía que tales excesos llegaran a matar a la gallina de los huevos de oro.

⁵ Respecto de estas cuestiones estratégicas, ver M. E. Yapp, *Strategies of British India: Britain, Iran and Afghanistan, 1798-1830*. Oxford: Clarendon Press, 1980.

Por eso, el Parlamento Británico había intervenido en 1773, para poner un poco de orden, promulgando una *Regulating Act* que reorganizaba las posesiones de la Compañía en la India, y haciendo que el gobernador de la presidencia de Bengala se convirtiera en gobernador general con prelación sobre los gobernadores de las Presidencias de Madrás y de Bombay. Al mismo tiempo, se reafirmaba la soberanía del Parlamento sobre las posesiones de la Compañía y su derecho a ejercer un control que fue reforzado en 1784, cuando el Parlamento promulgó una nueva ley, conocida como *Pitt's India Act* (del nombre del Primer Ministro William Pitt), que instituía un *Board of Control*, especie de ministerio instalado en Londres y encargado de vigilar la *East India Company*. El presidente del *Board of Control* se convertía en el jefe de la política británica en la India y, en estrecha vinculación con el Gobernador General, determinaba sus principales líneas de acción. De este modo, la India Británica, a pesar de no ser en sentido estricto una colonia de la corona, se encontraba bajo la tutela directa del Parlamento y del gobernador de Londres, y sustituía a las colonias norteamericanas perdidas en 1783 como principal posesión extranjera de Gran Bretaña.

Sin embargo, la originalidad del sistema de gobierno creado por la Compañía seguía existiendo. Porque no había en este país colonos británicos en el sentido propio del término, sino tan sólo empleados de la Compañía, y algunos comerciantes independientes, conocidos como los *free merchants*, cuya presencia quedaba supeditada a la buena voluntad de las autoridades de la Compañía, en total una población civil británica de algunos miles de personas. Londres, advertido por el precedente norteamericano, deseaba de hecho que esta población siguiera siendo tan reducida como fuera posible, para evitar toda tentación secesionista. Al contrario, Gran Bretaña tenía en 1809 unos 50 millones de súbditos indios, desprovistos de derechos políticos, pero cuyas opiniones y sensibilidades no podía ignorar. Tanto más cuanto que, para mantener su dominio, la Compañía se apoyaba, en el plano militar, sobre todo en soldados indígenas, los famosos cipayos (del persa *sepahi*, que dio origen a nuestro *spahi*),⁶ entrenados a la europea y dirigidos por oficiales británicos. Los efectivos de los tres ejércitos indígenas de la *East India Company*, los de Bengala (con mucho el más importante), de

⁶ Soldado de caballería del ejército francés de Argelia; “espahi” en español. (N. del T.)

Madrás y de Bombay, alcanzaban en efecto en 1805 los 155,000 hombres, una cifra considerable para la época, superada sólo por la de la armada de Napoleón, y claramente superior a la de los ejércitos británicos en la antesala de las guerras peninsulares. En contraste, los efectivos de las tropas europeas en la India, compuestos en parte de regimientos de la Compañía y cuya calidad a veces resultaba dudosa, y en parte de regimientos reales, alcanzaba en las mismas fechas los 24,000 hombres. Ahora bien, la lealtad de las tropas indígenas, herederas de una larga tradición mercenaria, dependía ante todo de la regularidad y el monto de la paga, así como de la calidad de las relaciones entre la tropa y sus oficiales británicos. Esta lealtad podía resultar frágil, y en 1806 se produjo en Vellore, en la India del Sur, un alzamiento entre los cipayos de Madrás, que había provocado gran temor a los dirigentes de la Compañía. Ahora bien, en cuanto esta alerta roja se apagó, se produjo en 1809 un nuevo alzamiento entre las tropas europeas del ejército de Madrás. Algunos oficiales, descontentos con la abolición de ciertas disposiciones ventajosas para ellos, se sublevaron en Masulipatam, y arrestaron a su comandante, lo que acarreó un conflicto abierto entre el ejército y las autoridades civiles de Madrás, ya que el gobernador de esta presidencia había adoptado una posición dura contra los alzamientos. La situación era tan delicada que el gobernador general se vio obligado, a mediados de 1809, a desplazarse con toda su comitiva a Madrás (un viaje por mar de varias semanas) para calmar las cosas, y ahí permaneció hasta principios de 1810.

Además de estos diferentes ejércitos, la dominación británica sobre gran parte de la India se apoyaba en un aparato administrativo aún embrionario, cuya dirigencia estaba constituida por el *covenanted civil service*, un grupo de algunos cientos de empleados británicos de la Compañía, a la mayoría de los cuales los habían reclutado recientemente y quienes, al haber llegado a la India de 16 ó 17 años, recibían una formación bastante elemental en un colegio creado en 1800 en Fort William, la fortaleza de Calcuta, antes de atribuirles un puesto en los distritos, donde tenían el encargo de administrar a varios cientos de miles de personas. Estos jóvenes, relativamente inexpertos, a menudo poco al corriente de la cultura y de las costumbres del país, debían contar, para lo relativo a la administración de los asuntos cotidianos, con una multitud de varias decenas de miles de pequeños funcionarios indígenas, a menudo competentes, pero sensibles a las presiones de la

sociedad local. El tercer pilar del sistema británico estaba constituido por cierto número de estados indígenas relacionados con la Compañía mediante tratados llamados de “alianza subsidiaria”. Estos últimos, pocas veces formalizados, preveían que a cambio del pago de un tributo, estos estados se beneficiaran de la “protección” de la Compañía, que se otorgaba con una guarnición de sus tropas y cuyo mantenimiento corría a cargo del príncipe indio. De estos estados aliados, los más importantes, surgidos todos de la descomposición progresiva del Imperio Mogol después de 1739, eran por una parte, en el Norte, el estado de Oudth o Awadh, cuya capital era Lucknow, gobernado por una dinastía chiita, y por otra, en el Sur, el estado de Misora, cuya dinastía hindú, derrocada en 1761 por el aventurero musulmán Haider Ali, había sido restituida en el trono en 1799, luego de la derrota del hijo de Haider Ali, el famoso Tipu Sultan, y por último el estado de Hyderabad, cuyo soberano musulmán, conocido como Nizam, reinaba sobre un estado poblado en su mayoría por hindúes. El mantenimiento de este sistema necesitaba una buena dosis permanente de promesas y amenazas y exigía mucha habilidad de parte del gobernador general, quien, aunque teóricamente subordinado al presidente del *Board of Control*, disponía en los hechos de poderes considerables, dado que a la correspondencia oficial entre la India y Gran Bretaña le llevaba, en el mejor de los casos, al menos cuatro meses llegar a su destino.

Entonces, vale la pena detenerse, aunque sea brevemente, en la carrera y la personalidad del gobernador general que en ese momento estaba en funciones, Gilbert Elliot-Murray, Barón de Minto, en 1809 un hombre de 58 años de edad, surgido de la *gentry* (baja nobleza) escocesa, quien contaba con una larga carrera política.⁷ Al haber recibido en su juventud una educación francesa en el Pensionnat Militaire de Fontainebleau, donde había tenido como condiscípulo a Mirabeau, se observa que su trayectoria se había cruzado, al menos en dos ocasiones, con la de Napoleón: en 1793, primero, cuando ejerció la función de *Civil Commissioner* ante las fuerzas británicas durante el sitio de Tolón, en el transcurso del cual se destacó por vez primera

⁷ Para un resumen sustancial de su carrera, ver el artículo “Kynimound, Gilbert Elliot Murray, first earl of Minto (1751-1814)” en el *Oxford Dictionary of National Biography from the Earliest Times to the Year 2000*, edited by H. C. G. Matthew and Brian Harrison. Oxford: Oxford University Press, 2004, vol. 32.

el capitán Bonaparte, y luego en 1794-96, cuando fungió como virrey británico de Córcega, ocupada entonces por los ingleses, y se apoyó en Pozzo di Borgo, quien era el gran rival político de Bonaparte. Una antigua enemistad lo oponía pues a Napoleón, incluso si se desconoce si esto tuvo que ver con su ascenso al rango de gobernador general de la India, que por cierto siguió a un breve cargo como presidente del *Board of Control* de la East India Company. Formaba parte del clan de los *Grenville Whigs*, uno de los pilares del “ministerio de todos los talentos” constituido en 1806 por Lord Grenville, y quien por cierto fue despedido por el rey en 1807, en el momento mismo en que Minto llegaba a Calcuta. Esto no le impidió quedarse ahí durante el mandato de los dos sucesores de Grenville, el liberal pero ineficaz Duque de Portland (1807-09), y el tory Spencer Percival (1809-12). Era liberal, pero eso no lo volvía un rival menos hosco de Francia y, aunque absorbido en 1809 por problemas de política interna, no perdió de vista la situación en su conjunto, como lo muestran sus iniciativas de 1810-11. Dio cierto brillo a la función de gobernador general al romper con el perfil más bien bajo que habían adoptado sus predecesores (quienes por su parte habían deseado diferenciarse del estilo a veces extravagante de Wellesley). El esplendor de las recepciones que ofrecía y de la corte a la que sostenía fue objeto de frecuentes comentarios, incluso si él mismo, en su correspondencia privada, no dejaba de manifestar una distancia irónica frente a la pompa casi imperial vinculada a su función.⁸

A pesar del poderoso ejército que tenía a su disposición, al gobierno colonial le costaba gran trabajo hacer que reinara la Pax Británica, incluso sobre Bengala, que no obstante había sido conquistada desde hacía casi medio siglo. Y no es que siguiera habiendo una resistencia armada organizada (las últimas tentativas habían sido reprimidas en 1799), sino que el bandidaje rural existía a gran escala y volvía difícil la labor de una administración todavía frágil. Entre 1803 y 1807 los bandoleros, llamados *dacoits*, que de bandidos sociales⁹ a la Hobsbawm no tenían nada, pero que aún así ejercían

⁸ Ver *Lord Minto in India: Life and Letters of Gilbert Elliot; First Earl of Minto from 1807 to 1814...* edited by the Countess of Minto. Londres: Green, 1880.

⁹ Término acuñado por el historiador Eric Hobsbawm en su estudio *Primitive Rebels* (1959), sobre las formas populares de resistencia, y cuya tesis central es que los bandidos sociales, que vivían del saqueo y el robo, eran vistos a menudo por la gente común como héroes. (N. del T.)

cierta fascinación en la imaginación popular, multiplicaron las fechorías, y, aunque en 1809 el fenómeno pareció ir en retroceso, el gobernador general no dudaba en comparar en una carta el terror que imponían los bandoleros con el de los republicanos franceses.¹⁰ El gobierno de Calcuta debía, por otra parte, enfrentar una situación financiera a menudo delicada. La Compañía, recordémoslo, había ido a la India a hacer comercio, y, en 1809, seguía disfrutando (por cuatro años solamente, ya que llegó a su fin en 1813) de un monopolio teórico sobre el comercio entre Gran Bretaña y Asia, incluso si, durante la última renovación de su carta por parte del Parlamento, en 1793, había tenido que aceptar reservar un espacio en sus barcos para los cargamentos pertenecientes a los *free merchants*, quienes, desde 1667, tenían derecho a comerciar con la India sin dejar de estar sometidos al control de la Compañía. Este comercio era sobre todo de telas, las famosas “indianas”, pero las ventas de estas últimas en el mercado británico se habían visto afectadas por las medidas aduanales que se adoptaron bajo la influencia de la poderosa industria algodonera de Lancashire, mientras que las reexportaciones hacia la Europa continental y América enfrentaban el bloqueo napoleónico, incluso si, como lo demostró François Crouzet,¹¹ éste último se mostró poco eficaz en 1809, año en el que hubo un récord en el volumen de las exportaciones británicas destinadas al extranjero. De hecho, desde los años 1790, la Compañía obtenía lo esencial de sus ganancias comerciales del comercio del té con China, y de las ventas ilegales de opio indio a Cantón, que permitían evitar salidas masivas de numeraria con dirección al Imperio del Medio, que en ese entonces no tenía nada que comprar a Gran Bretaña. Así, en 1808-1809, las ganancias sobre el comercio con China rebasaban el millón de libras, mientras que, en las transacciones con la India, la Compañía registraba pérdidas que se elevaban a cerca de 70, 000 libras (en 1809-10, hubo una modesta ganancia de 130, 000 libras).¹² De manera global, estas ganancias iban sin embargo en descenso, lo que enojaba a los accionarios de la Compañía en Londres, y obligó a esta última a pedir en

¹⁰ Citado en P. J. Marshall, *Bengal, the British Bridgehead: Eastern India 1740-1828*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987, p. 98.

¹¹ F. Crouzet, *L'économie britannique et le blocus continental*. París: Economica, 1987, 2°.

¹² Ver *Papers Relating to the East India Affaire Presented for the House of Commons*. Londres: Hansard, 1812.

varias ocasiones una ayuda financiera al gobierno británico, en forma de disminución de su considerable deuda. Sin embargo, desde que se había convertido en una potencia territorial, la Compañía había adquirido nuevas fuentes de ingresos, en particular el impuesto hipotecario, cuyo producto constituía de lejos la principal fuente de los estados del subcontinente. En Bengala, la Compañía había empezado a cobrarlo directamente en 1773, pero le había llevado 20 años encontrar un sistema satisfactorio, conocido con el nombre de sistema *zamindari*, o de *permanent settlement*, instaurado en 1793 bajo el proconsulado de Lord Cornwallis. Este sistema, mediante el que intermediarios fiscales llamados *zamindars* pagaban al Estado una suma fija por tierras de las que se volvían propietarios y que tenían a su cargo colectar el impuesto directamente entre los cultivadores, que se convertían en sus aparceros, garantizó al Estado ingresos regulares y le permitió enfrenar los gastos ocasionados por las numerosas guerras ocurridas entre 1798 y 1804. No obstante, la situación financiera seguía siendo frágil, y el progreso agrícola esperado por quienes habían concebido el nuevo sistema se manifestaba lentamente, incluso si la producción agrícola de Bengala, luego de la gran hambruna de finales de los años 1760, se orientaba a la alza. Tres cultivos de renta contribuían esencialmente a las exportaciones: el algodón, el opio y el añil. El primero se destinaba en parte al mercado chino, pero en 1809 la industria algodonera británica, que tenía dificultades para aprovisionarse en el Sur de Estado Unidos, que era su proveedor habitual, logró apropiarse de la casi totalidad de la cosecha india.¹³ El opio, cultivado en Bihar, se destinaba casi por completo a Cantón, pero la Compañía, que controlaba la producción en Bihar, debía enfrentar la competencia del opio de Malwa, cultivado en los estados Marathas de la India central. En cuanto al añil, planta territorial buscada por los fabricantes de telas, se exportaba hacia Gran Bretaña, pero resultaba útil sobre todo a los *free merchants*. Estos últimos constituían un grupo en plena expansión, dominado por algunas decenas de grandes casas comerciales o *agency houses*, que se especializaban sobre todo en el comercio interasiático, lo que se llamaba el comercio “de la India en la India”, y proveían a sus propios barcos para Batavia, Manila o Cantón. Un cuarto producto importante era el salitre, que servía para

¹³ Mencionado en Crouzet, *op. cit.*, p. 485.

producir municiones y, en esos tiempos de guerra, tenía por supuesto una importancia estratégica muy particular, más aún cuando el salitre indio era de mejor calidad que el producido en Europa, un hecho que explica en parte la superioridad de la artillería inglesa sobre la de las demás naciones europeas. Si bien la balanza comercial entre la India y Gran Bretaña era habitualmente favorable a la India, esto no fue así en 1809, ya que las compras de productos en la India disminuyeron de manera brutal (de cerca de 4.5 millones de libras en 1808 a menos de 2.3 millones de libras), mientras que las ventas tuvieron un alza considerable (de 1.7 millones a 2.7 millones de libras), alza imputable sobre todo a la industria inglesa de la lana, que, fuertemente golpeada por las restricciones del bloqueo continental sobre los mercados tradicionales de Europa, logró encontrar una salida importante en la India. Además de ser un reducto para ciertas producciones británicas y un proveedor de productos esenciales (algodón, añil, salitre), la India contribuía también de manera decisiva a la balanza de pagos de Gran Bretaña, como lo demostraron los trabajos detallados de Javier Cuenca Esteban,¹⁴ en forma de transferencias financieras. Estas operaciones tuvieron un papel más importante precisamente a partir de 1809, por lo que se puede decir que la contribución de la India a la posición financiera internacional de Gran Bretaña se volvió desde entonces, y por algunos años, crucial.

Así pues, incluso si en 1809 la contribución militar directa de la India a la lucha contra Napoleón fue bastante poco significativa, al limitarse a la pequeña expedición contra Rodrigues, el control directo o indirecto de una buena parte de este inmenso territorio daba a Gran Bretaña recursos financieros importantes y la India constituía un punto de apoyo para operaciones en el Océano Índico, que iban a permitir a Londres establecer en 1810-11 un control total sobre estos mares, y que al añadirse al que los ingleses habían establecido en el Mediterráneo, le daría el dominio absoluto de las aguas. Pero ya es hora de regresar un poco a Calcuta misma, capital de la Presidencia de Bengala y de la India Británica, una de las cuatro mayores ciudades del Imperio Británico (con Londres, Edimburgo y Dublín, las respectivas capitales de los tres reinos de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda,

¹⁴ J. Cuenca Esteban, "The British Balance of Payments, 1772-1820: India Transfers and War Finance", *Economic History Review*, 54, 2001, pp. 56-86.

que constituían desde 1801 el Reino Unido) con el fin de ofrecer una descripción por lo menos sucinta, tal como se le presentaba a un visitante en 1809.

UNA DESCRIPCIÓN RÁPIDA DE CALCUTA EN 1809

Para hacer esta descripción, nos apoyaremos en obras históricas,¹⁵ aunque también en el testimonio de un viajero venido del Este, un musulmán tamil de Penang, en la actual Malasia, que constituía desde 1786 una dependencia de la India Británica, Ahmad Rijaluddin, autor de un manuscrito en malayo llamado *Hikayat Perintah Negeri Benggala (Relato de un viaje a Bengala)*¹⁶ escrito en 1811, que cuenta una estancia de algunas semanas efectuada en Bengala en 1810. La ventaja de este texto es que ofrece un testimonio contemporáneo que refleja la visión sesgada de un observador a la vez “indígena” y extranjero. Son dos los rasgos que llaman la atención de nuestro viajero y sobresalen también de la mayoría de las descripciones de las obras históricas: la grandeza y la majestad de los edificios de la Calcuta oficial, y el extraordinario bullicio de los mercados y de las calles de la Ciudad Negra (Black Town). Dualidad que refleja bien la historia de esta urbe con un poco más de un siglo de antigüedad, pero que está lejos de agotar su complejidad.

Recordemos algunos hechos básicos. Creada en 1690 por el agente comercial de la East India Company, Job Charnok, en tierras que por ser pantanosas estaban desocupadas, y que se incrementaron en 1698 con un *zamindari* cedido a la Compañía por los Mogoles, en un sitio pluvial favorable, en el río Hugli, uno de los brazos del delta del Ganges, para remplazar una antigua factoría comercial situada en la otra orilla del Hugli y que fue abandonada en 1688, Calcuta ocupaba una posición estratégica río abajo de otras dos factorías, la holandesa de Chinsura (establecida en 1662) y la francesa de Chandernagor (fundada igualmente en 1690), en una vía de circulación fluvial mayor. La ciudad, luego de difíciles inicios, tuvo un verdadero

¹⁵ Particularmente en Sukanta Chaudhuri (ed.), *Calcutta, The Living City, Vol. I, The Past*. Calcuta: Oxford University Press, 1990.

¹⁶ Ahmad Rijaluddin, *Hikayat perintah Negeri Benggala*, editado y traducido por C. Skinner. La Haya: Martinus Nijhoff, 1982. Agradezco a mi colega y amigo, el profesor Sanjay Subrahmanyam, de la Universidad de California en Los Ángeles, el haber llamado mi atención sobre esta fuente.

auge a partir de que los nawabs de Bengala comenzaron a emanciparse de la tutela imperial mogola en las décadas 1710-20, y de que la Compañía inglesa obtuvo, mediante un *firman* (decreto) del emperador Farrukshiyar, en 1717, la libertad de comerciar en Bengala. Se volvió un emporio para los productos de esta rica provincia, en particular las telas de algodón, chintz, muselinas y otras baftas, conocidas en Europa con el nombre genérico de “indianas”, y que eran objeto de una creciente demanda, cada vez menos limitada a las capas superiores de la sociedad: constituían de lejos la principal exportación de la provincia, cuya industria textil se había vuelto la más importante de la India. Se estima que en el siglo XVIII, en Bengala, 100 mil artesanos trabajaban para las compañías de comercio europeas, la inglesa, la holandesa y la francesa. Ahora bien, Calcuta se volvió progresivamente el principal puerto de embarque de telas.

Físicamente, la ciudad se desarrolló alrededor del fuerte construido en 1696 por Charnock, que reforzaron sus sucesores, llamado Fort William –en honor a Guillermo de Orange, quien se convirtió en rey de Inglaterra en 1688–, en el cual la Compañía mantenía una pequeña guarnición destinada entonces a la simple protección de los comerciantes. Además de los ingleses, la frecuentaban comerciantes armenios (que formaban un importante grupo de intermediarios, cuya red comercial se extendía de Nueva Julfa, cerca de Ispahán, en Persia, hasta Manila, en las Filipinas, y que tuvieron desde los años 1720 una iglesia propia), iraníes, portugueses y diferentes grupos de comerciantes indios, originarios de Bengala o de la India del Norte. En 1756, cuando el nawab Siraj-ud-Daula se apoderó brevemente, en el marco del conflicto que lo enfrentaba a la East India Company, ya era una próspera aglomeración de algunas decenas de miles de habitantes, dotada de varios grandes bazares. Luego de que fue reconquistada en 1757 por las tropas del coronel Clive, en la víspera de la célebre batalla de Plassey (Plasai), en la que ocurrió la derrota y la muerte de Siraj, remplazado en el trono de Bengala por un aliado de los ingleses, tuvo un nuevo auge y en 1765 se convirtió en la capital de Bengala, en lo sucesivo puesta directamente bajo tutela de la Compañía, en lugar de Murshidabad, residencia de los nawabs, y luego, en 1773, la capital de toda la India Británica. Fort William, arrasado por Siraj, fue reconstruido entre 1765 y 1773, de manera grandiosa, y nuestro visitante tamil no escatimó elogios sobre el esplendor de la fortaleza y

de sus imponentes dimensiones, que la hacen una verdadera ciudad dentro de la ciudad. La reconstrucción del fuerte en un nuevo emplazamiento acarrió una remodelación del espacio urbano, y se desplazó a los indios hacia el Norte, mientras que la Ciudad Blanca se desarrollaba en el Sur. En la misma época empezaron a levantarse palacios a lo largo de un gran espacio verde llamado Maidan, que era recorrido por jinetes. Pero fue el gobernador general, Richar Wellesley, quien dotó a Calcuta de los edificios y las perspectivas que hicieron de ella una verdadera capital imperial, incluso si sus ambiciosos planes no siempre se realizaron. En particular, mandó construir en 1803 una *government house* en un plano “palladiano”, que se convirtió en el principal edificio público de la Ciudad Blanca (White Town). Rijaluddin es pródigo con los superlativos para describir el edificio: “Este lugar es muy imponente... no hay nada en toda la región que se le pueda comparar; brilla como un diamante bien pulido...”. Esta parte de la ciudad estaba habitada por una población europea de dos o tres mil personas, en su mayoría al servicio de la East India Company, pero incluía también a un número de *free merchants* que iba en rápida expansión. Esta misma población era bastante variada, ya que los escoceses constituían un grupo reconocible, por lo menos equivalente al de los ingleses, mientras que había también algunos alemanes, debido a los lazos de la dinastía hannoveriana con su tierra natal, así como holandeses. Esta sociedad europea de Calcuta vivía con mucho en una burbuja, en viviendas a veces suntuosas pobladas de una multitud de sirvientes indios, en un torbellino mundano de recepciones y bailes, de los que la *government house* era el centro nervioso. En 1809, sin embargo, los europeos seguían teniendo lazos con los indios, que iban a volverse más escasos en el transcurso de las décadas siguientes. Como había muy pocas mujeres europeas en la India, fuera de algunas esposas de altos dignatarios y de algunas mujeres independientes de reputación a veces dudosa, algunos solteros ingleses tenían concubina indias, conocidas como *bibis*, y los hijos nacidos de tales uniones constituían una comunidad que entonces se llamaba “euroasiática” (después conocida con el nombre de “angloindia”) que formaba un elemento intermedio entre los europeos y la masa de indios. Algunos euroasiáticos eran por cierto de origen portugués, ya que la presencia portuguesa en Bengala se remontaba al siglo XVI y ya que los portugueses tenían la costumbre de tomar esposas indias, lo que explica

que la población “portuguesa” de Calcuta fuera bastante considerable. Euroasiáticos y “portugueses” constituían, junto con los armenios, los griegos, los chinos (llegados hacia 1780 en pequeña cantidad) y los judíos, venidos de Siria, Irak o Irán, que entonces formaban una minúscula comunidad, un estrato intermedio que vivía en una parte de la aglomeración conocida como la Ciudad Gris (Grey Town), físicamente distinta a la vez de la Ciudad Blanca y de la Ciudad Negra. Ésta última albergaba a lo esencial de la población de Calcuta, que, hacia 1809, debía aproximarse a los 150,000 habitantes¹⁷ y se caracterizaba por un urbanismo muy diferente al de la Ciudad Blanca. Era una serie de poblados separados por espacios que seguían siendo agrícolas: en lugar de las amplias avenidas y de los grandes espacios de Maidan, había una urdimbre de callejuelas, pobladas por chozas de adobe, en las que vivía la masa de la población indígena, y también hermosas casas de piedra construidas en estilo híbrido, en las que vivían familias de ricos comerciantes, los banianos, que servían de intermediarios entre la Compañía y los *free merchants* por un lado, y el mundo infinitamente variado del comercio indígena por el otro. En esa época, los banianos eran en su mayoría bengalíes, incluso si ya existía un grupo de marwaris originarios de Rajasthán que, en una época posterior, iban a dominar la vida comercial en Calcuta. El más famoso comerciante bengalí era un tal Ramdulal De, quien, al morir en 1825, dejó una considerable fortuna, en parte en forma de inmuebles. Algunas familias que pertenecían a la casta de los Subarnavanik dominaban entonces la escena comercial indígena, pero sus fortunas pocas veces duraban más allá de la segunda generación. Fuera de algunos *clerks* (empleados subalternos) que trabajaban para la Compañía y que constituían un embrión todavía poco desarrollado de clase media baja, la masa de la población indígena de Calcuta estaba formada de pequeños comerciantes y de trabajadores manuales, artesanos de diversos oficios –portabultos, peones, sirvientes– a los que empleaban en los numerosos mercados, en las viviendas de los notables, y en el puerto. Éste último era en efecto la razón de ser

¹⁷ El primer censo de la población se llevó a cabo en 1821 y arrojó una población total de unos 180,000 habitantes. Ver P. Thankappan Fair, “The Growth and Development of Old Calcutta”, en S. Chaudhuri, *op. cit.*, p. 23. Como la ciudad había tenido cierta expansión en los años 1810, la cifra de 150,000 habitantes en 1809 se propone aquí como una estimación plausible.

de la ciudad, su pulmón, pues Calcuta sólo vivía por su función de emporio y de puerto franco, que atraía los productos de una vasta región del interior, que se extendía a todo el valle bajo del Ganges, para expedirlos hacia Madrás, Bombay, Gran Bretaña, China y América del Norte. El puerto recibía a la vez miles de pequeñas embarcaciones fluviales que desembarcaban mercancías del interior en pequeños cargamentos, y más de un centenar de navíos que subían por el río desde el estuario, entre los que se encontraban los de la Compañía, los *Indiamen*, que constituían de lejos el elemento más importante. Estos últimos formaban una flota impresionante, con una capacidad de varias decenas de miles de toneladas. En tales navíos llegaban también los empleados de la Compañía, así como noticias y documentos oficiales que mantenían la conexión con la metrópoli en este puesto de avanzada del Imperio Británico.

Nuestro visitante tamil se muestra muy impresionado por los bazares de Calcuta, de los que nos da una descripción bastante precisa, del inmenso mercado de telas, donde se pueden conseguir todos los tipos de telas imaginables, hasta mercados especializados en perlas o en latón martillado. Sin hablar de la increíble variedad de mercados de alimentos en donde todas las especies de pescados, carnes, frutas y legumbres se ofrecen a los clientes en medio de un bullicio indescriptible. Pero Calcuta no sólo es un emporio o un almacén, también es un centro religioso e intelectual, y estos aspectos merecen una rápida mención.

Resulta que, para la historia del culto hindú en Calcuta, 1809 es un año importante, ya que es entonces que se terminó la reconstrucción del gran templo de la diosa, en Kalighat. Este templo a orillas del río, el más célebre de la aglomeración, databa de principio del siglo XVIII, pero fue reconstruido en su forma actual muy a principios del siglo XIX, gracias a un donativo de 30,000 rupias de un rico aristócrata. Tenía la particularidad de estar dirigido al mismo tiempo a los devotos de la diosa (en su forma de Dakshinkali), a los visnuitas y a los sivaitas, las tres principales “sectas” hindúes, lo que lo volvía un lugar central de devoción para toda Bengala e incluso más allá. Se convirtió en el símbolo de la ciudad, su principal marca de identidad para la gran mayoría de sus habitantes. Si bien el hinduismo era la religión dominante de Calcuta, la ciudad albergaba también a una importante población musulmana y numerosas mezquitas. La comunidad musulmana incluía a

diversos grupos, siendo el más prestigioso el de los “mogoles”, llegados de la India del Norte con los conquistadores mogoles en el siglo XVI, y que formaban una especie de aristocracia que, por cierto, no despreciaba el comercio. La caída del régimen nawab se había traducido para ellos en una severa decadencia. Entre las comunidades religiosas, también hay que mencionar a los cristianos, poco numerosos pero cuyos edificios religiosos contribuían a mejorar el paisaje urbano de la Ciudad Blanca. Entre las iglesias, la más antigua era la iglesia armenia, y la más reciente la iglesia anglicana, Saint-John’s Church, consagrada en 1787, y construida a partir del plano de Saint-Martin in the Fields, en Londres. Hay que apuntar que, debido a que la Compañía no era favorable a los misioneros, de cuyo celo proselitista temía que le pudiese provocar dificultades con la población local, ya fuera hindú o musulmana, estos últimos, bautistas escoceses, guiados por el famoso William Carey, se habían instalado en 1800 en la factoría comercial danesa cercana a Serampore, donde habían creado una imprenta y empezado a publicar libros religiosos en bengalí, comenzando con una traducción del Nuevo Testamento aparecida en 1801. Como Dinamarca estaba en guerra con Inglaterra, Serampore había sido ocupada en 1806 por los ingleses y los misioneros habían tenido algunos problemas con las autoridades. Se puede mencionar, de hecho, que en 1809, Daniel Hopkins, un cirujano al servicio de la East India Company, publicó en Londres un panfleto antimisionero¹⁸ que asimilaba el peligro que representaban las misiones cristianas para la India Británica al de una invasión francesa, con el pretexto de que el celo de los misioneros iba a provocar el antagonismo de la población indígena y la iba a incitar a apoyar a los enemigos de Gran Bretaña.

En el plano intelectual, Calcuta había tenido, a finales del siglo XVIII, un florecimiento notable, cuyas dos manifestaciones esenciales fueron, por una parte, la creación de la Asiatic Society of Bengal, en 1784, una de las más antiguas sociedades científicas del mundo, y por la otra, la del Colegio de Fort William, en 1800. La fundación de la Asiatic Society¹⁹ se debía a la iniciativa

¹⁸ *The Dangers of British India from French Invasion and Missionary Establishments...*, by David Hopkins of the Honourable East India Company’s Medical Establishment. Londres: Black, Parry and Kingsbury, 1809, 2ª.

¹⁹ Ver O. P. Kejariwal, *The Asiatic Society and the Discovery of India’s Past*. Delhi: Oxford University Press, 1988.

del científico y alto magistrado Sir William Jones (1746-1794), uno de los padres del orientalismo europeo, quien, por su estudio del sánscrito y sus traducciones, tuvo un papel pionero en el desarrollo de un conocimiento científico de la civilización de la India. Después de su muerte, el relevo lo tomaron otros científicos como Henry Colebroke (1765-1837), también sanscritista, y la Asiatic Society se confirmó como el principal centro de la vida científica, no sólo en Calcuta, sino en toda Asia. Se presentaban con regularidad comunicaciones científicas sobre todo tipo de temas, que iban de la epigrafía a la botánica y a la zoología, y el diario de la sociedad, *Asiatic Researches*, era una publicación buscada en los medios científicos de toda Europa. El Colegio de Fort William, creado por Wellesley para garantizar la formación de los cadetes de la East India Company, en particular en el campo de la lingüística, se transformó, luego de que este procónsul se fue de la India, y con la transferencia de las actividades de formación a Hayleybury, en Inglaterra, en un centro de publicación y de estudios, donde se produjo cierta cantidad de libros importantes en y sobre las lenguas indias. Los pandits y los *munshis* (preceptores de persa) que contrató Fort William constituyeron el primer embrión de una clase de intelectuales asalariados, no dependientes del patronazgo de notables, que iba a desempeñar un importante papel en la historia social y cultural de Bengala durante todo el siglo XIX. Con unas 40 imprentas, varios diarios publicados en inglés y en bengalí, ricas bibliotecas en donde conviven libros importados de Europa y manuscritos producidos ahí mismo, en particular la biblioteca del Colegio de Fort William, Calcuta constituye sin lugar a dudas el centro cultural más importante de la India, y uno de los principales de Asia. El fin del siglo XVIII también vio la creación de las primeras escuelas inglesas de Calcuta, a partir de iniciativas privadas tanto inglesas como indias, aunque el desarrollo a gran escala de instituciones de enseñanza empezó realmente en los años 1820. Entre los establecimientos de enseñanza que existían en 1809, es necesario citar la Madrasa, creada en 1781 con fondos de la East India Company, destinada a formar juristas capaces de administrar la ley islámica que, bajo el régimen británico, seguía normando la vida personal de los musulmanes de Bengala.

Un último aspecto que llama particularmente la atención de nuestro visitante tamil es la importancia de las casas de placer de Calcuta, que albergan a miles de mujeres de condiciones diversas, desde las cortesanas refinadas

que tienen una clientela aristocrática, hasta las vulgares prostitutas destinadas a los marineros de paso. Rijaluddin da una descripción bastante curiosa de ellas, de la que puede uno preguntarse si es muy realista: “Los burdeles –escribe– están bien alineados, y tienen uno, dos o tres niveles. En la planta baja viven las prostitutas pobres y feas, en el primer piso las que tienen un aspecto más agradable, y en el segundo piso se encuentra la flor y nata de las cortesanas, criaturas verdaderamente maravillosas, como los ángeles del cielo”. Y describe la agitación permanente que reina en esas callejuelas, frecuentadas por una multitud de hombres de todas las condiciones, y que a veces acaba en riñas. Aunque se cuide de mencionarlo, la ciudad también albergaba a algunas prostitutas británicas de altos vuelos, y una de ellas amasó por cierto una considerable fortuna. La reputación de Calcuta como ciudad de placer, que no hará sino ampliarse durante todo el siglo XIX, parece pues ya estar establecida.

CALCUTA, CAPITAL IMPERIAL Y CIUDAD-MUNDO

Ya se ve afirmarse el carácter dual de esta ciudad única, que por una parte constituye el corazón del poderío británico en Asia, en vísperas de tener una nueva expansión espectacular, y por la otra, debido a su carácter cosmopolita y su irradiación intelectual, verdaderamente pasa por una ciudad-mundo. El primer aspecto es sin duda alguna el más importante, en el momento en que Inglaterra está involucrada con Francia en una prueba de fuerza global, de la que saldrá victoriosa algunos años después, pero cuyo resultado todavía no es evidente en 1809, incluso si numerosos indicios atestiguan el previsible fracaso de la tentativa napoleónica de dominación mundial. Puede decirse que Calcuta constituye entonces, en términos militares y estratégicos, el segundo centro del poderío británico. El ejército de Bengala y las otras armadas de la Compañía constituyen la principal fuerza militar terrestre de la que dispone Gran Bretaña, cuando el ejército terrestre británico todavía no conoce la expansión que resultará de las guerras peninsulares. La intervención de las tropas indias al lado de los británicos fue de hecho decisiva para provocar que los franceses se fueran de Egipto en 1801. Los recursos financieros de Bengala y sus exportaciones de opio con destino a China contribuyen de manera importante en la balanza imperial

de pagos. Luego de la pérdida de las colonias norteamericanas en 1783, que la debilitaba considerablemente ante su rival francés, las conquistas realizadas por Wellesley en 1798-1804 reequilibraron la balanza, y permitieron (entre otros factores) a Gran Bretaña ubicarse como líder potencial de la coalición antinapoleónica. En el cuadro de la relación de fuerzas global entre las dos potencias europeas que se enfrentan por el dominio del mundo (incluso si el Lejano Oriente sigue estando a buen resguardo de su enfrentamiento), la India es un elemento que no puede ignorarse.

Pero el aspecto más fascinante de Calcuta, a principios del siglo XIX, es sin duda su carácter cosmopolita, que hace de ella una de las primeras ciudades-mundo de la historia. Este cosmopolitismo no sólo se traduce en la diversidad de las poblaciones que alberga la ciudad, que llegan prácticamente de los cuatro puntos cardinales, sino también en una cohabitación y una fecundación recíproca de culturas, para la que las dos primeras décadas del siglo XIX constituyen un momento privilegiado, y de alguna manera único. En 1809, el dominio británico sobre Bengala ya tiene más de 40 años, pero el colonialismo todavía no adquiere el carácter fijo y estéril que adquirirá durante las décadas siguientes. Si bien los ingleses no están desprovistos de arrogancia y tratan a veces con desprecio, no sólo a los indígenas, sino también a los mestizos nacidos de sus uniones con mujeres indias (a los que se prohibió en los años 1790 todo acceso a los puestos destinados a los europeos), el racismo todavía no está institucionalizado, y existen formas de aculturación entre colonizadores y colonizados, que no van del todo en un solo sentido. En Calcuta, en 1809, coexisten tres culturas y en cierto modo se mezclan, haciendo de la ciudad un lugar de mestizaje, en el sentido no puramente biológico del término, tal como Serge Gruzinski lo emplea para América Latina. Existe una cultura hindú sostenida por los pandits llegados del centro tradicional de Nadia, que se expresan en sánscrito pero que en general también saben persa, dado que Bengala estuvo sometida desde inicios del siglo XIII al dominio de una sucesión de dinastías musulmanas, y lo volvieron la lengua de la corte y la principal lengua de cultura. Incluso si estos pandits tienden a escribir comentarios de textos antiguos más que textos originales, no por eso dejan de desplegar un impresionante arsenal intelectual, y algunos de ellos manifiestan curiosidad por la ciencia europea, que dará frutos en un periodo posterior. Existe una cultura islámica

persanohablante, que sigue produciendo obras históricas y jurídicas originales, sostenida por una elite musulmana originaria de la India del Norte y de Irán. Existe, por último, la cultura europea aportada por ciertos empleados de alto rango de la East India Company, que recibieron la formación clásica de las elites británicas, y que se expresan en latín, en francés, y hasta en griego antiguo, con tanta facilidad como en inglés. Lo que llama la atención es la interacción recíproca que en ese entonces existe entre estos tres grupos de letrados, y que se expresa mediante los debates de la Asiatic Society y las actividades del Colegio de Fort William. Los intelectuales europeos, Sir William Jones o el misionero William Carey, cuentan con pandits que les enseñaron el sánscrito y el bengalí, y los asisten en sus traducciones y sus investigaciones sobre la historia y la literatura de la India, y tienen contactos con la *intelligentsia* musulmana. Ciertamente, no puede negarse que se manifiesta en ellos cierto sentimiento de su superioridad cultural: después de todo se creen autorizados a explicar a los “indígenas” ciertos rasgos de su historia y su cultura. Pero este sentimiento no impide la simpatía, y hasta la admiración por las realizaciones culturales de la India, ante todo la de antaño, en la que William Jones reconoce una civilización comparable en ciertos aspectos a la de la Grecia antigua, aunque inferior a ésta última en el plano intelectual. Jones mismo, que al llegar a Calcuta llevaba en mente un programa de investigación puramente científica, relativo sobre todo al derecho y la historia, terminó por concebir tal amor hacia la lengua sánscrita que, este racionalista, hombre de la Ilustración como el que más, compuso en sánscrito himnos a divinidades hindúes. Los británicos de Calcuta mostraban cierto aprecio por la música y la danza indias y, aun si algún teatro inglés estaba funcionando en la ciudad desde los años 1770, a menudo participaban en festejos en casa de notables indios. Harán falta todavía algunas décadas para que la arrogancia se transforme en un racismo cerrado y para que Calcuta se vuelva el lugar de un enfrentamiento racial abierto entre británicos e indios. En 1809, siguen existiendo otras posibilidades históricas, y hay que cuidarse del determinismo que domina a veces los estudios sobre la historia del colonialismo. Si bien Calcuta, en 1809, desde una perspectiva de historia política y militar, aparece ante todo como una base para la expansión británica en Asia y en el Océano Índico, como fenómeno cultural su significado es más rico y ambiguo. ❧

El poeta, el regidor y la amante: Manila y la emergencia de una identidad criolla filipina*

Ruth de Llobet

El 10 agosto de 1810, Romualda Francisca expresaba a través de la pluma de su amante, el regidor del Ayuntamiento de Manila, José Blanco Bermúdez,¹ la impotencia que sentía al haber sido apresada injustamente por las autoridades:

“Con motivo Sr., de la desgraciada caída del Regidor don José Blanco Bermúdez en cuya casa vivía, me prendió (no en ella sino en otra) el oidor don Ildefonso Ruiz Ramírez, comisionado por dicha Real Audiencia para la averiguación del autor de un papel anónimo sobre el cual ya habrá hecho presente dicho Blanco muy por menor de todo a vuestra soberanía. El citado comisionado me puso en una cruel bartolina² estrechamente incomunicada, con tres pares de grillos unas

* Este artículo forma parte del segundo capítulo, “‘Filipinas al Francés dará castigo’: The First *Filipino* Creole Reaction to the Spanish Events (1809-1810)”, de mi tesis doctoral sobre el papel político desempeñado por los criollos filipinos durante los dos periodos constitucionales entre 1809 y 1824 en Manila y el impacto de ambos periodos en la concepción del nacionalismo filipino de finales del siglo XIX. Quisiera agradecer la ayuda de mi padre, Santiago de Llobet Masachs, la de mi amiga Yesenia Pumarada Cruz y la de mi profesor y mentor, el Dr. Josep Ma. Fradera Barceló, de la Universidad Pompeu Fabra en Barcelona, por sugerirme ideas, no sólo para este texto sino también para la tesis. Agradecerles también el haber tenido la generosidad de haberme ayudado a editar el artículo.

¹ Se sabe poco sobre José Blanco Bermúdez. Fue alcalde ordinario de primer voto en el Cabildo de Manila entre 1798 y 1801, y debió ser tío del tercer y cuarto Marqueses de las Salinas, don José Luis Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez y don Pedro Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez, uno de los diputados que representó a Filipinas en las Cortes de 1810 hasta 1811. En 1808 era regidor del Ayuntamiento y Capitán de las Milicias Regladas de la provincia de La Laguna. Renunció a su cargo por orden expresa del gobernador Mariano Fernández de Folgueras el 26 de febrero de 1810, y heredó su posición a su cuñado el comerciante, Manuel Cacho, personaje relevante en 1813 porque formó parte de la Junta Preparatoria para la implementación de la Constitución de 1812 en el archipiélago.

² “Bartolina”, según la entrada en el diccionario de la Real Academia de la Lengua, es una palabra utilizada en el español de México que significa “Calabozo estrecho, oscuro e incómodo.”

veces con halagos, otras con rigor amenazándome y amedrentándome, así estuve cerca de un mes a vista de todo el mundo [...] empeñado dicho comisionado a que yo declare contra Blanco. Porque aunque yo vivía en la casa de Blanco, como digo, jamás este me comunicaba cosa alguna de sus asuntos particulares. De mi Sr., no se puede presumir jamás hubiese tenido arte ni parte en lo más leve en cuanto es el insinuado anónimo”.³

Sorprendentemente, a través de esta carta, el antiguo regidor Blanco Bermúdez intentaba defender su accionar político ante las autoridades. Y quizá más sorprendente aún, esta carta supone un documento relevante para entender la importancia del año 1809 en la historia del archipiélago filipino. Blanco, con esta carta, intentaba hacerse oír por la Junta Central en España una última vez antes de ser enviado a Misamis a cumplir una condena de ocho años por un acto calificado por las autoridades coloniales de lesa majestad y, también, por mantener una relación de amancebamiento con Romualda Francisca.⁴ ¿Pero por qué un regidor perpetuo del Ayuntamiento de Manila, Capitán de las Milicias Regladas de la provincia de La Laguna y tío del Marqués de las Salinas, haría uso de una carta firmada por su amante nativa con semejante fin?

Según las cartas enviadas por el propio regidor Blanco en mayo y agosto de 1810 al Marqués de Astorga, presidente de la Junta Central en aquel entonces, el cargo de lesa majestad se debió al envío de un anónimo al Cabildo de Manila en junio de 1809, en el que Blanco Bermúdez pedía la creación de una Junta Gubernativa como las establecidas en la Península y en otras partes del imperio como reacción al vacío de poder dejado por el cautiverio de Fernando VII en Francia y la guerra contra Napoleón.⁵ Asimismo se le acusó de mantener una relación ilícita con Romualda Francisca, una mujer

³ AGI Filipinas 702, Carta de Romualda Francisca al presidente de la Junta Central. Agosto 10, 1810, pp. 2-3.

⁴ AGI Filipinas 702, doc. 2, *Tanto literal de la violenta renuncia de mi oficio de regidor*, Manila, 26 de febrero de 1810.

⁵ AGI Filipinas 702, doc.1 y 3, Carta del Regidor del Ayuntamiento José Blanco y Bermúdez al Marqués de Astorga, Presidente de la Junta Central, Manila, 24 de mayo de 1810; Carta de Romualda Francisca al Marqués de Astorga, Presidente de la Junta Central, Manila, 10 de agosto de 1810.

nativa o china mestiza, cosa que no se especifica en la documentación. Esta acusación tenía como objeto el hacer pagar una antigua deuda política al regidor por el acoso legal al que sometió en su día al capitán Matteos –peninsular protegido de los gobernadores Aguilar y más tarde Folgueras–, sobre una herencia en 1798. En dicho acoso legal, el regidor Blanco había utilizado la misma estrategia, el delito de amancebamiento, para hacer encarcelar a Matteos. El cargo de su relación “ilícita” fue instrumentalizado por las autoridades coloniales con el fin de arruinar no sólo política, sino socialmente al regidor, destruyendo públicamente su honor.

Simultáneamente a la historia de los amantes y alrededor de la fecha en la que fueron apresados se publicaron cuatro panfletos del poeta filipino y criollo, Luis Rodríguez Varela: *Proclama Historial para animar a los vasallos que el señor don Fernando VII, tiene en Filipinas a que defiendan a su Rey del furor de su falso amigo, Napoleón, primer Emperador de los franceses*; *El Parnaso Filipino: Título que se da a esta obra que es un breve compendio del valor de los españoles castigando la osadía de Napoleón de Bonaparte, Emperador de los Franceses que quiso usurpar la Corona de España de las sienes de nuestro Amantísimo Monarca, Fernando VII*; *Elogio a las mujeres de España*; y *A las provincias de los reynos de la España Europea el siguiente Elogio*.⁶ Sus escritos salieron a la luz con el beneplácito del gobernador interino, Mariano Fernández de Folgueras, quien los calificó de patrióticos. Estos llamaban a los vasallos filipinos, tanto criollos como nativos, a ser leales al rey; elogiaban la valentía de los peninsulares en la guerra contra Napoleón; y reivindicaban la lealtad de los súbditos filipinos. Por tanto, los panfletos a primera vista transmitían lo que gobierno colonial quería para evitar revueltas y mantener la calma en las islas en un momento de incertidumbre política para todo el imperio.⁷

⁶Luis Rodríguez Varela (1765-1824) era regidor perpetuo del Ayuntamiento como Blanco. Además, era Caballero de la Orden de Carlos III y ostentaba, cuando podía pagar las medias *annatas*, el título nobiliario de Conde Filipino. Es uno de los pocos panfletistas, posiblemente el único, de inicios del siglo XIX del cual han llegado noticias y se conservan suficientes obras. Sus panfletos de 1809 son el único testimonio publicado, conocido, que queda de ese año. Fue autor prolífico hasta su muerte en Sevilla en 1824.

⁷Además Mariano Fernández de Folgueras era un partidario de Godoy, quien había obtenido el cargo gracias al hecho de que le unía una amistad con el Príncipe de la Paz. Los partidarios de Godoy se convirtieron en todo el imperio, no sólo en la Península, en sospechosos colaboracionistas con los franceses.

Irónicamente, a finales del siglo XIX los escritos de Varela fueron etiquetados como sediciosos y revolucionarios por intelectuales españoles como Wenceslao Retana.⁸

Sin embargo, los textos de estos dos criollos que representaban posiciones políticas distintas tienen algo en común. Ambos son un ejemplo de las diferentes reacciones de los criollos manileños ante la llegada de las noticias de la situación política en la metrópolis y de la guerra. Sus palabras también comparten un subtexto que reivindicaba el que los filipinos, siendo vasallos del rey, fueran los legítimos representantes políticos y morales del poder real en el archipiélago durante la ausencia del monarca. Pero mientras Varela encomiaba la lealtad al rey de los súbditos nativos y criollos, exaltando la valía de los últimos al equipararlos en fuerza, valor y cristiandad a los peninsulares,⁹ y a la vez esgrimía que los hijos del país debían tener y compartir en igualdad de condiciones con los peninsulares el poder político en América y Filipinas, al ser descendientes de españoles, pero sobre todo vasallos del rey. Blanco, por otro lado, reivindicaba la legitimidad moral y política de los criollos ante unas autoridades coloniales, representadas por el gobernador, don Mariano Fernández de Folgueras y la Real Audiencia, que eran pro-francesas y corruptas.

MANILA, 1809

¿Qué había sucedido en Manila en 1809? A diferencia del resto de territorios del imperio, donde las noticias sobre la captura del rey, el subsecuente vacío de poder y la declaración de guerra a Napoleón tardaron en llegar de dos a cinco meses, Manila no recibió ningún tipo de información oficial de los acontecimientos políticos y militares en España hasta ocho meses más tarde, aunque desde finales de 1808 llegaban noticias y rumores sobre lo

⁸ Retana, Wenceslao E. *El Precursor de la Política Redentorista*. Madrid: Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894.

⁹ A los nativos les recordaba Varela en la *Proclama Historial*: “Dichosos vosotros Indios Filipinos que sois gobernados por una legislación tan dulce. ¡Díganlo esas sabias Leyes de Indias, en donde vosotros los indios sois tratados con suma consideración sin distinción del español! ¡Mirad como os trata vuestro Conquistador, que os prefiere a sus hijos natos!” P. D2.

que estaba sucediendo en Europa.¹⁰ Según la poca narrativa histórica existente, las primeras noticias oficiales llegaron el 15 de febrero de 1809 a bordo del bergantín Activo, procedente de México.

Las notificaciones y decretos sobre incidentes que se habían ido sucediendo rápidamente durante meses llegaron todos a la vez, así que el gobernador interino, don Mariano Fernández de Folgueras, las publicó paulatinamente durante el mes de febrero.¹¹ El bergantín, según el historiador de principios de siglo XX Miguel Artigas y Cuerva, llevaba entre su carga los siguientes documentos: la Real Cédula de Aranjuez del 19 de marzo de 1808 en la que Carlos IV abdicaba la corona a favor de su hijo Fernando VII; un documento con la composición del nuevo gobierno de Fernando VII; la declaración de guerra a Napoleón; una orden de no molestar o poner impedimentos a los ingleses en archipiélago; y un documento explicando el rapto del rey y de la familia real en Bayona por parte de Napoleón.¹² Y además, según Blanco, traía una orden “de la Real Suprema Junta” en la cual se ordenaba “que todos los franceses radicados en estos dominios sean juramentados y los transeúntes prisioneros y decomisados sus bienes.”¹³ El 16 de febrero Folgueras anunció la abdicación de Carlos IV y anunció la jura de

¹⁰ La periodización de cuando la documentación oficial llegó a América y la importancia de este aspecto en el impacto de lo que sucedió está explicado en el libro de Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México, D.F.: Editorial Mapfre/Fondo de Cultura Económica, 1992. José Montero y Vidal, en su libro *Historia General de Filipinas* da una escueta narrativa de la llegada de la documentación y Artigas y Cuervas en su obra sobre *El parlamento filipino y Los periódicos filipinos* en la Colección de la Biblioteca Filipina, en 1908 y 1909, explica el dilema de Folgueras ante la llegada de tanta información a la vez. Hay noticias que apuntan que estaban al tanto de lo que sucedía en Europa y en la península a través de informes indirectos de franceses, holandeses e ingleses en el Sudeste Asiático. Filipinas 702, Carta de José Blanco Bermúdez a la Junta Central, Manila, 10 de mayo de 1810, p. 4.

¹¹ José Regalado Trota menciona los pliegos impresos por Fernández de Folgueras en *Impreso: Philippine Imprints, 1593-1811*, Makati (Metro Manila), Fundación Santiago & Ayala, 1993. El primer documento, firmado en Manila el 16 de febrero de 1809 y titulado “Entre los pliegos del correo, que acaba de conducir a este puerto, desde el de San Blas, el bergantín de S.M. nombrado Activo [...]”, anuncia la toma del juramento tomado del rey Fernando VII. Un segundo documento mencionado, “A las Islas Filipinas”, firmado en Manila el 21 de febrero de 1809, proclama y pide fervientemente lealtad al Rey. El tercer documento, “Con la Real Provisión, que a nombre de nuestro Rey y Señor don Fernando VII: ha expedido la Suprema Junta, que le representa, establecida en la ciudad de Sevilla, se ha recibido la Declaración siguiente: Declaración de guerra al Emperador de la Francia, Napoleón I”, fue firmado en Manila el 28 de febrero de 1809.

¹² Artigas y Cuerva, *El Parlamento Filipino*, pp. 12-13.

¹³ AGI Filipinas 702, Blanco Bermúdez, Carta 10 de mayo de 1810, p. 4.

vasallaje a Fernando VII. El día 21 publicó el decreto llamando a la población y a las autoridades coloniales a jurar lealtad al rey, dentro del contexto de la captura del rey en Bayona. Siete días más tarde hizo imprimir un decreto con la declaración de guerra a Napoleón.¹⁴ Finalmente, el 25 de abril de 1809, el gobernador escribió a la Junta Central explicando que dio a la luz los documentos enviados desde la península.¹⁵

Las dos cartas de mayo y agosto de 1810 relatan el ambiente político y los sucesos del año 1809 en Manila desde una perspectiva que la escasa historia oficial no ha tenido en cuenta, y que iluminan un espacio político mucho más complejo del que se ha explicado hasta el momento, y que revela la importancia de 1809 y el primer periodo constitucional en Filipinas, que comenzaría de dos a tres años más tarde.¹⁶

Las primeras reacciones de las elites locales, tanto peninsulares como criollas, de total adhesión a la Corona y a la figura de Fernando VII, supusieron, como en España y en varios de los territorios americanos, un enfrentamiento a las autoridades —a las estatales, por cuanto éstas mantuvieron una posición ambivalente frente a la invasión francesa, como a las autoridades coloniales, que representaban a los ojos de algunos un régimen político ineficaz y corrupto—.¹⁷ Al parecer, esa adhesión y ese enfrentamiento no eran monopolio político de las elites. Iñigo González de Azaola describió posteriormente cómo “[l]os indios a quienes creemos espectadores meramente pasivos no dejaban de extrañar las salvas y repiques que se hacían o por nuestra victoria, o nueva forma de Juntas y Regencia. Sabían que nuestro Rey era cautivo, pues no hubo recelo alguno para decírselo, y no obstante al concepto que generalmente se tiene extrañaban las voces de Juntas Supremas, Central

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Artigas, *Los Periódicos Filipinos*, p. 15.

¹⁶ Entre los pocos historiadores que estudian la política colonial y postcolonial filipina del siglo XIX, tan sólo Wenceslao Retana en 1894, y Clarita Nolasco y Nick Joaquin en los años 1960 y 1970, mencionan incidentes o personajes del 1809, como a Varela; José Montero y Vidal (1894), Miguel Artigas y Cuerva (1908 y 1909) dieron narrativas escuetas de la llegada de la documentación a Manila en 1809. Los demás, Gregorio Yabes (1930s), Luis Camara Dery (2004) no dedican espacio ni análisis a estos acontecimientos o personajes, estudiando el contexto de la Constitución de 1812 como si estuviera divorciado de la política local y las tensiones desencadenadas tan sólo tres años antes.

¹⁷ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias: Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 125-129.

y Regencia que mandaban desde España y no dejaron de oírse algunas expresiones que podían dar cuidado”.¹⁸ En Manila, el gobierno colonial –especialmente el gobernador interino, don Mariano Fernández de Folgueras y la Real Audiencia– fue acusado de afrancesado y corrupto por parte de un sector de la elite. La acusación de afrancesado ponía en duda la autoridad del gobernador en el archipiélago; y la acusación de corrupción denunciaba el fracaso de las reformas borbónicas y las injusticias generadas por dichos cambios, puestos en marcha desde finales del siglo XVIII.

Como bien explica François-Xavier Guerra, la creación de la Junta Central y las juntas provinciales, y la toma de poder por parte de sectores liberales en la península, generan y revelan una paradoja política en los territorios americanos y asiáticos. Por un lado, en la metrópolis se reivindicaba una concepción del poder político que se remontaba a la Edad Media castellana, en la cual la soberanía del monarca emanaba del pueblo, representado y reunido en sus cabildos, por sobre el posterior concepto de poder absoluto, por el cual la soberanía real emanaba de Dios.¹⁹ Pero por el otro lado, se reivindicaba el poder peninsular general por sobre los cabildos americanos y filipinos, los cuales al parecer no tenían el mismo derecho de sus contrapartes peninsulares para formar juntas y revertirse a la soberanía popular ante la ausencia del Rey. Y es que el cabildo en América y Asia era la única institución en donde los hijos del país mantenían aún un control total y desde donde reivindicaban su poder político. Sin ninguna ley o tradición política que legitimara la postura de las juntas metropolitanas, éstas determinaron que la soberanía en la península emanaba del pueblo, pero que en los reinos y cabildos más allá de los mares emanaba de la península, cualesquiera que fuera su régimen político. Está claro que a finales del siglo XVIII en la metrópolis se había comenzado a concebir y tratar a América y Filipinas como espacios y poblaciones subyugados políticamente sin igualdad de derechos ante sus colonizadores.

¹⁸ AGI Filipinas 508, Segunda Carta de Iñigo González de Azaola a don Manuel González de Aguilar, 22 de abril de 1813, foja 75r, dentro del documento titulado, *Testimonio literal del expediente seguido contra el licenciado don Iñigo González de Azaola sobre su procedimiento de éste en la Junta Preparatoria, 1813-1816*.

¹⁹ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias* (1992), pp.169-175. Guerra apunta la importancia de la reinterpretación del pactismo durante este periodo.

Esto no fue asumido con tranquilidad por los súbditos coloniales. Legalmente los territorios americanos y asiáticos eran definidos como reinos y sus habitantes eran vasallos del rey.²⁰ En Filipinas, la oligarquía criolla manileña era la única ciudad con cabildo en el archipiélago en 1809.²¹ Las noticias llegadas desde España en febrero de 1809 anunciando el cambio de una soberanía real a una soberanía popular que se articuló en un primer momento en los cabildos de las ciudades de la metrópolis daba legitimidad al reclamo de poder reivindicado tanto por Blanco, como por Varela, más veladamente. La rebeldía aparente de los miembros de las elites locales que querían formar juntas en donde los criollos asumieran el poder político como vasallos del rey ante la ausencia de éste estaba fundamentada sobre derechos y definiciones políticas castellanas tradicionales que, sin embargo, los peninsulares no les reconocían: he aquí la paradoja.

Las noticias del secuestro de la familia real y la subsecuente formación de las distintas juntas en la península generaron el marco político perfecto para la irrupción de una identidad política criolla en la arena política manileña y del archipiélago que seguramente existía ya desde finales del siglo XVIII. Como sucedió en otras partes del imperio durante estos momentos históricos de transición e incertidumbre, la insistencia de la participación política de los hijos del país en el gobierno del archipiélago permite vislumbrar con claridad la idea de una identidad política criolla, en este caso filipina. Esta identidad política o criollismo se articula alrededor de la lealtad al rey y de la pertenencia étnica a la “nación” española, enmarcada en un espacio geográfico y político distinto al peninsular, y que los hijos del país reclamaban como propio. Algunos de ellos, como Blanco, habían sido marginados de ese espacio por autoridades corruptas ajenas a los sufrimientos y devenir de sus habitantes. En esta primera manifestación política en Manila no había signos de escisión, como los habría posteriormente en 1821.

²⁰ Quien explica el dilema detalladamente es la historiadora Virginia Guedea, en su capítulo sobre el debate en el Virreinato de Nueva España de la creación de una Junta gubernativa, en Chust, Manuel (coordinador). *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económico/Fideicomiso Historia de las Américas, El Colegio de México, 2007, pp. 85-88.

²¹ Por aquel entonces el Cabildo de Cebú había sido abolido en 1750 por falta de criollos, como se explica extensamente en un artículo inédito escrito en 2008 por Michael Cullinane, titulado “Ciudad de Cebú: The Spanish City that failed, 1565-1757”. Quisiera agradecer, de paso, que el Dr. Cullinane, me permitiese citar este artículo inédito.

Los diferentes partidos políticos hasta ese momento no estaban siquiera organizados alrededor de la identidad –en una facción criolla y otra peninsular– sino que reunían criollos, peninsulares, europeos y mestizos que compartían intereses políticos, pero sobre todo económicos.²²

Sin embargo, la identidad criolla que irrumpe como discurso político en Manila como reacción a las noticias llegadas de las Juntas revolucionarias creadas en España ante la pasividad política del Consejo de Regencia y el Consejo de Castilla respecto a la ocupación napoleónica, se había ido forjando en un pasado inmediato e histórico. En un pasado inmediato, porque suponía una reivindicación política de la pérdida paulatina de poder desde finales del siglo XVIII de las elites locales. E histórico, porque los criollos eran conscientes de que habían participado en el gobierno y en la defensa del archipiélago desde el siglo XVI, y sus redes familiares y clientelares estaban enraizadas en las islas, no en la metrópolis. Por tanto su identidad se fraguó a lo largo de los dos siglos de presencia hispana en el archipiélago, aunque se cristalizase como tal en un momento histórico puntual.

Esta identidad política, como el escritor e historiador Nick Joaquin defendía en sus escritos, es una de las piezas clave en la concepción de la nación moderna filipina durante la segunda mitad del siglo XIX dada la influencia del alcance de su discurso y acción políticos.²³ Como claro ejemplo de esto, el padre José Burgos, una de las primeras figuras nacionalistas filipinas, reivindica en un discurso escrito en 1870 a Varela, por sus escritos publicados en 1809, como un antecedente político e intelectual que justificaba el derecho de los criollos o mestizos de español a participar en el gobierno de las islas.²⁴

²² François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias* (1992), p. 199.

²³ Esta idea está expresada en su libro, *A Question of Heroes*, publicado en Manila en 1967. En él conecta a Luis Rodríguez Varela con el padre José Burgos, haciendo una genealogía intelectual que reivindica una dignidad política filipina moderna que se inicia con estos criollos que vivieron a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX.

²⁴ José Burgos, considerado uno de los padres del nacionalismo filipino junto con José Rizal, y sentenciado a muerte en 1872 acusado de incitar la revuelta de Cavite, cita a Varela en su “Manifiesto que a la Noble Nación Española Dirigen los Leales Filipinos en Defensa de Su Honra y Fidelidad Gravemente Vulneradas por el Periódico La Verdad de Madrid”. Expone a Varela como un ejemplo de la capacidad, inteligencia y talento del filipino y cita su obra *El Parnaso Filipino* en donde se reivindica la valía intelectual de criollos y nativos filipinos. El manifiesto se encuentra en su versión completa en el libro editado por el Padre John N. Schumacher, S.J., *Father Burgos: A Documentary History*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press, 1999, p. 68.

Sin embargo, la historiografía filipina en general ha ignorado la misma articulación de esta identidad y de la importancia de los acontecimientos sucedidos en Manila a partir de 1809, con la publicación de estos escritos, las tensiones entre distintos sectores de la elite y de las autoridades representadas por el regidor Blanco Bermúdez y el gobernador Folgueras, y las dudas y planteamientos ideológicos surgidos ante la ausencia del legítimo rey en el trono español.

Además, y volviendo al contexto de inicios del siglo XIX, los eventos de este año, en conjunción con esta identidad política diferenciada, son el punto de partida para entender la fisura política entre el estado colonial y el partido criollo en 1813 y 1814 que desembocó en el intento de independencia en 1821 por una parte de la oligarquía comercial y militar manileña. Aunque las tensiones entre el gobierno colonial y las elites manileñas se remontan a finales del siglo XVIII, la desaparición del monarca y la llegada al poder de sectores liberales y su agenda política en la península abrieron las puertas a un sector de las elites coloniales a reclamar y luchar abiertamente por el control del gobierno en la colonia durante el primer periodo constitucional, algo que se les había negado paulatinamente con las reformas socio-económicas y burocráticas de finales del XVIII.

Con el paso a la soberanía popular articulada alrededor de juntas provinciales, los cabildos pasaron a tener una relevancia y un poder político en la península, en América y en Filipinas, que no tenían hacía siglos.²⁵ En el caso de Filipinas, esto permitió a los criollos reclamar su legitimidad política articulando sus reivindicaciones de diversas maneras, como lo muestran tanto los escritos de nuestro querido regidor José Blanco Bermúdez, como los del poeta Luis Rodríguez Varela.

Según las autoridades coloniales, la situación política en 1809 se mostraba tranquila, pero un comentario del gobernador don Mariano Fernández de Folgueras en la ya mencionada carta del 25 de abril de 1809 a la Junta

²⁵ El poder del Cabildo en las colonias fue sustentado con más fuerza cuando llegó a América y a Filipinas, en febrero de 1810, la Real Orden de 22 de Octubre de 1809 en la que se instaba a escoger por elección a un miembro entre los criollos que representaría a su territorio en las Cortes, que se iban a inaugurar en enero de 1810. En el caso de Filipinas, como apunta el gobernador González de Aguilar en una carta escrita el 6 de julio de 1810, se hizo la elección por consenso, no por voto, debido a que Manila era el único cabildo existente en aquel momento en el archipiélago.

Central, y las cartas de Blanco Bermúdez y Romualda Francisca, muestran el descontento y las murmuraciones que se traducían en pasquines anónimos.²⁶ Estos rumores circulaban desde septiembre de 1808, cuando un bergantín francés procedente de Batavia trajo documentación para el gobernador interino. Según la carta del 10 de mayo de 1810 del regidor Blanco Bermúdez a la Junta Central, se murmuraba que dichos documentos contenían órdenes directas del hermano de Napoleón, Luciano Bonaparte, a Folgueras. Si el bergantín llevaba o no esta documentación con órdenes directas de Luciano Bonaparte, nunca se sabrá, porque dichos papeles no fueron leídos públicamente. Este episodio fue atado a ciertos eventos anteriores y posteriores a 1808, para formular acusaciones veladas al gobernador interino de traidor y afrancesado.²⁷

Esta tensión en Manila llegó a su máxima expresión cuando a finales de mayo de 1809 una goleta francesa que arribó a la costa de Batangas fue apresada, y su capitán y tripulación llevados a Manila. *La Mouche* venía de Mauricio con un documento para Folgueras de parte del gobernador Decaen de la Isla de Francia. Además del documento habían también gacetas traídas de España que cubrían el periodo entre abril y octubre de 1808. En cuanto la documentación llegó a manos de Folgueras, la llevó a la sala de la Audiencia y abrió el documento delante de todas las autoridades. Y aquí es donde la historia empieza a ponerse interesante. Folgueras publicó el documento dirigido a él por el gobernador Decaen, en el que éste le proponía la rendición del archipiélago a Napoleón. El primer impulso del indignado gobernador, según Miguel Artigas, fue el de quemar el documento, pero se sintió obligado a imprimirlo para calmar los ánimos de los habitantes de Manila que murmuraban inquietos al saber que un documento francés iba dirigido al mismo gobernador.²⁸

Sin embargo, la carta del regidor Blanco Bermúdez insinúa que Folgueras no quería divulgar los documentos que habían llegado en el bergantín francés porque apuntaban a que había estado colaborando con el enemigo. Por su relato, se desprende que el aumento y la intensidad de los rumores

²⁶ Artigas y Cuerva, *Periodismo Filipino*, p. 14.

²⁷ Filipinas 702, Carta de José Blanco Bermúdez a la Junta Central, Manila 10 de mayo de 1810, p. 4.

²⁸ Artigas y Cuerva, *Periodismo Filipino*, p. 14.

sobre la documentación generaron una tensión creciente en Manila, llevando a la aparición de aún más pasquines anónimos, y fue esto lo que obligó al gobernador a hacer públicos los documentos en forma de aparente denuncia. Aunque ambas versiones coinciden en los hechos que describen, es muy distinta la interpretación que se hacen de los mismos: no podemos saber hasta qué punto el gobernador quiso eliminar la documentación por indignación ante su inocencia, o por miedo a que se conociese su complicidad. Lo cierto es que a pesar de la publicación de la declaración de guerra a Napoleón y la orden de arrestar y decomisar los bienes de franceses residentes en Manila, Folgueras permitió salir de las islas a todo francés residente.²⁹

Lo que es evidente es que en 1809, los ánimos andaban exaltados, y el gobierno colonial en la figura del gobernador y de la Audiencia, estaban bajo presión y su autoridad puesta en duda. Este ambiente político hizo que el regidor Blanco Bermúdez se arriesgase a expresar lo que pensaba, criticando las acciones poco claras de Folgueras, dando voz a un sector de los criollos. Aunque Blanco insistió en su defensa que actuó solo, hubo otros seis hombres implicados —a los cuales también se les acusó de sedición— en la escritura del anónimo enviado al alcalde del ayuntamiento, don Manuel Darwin y Columbier. No hay que olvidar que el regidor era un hombre bien conectado, y aunque Blanco fuese la voz cantante y al final el chivo expiatorio, hay ejemplos posteriores que demuestran que detrás de actos de protesta como la publicación de pasquines anónimos contra el gobierno colonial, siempre había más gente envuelta de la que las autoridades podían inculpar.³⁰ A finales de mayo de 1809, el anónimo enviado al alcalde conminaba

“[...]a que se cumpliese con la Real Orden de la Suprema Junta, que según voz pública había traído el bergantín *Activo* procedente de San Blas por que se formase en esta capital la Junta Gobernativa en obsequio del bien del estado del Rey, y de la patria libertándola del despotismo y tiranía con que está oprimida por sus actuales magistrados [...]. Así mismo que esta Real Ciudad mandase

²⁹ AGI Filipinas 702, Carta de Blanco Bermúdez de 24 de mayo de 1810, [p. 5]

³⁰ Es el caso de la revuelta de los hermanos Palmero en 1828 en Manila, en la que el fiscal de la Audiencia juzgó y encarceló por sedición a un grupo de criollos, proveyendo una lista de otros “hijos del país” de quienes sospechaba complicidad, pero a quienes no pudo juzgar por falta de pruebas.

citar a cabildo pleno con asistencia precisa de los vecinos más principales y Jefes de los Cuerpos de esta ciudad [...]"³¹

A la exigencia sobre la formación de una Junta gubernativa plasmada en el anónimo, Blanco Bermúdez añadió en su carta de mayo la petición de que ésta se formase bajo la dirección de los hijos del país, como en la península y como la que había exigido el Cabildo de la capital del virreinato en julio de 1808.³² Como relata en su carta el regidor Blanco, el anónimo fue abierto por Folgueras en presencia de su secretario personal, Juan Miciano, y del escribano Manuel del Castillo, aunque iba dirigido al alcalde ordinario Darwin.³³ Por orden del gobernador, la Audiencia asignó la investigación del caso al oidor Ildefonso Ruiz Ramírez. Cuando se descubrió que el autor de dicho anónimo era Blanco Bermúdez, Ruiz obró con rapidez y sin escrúpulos. Arrestó a Blanco, a Romualda y a don Ramón Noroña, José Montes, Francisco Melgarejo, y, según la carta escrita en nombre de Romualda, a don Andrés Mendoza, a Francisco Sierra, y a un tal Urbina.³⁴ Todos ellos fueron encarcelados en la Fuerza de Santiago, encerrados en bartolinas, con grillos, incomunicados y brutalmente interrogados.³⁵ El propio regidor lo relata en su carta de mayo de 1810:

“Me sentenció dicha Real Audiencia a ocho años al más distante ruin y miserable presidio de Misamis, privándome de poder obtener empleo de república

³¹ AGI Filipinas 702, Renuncia del Regidor Perpetuo don José Blanco y Bermúdez, Manila, febrero de 1809, p. 2.

³² AGI Filipinas 702, Carta de 24 de mayo de 1810, p. 26.

³³ Blanco acusó a Darwin de pusilánime y amedrentado. *Ibidem*, renuncia al cargo, 25 de febrero de 1810, p. 14: “...pero mi desgracia Sr. consistió, el que dicho Alcalde Ordinario por adulación y pusilanimidad entregando el paquete al expresado gobernador, que lo abrió de autoridad propia, cometiendo este crimen uno y otro, y el escribano, Manuel del Castillo, que autorizó, dictó sus ordenes consecuentes a la averiguación del autor...”.

³⁴ *Ibidem*, cartas de 24 de mayo y 10 de agosto de 1810, p. 3. Sobre estos últimos no se ha podido encontrar información, pero parecen ser un conjunto de hombres que iban desde sirvientes hasta clientes y amigos de Blanco. Melgarejo, posiblemente un nativo o mestizo de español, fue sentenciado a vivir cuatro años en su pueblo, Bucave, en la provincia de Bulacan. A Noroña y a Montes, criollos o peninsulares, se les condenó a un exilio de cuatro años en la provincia de Mindoro. De los otros tres no se sabe si fueron condenados o no.

³⁵ AGI Filipinas 702, carta de 10 de agosto de 1810, p.3, “...cargándoles de prisiones embartolinándoles, y incomunicándoles estrechamente. A don Andrés Mendoza y a Francisco Sierra también les compelió dicho ministro [Ruiz Ramírez] que declarase...”.

después de haberme tenido cerca de un año con una de grillos, centinela de vista y veinte cuatro días en el más cruel calabozo de esta ciudad con dos varas de grillos, estrechamente incomunicado, dos meses y medio, careciéndome de agua y fuego, elementos que hasta las plantas necesitan para su subsistencia”.³⁶

Blanco relata que las irregularidades no sólo se dieron en el trato humillante dado a los prisioneros, que fueron mortificados como si fuesen asaltadores de caminos y delincuentes comunes, sino que también plagaron el juicio. Blanco presentó cargos contra el gobernador y la Audiencia Real, como señala en su carta de mayo, desde su encarcelamiento.³⁷ Según el procedimiento legal, estas autoridades como partes implicadas en su acusación no podían rejuzgarle a él, pero se saltaron las leyes y siguieron adelante con el procedimiento. No le permitieron ningún “recurso para poder manifestar mi justicia, cerrándome enteramente todas las puertas”.³⁸ Asignaron para su defensa, según palabras del propio regidor, al más “rústico” de los abogados de la Audiencia, quien lo juzgó más que lo defendió.

Al regidor Blanco Bermúdez se le sentenció por lesa majestad y por la relación ilícita con Romualda Francisca. Fue desterrado por ocho años a Misamis, y se le prohibió ostentar algún cargo público, por lo que se vio obligado a renunciar a su regiduría perpetua en el Ayuntamiento de Manila. Blanco designó como heredero del cargo a su hijo José Miguel, pero al ser éste menor de edad, la regiduría acabó interinamente en manos de su cuñado don Manuel Cacho.³⁹ Se desconoce si sobrevivió a su confinamiento o no, del que se sabe que cumplió al menos los primeros cuatro años, pues con la llegada de la Constitución de 1812 al archipiélago en 1813, un político manileño recordó su caso en una carta en la que hablaba del “inmoral regidor Blanco, con sus indecentes anónimos e insultos pasquines”.⁴⁰ En cuanto

³⁶ AGI Filipinas 702, carta de 24 de mayo de 1809, pp. 15-16.

³⁷ *Ibidem*, p. 15.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ AGI Filipinas 702, Renuncia a su cargo el 26 de febrero, 1810, pp.1-2. Cacho fue posteriormente uno de los hombres de la Junta Preparatoria para la aplicación de la Constitución de 1812 en el archipiélago.

⁴⁰ AGI Filipinas 508, Segunda carta de Iñigo González de Azaola a don Mariano Fernández de Folgueras de 22 de abril de 1813, foja 75r dentro del documento titulado *Testimonio literal del expediente seguido contra el licenciado don Iñigo González de Azaola sobre su procedimiento de éste en la Junta Preparatoria, 1813-1816* y que dice: “Los habitantes españoles de estas islas amantes de la tranquilidad y de un corazón a toda prueba fiel, mantuvieron la misma obediencia y fidelidad a las autoridades,

a Romualda, se sabe sólo lo que Blanco relató en su nombre En cuanto en la carta de agosto de 1810: que fue sentenciada a ocho años al servicio de las enfermas del hospital de San Juan de Dios de Manila.

¿Pero por qué utilizó la voz de su amante nativa? La voz de Romualda se convirtió en la mediadora final, una vez los argumentos racionales y políticos esgrimidos desde la prisión por Blanco en una carta anterior escrita en mayo de 1810 no fueron escuchados en la península.⁴¹ A través de ella, Blanco Bermúdez invoca el dominio de los sentimientos, que como defiende Jean Franco, eran un espacio de poder femenino en una sociedad patriarcal.⁴² Romualda, como mujer y como súbdito, acaba representando lo que no estaba escrito, lo que se murmuraba en las calles de Manila sobre los abusos y la corrupción del gobernador interino don Mariano Fernández de Folgueras y sus partidarios. Este argumento cristiano y moral validaba la crítica de Blanco en cuanto pretendía representar el sentimiento de una sociedad sin voz ni poder político directo que estaba harta del “despotismo y tiranía con que está oprimida por sus actuales magistrados”, más allá de una voz individual de descontento.⁴³

La carta enmascarada en la voz de Romualda le servía además al regidor para vengarse con inquina de sus enemigos esparciendo rumores, o como se diría en tagalo moderno, *tsismis*, y hablando sobre sus deudas de juego en las timbas ilegales en casa del regidor don José de Iturretagoyena;⁴⁴ para denunciar

que a tiempo de Carlos IV, el incendio que quiso preparar el inmoral regidor Blanco, con sus indecentes anónimos e insultos pasquines, fue apagado por las disposiciones que tomó la Real Audiencia, que sin duda alguna hubiese cundido a los pueblos de Indios y nos hubiéramos visto envueltos en los horrores en que aún se hallan las provincias de América”.

⁴¹ AGI Filipinas 702, Carta de José Blanco Bermúdez al Presidente de la Junta Central, Fortaleza de Santiago, Manila, 24 de mayo de 1810.

⁴² Jean Franco, *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico*. New York: Columbia University Press, 1989, p. XIV.

⁴³ AGI Filipinas 702, De la violenta renuncia al oficio de Regidor Perpetuo del Cabildo de Manila de José Blanco Bermúdez el 26 de febrero de 1810, p.3.

⁴⁴ AGI Filipinas 702, Carta de Romualda Francisca de 10 de agosto de 1810. En la pág.7 dice lo siguiente: “no antes asiéndose de la vista gorda, y sordos así continúan los transgresores de que sacamos que sólo para Blanco y para mí se ha establecido el rigor de la ley y no para otros, esta es una prueba real y nada equívoca de que dicha sentencia contra mí está fundada sobre los fuertes sentimientos de la pasión de la venganza, mala voluntad, rencor, odio y corazones afrancesados, sí señor, porque ningún español verdadero cristiano buen ministro, celoso de la ley puede proceder con tanta tiranía y crueldad como proceden estos actuales magistrados, quienes sin oír haciéndose jueces y partes y privando el derecho natural para defenderse, sentencian al pobre vasallo a muerte civil”. Con este concepto Blanco se desvela como el autor de la carta.

que todos los hombres prominentes de la ciudad tenían amantes; y acusar directamente al gobernador y a los jueces de la Real Audiencia de delinquentes y afrancesados.⁴⁵

Como ya he apuntado en la introducción, Romualda no sólo fue instrumentalizada por Blanco. Su relación ilícita con el regidor fue utilizada por el gobernador y sus partidarios para acabar con él. La utilización de la relación de amancebamiento con Romualda fue el golpe de gracia para acabar con el honor no sólo político sino también social de Blanco, y está ligado a un episodio en la política local de finales del siglo XVIII. Y aquí es donde el pasado se encontró con el presente que vivió el regidor en 1809.

A simple vista podría parecer que las autoridades coloniales estaban dispuestas a frenar cualquier tipo de expresión que se pudiese considerar “revolucionaria”, cayera quien cayera. Pero la historia de la caída en desgracia de Blanco no es más que una venganza encubierta de tensiones políticas larvadas en la última década del siglo XVIII. La venganza con un efecto de *boomerang* se gestó entre 1798 y 1801. Su anónimo lo llevó a la cárcel, aunque constituyó sólo un factor en su destrucción política y su “muerte civil”, como apunta en la carta de Romualda.⁴⁶ Su ruina se fraguó en la intersección de una vendetta local por una serie de pugnas políticas y económicas a finales del XVIII y su acusación abierta de traición y corrupción a Folgueras y a sus seguidores además de su propuesta de una Junta controlada por criollos.

En 1798, según el Coronel del Regimiento de Milicias Provinciales de Cagayán, Blanco Bermúdez, en aquel entonces Alcalde Ordinario de 1^{er} voto del Ayuntamiento de Manila, era fiador de un comerciante llamado Arnez que murió súbitamente en el hospital de San Juan de Dios, en Manila.⁴⁷ Enterado del fallecimiento, Blanco quiso recuperar la cantidad fiada a Arnez, requisando la embarcación y los bienes del fallecido. Aún sabiendo que no podía requisar los bienes por ser una de las personas envueltas en el caso,

⁴⁵ *Ibidem*. En la p. 12 dice: “...hablo contra aquellos que debiendo ser el ejemplo del pueblo son el objeto de la murmuración, contra aquellos que debían observar y hacer se observen vuestras leyes; para el efecto están pagados por Vuestro Real Erario, son los primeros delinquentes de ellas son los que tiranizan al pobre vasallo y aniquilan estas islas y Vuestra Real Hacienda...”.

⁴⁶ AGI Filipinas 702, Carta de 10 de agosto de 1810, p. 4.

⁴⁷ AGI Filipinas 694, Testimonio de las diligencias creadas por esta Real Audiencia a consulta del Alcalde don José Blanco y Bermúdez contra don Antonio Matteos, sobre ilícito comercio con Rosa de Vera, 1798-1801.

utilizó su poder como alcalde para hacerlo, y así se lo recordó el capitán de milicias provinciales y peninsular, Antonio Matteos, que era el albacea y apoderado de Arnez. La Real Audiencia consideró que la acción de Blanco era ilegal y le obligó a devolver los bienes y embarcación del difunto a Matteos.

Como venganza por la pérdida del dinero, Blanco acusó a Antonio Matteos delante de la Real Audiencia en 1798, de público amancebamiento con la china mestiza, Rosa de Vera. El 28 de junio de 1798 Matteos fue encarcelado, y perdió su trabajo y todo derecho a empleo público. El 12 de septiembre de 1798 encarcelaron a Rosa de Vera y la incomunicaron.⁴⁸ Matteos se defendió diciendo que quería casarse con Rosa, pero Blanco dijo que como militar español necesitaba permiso para contraer nupcias y además la “desigualdad en sangre” hacia del matrimonio, según Blanco y las autoridades de la Audiencia, altamente impensable e improbable.

Aún así el alcalde, Gabriel de Miranda, no impidió a Matteos salir de la prisión y hacer visitas clandestinas a Rosa.⁴⁹ Además, a Matteos se le nombró ayudante mayor del segundo batallón de las Milicias Provinciales de Cagayán, porque según su coronel había escasez de europeos. Esto hizo que Blanco, con aún más inquina, intentase evitar que a Matteos le fuese permitido ir a Caraga en 1799 para localizar e iniciar la explotación de una mina de azogue en comisión por el gobernador. Blanco y la Audiencia volvieron a negar el permiso a Matteos para salir más allá de los arrabales de Manila.

Con esta persecución a Matteos, Blanco Bermúdez se enfrentó al gobernador, Rafael María de Aguilar, y a los militares peninsulares, creándose poderosos enemigos. El gobernador consideraba que el delito de amancebamiento de Matteos debía ser juzgado por un tribunal militar y no por la Real Audiencia, pero Blanco luchó para paralizar cualquier posible cambio de jurisdicción. Se ha de tener presente que Blanco era un hombre poderoso: su hermana estaba casada con el Marqués de las Salinas, y su cuñado era Manuel Cacho, un prominente comerciante. Mas con su sagaz utilización del peso político y legal de la Real Audiencia para neutralizar el poder del gobernador y de los militares, Blanco sentó las bases para su posterior destrucción.

⁴⁸ *Ibidem*, [p. 5].

⁴⁹ AGI Filipinas 694, Testimonio de las diligencias creadas... p. 10.

Es en esta historia de pasiones prohibidas donde confluyen la política colonial y local en Manila. En la manipulación de la figura de Romualda Francisca se expresan el sentimiento político local y las estrategias políticas de un sector de los criollos por un lado, y por otro el de las autoridades coloniales y sus adeptos. Estaba también la posición de Varela, cuyos escritos señalaban un camino distinto al propuesto por Blanco, que sin embargo intentaba también aumentar el poder de los criollos “hijos del país”. El desencuentro de tantas facciones en la lucha por el poder en Manila desembocaría en el primer intento por conseguir la independencia de la metrópolis en 1822. Esta evidente variedad de opiniones existentes entre los súbditos filipinos no se ha tenido en cuenta a la hora de hablar sobre el periodo pre-constitucional en las islas, como sí se ha hecho para las colonias americanas.

Las visiones políticas criollas en 1809 expresadas tanto en las cartas de Blanco (sobre todo en la del 24 de mayo de 1810) como en los escritos de Varela se envolvían alrededor de un discurso antifrancés. Esta estrategia es comprensible porque iba dirigida a la Junta Central y al rey en guerra con Francia, pero era un arma de doble filo. Para Blanco Bermúdez, sirvió para poner en duda la legitimidad del gobierno colonial, sobre todo la figura de Folgueras, ante los ojos de la Junta.⁵⁰ Por otra parte, para Varela el sentimiento antifrancés era el vehículo que cohesionaba a los súbditos filipinos con los peninsulares y reforzaba la idea política de una nación hispana que se extendía más allá de España.

Ambos tenían agendas políticas bien delimitadas, pero mientras Blanco utilizaba los eventos en la ciudad para reclamar el poder político local, Varela reaccionaba a los eventos de manera más conservadora, sin poner en duda a las autoridades coloniales. De hecho, Varela se convierte en el agente del gobernador, que ve en sus panfletos una manera de evitar tumultos y rebeliones. Varela presentaba una visión idílica del poder criollo y de la uni-

⁵⁰ Aunque hay pocas voces registradas en los documentos, parece que Blanco no era el único en pensar de la misma manera. En su renuncia al cargo, da una larga lista de substitutos, entre ellos los siguientes criollos: Don Manuel Cacho, su cuñado, Juan Blanco, don Gregorio Blanco Bermúdez, don Juan Salanova, don Ramón Mir, don Vicente Escalante, don Fernando Media Aldea, don Juan Bautista Cabarrús. Por otro lado, Varela podría ser considerado durante 1809 y al inicio de la implementación de la constitución como un hombre conservador, pero su visión política cambió a medida en que la constitución acabó con los oficios perpetuos y forzó a muchos criollos a buscar otra manera de sustento económico, si no tenían participación alguna en el comercio.

dad del imperio, mientras que Blanco proyectaba en sus cartas a la Junta Central una visión articulada alrededor de la impotencia e indignación que sentía un sector de los criollos ante el abuso de poder de algunos de los miembros del gobierno colonial. Aún así, en ambas perspectivas subyacía la idea de que la legitimidad política y moral del poder real en el archipiélago estaba sustentada por los criollos. La lealtad al rey no era cuestionada. A diferencia de Varela, el anónimo que llevó a Blanco Bermúdez a prisión no daba por hecho que los criollos tuvieran ya poder político en el archipiélago desde las instituciones coloniales establecidas.

Aunque tanto la carta enviada el 24 de mayo como la enviada el 10 de agosto de 1810, tenían como objetivo principal la reivindicación de la inocencia del regidor, Romualda y los hombres que fueron encarcelados como cómplices, las dos misivas son una fuente rica respecto a cómo se vivieron los acontecimientos de 1809 desde el punto de vista de un sector de la elite local manileña. Además de proveer una narrativa paralela hasta la ahora publicada, las cartas muestran las luchas por el poder y la creciente tensión política en Manila antes de la llegada de las noticias de la desaparición del rey y la guerra contra Francia, que fueron consecuencia de los cambios político-administrativos y socioeconómicos de las Reformas Borbónicas de finales del siglo XVIII.

No hay que perder de vista que aunque Blanco estaba defendiéndose, también realizaba política utilizando diversas estrategias discursivas para hacerse escuchar en la metrópolis, entre ellas la constante acusación de la actitud profrancesa del gobernador Folgueras. El lector del siglo XXI puede ver en estas denuncias y quejas atrevidas la desesperanza de un miembro de la elite criolla ante la pérdida de poder de los hijos del país, no sólo en cuanto a posiciones en la administración colonial sino también en el control del espacio urbano de Manila. Para demostrar la traición del gobernador por simpatizar con los franceses, Blanco pone ejemplos que revelan la injusta pérdida de derechos de los hijos del país. En 1807, Folgueras quería otorgar el Corregimiento de Tondo a don Jean Dusulier, un francés que había llegado a Filipinas durante el mandato de Aguilar y a quien se le había concedido el cumplimiento de las tareas policiales en Manila y sus arrabales.⁵¹

⁵¹ AGI Filipinas 702, Carta de 24 de mayo de 1810, p. 7.

Dusulier, según Blanco, salía diariamente con 15 ó 20 granaderos y se dedicaba a destruir los puestos de ventas que no seguían las ordenanzas municipales, rompiendo o tirando al río las tiendas que eran regentadas por mujeres nativas, que optaban por no quejarse por pensar que no seguían la ley. Según Blanco, entonces, se le había dado el trabajo de velar por el bien común de los habitantes nativos a un hombre cruel e incompetente, pero el agravio fue aún mayor cuando Folgueras quiso nombrarlo corregidor de Tondo debido a la muerte de don José Fernández, el regidor del ayuntamiento. Este puesto era codiciado tanto por peninsulares como por hijos del país, porque era la provincia más rica al ser una de las que tenía mayor población. Esta posición que Folgueras quería otorgar al susodicho francés había sido solicitada por tres criollos y un peninsular. Los tres criollos eran: don José de Avilés, Conde de Avilés y Teniente Coronel de los Reales Ejércitos; don Luis Rodríguez Varela, el poeta y panfletista y también regidor perpetuo del Ayuntamiento, además de Caballero de la Orden de Carlos III; y don Juan de Verzosa, Conde de Lizarraga, Coronel de Milicias y Escribano Mayor del Noble Ayuntamiento. Blanco esgrimía que todos ellos ameritaban la posición más que el preferido por el gobernador, primero por conocer la lengua y el país, pero también por el hecho de que eran cabezas de familia, era soltero, desconocía el país, y no hablaba tagalo, la lengua de la provincia de Tondo. Es este episodio que da la base a Blanco para la acusación del gobernador como afrancesado, insistiendo que su decisión “ratificó mejor al pueblo su sospecha contra éste de sus inteligencias con el francés”.⁵² El “pueblo”, es decir, el sector compuesto por los criollos y unos pocos peninsulares que tenían que competir con más ferocidad por los cargos administrativos, empezaron a murmurar, y en palabras del regidor “convirtiéndose el Pueblo en pura crítica, no había lugar que no se hablase públicamente de semejante atentado y desvergüenza”.⁵³ Las quejas fueron tantas y tan intensas que supuestamente llegaron a la Real Audiencia, que por temor a un tumulto, notificó al gobernador que no tomaría juramento a Dusulier para el cargo de corregidor de Tondo. Ante tanta presión Folgueras

⁵² AGI Filipinas 702, Carta de 24 de mayo de 1810, p. 9.

⁵³ *Idem.*

desistió, pero como venganza dio el cargo a un peninsular soltero y recién llegado, Iñigo González de Azaola,⁵⁴ y juró, según Blanco, que “mientras tuviese el mando del gobierno no daría empleo ni acomodo alguno a ningún hijo del país”.⁵⁵

En sus denuncias de la corrupción que caracterizaba el mando del gobernador, sus seguidores, y la Real Audiencia, Blanco Bermúdez insistía reiteradamente que esa corrupción no sólo afectaba a criollos y nativos del archipiélago, sino también a los intereses económicos del rey. Esgrimiendo el argumento de robo y saqueo de la Real Hacienda, Blanco devela cómo la lucha por el poder en Manila no sólo se articulaba alrededor de la obtención de cargos administrativos, sino también en torno del control urbanístico de la ciudad, algo que aunque parezca algo obvio para el contexto latinoamericano, no se ha estudiado para el caso filipino. Estas tensiones alrededor del control político del espacio urbano las confirma más claramente una carta escrita por un conjunto de hombres propietarios en Manila, según los cuales don Ildefonso Aragón, primer ingeniero, con la ayuda de Antonio Madrigal (Auditor de Guerra), amigos ambos de Juan Miciano (Secretario del Gobernador y uno de los hombres que debía ser colgado según Blanco), se dedicaban a desoír las ordenes del rey en las que se especificaba que no podía haber construcción alguna pegada a la muralla.⁵⁶ Un parrián de chinos pegado a la muralla no era trasladado porque comprendía los intereses económicos de Madrigal.

Como ya he apuntado en la introducción, Folgueras dio el consentimiento a la publicación de los escritos de Varela en mayo de 1809 porque como escribió él mismo en la introducción de la *Proclama Historial*, estos textos “nada contienen contrario a las Leyes y buenas costumbres y son un

⁵⁴ Iñigo González de Azaola era un liberal peninsular que protagonizó un escándalo político durante el primer periodo constitucional en mayo de 1813, cuando obligó a un nativo a presentarse al cabildo para ser alistado como ciudadano, la acción de Azaola fue considerada por los dos regidores que llevaban los registros, Varela e Iturretagoyena, como impropia de un caballero. Por desafiar a las autoridades se le encarceló y se le acusó de sedición.

⁵⁵ AGI Filipinas 702, Carta de 24 de mayo de 1810, p. 10.

⁵⁶ AGI Filipinas 702 Carta de los Dueños y Moradores de las Casas de Extramuros de la plaza de Manila en las islas Filipinas a la Junta Central de Sevilla, Manila, 20 de abril de 1809.

testimonio de su celo patriótico”.⁵⁷ Estos escritos tenían como objetivo llamar a todos los súbditos filipinos, criollos, nativos y chinos mestizos a jurar lealtad al rey preso por Napoleón, y loaban la valentía de los españoles peninsulares. Los dos textos que mejor expresan esta idea son el *Elogio a las mujeres de España* y *Elogio a las Provincias*. El primero parecía estar inspirado en la defensa de Zaragoza, que una serie de mujeres, entre ellas Agustina Saragossa, mejor conocida como Agustina de Aragón, llevaron a cabo ante el ataque francés a la ciudad. Este escrito parece proyectar en la figura de la mujer española a la nación española, que con su valentía se gana el derecho a participar en el gobierno del reino.⁵⁸ En el segundo elogio reconoce la legitimidad de la Junta Central como gobierno temporal en ausencia del rey, como apunta el título que elogia “a las provincias” que se han organizado políticamente y se han proclamado soberanas. Pero Varela va más allá: habla de “reinos de España europea”, por tanto presupone la existencia de unos reinos de España “no europea”, prevaleciendo claramente la idea de que el imperio era un conjunto de reinos cuyos vasallos reconocían la soberanía del rey, sin mediaciones por nacimiento en una España (la europea) o la otra (la no europea).⁵⁹

Pero los textos que demuestran con mayor claridad la creencia en la legitimidad del poder político criollo y la existencia de una consciencia política criolla diferenciada son *La Proclama Historial* y *El Parnaso Filipino*. Estos muestran esa identidad criolla que se articula en 1809 alrededor de la lealtad al rey, un fuerte patriotismo, un enérgico sentimiento antifrancés, pero sobre todo, el orgullo de ser criollos filipinos. Este patriotismo en torno a España y su rey y el orgullo de saberse filipinos no entraban en conflicto porque eran percibidos como una consecuencia histórica y geográfica de la expansión imperial de España. En *La Proclama Historial* Varela les recuerda a los criollos filipinos que son descendientes de españoles:

⁵⁷ Rodríguez Varela, *Proclama Historial*, p. 1 Copia de la National Library of the Philippines, Rare Book Collection. Irónicamente, estos panfletos serán percibidos posteriormente, a finales del siglo XIX por las autoridades coloniales como un precedente político de la desafección de las elites filipinas a España. Especialmente el titulado, *El Parnaso Filipino*, considerado por Wenceslao Retana, en su trabajo, *La política redentorista*, como un panfleto subversivo y que muestra el inicio de la “traición” de las elites criollas a la “madre patria.”

⁵⁸ *Elogio a las Mujeres*, p. 5.

⁵⁹ *Elogio a las Provincias*, pp. 1-2.

“Católico y rancio Español, Criollo Filipino, fiel imitador de tus progenitores, traed a la memoria los hechos azañosos ¿de quién? No de una Nación extraña: de vuestros Padres...”⁶⁰

Y proclama, unas líneas más abajo, su patriotismo y su orgullo de ser filipino:

“Más no os pondré a la vista hechos ajenos: Sabed los propios. El año de 1636 salió una armada comandada por el mismo Capitán General de estas Islas Don Sebastián Hurtado de Corchera ¿Quiénes la hicieron gloriosa? Los españoles con filipinos. ¿Quiénes atacaron entonces Mindanao y Joló? Los españoles con Filipinos”.⁶¹

Es evidente en este pasaje que para Varela el criollo filipino es un vasallo leal del rey, pero el texto apunta a una idea mucho más sutil: el hecho de que además de ser fieles vasallos, están en igualdad de condiciones políticas que los súbditos peninsulares. De manera oblicua Varela anuncia que los criollos merecen compartir con los peninsulares el poder político y militar en el archipiélago.

Este orgullo de criollo es aún más evidente y va un paso más allá en *El Parnaso Filipino*, que aparece en un momento en que el vacío de poder provocado por la desaparición del monarca, devuelve la autoridad política a los cabildos no sólo peninsulares, sino también americanos y filipino. Así como *La Proclama* tenía el objetivo de criticar a Napoleón y llamar a los vasallos del archipiélago a jurar lealtad a Fernando VII, y reclamar la relevancia política de los criollos, en *El Parnaso* hay una exaltación a la ciudad de Manila y a sus habitantes más importantes, los criollos, a través de una representación exuberante de la ciudad con un acróstico:

La Venus por excelencia
Se apresura a questa vez
A mostrar contra el Francés
Lealtad, Amor, Diligencia
Viva Manila Gozosa

⁶⁰ Proclama Historial, pp. B2 y B3.

⁶¹ Proclama, pp. B2 y B3.

Ia que su luz es fulgente
 Viva Perla del Oriente
 Ayrosa, brillante, hermosa
 Manifiéstese famosa
 A las naciones del mundo
 No hay en ti espíritu inmundo
 I muestras con claridad
 La fineza de lealtad
 A nuestro Rey sin segundo.⁶²

Aunque el poema está dedicado al rey, acaba siendo una exaltación a la ciudad, a su poder, y por extensión a la potestad de las elites criollas que controlaban el cabildo. El texto reafirma el mensaje de manera aún más sutil. Un parnaso es según la mitología la “patria” del poeta: Varela es el poeta, y el parnaso es Manila. Manila es el espacio político de los leales vasallos del rey y la representante del poder real en el archipiélago, con lo cual el poema reafirma el hecho de que los criollos eran la autoridad legal, moral y política en las islas y los legítimos representantes del rey.

CONCLUSIÓN

El encarcelamiento de Blanco y de su amante en 1809 es un ejemplo de la dialéctica creada por la instrumentalización en Manila –como en otras partes del imperio– no sólo de las noticias llegadas de la península, sino también de las tensiones políticas locales dentro de un marco de inestabilidad política general en todos los dominios hispanos. Con el fin de buscar soluciones políticas al “vacío de poder” dejado por la desaparición del rey y la ocupación de la metrópolis por las tropas napoleónicas, esta incertidumbre y miedo generó una gama de reacciones políticas entre la elite manileña –peninsular y criolla– que fueron desde la parálisis política hasta la reivindicación de un nuevo régimen articulado en juntas. En este proceso de reivindicación emerge una identidad criolla filipina diferenciada de la peninsular, y que aunque no pone en duda el poder real, reclama el poder de

⁶² *El Parnaso Filipino*, p. 13.

los hijos del país como descendientes de españoles y vasallos del rey, y que en el caso como el de Blanco llegó a poner en duda la legitimidad de las autoridades coloniales.

Este reclamo de los hijos del país fue expresado de manera moderada por Varela, en cuanto, aunque expresaba en sus panfletos su orgullo de criollo filipino, no ponía en duda ni la autoridad de las instituciones coloniales ni de sus mandos, y acepta sin titubeos la soberanía provisional de la Junta Central en ausencia del rey. Mientras que Blanco tenía una visión más extrema, en el hecho de que no sólo pone en duda al gobernador y a la Real Audiencia, sino que reclama un gobierno alrededor de una Junta Gubernativa provisional conformada por criollos, hasta la vuelta del rey –su argumento tenía tintes parecidos al presentado por el cabildo de la ciudad de México en julio de 1808 al virrey–.

Esta identidad política criolla filipina, emergente en 1809, es fundamental para entender la dinámica política que se establecerá en Manila a la llegada de la Constitución de 1812, en febrero de 1813, y el primer intento de instaurar un régimen político representativo en el archipiélago. En la lucha por la obtención de votos, esta identidad se va definiendo paulatinamente hacia un discurso antipeninsular que cristalizará con el primer movimiento independentista fallido en el archipiélago en 1821 y 1822 –con el descubrimiento del intento de revuelta de los hermanos Bayot en 1821 y la subsecuente revuelta del Capitán Novales en 1822–.

La historiografía sobre Filipinas, en general, ha ignorado este periodo de la historia del archipiélago, tratándolo anecdóticamente. Los únicos que parecieron percibir la importancia de los criollos y su papel político en las tres primeras décadas del siglo XIX, aunque su aproximación fuese desde una rigidez nacionalista, fueron el escritor filipino Nick Joaquin y la historiadora filipina Clarita Nolasco. Para Joaquin, estos criollos eran parte de una genealogía política nacionalista que era el antecedente inmediato a las reivindicaciones autonomistas del Movimiento de Propaganda fundado por José Rizal y otros prominentes intelectuales filipinos a finales del siglo XIX, y que fueron la inspiración de la Revolución de 1896. Con ello, Joaquin buscaba restaurar la dignidad política del filipino como pueblo doblemente colonizado. Para Nolasco, esta elite criolla, aunque ostentaron el poder económico y político a lo largo de los tres siglos de colonización

española, son percibidos como agentes externos a la formación del estado-nación filipino, son simplemente españoles que accidentalmente nacieron en el archipiélago.

Finalmente, los panfletos de Varela y la historia del regidor Blanco y de su amante, Romualda, representan cómo las reacciones a los eventos políticos acaecidos en la metrópolis en 1808 generaron una preocupación y respuesta política, que manipuladas por un sector de la elite colonial criolla moderada o más radical, fueron utilizadas para intentar generar cambios políticos que aunque fracasaron a corto plazo, muestran que las causas de los cambios que querían estaban enraizadas en las idiosincrasias de la política local. ❧

FUENTES PRIMARIAS

AGI Filipinas 694 Testimonio de las diligencias creadas por esta Real Audiencia a consulta del Alcalde don José Blanco y Bermúdez contra don Antonio Matteos, sobre ilícito comercio con Rosa de Vera, 1798-1801.

AGI Filipinas 702 Carta de los Dueños y Moradores de las Casas de Extramuros de la plaza de Manila en las islas Filipinas a la Junta Central de Sevilla, Manila, 20 de abril de 1809.

AGI Filipinas 702, doc. 1, *Tanto literal de la violenta renuncia de mi oficio de regidor*, escrita por don José Blanco y Bermúdez, Manila, 26 de febrero de 1810.

AGI Filipinas 702, doc. 3 Carta del Regidor del Ayuntamiento José Blanco y Bermúdez al Marqués de Astorga, Presidente de la Junta Central, Manila, 24 de mayo de 1810.

AGI Filipinas 702, doc. 3 Carta de Romualda Francisca al Marqués de Astorga, Presidente de la Junta Central, Manila, 10 de agosto de 1810.

AGI Filipinas 507, Carta del Gobernador de Filipinas, Manuel González de Aguilar, en la que hace acuse de recibo de la Real Orden de 22 de octubre de 1809, sobre que tengan aquellas islas, representación nacional inmediata. Manila, 6 de julio de 1810.

Panfletos de Luís Rodríguez Varela:

Proclama Historial Que para Animar a los Vasallos que el Señor Don Fernando VII, tiene en Filipinas a que defiendan a su Rey del furor de su falso amigo, Napoleón, Primer Emperador de los Franceses. Ympreso en la Imprenta de

Nuestra Señora de Loreto del Pueblo de Sampaloc, por Fr. Jacinto de Jesus, Lavajos. Año de 1809.

A las Provincias de los reinos de la España Europea: El siguiente Elogio. Ympreso en la Imprenta de Nuestra Señora de Loreto del Pueblo de Sampaloc, por Fr. Jacinto de Jesus, Lavajos. Año de 1809.

Elogio a las Mujeres de España. Ympreso en la Imprenta de Nuestra Señora de Loreto del Pueblo de Sampaloc, por Fr. Jacinto de Jesus, Lavajos. Año de 1809.

El Parnaso Filipino. Título que se da a esta obra que es un breve compendio del valor de los españoles castigando la osadía de Napoleón de Bounaparte Emperador de los Franceses que quiso Usurpar la Corona de España de las sienes de nuestro amantísimo monarca, Fernando VII. Ympreso en la Imprenta de Nuestra Señora de Loreto del Pueblo de Sampaloc, por Fr. Jacinto de Jesus, Lavajos. Año de 1809.

BIBLIOGRAFÍA

Artigas y Cuerva, “El Parlamento Filipino” en *Biblioteca Nacional Filipina*, vol. 1. Manila: Biblioteca Nacional Filipina, 1908.

Artigas y Cuerva, “Los Periódicos Filipinos: La más completa bibliografía publicada hasta la fecha acerca de los papeles públicos filipinos” en *Biblioteca Nacional Filipina*, vol. 2. Manila: Biblioteca Nacional Filipina, 1909

Luís Camara Dery, “The Roots of Philippine Freedom: The 1812 Cadiz Constitution and Its Contributions to Filipino Emancipation From Colonial Rule” *Paper presented at the Museum of the Filipino People on the Fifth Centenary of Legazpi*, Sponsored by the Embassy of Spain and SECC. Manila: 2004.

Manuel Chust (coordinador). *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económico/Fideicomiso Historia de las Américas, El Colegio de México, 2007.

Michael Cullinane , “Ciudad de Cebú: The Spanish City that failed, 1565-1757”, (artículo no publicado), 2008.

François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México, D.F.: Editorial Mapfre/Fondo de Cultura Económica, 1992.

Nick Joaquin. *A Question of Heroes*. Pasig City (Metro Manila): Anvil Publishing, Inc. 2005 (primera edición, 1977).

- José Montero y Vidal, *Historia General de Filipinas desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días*. Madrid: M. Tello, 1894.
- Clarita T Nolasco, "The Creoles in Spanish Philippines" en *Far Eastern University Journal. A Quarterly of Contemporary Perspectives* Vol. XV, septiembre-diciembre, 1970, No. 1 & 2.
- Wenceslao E, Retana, *El Precursor de la Política Redentorista*. Madrid, Viuda de M. Minuesa de los Ríos 1894.
- John N. Schumacher, S.J. (ed.) *Father Jose Burgos: A Documentary History*. Quezon City (Metro Manila): Ateneo de Manila University Press, 1999.
- José Regalado Trota, *Impreso: Philippine Imprints, 1593-1811*. Makati (Metro Manila): Fundación Santiago & Ayala, 1993.
- Gregorio Yabes, "The Philippines Representation in the Spanish Cortes (first part)" en *The Philippine Social Science Review*, vol. VIII, núm.1, pp. 36-67.

William Blake: la exposición de 1809

María Paz Amaro

El año en que William Blake exhibió su obra por única vez de manera individual estando él vivo,¹ fue uno de constante agitación para Europa en términos históricos: Napoleón Bonaparte permanece en España en el invierno de 1808-1809. Ese último año se anexa los estados papales y vence a Austria en las batallas de Abensberg, Eckmuhl y Wagram aún cuando el archiduque Carlos de Austria-Teschen lo derrota en la de Aspern-Essling, suponiendo una derrota táctica al gran conquistador en su intento por cruzar el Danubio, en lo que serían las batallas Napoleónicas de la Quinta Coalición, cuyo común denominador fue la alianza entre Austria y el Reino Unido para frenar el avance del imperio francés.

Con Austria rendida tras la firma del Tratado de Schönbrunn en octubre de ese mismo año, Napoleón contraerá matrimonio meses después con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador austriaco. Han pasado cerca de cuatro años luego del enfrentamiento entre la armada francesa y sus aliados españoles en contra del ejército británico durante la batalla de Trafalgar, y todavía faltarán cinco años para que se celebre el Congreso de Viena, y seis para que Napoleón pierda su hegemonía de forma definitiva en la batalla de Waterloo.

Nueve años antes, en 1800, Jacques-Louis David inmortalizó a Napoleón cruzando el paso del Gran San Bernardo: la metáfora estilística de la expansión

¹ Hoy, 200 años después, esa misma exposición (salvo algunos de los cuadros que la conformaban en 1809, como se verá más adelante), puede verse en la galería Tate en Londres, como parte de las *BP British Art Displays*, una serie de exhibiciones gratuitas para los espectadores.

proferida por el héroe histórico más admirado por dicho pintor. El resultado es un gran cuadro de carácter propagandístico en el que los especialistas han logrado rastrear las reminiscencias de figuras legendarias anteriormente representadas como Aníbal y Carlomagno, quienes también cruzaron los Alpes en su afán de dominio del continente europeo. A pesar de ser una composición pictórica de marcada condición neoclásica dentro de los cánones que promulgaba la Academia –y, por ende, su más alto representante: David mismo–, en el resultado del conjunto se atisban los primeros indicios de un romanticismo en ciernes, aunque pleno de exacerbado idealismo. Sin embargo, esta obra jamás será considerada como tal, ya que David ofrecerá a la vez la más grandiosa versión de aquel que estaba lejos de ser considerado en aquel momento como un héroe vencido, rasgo típico de los artistas románticos al ensalzar a las víctimas de los mitos y de la literatura pero, sobre todo, de la historia.

Posterior a la ejecución del lienzo de gran formato *Consagración del Emperador Napoleon I y la Emperatriz Josefina*, el cual le llevó dos años de producción que finalizaron en 1807, David seguirá activo y vigente por 15 años más. En coincidencia con su línea más depurada y sus géneros más recurrentes, en 1809 pinta el cuadro alegórico *Safo y Faón* celebrando los efluvios del amor dentro de una estricta composición que obedece las reglas impuestas desde el Renacimiento a través de la centralización de la escena, la formulación de ejes horizontales y verticales dentro de los que queda contenido el equilibrio entre las figuras y los objetos expuestos. Resulta curioso saber que, en tanto, el gran paisajista romántico alemán Kaspar David Friedrich pintaba uno de sus cuadros más sorprendentes, radicalmente opuesto al anterior citado: *Monje a orillas del mar*. Una obra que sorprendió a autores como Johann Wolfgang von Goethe –quien hacía un año publicaba su obra principal, *Fausto*– ante lo insondable, por no decir lo inconcreto que le resultó un paisaje que, desde su opinión, daba lo mismo si se le contemplaba colocado al revés. Se trata de uno de los cuadros más “abstractos” de Friedrich en virtud de lo que esta noción representaba para aquellos días. El cielo turbio en correspondencia con un mar oscuro y una figura apenas reconocible por diminuta, perdida en la inmensidad de la creación, guarda claras similitudes con los paisajes que el pintor inglés Joseph Mallord William Turner, pinta en esos mismos años, cuya audacia

enfilará el camino hacia la gradual pérdida del figurativismo en los años subsecuentes, hecho que causó la revolución más importante en la historia del arte desde el dominio de la perspectiva y el espacio tridimensional en el Renacimiento.

Tanto Turner como Blake son habitantes de una Inglaterra que encabeza la Revolución Industrial prácticamente desde 1750 gracias a las innovaciones técnicas y científicas que florecen donde ya había un próspero esfuerzo en otros aspectos. Como muestra de su ímpetu cultural, es también en 1809 cuando la Royal Opera House abre sus puertas en Londres. Sin embargo, si Friedrich no fue aceptado ni mucho menos entendido *ipso facto*, la suerte de los dos artistas ingleses será muy similar a la del anterior. Los críticos conservadores manifestaban su espanto ante las innovaciones de Turner, un año más joven que Friedrich. “¡Qué locura!”, Diría uno refiriéndose a sus *Cataratas del Rin en Schaffhausen* expuesto en la Royal Academy en 1806. “¡Está loco!”, diría otro.² David Wilkie escribía en 1805: “Verdaderamente no entiendo en absoluto su método de pintar; sus diseños son grandiosos, el efecto y el colorido naturales, pero su ejecución es lo más abominable que nunca he visto y algunas partes de sus cuadros no pueden descifrarse de ninguna manera, y aunque sus cuadros no son grandes, tiene uno que ponerse al otro extremo de la habitación para que resulten agradables a la vista”.³

El poeta romántico inglés William Wordsworth decía de Blake: “Hay tantos que piensan que este hombre está loco, pero yo prefiero la locura de este hombre a la cordura de otros”.⁴ Doscientos años después de haber sido montada por primera vez y de manera desastrosa, la galería Tate Britain recrea ahora en su espacio gran parte de esta exhibición. Dentro de la retrospectiva se concentran diez de las 16 obras originales que hubo en la exposición del XIX. Asimismo, y para efectos comparativos que comprueban el carácter único de la producción pictórica de Blake, esta muestra también incluye piezas de otras exhibiciones acaecidas en Londres ese mismo año,

² A.J. Finberg, *The Life of J. M. W. Turner*. Oxford, 1962, p. 126.

³ A.J. Finberg, op. cit., p. 117.

⁴ Martin Price, *To the Palace of Wisdom. Studies in Order and Energy from Dryden to Blake*. Doubleday, 1964, p. 432.

en las que figuran pintores como George Dawe, JMW Turner y Francis Towne, entre otros. Algunos de los reproches recibidos por Blake en 1809 de manos de los medios y la crítica asientan: “Borroso y muy mal dibujado”; “El pobre hombre se considera a sí mismo un gran maestro al haber pintado unas horribles ilustraciones”. Blake arremete a su vez en contra de uno de los críticos miembro del periódico *The Examiner*: “Un fárrago, mezcla desordenada, sinsentido, ininteligible. Una vanidad mayúscula, las efusiones salvajes de un cerebro desordenado”. La exhibición de 1809, alojada en Golden Square, Soho, representó un punto de quiebre en la carrera del artista. Enconado por su pésima recepción, se retiró aún más del mundo del arte de lo que ya estaba, sumergiéndose en una solitaria vida de creación literaria, pictórica y gráfica, rodeado de escasos mecenas, amigos y de Catherine Boucher, la mujer que lo acompañaría hasta el final de sus días.

Sin lugar a dudas, Blake es considerado hoy en día, en lo que a su creación artística se refiere –poesía, pintura y gráfica– como uno de los miembros del Romanticismo europeo más destacado. En la confección de sus imágenes es evidente que había observado largamente los grabados de Alberto Durer y Lucas van Leyden. Pero su mayor influencia reside en el trazo anatómico de Miguel Ángel, a quien emula sin sosiego. Las semejanzas que varios de sus personajes guardan con la figura que representa a Dios en lo alto de la Capilla Sixtina, fruto también de una recreación del Zeus mitológico griego de manos del genio italiano, son indiscutibles en muchas de sus obras, por mencionar algunas, *La canción de Los* (1794), *El anciano de los días* (1794), *Elohim creando a Adán* (1795) y *Nabucodonosor* (1795). Romántico o no, Blake deseaba ser reconocido como un pintor dentro de las formas clásicas. Alguien que, en algún momento dado, podía tener similitudes con el propio David. De acuerdo con Martin Myrone, curador de la Tate Britain, esta exhibición nos muestra a Blake del modo en el que él quería ser visto: “Nos gusta pensar en él como alguien completamente aislado. Sin embargo, Blake también trabajaba dentro de un contexto y un mundo artístico determinado”. La imagen que Blake deseaba proyectar en la exposición de 1809 no era la del tráfuga quintaesencial, tal y como estamos acostumbrados a pensar de él en la actualidad, sino la de un pintor público, imbuido en temas de carácter histórico y religioso que anhelaba erradicar lo que para él era considerado como un mundo del arte banal y

corrupto. Un año más tarde Blake “exigía” no sólo la libertad de representar su mundo imaginario, sino el estímulo a que se pensaba acreedor. Si los amantes del arte se negaban a apoyarle “ellos son los que salen perdiendo, no yo, y sobre ellos caerá el desprecio de la posteridad”, escribiría.⁵

El interés de Blake por ser reconocido como un pintor histórico se advierte en dos de las obras exhibidas en esta retrospectiva. En *La forma espiritual de Nelson guiado por Leviatán* (1805-09), el Almirante Lord Nelson, héroe y mártir de la Batalla de Trafalgar al pagar el triunfo con su vida, dirige a Leviatán, el gran monstruo bíblico que vivía en el mar y que Blake utiliza como símbolo de la guerra, mientras que en *La forma espiritual de Pitt guiado por Behemoth* (1805) se trata del primer ministro William Pitt, a quien Blake describe de puño y letra en el catálogo razonado de dicha exposición como “aquel ángel que, aceptando desempeñar las órdenes del Todopoderoso, monta sobre un torbellino dirigiendo las tormentas de la guerra”. Pitt provocó que Gran Bretaña entrara a la contienda en contra de Francia después de la revolución de 1879. En la obra, la enorme bestia Behemoth, mencionada en el Libro de Job junto al monstruo marino Leviatán, se encuentra debajo de Pitt y sometido a su voluntad. En una de sus tantas visiones Blake lo vio como “alguien ordenando al Cosechador, recolectar el Vino de la Tierra, y al Labrador, abrir la tierra debajo de las ciudades y las torres”. Sus palabras e imágenes reflejan una visión apocalíptica. Ambos personajes están desprovistos de uniformes e insignias militares, son el primer hombre, la presencia de un ángel, la manifestación de un santo.

En el catálogo descriptivo de la exposición de 1809, Blake visualiza a ambos héroes con una estatura de 100 pies de alto. Tal y como Miguel Ángel decora el techo de la Capilla Sixtina y David ostenta sus cuadros en los recintos oficiales de la historia, Blake deseaba lo mismo: “Tenía enormes ambiciones para su trabajo: se ve a sí mismo dirigiéndose a la nación –dice Myrone–. Él quería pintar en la escala de Rafael y Miguel Ángel; le hubiera agradado pintar dichas efigies colosales, a Pitt y a Nelson, en sendos murales al interior de las cámaras del parlamento inglés”.

Blake formó para sí una mitología particular fácil de inquirir en el conjunto de la retrospectiva y que obedece a las tendencias emergidas luego

⁵ Geoffrey Keynes, ed., *The Complete Writings of William Blake*. Londres: 1957, p. 600.

de que Kant dejara abierta a la especulación la cuestión de qué había más allá e, involuntariamente, provocara el renacer del misticismo, especialmente el de Jacob Böhme que tan grande influencia ejercería sobre los románticos alemanes y el artista en cuestión. Las visiones de Blake se materializan en los colores refulgentes que rodean el helicoide de *La escalera de Jacob* (1799-1806); su obra *Los soldados repartiendo el lote de las prendas de Cristo* (1800) nos remite a la fuerza expresiva de Goya en *Los fusilamientos del tres de mayo*; en *Ruth despidiéndose de Naomi* (1803) Blake evoca los mismos cielos y las figuras alargadas presentes en *La apertura del quinto sello del Apocalipsis* de El Greco. En *Cristo en el sepulcro resguardado por ángeles* (1805), obra esencialmente bicromática que ilustra este texto, se concentra la factura gótica, la cálida sencillez y simpleza característica de figuras del Renacimiento temprano como Frangelico, al tiempo que constituye una estampa en la que la futura gráfica del Art Nouveau con toda seguridad vislumbró sus más esenciales ecos.

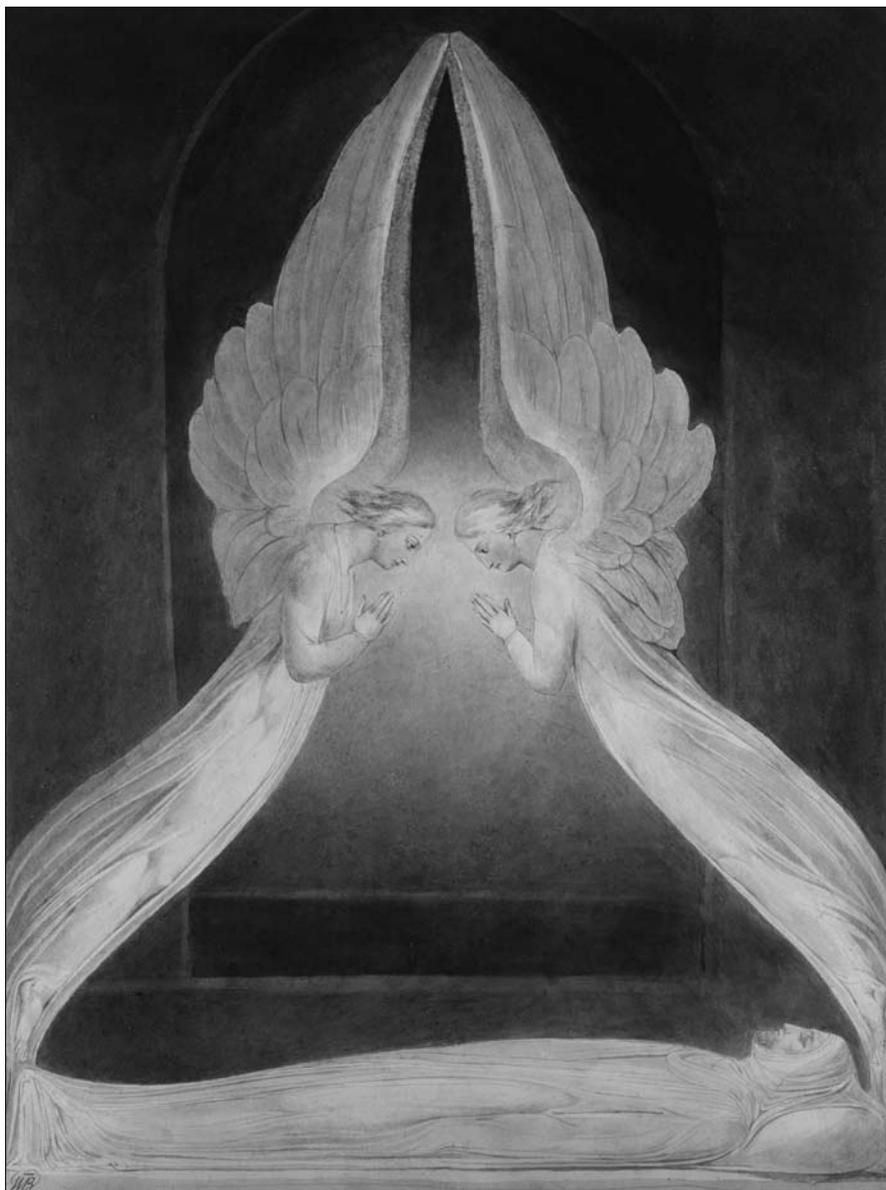
Para él, el arte y la vida eran la misma cosa. La imaginación no debe someterse a la razón. Es la facultad de la imaginación la que debe controlar al falible entendimiento humano y no a la inversa. “Este mundo de imaginación es el mundo de la eternidad. Este mundo de imaginación es infinito y eterno. En ese mundo eterno están las realidades permanentes de todo lo que vemos reflejado en este espejo vegetal de la naturaleza”.⁶ Con todo y que las principales fuentes en las que Blake materializaba tanto su lenguaje pictórico como verbal, dimanaban del conocimiento de un catálogo asombrosamente extenso de libros y obras de arte, especialmente de grabados, las visiones en sí siguen resultando tan misteriosas como siempre. Para Hugh Honour, poseen una vitalidad persuasiva y, con frecuencia, confusa. “No puede dudarse de lo reales que para Blake eran las visiones que lo inspiraban, como experiencias trascendentales en las que rompía la barrera de los cinco sentidos [...] Pero hubo ocasiones en que su fe vaciló, sus visiones le abandonaron y no pudo ver más que crueldad en el hombre y caos en el ‘espejo vegetal de la Naturaleza’”.⁷ La luz recuperada por Blake volvería a oscurecerse ocasionalmente. En 1807 registraría un momento de total

⁶ Keynes, p. 605.

⁷ Hugh Honour, *El Romanticismo*. Barcelona: Alianza, 1992, p. 302-303.

desesperación hasta alcanzar de manera gradual un estado de ánimo de tranquila convicción. A George Richmond le confesó que las visiones le abandonaban durante semanas enteras, y entonces le preguntaba a su mujer: “¿Qué hacemos ahora, Kate?”; “Arrodillarnos y rezar, señor Blake”.

A la fecha de la primera exposición, faltarán todavía diez años para que John Ruskin nazca y sea de los primeros en valorar, en toda su extensión, la obra de William Blake, llegando a comparar su producción en términos favorables con la del mismo Rembrandt. Sin embargo, aun cuando Blake siguió la proporción corporal característica de Miguel Ángel, en el común de su obra se reconoce una distorsión deliberada tanto de la anatomía como de la perspectiva, una reducción del género pictórico a la ilustración o incluso al comic. E. H. Gombrich lo considera el primer artista después del Renacimiento que, al no preocuparse por la perfecta reproducción de las figuras, se rebela conscientemente contra las normas establecidas por la tradición, mientras que Ruskin, entre otros tantos, detectará en las creaciones de Blake la anticipación de las formas abstractas de corrientes modernas decimonónicas como el Prerrafaelismo tardío y el Art Nouveau mencionado. Desmarcado de la línea precisa y del figurativismo conciso, Blake, como Goya y Turner será a su manera, es uno de los precursores de las primeras corrientes modernistas de las artes plásticas. La composición aunada a la culminación de los métodos experimentales del artista al mezclar técnicas y materiales disímiles resulta especialmente inusual para la época: un resultado emanado de fuentes antiguas, diseñado dentro de un estampado de formas en dos dimensiones y embellecido vivazmente con colores y fuentes de luz poco naturales. En su obra detectamos parentescos con Miguel Ángel, Durero, El Bosco y El Greco, entre otros. En Blake se reconcentra el pasado artístico de la historia que es reinterpretado magistralmente, siendo a su vez el repositorio de toda una genealogía de héroes quiméricos que han nutrido desde los imaginarios simbolista y surrealista, y las corrientes expresionistas de las primeras vanguardias del siglo XX, hasta derivar en la reapropiación iconográfica de la miscelánea fantástica existente en las megaproducciones de Hollywood y otros productos masivos de la cultura mediática contemporánea. ❧



William Blake, *Christ in the Sepulchre, Guarded by Angels* (Cristo en el sepulcro, protegido por ángeles, 1805), lápiz, pluma, tinta y acuarela sobre papel.
© V&A Images/Victoria and Albert Museum, London.

William Blake, profeta en la Tierra

Gerardo Piña

William Blake (1757-1827) ha sido considerado un icono predecesor de la poesía romántica y el surrealismo. Algunos han visto en él la continuidad de la obra de escritores visionarios como Emanuel Swedenborg. Hoy, Blake es abanderado por jóvenes, surrealistas trasnochados y fanáticos religiosos, ¿pero qué tanto somos capaces de aceptar y comprender las posturas estéticas, teológicas y filosóficas de Blake en estos albores del siglo XXI? En este ensayo intentaré mostrar los temas centrales de su obra poética desde su contexto histórico. Conceptos como “imaginación”, “naturaleza” o “política” cobran en la obra de Blake sentidos distintos a los de nuestro tiempo.

Uno de los primeros autores en manifestar la necesidad de alejar la razón y de apoyarnos en la imaginación para lograr un mayor entendimiento del mundo fue William Blake. Sin embargo, lo que él entendía por razón no es lo mismo a lo que entendemos hoy, después de Darwin, de la entronización de la ciencia como la forma privilegiada para comprender el mundo. La razón, como eje central del pensamiento filosófico, era entendida a finales del siglo XVIII como una concatenación lógica de argumentos capaces de explicar algún fenómeno, pero no de manera absoluta y mucho menos a través de la experimentación.

En el siglo XIX, el imaginar no excluía necesariamente la realidad ni la razón. Es decir, lo que hoy consideramos alucinaciones, brotes sicóticos o simplemente ensoñaciones, podían explicarse desde distintos puntos tales como el ser un privilegiado visionario o receptor de algún mensaje divino, o el haber contactado con algún espíritu. Cuando poetas como Blake o

W. Wordsworth apelan a la prevalencia de la imaginación sobre la razón en la creación artística y en la forma de mirar el mundo, nos conminan a no perder la capacidad de imaginar, es decir, lo que verdaderamente nos hace humanos. El acto imaginativo se vuelve una necesidad y un deber no sólo propio de los artistas, pues la Revolución Industrial y el desarrollo de las ciudades amenazan convertir la vida humana en un mecanismo de producción. Los cambios industriales y económicos del siglo XIX se le presentan a los artistas como los primeros pasos para convertir los referentes artísticos en producciones en serie.

Blake apela a la imaginación sobre la razón porque entiende en esta última la lógica de pensamiento de Isaac Newton y John Locke; es decir, una forma de análisis de los fenómenos que busca explicarlos por sus causas y no por lo que significan, ni por lo que podrían representar para los seres humanos. “Every Mans Wisdom is peculiar to his own Individuality. O Satan my youngest born, art thou not Prince of the Starry Hosts / and of the Wheels of Heaven, to turn the Mills day & night? / Art thou not Newtons Pantocrator weaving the Woof of Locke?”¹, se pregunta Blake en su libro *Milton* (1804). A Satán le otorga el cargo mecanicista de dar vuelta a los molinos que hacen girar la bóveda estrellada y le llama el *Pantocrátor* de Newton en un juego de palabras, pues este término era un epíteto de Jesucristo (i.e., omnipotente) en la Edad Media, pero también fue el nombre que le dio Newton a una máquina inventada por él que servía para hacer copias.

El mal, para Blake, está del lado de la industrialización del pensamiento, de la mecánica tendencia a indagar por las causas materiales y fenomenológicas del universo, en lugar de hallar lo que subyace en ellos y en nosotros mismos. Mientras que en nuestra época la ciencia puede explicar en cierta medida el comportamiento de la naturaleza y del ser humano, en los albores del siglo XIX era vista como un abandono de la capacidad de imaginar. Para Blake, lo que importa no es conocer el porqué del universo sino el para qué. “How do you know but ev’ry Bird that cuts the air way, is an immense

¹ “La sabiduría de cada hombre es peculiar de acuerdo con su propia Individualidad. Oh, Satán, mi hijo más joven, ¿no eres tú Príncipe de los Ángeles de las Estrellas / y de las Ruedas del Cielo, para darle vuelta a los Molinos día y noche? ¿No eres el Pantocrator de Newton tejiendo la Trama de Locke?”.

world of delight, clos'd by your senses five? (183)”², expone en *Marriage of Heaven and Hell* (MHH, 1791).

No sólo la ciencia, la política nunca habría sido vista por los escritores de la época de Blake como se ve hoy en muchos países de Occidente; es decir, como algo que no guarda o no debe guardar relación directa con la literatura. Fuera de escenarios en los que las letras y la política han sido obligadas a vincularse como en las guerras y dictaduras, en estos albores del siglo XXI, una gran mayoría de escritores occidentales piensa que sus convicciones políticas deben mantenerse aparte de su literatura. Más aún, piensan que uno puede sustraerse del quehacer político y vivir en y desde la literatura solamente, que el arte no tiene ni debe tener utilidad en la vida cotidiana. Blake, uno de los autores que más impulsó la imaginación y la inspiración como fuentes del pensamiento, el arte plástico y la escritura, fue también uno de más aguerridos en la denuncia política de su tiempo. El arte que busca la prevalencia de la imaginación no es sino una respuesta a la vida industrial: no está en contra de la razón ni de la realidad *per se*.

A partir de una interpretación superficial de la literatura romántica resulta fácil asociar el nihilismo y la apatía con la falta de interés en la historia y la política. En apariencia no hay una contradicción entre escribir por inspiración, consumir drogas, ser nihilista y apolítico. En apariencia, también, no habría contradicción entre ser un escritor católico y anteponer nuestras creencias religiosas al arte o utilizar este último como vehículo de adoctrinamiento. La obra de William Blake nos recuerda la inocencia en que viven una gran cantidad de escritores hoy día.

Desde sus primeros libros, Blake se ocupó de describir la importancia de la imaginación y la profecía en el quehacer intelectual.³ Hizo lo que prácticamente todo escritor, artista o científico debería hacer: revisar y cuestionar los métodos del pasado para buscar uno propio. No convencerse de las cosas sólo porque las hemos heredado, sin cuestionarlas, ni despreciarlas por ser de otro tiempo.

² “¿Cómo sabes si cada Ave que cruza el camino del aire es un inmenso mundo de deleite, vedado por tus cinco sentidos?”

³ La profecía entendida por Blake y por otros escritores como H.G. Wells, George Bernard Shaw o George Orwell no es un acto de adivinación, es lo que hoy llamamos prospectiva; es decir, el análisis del presente para prever sus consecuencias en el futuro.

El Argumento. El hombre no tiene noción de la aptitud moral si no es por la Educación. Naturalmente, sólo es un órgano natural sujeto al Sentido.

- I. El hombre no puede Percibir naturalmente si no es a través de sus órganos naturales o corporales.
- II. El hombre, por su poder de raciocinio, sólo puede comparar y juzgar sobre aquello que ya ha percibido.
- III. A partir de la percepción de solamente tres sentidos o tres elementos ninguno puede deducir un cuarto o quinto.
- IV. Nadie podría tener pensamientos que no fueran naturales u orgánicos si no tuviera más que percepciones orgánicas.
- V. Los deseos del hombre están limitados por sus percepciones; nadie puede desear lo que no ha percibido.
- VI. Los deseos y las percepciones del hombre, que sólo ha aprendido por los órganos de los sentidos deben estar limitados a los objetos de los sentidos. (*There is no Natural Religion*, 1788).

En este ejemplo, que toma como base el libro *Dialogues Concerning Natural Religion* (c.1755) de David Hume, Blake comienza por cuestionar qué es lo que da origen a la religión, qué es lo que nos acerca o aleja de la idea de Dios y de la idea –en la que insistiría constantemente– de que el ser humano es infinito. Si bien Blake era un creyente de la divinidad, su idea de Dios y su aversión a la Iglesia son resultado de sus cuestionamientos a las instituciones y al rol social del artista. La falta de determinación por parte de la autoridad eclesiástica para enfrentar la injusticia social, la esclavitud, el racismo, la explotación infantil y la prostitución ya son denunciadas por este autor en sus primeros libros *The French Revolution* (1791) y *Songs of Innocence and of Experience* (SE, 1794)⁴.

“The Chimney-Sweeper”: A little black thing among the snow, / Crying! ‘weep! weep!’ in notes of woe! / ‘Where are thy father and mother? Say!’ / - ‘They are both gone up to the church to pray. // ‘Because I was happy upon the heath, / And smiled among the winter’s snow, / They clothed me in the clothes of death, / And taught me to sing the notes of woe. // ‘And because I am happy and dance and sing, / They think they have done me no injury, / And are gone to praise God and His priest and king, / Who made up a heaven of our misery” (SE)⁵.

⁴ *The Songs of Innocence* fue escrito entre 1784 y 1790, *The Songs of Experience*, entre 1790 y 1792.

⁵ “El deshollinador” En la nieve, hay algo negro y pequeño / que grita: “deshollinador” en notas de dolor. / “Dime, ¿dónde están tu padre y tu madre?” / “Han ido a la iglesia a rezar”. // “Porque yo

El niño, quien se dedica a deshollinar las chimeneas, es abandonado por sus padres, quienes van a dar el diezmo y a rezar a la iglesia cuyo rey, sacerdote y dios han construido su paraíso celestial a costa del trabajo de niños como él. Un eco de esta parte está en los versos: “How the chimney-sweeper’s cry / Every blackening church appals, / And the hapless soldier’s sigh / Runs in blood down palace-walls. // But most thro’ midnight streets I hear / How the youthful Harlot’s curse / Blasts the new born Infant’s tear, / and blights with plagues the Marriage hearse”⁶, del poema “London” del mismo libro. Blake insistiría a lo largo de su obra en que la Iglesia es una institución preocupada únicamente por sus propios intereses; se ha alejado de su dios y de los hombres.

Este cuestionamiento llega a ser tan fuerte, que aún a aquellos autores a quienes él admirara tanto, pero que a sus ojos no cuestionaron lo suficiente las posturas políticas de la religión como es el caso de John Milton, habría de verlos como parte del mal que ha cubierto casi todo el quehacer humano. “The reason Milton wrote in fetters when he wrote of Angels & God, and at liberty when of Devils & Hell, is because he was a true Poet and of the Devils party without knowing it (182)” (MHH).⁷

La política vista como una lucha constante por una mayor justicia social y por desenmascarar la hipocresía de la Iglesia o de la ciencia por igual era para Blake una parte inherente a la comprensión del tiempo como fenómeno. Es decir, Blake afirmaba que la eternidad era un atributo humano porque se llega a ella a través de la imaginación. Ésta, a su vez, es vista por él como un ejercicio y un estímulo que uno desarrolla a través del arte, la experiencia y la búsqueda de una vida sostenida en una ética propia; no impues-

era feliz sobre la tierra, / y sonreía entre las nieves del invierno, / me vistieron con las ropas de la muerte, / me enseñaron a cantar las notas del dolor. // “Y porque soy feliz y bailo y canto, / piensan que no me han hecho daño alguno, / y han ido a loar a Dios, a su Sacerdote y a su Rey, / que de nuestra miseria crean paraísos”. Traducción de Enrique Caracciolo Trejo en *William Blake. Antología poética*, Ed. Alianza, Madrid, 2002, p. 85. De aquí en adelante utilizaré las siglas AP para referirme a esta edición.

⁶ Siento que el llanto del deshollinador / consterna las Iglesias sombrías, / y el suspiro del soldado desventurado / cae como sangre por muros de Palacios. // Pero escucho, sobre todo, en las calles de medianoche / cómo la maldición de la joven Ramera / destroza las lágrimas del niño recién nacido / e infecta de miserias el fúnebre carruaje Nupcial (AP, 97).

⁷ La razón de que Milton escribiera en cadenas al hablar de los Ángeles y de Dios, y en libertad al hablar de los Demonios y el Infierno, radica en su condición de Poeta verdadero y, sin saberlo, del bando del Demonio (AP, 135).

ta ni aceptada sin cuestionar. El discurso de este autor en torno a la manera en que percibimos las cosas una vez que hemos adquirido dicha experiencia está reflejada con claridad en dos de sus poemas más sencillos: “Nurse’s Song” (“La canción del aya”) en la versión de las canciones de inocencia y luego, de la experiencia.

When voices of children are heard on the green, / And laughing is heard on the hill, / My heart is at rest within my breast, / And everything else is still. // “Then come home, my children, the sun is gone down ... ‘No, no, let us play, for it is yet day, / And we cannot go to sleep; / Besides, in the sky the little birds fly, / And the hills are all covered with sheep.’ // ‘Well, well, go and play till the light fades away, / And then go home to bed.’ / The little ones leaped, and shouted, and laughed, / And all the hills echoed. (st)⁸

El paisaje es casi pastoril. Los niños juegan, el aya los cuida y la escena, propia del libro al que pertenece, no muestra mucho más que la inocencia del juego, del verano y de la despreocupación. Comparemos este poema con su homónimo, pero perteneciente al libro *Canciones de experiencia*:

When the voices of children are heard on the green, / And whisperings are in the dale, / The days of my youth rise fresh in my mind, / My face turns green and pale. // Then come home, my children, the sun is gone down, / And the dews of night arise; / Your spring and your day are wasted in play, / And your winter and night in disguise. (se)⁹

La diferencia principal entre ambos poemas se encuentra, desde luego, en el aya. No sólo por la obvedad de sus cambios físicos sino por su actitud frente a los niños y el juego. Blake se refirió en más de una ocasión a la

⁸ “Canción del aya”: Cuando se oyen las voces de niños en el prado / y llegan las risas hasta la colina / mi corazón en paz está en mi pecho / y todo lo demás está en reposo. // “Entonces, venid a casa, niños míos, se ha puesto el sol...” “No, no, todavía juguemos, es de día, dormir aún no podemos; / además, las avecillas vuelan en el cielo / y las ovejas cubren las colinas.” // “Bien, bien, jugad hasta que la luz se esfume / y luego id a casa y hacia el lecho.” // Los pequeños saltaron, gritaron y rieron / y en eco las colinas respondieron (AP, 61).

⁹ “Cuando las voces de los niños se escuchan en el prado / y hay susurros en el valle, / los días de mi juventud se elevan frescos en mi mente, / mi rostro se torna macilento, pálido. // Entonces, venid a casa niños míos, se ha puesto el sol / y el rocío de la noche se levanta; / vuestras primaveras, vuestros días, se han consumido en juego, / vuestro invierno, vuestra noche, en disfraces” (AP, 85).

complementariedad de ambos libros (*Canciones de inocencia y experiencia*) porque representaban dos estados del alma. La parte que suele pasar desapercibida por muchos lectores actuales de estos poemas es el carácter temporal de dicho discurso. Estos dos estados del alma coexisten temporalmente. No debe leerse el segundo poema únicamente como el futuro del aya. Sin duda, la experiencia cambia nuestras actitudes, pero el discurso poético de Blake en toda su obra reafirma la idea de una temporalidad no lineal precisamente porque radica en nosotros la capacidad de confiar en nuestros sentidos e imaginar lo que la realidad podría ofrecernos. Cuando Blake dijo que para él la Tierra era plana no se refería a la obviedad del capricho o la ignorancia, sino a la necesidad de aprehender del mundo lo que nos lleva a una existencia más digna de vivirse y no a la búsqueda a menudo infructuosa de la verdad inmutable. La Tierra es plana porque así la percibimos y porque así puede ser infinita para nosotros.

The nature of infinity is this! That every thing has its own Vortex; and when once a traveller thro' Eternity has pass'd that Vortex, he perceives it roll backward behind / his path, into a globe itself infolding ... / Thus is the earth one infinite plane, and not as apparent to the weak traveller confin'd beneath the moony shade. Thus is the heaven a vortex pass'd already, and the earth / a vortex not yet pass'd by the traveller thro' Eternity (*Milton*, Plate 15).¹⁰

Blake cuestionaría también el pecado: “The lust of the goat is the bounty of God. The wrath of the lion is the wisdom of God. The nakedness of woman is the work of God. Excess of sorrow laughs. Excess of joy weeps” (MHH)¹¹. Para él era necesario tomar distancia de aquellos artistas que le parecían detestables por su falsedad (e.g., Rubens) no sólo por denunciar la corrupción en el arte, en los comerciantes de arte, en teólogos y escritores: también era una manera de subrayar su propia concepción del quehacer huma-

¹⁰ “¡La naturaleza de la infinitud es ésta! Que cada cosa tiene su vórtice; y cuando alguna vez un viajero que pasa por la Eternidad ha cruzado ese vórtice, lo percibe rodar detrás de su camino, dentro de un globo envolviéndose a sí mismo ... Así es la tierra un plano infinito, aunque no tan evidente pare el débil viajero confinado a la sombra de la luna. Así es el cielo un vórtice que hemos pasado ya, y la tierra un vórtice que aún no ha pasado el viajero a través de la Eternidad”.

¹¹ “La lujuria del chivo es generosidad de Dios. / La ira del león es la sabiduría de Dios. / La desnudez de la mujer es obra de Dios. El exceso de pena ríe. El exceso de gozo llora” (AP, 139).

no y de la divinidad. Uno de los visionarios más renombrados en su época fue Emmanuel Swedenborg, de quien dijo lo siguiente:

Now hear a plain fact: Swedenborg has not written one new truth. Now hear another: he has written all the old falshoods.

And now hear the reason. He conversed with Angels who are all religious, & conversed not with Devils who all hate religion, for he was incapable thro' his conceited notions.

Thus Swedenborgs writings are a recapitulation of all superficial opinions, and an analysis of the more sublime, but no further.

Have now another plain fact. Any man of mechanical talents may, from the writings of Paracelsus or Jacob Behmen, produce ten thousand volumes of equal value with Swedenborg's, and from those of Dante or Shakespear (sic) an infinite number.

But when he has done this, let him not say that he knows better than his master, for he only holds a candle in sunshine (192).¹²

Blake parece no distinguir la alquimia de la literatura y de la teología porque para él la verdad no está sujeta a la parcialidad de cada disciplina. El concepto de verdad, como una entidad inamovible y absoluta, no se encuentra en Blake porque si bien ésta es inaprensible, no es tan relativa como para no poder detectarla aunque sea fragmentariamente después de un análisis. El cuestionamiento es un método que nos acerca a un bienestar de nosotros mismos con nuestro cuerpo y nuestra circunstancia más que con una serie de preceptos heredados por quienes abanderan una espiritualidad. Cuestionar nos recuerda los deberes sociales y políticos que tenemos. De ahí la imposibilidad de escindirnos en poetas o grabadores o revolucionarios. De ahí la necesidad del arte como medio y mensaje de una imaginación crítica como la de William Blake. ❧

¹² “Ahora bien, escuchad algo evidente: Swedenborg no ha escrito una sola verdad nueva. Ha escrito todas las viejas falsedades. // Y la razón es ésta: Él tuvo tratos con Ángeles, que son todos religiosos. Jamás trató con Demonios –que odian la religión– pues sus prejuicios lo incapacitaban para ello. // De tal modo que sus escritos son recapitulaciones de opiniones superficiales, y un análisis de lo más sublime, pero nada más. // He aquí otro hecho evidente: cualquier hombre de talento mecánico puede sacar de los escritos de Paracelso o de Jacob Behmen mil volúmenes de valor idéntico a los de Swedenborg, y de las obras de Dante o de Shakespeare, un número infinito. // Mas cuando lo haya hecho, que no pretenda saber más que su maestro, porque sólo sostiene una vela en pleno sol (AP, 160-1).

Mancha de agua

Valeria Luiselli

*...if I have ranged,
Like him that travels I return again,
Just to the time, not with the time exchanged,
So that myself bring water for my stain.*
William Shakespeare

I

No existe, para una persona impaciente, tortura más despiadada que la que hace tiempo se puso de moda en los vuelos trasatlánticos, y que consiste en proyectar el mapa de una enorme porción del mundo sobre una pantalla, donde un avioncito blanco avanza, acaso, un milímetro cada 60 segundos. Pasa media hora, una, dos, tres, y la figura se sigue arrastrando sobre el mismo plano azul, lejos ya de las dos costas continentales. Lo mejor sería dormirse o ponerse a leer algo, volver a mirar la pantalla una vez que se hayan conquistado otros dos centímetros del mapamundi. Pero los que carecemos de paciencia estamos condenados a seguir fijamente el avioncito, como si deseándolo con suficiente intensidad, pudiéramos hacerlo avanzar un poco más.

Ningún invento ha sido tan adverso al espíritu de los mapas como éste, en donde se impone una trayectoria y no se pueden trazar rutas alternativas ni volver atrás. Por definición, un mapa es una abstracción espacial; imponerle una dimensión temporal –tenga la forma de un cronómetro o de un avión en miniatura– contradice su propósito mismo. Los mapas son por naturaleza inmóviles, atemporales, mudos; y es por esta razón que un mapa no suele imponer nada a la facultad imaginativa de quien lo estudia. Antes bien, el espacio que un mapa despliega ante nosotros –silencio y quietud

del territorio abstracto—, dispara la imaginación. Sólo sobre la superficie estática y sin tiempo de los mapas puede realmente andar la mente a sus anchas.

Es sabido que nuestra capacidad de abstracción rebasa la habilidad que tenemos para imaginar lo concreto en su constitución detallada. Resulta imposible para el hombre común sostener la imagen de algo ilimitado; concebir, a la Funes, un objeto con infinitos detalles o uno que sufre transformaciones constantes. Pero a pocos les parece difícil trazar una gráfica, y a muchos menos esbozar de memoria el croquis de una casa. Necesitamos del plano abstracto, de la bondad de las dos dimensiones, para deslizarnos a nuestra conveniencia, para tejer y destejer recorridos posibles, planificar itinerarios, desdibujar rutas.

Un mapa, como un juguete, es una analogía hecha a la medida del ojo y de la mano —y en este sentido, el explorador que repasaba con el dedo las orillas de un continente, no dista demasiado del niño que juega con un ejército en miniatura—. Los mapas, superposiciones fijas a un mundo en perpetuo movimiento, son la verdadera escala de la imaginación: 1cm=1km.

II

Hace algún tiempo pude ir a la mapoteca de la ciudad de México, en el edificio del Servicio Meteorológico Nacional. Uno pensaría que un lugar que atesora los mapas, o al menos los clasifica y restaura, tendría una disposición del espacio medianamente ordenada. Todo lo contrario: es difícil ubicarse dentro de ella y, aunque el espacio es relativamente pequeño, resulta imposible no perder la noción de dónde se está con respecto a la entrada o, si lo hubiera, con respecto a algún centro determinado. Si uno entra al cuarto donde antiguamente se llevaba a cabo la restauración, ya no sabe dónde quedó el pasillo de instrumentos cartográficos, y si se encuentra en la pequeña unidad de mapas del Porfiriato, pierde por completo la ubicación de los planos de Norteamérica.

En una serie de pasillos largos y estrechos, cuelgan mapas como sábanas perennemente húmedas a la sombra de los siglos y al amparo relativo de años de burocracia cartográfica. Para verlos hay que colocarse un tapabocas y guantes de cirujano. Los asistentes —alumnos de historia o geografía, ansiosos de terminar su servicio social— ayudan al visitante a descolgarlos

cuidadosamente y luego a extenderlos sobre una de las amplias mesas cerca de la entrada. Se necesitan cuatro manos para pasar las grandes hojas: pesan los años y el polvo sobre el papel. Me resulta un verdadero misterio el hecho de que el polvo atraiga al polvo, y seguramente existe una explicación científica para esto. En la mapoteca se acumula todo el polvo del Valle de México como si ése fuera su destino final. Si es cierto lo que dice el poeta Joseph Brodsky –“*dust is the flesh of time*”–, la mapoteca es la materialización del tiempo de esta ciudad.

Los pasillos desembocan, a su vez, en cuartos pequeños donde se agrupan mapas de acuerdo a regiones geográficas o épocas históricas. La sección del Porfiriato (1876-1910) es, naturalmente, la más ordenada y mejor clasificada: acaso algo nos legó el positivismo. El director del recinto me mostró ahí dos libros de proporciones gulliverianas –al menos un metro y medio de largo por uno de ancho–, donde se registra el trazado de la frontera México-Guatemala en minucioso detalle. Al principio manifesté una emoción proporcional al tamaño de los libros cuando el director los sacó de las pesadas cajas, sarcófagos de caoba donde usualmente están guardados, a salvo del polvo y de la luz. Pero los dos volúmenes que atestiguan la delimitación de los límites México-Guatemala resultan, tras un breve repaso, tristemente repetitivos: hojas y hojas prácticamente en blanco, atravesadas por una franja azul, ya representando el río Suchiate, ya el Usumacinta, con algunas anotaciones –incomprensibles jeroglíficos– que seguramente equivalen al número de pasos que unos de los miembros de la Comisión Mexicana de Límites (mejor nombre para una comisión no existe) daba a lo largo de la ribera. Este gran vacío es, pues, el testimonio de la línea que divide un país de otro, y que el Tratado de Límites llevó al papel por primera vez en 1882.

Mucho más que los dibujos, llaman la atención las fotos de los integrantes de dicha comisión. En los retratos individuales, todos parecen una versión de Porfirio Díaz, unos más chatos y otros menos aliñados, pero todos perfectamente serios –conscientes quizá de la gravedad de su asignatura: la definición de un país–.

Sólo una fotografía pegada en una de las primeras hojas del enorme libro delata el verdadero espíritu que uno imaginaría en los cartógrafos. En la imagen, ocho miembros de la Comisión Mexicana, como los ocho médicos

de *La lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp*, se inclinan sobre un mapa con instrumentos de disección cartográfica. La foto es casi una calca del cuadro de Rembrandt: el médico catedrático, con la autoridad que le da el bisturí, reclinado sobre el paciente; el paciente, muerto, irremediablemente pasivo, a merced del diagnóstico del especialista; los aprendices, que miran dispersos hacia cualquier otra dirección menos a la del paciente y escuchan –algunos estupefactos, otros consternados y otros distraídos– lo que dicta el maestro.

Así también los cartógrafos de la Comisión inclinados sobre el mapa del país; y el país, como un cadáver a la espera de un diagnóstico. En el fondo un anatomista y un cartógrafo hacen exactamente lo mismo: trazar fronteras ligeramente arbitrarias en un cuerpo cuya naturaleza se resiste a los bordes determinados, a las definiciones y límites precisos –¿o cómo sabe el médico dónde termina la lengua y dónde empieza en realidad la faringe?–. Dos de los miembros de la Comisión están acostados sobre una gran mesa, no muy distinta de las que ahora están frente a la entrada de la mapoteca o de aquellas donde el patólogo efectúa los cortes de un cadáver. Uno de los miembros sonríe ligeramente, cómplice de un descubrimiento o de una arbitrariedad: aquí México, allá Guatemala.

Cuando le pregunté al director por los mapas de planeación de la ciudad de México se disculpó y me dijo que no existían. Dicen por ahí –rectificó– que un tal Alonso García Bravo trazó la ciudad directamente sobre el terreno. Existen mapas de la ciudad del siglo XVI, por supuesto; pero, según me dijo, ninguno precedió realmente la planeación de la cuadrícula. El modesto soldado español García Bravo, “auxiliado por el ingenio, la experiencia y la sabiduría de los aztecas” –como dice una placa en su honor, enterrada entre lonas de puestos ambulantes en La Merced–, hizo algunos surcos sobre la tierra húmeda del valle por ahí de 1522 y se convirtió en el primer urbanista de la gran capital de la Nueva España. No sorprende que así sea. Todos los que vivimos en esta ciudad sabemos que si alguna vez hubo un trazo para ella fue acaso una insinuación, y que lo que ahora llaman los urbanistas “planificación urbana” es aquí nostalgia del futuro. En todo caso, la ciudad de México fue su propio plano. Habitamos, como los descendientes de aquel Imperio que describía Borges, las Ruinas de un Mapa Desmesurado.

III

Aterrizar en la ciudad de México siempre me ha producido una especie de vértigo al revés. A medida que el avión se acerca a la pista y los asientos comienzan a temblar un poco, cuando los ateos paranoicos se persignan y la azafata hace su última ronda por la pasarela ingrávida, empiezo a sentir una fuerza que me tira hacia arriba, como si el centro de gravedad se hubiera disparado hacia otra parte o si mi cuerpo y esa pista fuéramos polos idénticos de un imán: algo en mí se resiste a llegar.

En un avión, pocas personas pueden ser conscientes del hecho físico y concreto del vuelo. Los aviones comerciales, con sus diminutas ventanas e irreclinables asientos donde se postran malhumoradas y trasnochadas personas, contradicen la naturaleza misma que el hombre vislumbró en el pájaro. Tampoco se suele estar atento al inmenso paisaje que rodea la nave implume –empieza la película, la azafata pide que se bajen las persianas plásticas, uno deja de estar o simplemente empieza a estar en ninguna parte–. Sólo si abrimos la persiana en un acto de rebeldía contra la dictadura de las azafatas, vemos allá abajo el mundo y por un instante comprendemos dónde estamos. Desde arriba, el mundo es inmenso pero perfectamente asequible, como si fuera un mapa de sí mismo, una analogía más liviana y más fácil de aprehender.

IV

Escribir sobre una ciudad es una empresa destinada, la mayoría de las veces, al fracaso. Ignorante de esto, durante mucho tiempo pensé que para escribir sobre la ciudad de México debía imitar la vieja tradición del *flâneur*: convertirme, a la Benjamin, en una *connaissanceuse* de las banquetas, botánica de la flora urbana, arqueóloga amateur de las fachadas del centro y los anuncios espectaculares del Periférico. He intentado caminar como un *petit* Baudelaire por Copilco: imposible extraer una sola línea sobre el Eje 10. ¿Será culpa de Copilco? Oí a alguien decir, alguna vez, que Copilco significaba “lugar de las copias”. Tras repetidas caminatas por aquella zona, puedo concluir sin temor a equivocarme que con eso queda dicho lo único que se puede decir sobre esa feísima porción de ciudad, apéndice enfermizo

de la UNAM donde se reproducen masivamente los libros de sus bibliotecas a diez centavos por página. Quizá sí sea culpa de Copilco.

Pero tampoco la librería calle de Donceles, en el centro histórico, sugiere algo más que algún recuerdo preparatoriano de una primera lectura de *Aura* o de algún vagabundeo real viceralista. Explican y acompañan, pero no reconfortan, los versos de Quevedo:

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!
Y en Roma misma a Roma no la hayas.

V

Sugiere Simone Weil: “¿Método de trabajo basado en la analogía? ... (para que así se deba siempre repensar)”. Como tantas huellas que dejó el pensamiento de Weil, ésta se resiste a la comprensión instantánea. Pero sugiere, tal vez, que sólo por medio de la analogía, es decir, repensando el objeto de nuestro pensamiento a través de un elemento distinto de él, podemos de veras abarcarlo. ¿A qué se asemeja la ciudad de México?

Puedo conceder la analogía entre la bota e Italia e incluso aquella entre Chile y un chile, aunque no sé por qué la gente compara la silueta de Venecia con la de un pez. Hace algunos años, un amigo oriundo de la isla insistía en orientarme hasta su casa diciendo que la calle Castello estaba ubicada en la cola del animal. Conforme a toda expectativa, de camino a su casa me perdí por las calles de lo que pudo haber sido la aleta dorsal y tuve que buscar un teléfono para que fuera a buscarme. Viendo ahora un mapa de la isla, Venecia podría parecerse al esqueleto de un molusco del paleozóico. Pero incluso para esto se requiere de una robusta facultad imaginativa. Tampoco es precisa la comparación de Pasternak con un *pretzel* henchido de agua:

A mis pies, Venecia nadaba en agua,
Un pretzel empapado, hecho de piedra.

Viendo ahora el mapa de la isla en un volumen de *Maps of Venice* puedo afirmar: más que a cualquier otra cosa, Venecia se asemeja a los pedazos de una rodilla fracturada. No ignoro que ésta, como todas las analogías, es

tramposa porque encierra desde su inicio la idea que pretende explicar y, al mismo tiempo, se aleja de ella para alcanzar este fin. Pero las cosas –un territorio, un mapa– eluden la observación directa, y a veces hace falta imaginar una analogía, luz oblicua que ilumina el objeto escapadizo, para fijar por un instante aquello que se nos va. Venecia, el mapa de Venecia, una rodilla: y en el abrazo de esas tres figuras, cierta claridad. Pero, ¿a qué se asemeja la ciudad de México?

VI

Resulta casi imposible imaginar ahora lo que vio Bernal Díaz del Castillo cuando la tropa española caminaba por la calzada de Eztapalapa hacia la isla de Temistitán: “[viendo] aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto [...]”. Sería imposible que alguien comparara ahora la ciudad con algo tan *libresco*. Carece ahora de referencias; no hay analogía precisa que la encierre. Resulta paradójico pensar que la ciudad de México, una ciudad que, a diferencia de Berlín, París o Nueva York, tiene un centro preciso, haya perdido toda posible articulación y no se haya organizado en torno a ese centro definido. O quizá fue la confianza que aquel centro generó, lo que le permitió a la ciudad expandirse indefinidamente, hasta perder todo contorno, hasta desbordarse fuera de sí misma.

Los primeros mapas conservados de la ciudad de México son el Mapa de Núremberg, de 1524, y el Plano de Uppsala, de 1555 (cómo llegaron esos mapas a Alemania y Suecia, respectivamente, es un absoluto misterio). Unos pocos trazos los componen –calles principales, grandes extensiones rectangulares, algunas casas dispersas, barcos–. Difícil saber dónde está el Norte y dónde el Sur, pero importa poco; son transparentes a su manera, sencillos (que no simples) como haikús. Vistos con atención, los primeros mapas de la ciudad de México no son mapas, sino reducciones cartesianas del espacio, diagramas impuestos sobre un territorio que era, en su gran mayoría, sólo agua.

Fabio Morábito, en un ensayo sobre el río Spree de Berlín, escribe: “Un río tiende a contener la ciudad que atraviesa y a frenar sus ambiciones, re-

cordándole su rostro; sin río, o sea sin rostro, una ciudad está abandonada a sí misma y puede convertirse, como la ciudad de México, en una mancha”. Nada podría ser más cierto que esto y lo mismo se podría decir de cualquier cuerpo de agua que rodea o cruza una ciudad. “En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra”, escribe Alfonso Reyes en su *Visión de Anahuac*. También, en el mapa de Núremberg, la ciudad parece un cráneo perfecto, semielíptico, sumergido en una gran tina; en el de Uppsala, es claramente un corazón humano conservado en alcohol. Recuerda a los versos de Apollinaire:

La ciudad, pensativa, con todas sus veletas
Sobre el cuajado caos de las techumbres rojas
Parece el corazón diverso del poeta
Con las ruidosas vueltas de tantas sinrazones.

El último mapa que conservamos de la ciudad de México (*Guía Roji*, 2008) no se parece a nada –a nada, al menos, que no sea una mancha, lejana reminiscencia de otra cosa–. Hay quienes dicen que esta ciudad es como una gran pera, reflejo deformado, tal vez, de la Gran Manzana: la parte más ancha de la fruta al sur y el palito de la rama por ahí donde está la Basílica de Guadalupe. Pero basta con mirar más de cerca para advertir que, en todo caso, la pulpa de la fruta se desborda más allá, mucho más allá, de su perímetro. Como uno de esos contornos trazados en gis después de la escena de un crimen cuyas consecuencias rebasan la pretendida contención de la silueta: pera caída sobre asfalto.

The pears are not viols,
Nudes or bottles.
They resemble nothing else.
(Wallace Stevens)

[Las peras no son violas,
desnudos o botellas.
A nada se asemejan.]

VII

No es posible extraer ninguna idea comprensiva de la ciudad de México con sólo caminarla. Los paseos solitarios de Rousseau, los vagabundeos de Walser o Baudelaire, las *Bildergänge* o caminatas-imagen de Kracauer y las *flâneries* de Benjamin fueron una manera de entender y retratar la nueva estructura de las ciudades modernas. Pero a nosotros no nos está concedido el punto de vista de la miniatura ni del pájaro porque carecemos de todo punto de referencia. Perdimos, en algún momento, la noción de un centro, un eje articulador.

Es lugar común: la ciudad de México tiene que ser vista desde arriba. Desde muy arriba –ni siquiera el Segundo Piso del Periférico ofrece más que un breve salir a respirar a la superficie, en medio de nuestras cotidianas pataditas de ahogado–. Acaso sobrevolando la ciudad de México se puede, de alguna manera, volver a su realidad anterior. De noche y vista desde arriba, el valle recupera su pasado líquido: lago sobrepoblado de lanchas pesqueras. También en un día claro, desde lo alto, la ciudad de México es casi comprensible –representación más sencilla de sí misma, a escala de la imaginación humana–. Pero a medida que uno se acerca, descubre que la cuadrícula flota como sobre una extensión indeterminada de aguas grises. Los pliegues del valle son amenazas de una ola de mercurio que nunca termina de reventar contra la cordillera; las calles y avenidas, pliegues petrificados en un lago fantasma que se desborda.

Es normal que algunos pasajeros lloren cuando los aviones despegan –la gente viene de separaciones y al abrocharse el cinturón siente quizá una última sacudida del desprendimiento–, pero imagino que no es usual ver semejante espectáculo cuando por fin aterriza el vuelo. A mí me ha dado por llorar en muchas llegadas a la ciudad de México –nada estruendoso, sólo un par de lágrimas sueltas–, y no dudo que más de una vez haya sido esta escena patética motivo de la más sincera compasión de mis compañeros de fila –“Qué pena, ha de ser muy infeliz aquí esta pobre”, pensarán–. Pero puedo asegurar que ese llanto ridículo que me viene en los aterrizajes no tiene nada que ver con la infelicidad. Durante mucho tiempo se lo adjudiqué al cansancio –lágrimas: secreción de la fatiga y el hastío–. Con el paso del tiempo he comenzado a creer, antes bien, que se trata de una simple

respuesta húmeda al hecho concretísimo de hacer tierra en este gran lago desierto; mera resistencia a la caída hacia un mundo futuro que, mientras se acerca, se vuelve otra vez inconmensurable; o como escribe Galway Kinnell, imponderable:

...all of us little
 thinkers it brings home having similar thoughts
 of landing to the imponderable world,
 the transoceanic airliner,
 resting its huge weight down, comes in almost lightly,
 to where
 with sudden, tiny, white puffs and long, black, rubberish smears
 all its tires know the home ground.

[...a todos nosotros,
 pequeños caviladores que sostienen pensamientos similares
 sobre el aterrizaje en un mundo imponderable,
 el avión transoceánico devuelve a casa,
 apoyando su enorme peso, entrando casi delicadamente,
 a donde,
 soltando nubes pequeñas, abruptas, y largas manchas negras de hule,
 reconoce el suelo de su origen.] ❧

Ser triestino: Claudio Magris, 70 años remontando el Danubio

David Miklos

Hasta el mismo mar es un exceso, porque devuelve la gran promesa de felicidad y la gran búsqueda de significado, que –como cualquier búsqueda– sofoca la felicidad. Mejor la tierra, torpe bajo los pies.
Claudio Magris, *Un altro mare*.

I

Un hombre viaja a Trieste a bordo de un tren que, sin más, se avería. A su lado viaja un militar que, apenas se detiene la locomotora, le dice al hombre que es mejor andar a pie, que llegarán a la ciudad antes de que reparen la locomotora. Así las cosas, el par de viajeros se apea del vagón y emprende una breve caminata hacia el puerto.

En algún momento, el militar le pregunta al hombre si ve la perspectiva. El hombre reflexiona, discurre: “Veía por primera vez la ciudad, el golfo y las montañas, el faro, el castillo, las casas aquí y allá, y pensaba que debían producirme algún efecto.” El militar se ríe. Le dice al hombre que él se refería a los rieles.

Durante el resto del recorrido, el par de hombres se dedica a hablar de puentes, sobre su construcción y sobre las minas explosivas que solían acompañar a su estructura para destruirlos en caso de que un ejército enemigo se aproximara a la ciudad. Así, el hombre no tiene que contarle al militar qué lo lleva a Trieste, la ciudad a la que entra como si fuera él mismo una locomotora, se dice, narra: “He imaginado a menudo estas visitas y probablemente todo será distinto; quizás lo es ya el haber llegado a Trieste como si fuese el tren.”

Lo anterior es la glosa del inicio de *Lo stadio di Wimbledon*,¹ primera novela de Daniele del Giudice (Roma, 1949), descubierto y promovido por Italo Calvino cuando el reonocido escritor italiano servía a la editorial turinesa de Giulio Einaudi. El libro cuenta la historia de una búsqueda, la del autor-narrador mismo, concentrada en la figura del editor –y escritor discreto–² Roberto Bazlen (Trieste, 1902-Milán, 1962), mejor conocido como Bobi, triestino exiliado en Milán y muerto 15 años antes del comienzo del relato.

Conforme uno avanza en la novela de Del Giudice, la figura de Bazlen se vuelve evasiva, molesta incluso para el narrador que, en realidad, parece más buscarse a sí mismo que al hombre que sacrificó la escritura por una “vida activa” y por influir en la existencia de sus allegados, a los que el protagonista de *Lo stadio di Wimbledon* entrevista, mujeres la mayoría de ellas, ancianas.

La historia termina en Wimbledon Park, al suroeste de Londres, adonde el hombre acude a entrevistar a una última conocida de Bazlen. Al final, el narrador compra un billete de tren con destino al aeropuerto de Heathrow. Y eso es todo.

II

Ahora bien, ¿qué pintan Daniele del Giudice y su primera novela en un texto que busca celebrar los 70 años del escritor triestino por excelencia, Claudio Magris (Trieste, 1939)? La respuesta tiene varios niveles.

El primero tiene que ver con la experiencia como lector –luego como escritor– del que estas líneas firma, en cuya biblioteca los libros de Del Giudice y de Magris –así como del resto de autores tanto triestinos como *triestófilos* (desde Italo Svevo y *La Coscienza di Zeno* hasta la galesa Jan

¹ Daniele del Giudice, *El estadio de Wimbledon*. Barcelona: Anagrama, 1986; la traducción al castellano del original de 1983 corrió a cargo de Ignacio Martínez de Pisón.

² Lo mismo que Calvino, años antes Bobi Bazlen sirvió a Einaudi como asesor y, más adelante, fue uno de los fundadores del reconocido sello editorial Adelphi, que en 1984 rescató sus *Scritti*, entre los que se cuentan sus famosas “Notas sin texto”, piedra angular de los escritores sin obra que Enrique Vila-Matas reúne en *Bartleby y compañía* (Barcelona: Anagrama, 2000).

Morris y *Trieste and the Meaning of Nowhere*³)— siempre se encuentran ausentes de su estante y gozan de un carácter ubicuo, aunque por lo general es factible encontrarlos en la mesa de su estudio o en la caja que le sirve de mesa de noche y sobre la cual coloca sus lecturas de cabecera.

El segundo tiene que ver con la relación entre Magris y Del Giudice y abre el signo de interrogación de otra pregunta, una sucinta digresión: ¿es posible relacionarse literariamente con Trieste y no conocer, tarde o temprano, personalmente o a través de su obra, a Claudio Magris, su evidente embajador? La respuesta, en este caso, es sencilla y breve: no. Así que volvamos al nivel que nos ocupa, y en el que los escritores mentados se conocen, allende los ochenta, en un taller internacional impartido por Magris en el *Centro superiore de fisica* —ubicado, hasta donde sé, en Trieste, a un costado del palacete de Miramar, cruzando la carretera semi-urbana que lleva del puerto a Grignano—, en el que convivían científicos vinculados con la literatura, en pos de un lenguaje que fusionara ambos campos, ciencia y letras.

El tercer nivel tiene que ver con otro libro, acaso el más reconocido dentro de la bibliografía de Magris, y, a la vez, con una imposibilidad topográfica. El libro es, por supuesto, *Danubio*,⁴ en el que el río que, en uno de sus tramos, representa una hendidura que corre de Norte a Sur en el centro exacto de Europa, funciona como personaje, un ente cuyo curso, fluir y meandros Magris explora exhaustivamente, desde sus disputadas fuentes en la entonces República Federal Alemana —cuando Magris escribió el libro Europa era otra— hasta sus evidentes desembocaduras en la costa rumana —casi soviética entonces; indiscutiblemente comunista— del Mar Negro.

Y sin embargo —aquí la imposibilidad topográfica—, no es imposible afirmar que el Danubio desemboca igualmente en Trieste, luego de girar al Sur, adentrarse en la Panonia romana, pasar por la Budapest austrohúngara y, en un cauce imaginario, en lugar de doblar y fluir hacia el Este, lo hace de vuelta al Oeste y, luego de recorrer la planicie magiar-eslava, alcanzar el

³ Italo Svevo, *La Coscienza di Zeno* (1923; la primera edición del libro fue pagada por su propio autor); Jan Morris, *Trieste and the Meaning of Nowhere* (Londres: Faber and Faber, 2001).

⁴ Claudio Magris, *El Danubio*. Barcelona: Anagrama, 1988; la traducción al castellano del original de 1986 corrió a cargo de Joaquín Jordá.

colosal Carso, el río de pronto en caída libre, para luego encontrar paso hacia el Canal Grande y, entubado, llegar a la Piazza dell'Unità d'Italia y, tras hacerse sentir bajo los pies de los que beben su café Illy en el Caffè San Marco –allí donde, entre ellos, Magris despacha y discurre sobre el *microcosmos*⁵ que lo contiene–, diluirse en las aguas del calmo Adriático, a un costado del Molo Audace, desde donde el palacete de Miramar aparece como una nube aterrizada en la tierra.

Porque ser triestino es –y éste es el cuarto y último nivel–, justamente, eso: ser una imposibilidad topográfica, un capricho de la ubicuidad, alguien que llega al puerto a pie sobre las vías del tren y en pos de sí mismo, a una velocidad perteneciente a una época más amable, congelada en el tiempo de Trieste, lugar en el que el presente –y ni hablar del futuro– pierde sus atributos ante la sólida, luminosa sombra del pasado. Algo así es Claudio Magris.

III

Nacido en Trieste el 10 de abril de 1939, Claudio Magris se dedicó al estudio de la literatura germánica y el *mito* de Habsburgo, para convertirse en catedrático de la universidad de su ciudad natal, el antiguo puerto imperial que allí, en el Adriático –adonde parecen nacer todos los mares del mundo–, encontró su salida al mar y al mundo. Su obra equilibra el ensayo declaradamente académico y una prosa narrativa de ideas que es su marca indeleble en la literatura contemporánea, como puede apreciarse en los mencionados *Danubio* y *Microcosmi*, pero también en la novela breve *Un altro mare* (1991) y en el largo aliento de *Alla cieca* (1995),⁶ libros cuyo derrotero es, sin más, la naturaleza de la civilización y su utopía. Ha traducido al italiano la obra de muchos autores europeos, Ibsen, Kleist y Schnitzler entre ellos. En 1994 y para combatir a Berlusconi, fue senador sin partido, elegido con 70 mil votos luego de una campaña electoral inexistente; su vida

⁵ Aquí el lector debe consultar *Microcosmi* (Claudio Magris, *Microcosmos*. Barcelona: Anagrama, 1999; traducción al castellano del original de 1997 a cargo de J. Á. González Sainz).

⁶ Claudio Magris, *Otro mar*. Barcelona: Anagrama, 1992, en traducción al castellano de Joaquín Jordá; y Claudio Magris, *A ciegas*. Barcelona: Anagrama, 2006, en traducción al castellano de J. Á. González Sainz.

política “activa” duró dos años y, en las elecciones de 1996, decidió no buscar la reelección. Más allá de sus obras, está su vida. Se casó con Marisa Madieri (Fiume, 1938-Trieste, 1996), escritora también, autora de la novela autobiográfica *Verde acqua* (1987)⁷, cuyo eje es el exilio en la pequeña península de Istria, adonde Trieste y el mundo eslavo se fusionan. En una visita a Turín en compañía del narrador irlandés John Banville –quien también asistió al taller internacional de ciencia y literatura en el que estuvo Del Giudice–, Magris le mostró a su amigo el edificio en el que Nietzsche había pasado sus últimos días antes de perder la razón. Banville, contento con mirar la fachada y, acaso, la ventana del cuarto del filósofo, titubeó cuando Magris le propuso visitar el lugar por dentro. Y así lo hicieron. De salida del “santuario”, como llama Banville a la habitación, el dublinés hizo notar al triestino la decoración *kitsch* del departamento, habitado por una pareja entrada en años. Magris le dijo que, en palabras de Banville, “lo que era más digno de notar que los adornos Biedermaier del departamento eran la gentileza, la sencillez y la confianza de sus habitantes, que le habían permitido a dos inciertos extraños entrar libremente a su casa tras las huellas de un filósofo muerto hace ya mucho tiempo”. A lo que el irlandés concluye: “Fue otra de las delicadas enseñanzas de Claudio: nunca hay que reírse de la vida de los demás, porque es tan intrincada e intensa como la de nosotros.”⁸ 

⁷ Marisa Madieri, *Verde acqua*. Barcelona, Minúscula, 2000, en traducción al castellano de Valeria Bergalli.

⁸ El texto de John Banville, “La casa europea de un antihéroe”, es un homenaje a Claudio Magris por sus 70 años, aparecido en *Il Corriere della Sera* del 5 de abril de 2009 y rescatado por el suplemento *Laberinto* del diario *Milenio* el 18 de abril de 2009, en traducción al castellano de María Teresa Meneses.

¿El Occidente y el Islam? Repensar el orientalismo y el occidentalismo*

Carl W. Ernst

“**O**ccidente” e “Islam” son dos términos que comúnmente se presentan como una oposición dicotómica. Ambos generan, en su yuxtaposición, una relación sumamente tensa. Ello puede ilustrarse, por ejemplo, con la reciente declaración de un portavoz de la Iglesia Católica:

Mgr. Georg Gänswein, secretario y asesor cercano del Papa Benedicto XVI, alertó de la islamización de Europa y subrayó la necesidad de que las raíces cristianas del continente no sean ignoradas. En comentarios publicados en una entrevista en el semanario alemán *Süddeutsche Magazin*, dijo: “Los intentos de islamizar Occidente no se pueden negar. El peligro para la identidad de Europa no debe ser ignorado ni confundirse con un mal entendido respeto”. Asimismo, defendió un discurso que el Papa Benedicto dio el año pasado en el que vinculó la violencia con el Islam, diciendo que fue un intento por parte del Papa para “actuar contra cierta ingenuidad”. (*New York Times*, 27 de julio, 2007).

El tono conflictivo en esta declaración es sorprendente. El representante papal no solamente se refirió al Islam como un peligro para Europa, sino que también reclamó que, dadas sus raíces históricas en el continente, la

*Una primera versión de esta conferencia se impartió en la Universidad de Malasia el 9 de agosto de 2007. La versión que aquí se presenta se leyó en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 20 de febrero de 2008. La traducción corre a cargo del propio autor con ayuda de Luis Xavier López Farjeat, profesor de filosofía árabe en la Universidad Panamericana y la Universidad Nacional Autónoma de México. Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco de actividades del proyecto Conacyt 49596, “Filosofía de la mente en el aristotelismo árabe y latino”, que incluye una sección dedicada a trabajos históricos y sociológicos con la finalidad de contextualizar la labor intelectual de los pensadores árabes.

legítima propietaria de Europa es la Iglesia. A mi juicio, este tipo de conflictos religiosos y civilizacionales se basan particular –aunque no exclusivamente– en un concepto de “Occidente” entendido en oposición al Islam. Tanto en Europa como en otras partes, los líderes musulmanes han protestado frente a este discurso y lo han considerado como una provocación que alienta la islamofobia. Quienes no deseamos apoyar una serie interminable de conflictos de estilo colonialista entre musulmanes, cristianos y otros, tenemos que buscar una nueva manera de reconceptualizar el mundo sin depender de las ideas atemporales del Oriente y el Occidente. En otras palabras, es el momento de ir más allá del occidentalismo y el orientalismo.

Como he afirmado con más detalle en otros lugares,¹ el concepto de “Occidente” es hasta cierto punto ficticio, en la medida en que refiere a una identidad cultural unitaria y homogénea que vagamente se le atribuye a una serie de países en Norteamérica, Europa y sus aliados. Asimismo, la noción de “el mundo islámico” (intercambiable con el Oriente de Europa) también puede ser engañosa: prácticamente indica que hay un planeta separado que es de alguna manera ajeno a Europa y Norteamérica, y que trata sin importancia las diferencias en la historia, el origen étnico, el idioma y la cultura, que caracterizan a los países de mayoría musulmana, así como a las minorías musulmanas en otros lugares. Desde un punto de vista histórico, las nociones abstractas de “Occidente” e “Islam” dejan de lado varias cuestiones posiblemente significativas. Tanto para los musulmanes como para los cristianos europeos, las raíces históricas de la profecía de Abraham y de la filosofía griega, son un patrimonio compartido que no se puede reclamar como algo exclusivo. Los musulmanes han sido parte de la trama de la historia europea durante siglos, no sólo en al-Andalus, sino también en los territorios otomanos. Y los musulmanes también han desempeñado un papel en Norteamérica durante los dos últimos siglos, como debemos reconocer si notamos la existencia de los musulmanes africanos, incluidos los intelectuales (como Omar ibn Sayyid) que fueron esclavizados y vendidos en los Estados Unidos. Las poblaciones musulmanas escandalosamente crecientes en Norteamérica y Europa son sólo los ejemplos más recientes de esta tendencia.

¹ Carl W. Ernst, *Following Muhammad: Rethinking Islam in the Contemporary World* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003), capítulo 1.

Por otra parte, además de la larga historia de comercio y contacto entre Europa y Asia a través del tiempo, no se puede pasar por alto la importancia de la expansión europea en el mundo desde los tiempos de Cristóbal Colón, y en particular, en la cima del colonialismo del siglo XIX. Los enormes beneficios económicos y técnicos que los europeos obtuvieron de los orientales juegan un papel importante en la configuración de lo que consideramos hoy el Occidente moderno, aun cuando existe una tendencia innegable a reclamar la superioridad de los europeos como resultado de su propia virtud, considerada como intrínseca a su civilización. Pero los historiadores recientes han empezado a cuestionar “el discurso eurocéntrico”, que “supone una especie de régimen de *apartheid* intelectual que alega que Occidente es superior y tiene que ser separado del Oriente inferior”². El hecho es que tanto históricamente como en los tiempos contemporáneos, los musulmanes han desempeñado funciones importantes en relación con América y Europa. En resumen, la oposición entre “Occidente” e “Islam” es considerablemente exagerada.

A riesgo de sonar banal, me veo obligado a referirme a un par de publicaciones recientes que han insistido sin tregua y tendenciosamente en el tema de la oposición entre Occidente e Islam. Como se puede predecir, se trata de los escritos de Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, y las diatribas de Bernard Lewis sobre “las raíces de la rabia musulmana”, junto con sus pontificaciones sobre “lo que se hizo mal” con la civilización islámica. Ambos libros han sido fuertemente criticados por los historiadores profesionales a causa de sus deficientes explicaciones y la parcialidad que caracteriza su tratamiento de la civilización islámica en particular.³ Sin embargo, una popularidad sorprendente está garantizada para estas publicaciones dada la forma en que ambas capitalizan los temores y prejuicios que tienen una historia larga en Europa y Norteamérica. Me atrevería a decir que los lectores musulmanes de todo el mundo se impactaron y horrorizaron con la imagen

² John M. Hobson, *The Eastern Origins of Western Civilization* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), p. 283.

³ Juan Cole, *Global Dialogue*, 27 January 2003, disponible en línea en www.juancole.com/essays/review.htm. Véase también, “What Is Wrong with What Went Wrong?” por Adam Sabra de la Western Michigan University, en *Middle East Report Online*, disponible en línea en www.merip.org/mero/interventions/sabra_interv.html.

del Islam que fue trazada por estos escritores sumamente ideologizados. Sin embargo, es sorprendente que pocos de estos lectores se han molestado en cuestionar los conceptos que constituyen la base de los proyectos de Lewis y Huntington, es decir, la idea de que existe algo denominado “Occidente” y que puede ser claramente identificado como una unidad cultural.

A mi juicio, en el concepto de “Occidente” está implícita la imagen colonialista de una civilización superior que está destinada a gobernar sobre el resto del mundo, ya sea abiertamente o por una dominación política a través de las formas más sutiles de la globalización económica. Mientras que los musulmanes y los no europeos sigan permitiendo que los imperialistas europeos y norteamericanos fijen los términos del debate, en otras palabras, mientras aquéllos sigan aceptando que existe tal cosa como el “Occidente”, no tendrán manera de ganar en la discusión.

Como ha observado Mohammed Arkoun con respecto a Bernard Lewis y su libro *¿Qué falló?*, “basta con señalar que tanto su título como su contenido, traicionan el *impasse* intelectual, nacido de un estado de ánimo que intenta pensar en términos polarizados a un ‘Islam’ imaginario y su contraparte igualmente imaginaria de lo ‘occidental’. Mientras este dualismo novelesco permanezca, el estancamiento intelectual que ha surgido está destinado a seguir siendo irresoluble”.⁴ Así que espero convencer a la gente de que deje de utilizar el término “Occidente” y, a cambio, acceda a emplear identificadores más específicos que tengan implicaciones menos ambiguas y menos ideológicas –a hablar en términos de América y Europa, por ejemplo.⁵ En forma similar, creo que es importante abandonar los términos “el mundo musulmán”, a pesar del concepto idealista de la Uma o comunidad musulmana. Las implicaciones conflictivas de la oposición de un mundo musulmán unitario a un mundo “occidental” son simplemente demasiado fuertes para evitarse.

Se puede discutir en contra de la dicotomía entre “Occidente” e “Islam” por razones éticas, pero también existen precedentes históricos importan-

⁴ Mohammed Arkoun, *Islam: To Reform or to Subvert?* Londres: Saqi Essentials, 2006, pp. 9-10.

⁵ Resulta irónico que al menos dos regiones geográficas asociadas con la cultura árabe se conozcan como variaciones de “el Oeste” en árabe. Estoy pensando en Marruecos (derivado del vocablo árabe *al-maghrib*), y la región portuguesa de Algarve (del vocablo *al-gharb*), que estuvo alguna vez bajo el dominio árabe-andaluz.

tes en tiempos relativamente recientes que cuestionan dicha división. Los reformadores otomanos del período del Tanzimat a mediados del siglo XIX (1839) se identificaron con los principios universalistas de la Ilustración que, a su juicio, fueron o podían ser separados de la identidad cristiana. Los otomanos no fueron perturbados por el racismo de Europa, ya que se consideraban caucásicos y no asiáticos. Ellos no anticiparon que los europeos resistirían ferozmente cualquier consideración de igualdad para las “razas asiáticas” o para los musulmanes. Cemil Aydin ha analizado a fondo las repercusiones extraordinarias del discurso de Ernst Renan en 1883,⁶ que rechazó la idea de que los musulmanes podían formar parte de la civilización moderna, tanto por razones raciales como religiosas. Semitas (incluidos los judíos y árabes) eran, en su opinión, una raza inferior incapaz del razonamiento sintético, necesario para la ciencia y la filosofía. Los logros científicos premodernos de la civilización islámica, argumentó, se debieron tanto a los iraníes como a los árabes cristianos. Esta diatriba racista engendró refutaciones por parte de importantes intelectuales musulmanes como Jamal al-Din “al-Afgani”, así como de otras personalidades de Turquía.⁷ La decepción de los otomanos que se encontraron rechazados como candidatos para la civilización occidental, no altera el hecho de que inicialmente se consideraban parte de esta formación.

En tiempos más recientes, el influyente escritor egipcio Taha Husayn escribió en *El futuro de la cultura en egipto* (1938), que su país tenía mucho más contacto con Grecia que con Persia u otros países orientales. Por lo tanto, “la cultura egipcia debía ser considerada como Occidental o Mediterránea, y no Oriental”.⁸ Esta posición se reflejó en otros pensadores árabes –por ejemplo, el escritor y filósofo egipcio-libanés René Habachi–, quienes identificaron las tradiciones más profundas del pensamiento árabe con la

⁶ Ver *Istor* número 21, verano de 2005, páginas 122 a la 146, en donde publicamos dicho discurso de Renan, “El Islam y la ciencia”, junto con la respuesta del jeque Jamel Eddine (al Afghani). (Nota del editor.)

⁷ Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*, Columbia Studies in International and Global History. Nueva York: Columbia University Press, 2007, capítulo 3. Aydin también discute con los pensadores asiáticos del Este sobre este respecto, pero ello nos desvía ligeramente del presente argumento.

⁸ Citado por Majid Fakhry en la página 103 de “The Search for Cultural Identity in Islam Fundamentalism and Occidentalism,” *Cultures* 4 (1977), pp. 97-107.

cultura mediterránea.⁹ Si bien estos pronunciamientos a favor de una identidad mediterránea u occidental para Egipto y los árabes podrían ser impugnados, tanto en Europa como en Medio Oriente ofrecen, sin embargo, una alternativa importante frente a las generalidades estereotipadas. Que estos ejemplos contra-intuitivos no se puedan predecir o explicar por los conceptos esencialistas de Oriente y Occidente, nos permite encaminarnos hacia la localidad y la historia como los correctivos verdaderos de las distorsiones inherentes en el modelo dicotómico. Voy a aportar una serie de ejemplos concretos de países y períodos de tiempo determinados para mostrar algunos problemas de la dicotomía Oriente-Occidente.

Las ideologías más amplias del orientalismo y occidentalismo se construyen, sin duda, desde los conceptos básicos de Este y Oeste. Oriente y Occidente son simplemente las formas latinas utilizadas para referir dos zonas geográficas. Consecuencias más amplias y generalizadas de esta distinción geográfica deben extraerse de forma más analítica. El debate intelectual sobre el orientalismo y su relación con el poder colonialista es bien conocido y ha sido discutido ampliamente en los últimos 30 años. El crítico literario Edward Said, en su ensayo de 1979, *Orientalismo*, esbozó a grandes rasgos un retrato de académicos europeos al servicio del imperialismo, basado en el estudio de las lenguas y los textos de los pueblos orientales. Said señaló la manera coherente en la que la intelectualidad orientalista se revivificó, pero a la vez esencializó un Oriente imaginario y estático entendido como el polo opuesto a Europa. Si Occidente era científico, racional, y de gran alcance, Oriente era supersticioso, tiránico y afeminado. La teoría racial se desplegó para demostrar la superioridad de los europeos sobre los asiáticos y los africanos.

Los resultados de esta dicotomía fueron la proyección de las identidades esencializadas en Europa y su Oriente, en general identificado con la zona que hoy llamamos Medio Oriente. Como un sociólogo ha apuntado: “Esta identificación con una esencia islámica unificada también dio lugar a una interpretación permanente de la región, a través de conceptos dicotómicos del Este y el Oeste”¹⁰. Con posterioridad, varios intelectuales han señalado

⁹ Fakhry, p. 105.

¹⁰ S. Shami, “Middle East and North Africa: Socio-Cultural Aspects”. IESBS 14:9793.

que, en buena medida, Said mismo simplificó en demasía y, de hecho, esencializó el orientalismo, como si fuera en sí mismo una característica inmutable. Dejó fuera de su argumento cualquier debate serio del orientalismo en países como Alemania que no tenía colonias en el Medio Oriente o Asia. También pasó por alto la presencia de orientalistas destacados que fueron opositores vigorosos de las políticas imperialistas, como el especialista británico de la literatura persa E. G. Browne, o Marshall Hodgson, líder de los especialistas en estudios islámicos del siglo XX en los Estados Unidos.

Si bien es cierto que muchos europeos creían que los orientales estaban naturalmente inclinados hacia el despotismo, había críticos de estas posiciones, incluso en el siglo XVIII, como el intelectual Anquetil Duperron, quien señaló la importancia de los sistemas jurídicos en el Este.¹¹ Críticas post-colonialistas han descrito la historia del cambio evolutivo de los académicos orientalistas en diferentes regiones y períodos de tiempo, que se han caracterizado por *ratios* diferenciales en la relación entre el conocimiento y el poder.

Ashis Nandy ha estudiado los efectos psicológicos de la mentalidad colonialista sobre los propios europeos, incluida la acentuada agresividad y las posturas hiper-masculinas. Así, el proyecto de orientalismo no sólo es amplio y complejo, sino también muy ambiguo. Sólo una lectura muy superficial de Edward Said conduciría a la conclusión de que todos los orientalistas académicos han actuado de mala fe en una especie de conspiración.¹² No se puede negar que algunos de los logros académicos de los orientalistas del siglo XIX, tales como los diccionarios y las gramáticas de los idiomas del Medio Oriente y de Asia, siguen siendo herramientas indispensables para la investigación en este momento. Y aunque algunas obras de erudición orientalista (por ejemplo, la labor de Snouck Hurgronje para los holandeses en Indonesia) podrían haber tenido un vínculo fuerte con el apoyo del poder colonialista, al mismo tiempo, la experiencia colonialista y su articulación intelectual,

¹¹ Lucette Valensi, *The Birth of the Despot: Venice and the Sublime Porte*. Ithaca: Cornell University Press, 1993; id., "Eloge de l'Orient, éloge de l'Orientalisme: le jeu d'échecs d'Anquetil-Duperron," *Revue de l'Histoire des Religions*, 212 (1995), pp. 419-452; M. Anquetil-Duperron, *Législation orientale: ouvrage dans lequel, en montrant quels sont en Turquie, en Perse et dans l'Indoustan, les principes fondamentaux du gouvernement* (Amsterdam: Chez Marc-Michel Rey, 1778).

¹² R. G. Fox, "Orientalism," *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, ed. Neil J. Smelser and Paul B. Baltes. Amsterdam: Elsevier, 2001; citada como IESBS, 16:10976-8.

son una parte integral de la historia moderna mundial. En muchos casos no tenemos acceso a gran parte de lo que es valioso en la cultura no-europea, independientemente del trabajo de los orientalistas académicos que catalogaron todo lo asiático que había en sus museos. Por lo tanto, como ha observado Alijah Gordon en relación con el estudio de la islamización del Sudeste de Asia, “para entender la dinámica de lo que está ocurriendo hoy en día, debemos mirar al pasado, cuando los poderes colonialistas occidentales –Portugal, España, los Países Bajos y Gran Bretaña– establecieron el marco para la división que hemos heredado. Nuestra tarea es reconocer estas realidades fracturadas y trabajar por una devolución del poder, donde cada uno de nuestros pueblos pueda vivir su vida a su manera”.¹³

Un nivel de comparable ambigüedad está presente también en el concepto de occidentalismo.¹⁴ Este término puede referir, por un lado, un sentido triunfal de la hegemonía europea que, inevitablemente, ha sido vinculada con el cristianismo durante fases diversas del colonialismo. En este sentido, occidentalismo significaría simplemente creer en la superioridad del Occidente. Hay que reconocer que hace más de un siglo había muchos intelectuales musulmanes que aceptaron implícitamente este postulado de la superioridad europea, en los movimientos que llamamos modernistas.¹⁵ Así, el pensador liberal persa Taqizadeh podía hablar positivamente e incluso con entusiasmo de la “entrega a la civilización occidental”.¹⁶

Por otro lado, este simbolismo de Oriente y Occidente puede invertirse fácilmente, de manera que también el occidentalismo puede entenderse como una crítica negativa hacia el Occidente en todos los sentidos. Ian Buruma y Margalit Avishai han rastreado este tipo de occidentalismo negativo en el Japón de los años cuarenta, y cómo después éste se convirtió en un fenómeno muy generalizado en todo el Tercer Mundo durante el

¹³ Alijah Gordon, “Editor’s Note”, en *The Propagation of Islam in the Indonesian-Malay Archipelago*. Kuala Lumpur: Malaysian Sociological Research Institute, 2001, p. XVIII-XIX.

¹⁴ F. Coronil, “Occidentalism,” IESBS 16:10822-6.

¹⁵ *Modernist Islam, 1840-1940: A Source-Book*, ed. Charles Kurzman Oxford: Oxford University Press, 2002.

¹⁶ Mehrzad Boroujerdi, “‘The West’ in the Eyes of the Iranian Intellectuals of the Interwar Years (1919-1939),” en *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East* 26/3 (2006), p. 194 (esta revista se citará como CSSAAME).

período de la Guerra Fría.¹⁷ En algunas formulaciones, el Occidente está tan esencializado que se puede hablar de “etno-occidentalismo”, una especie de concepción racista que atribuye inquebrantables cualidades negativas y una identidad genética a Occidente. Un ejemplo notable es el del pensador egipcio Hasan Hanafi, quien ha articulado su posición en un libro titulado *Introducción a la Ciencia del Occidentalismo (Muqaddima fi `ilm al-istighrab)*. Hanafi comienza con la hipótesis de que los árabes tienen que hacer un estudio crítico del orientalismo en lugar de utilizarlo como una fuente para conocerse a sí mismos. Sin embargo, de este comienzo prometedor y crítico, se traslada a intentos más ambiciosos por rescatar el yo oriental de su alienación, por “el refuerzo de una imagen positiva de sí mismo”. Esto, en gran parte, se trata simplemente de la inversión de los estereotipos negativos orientalistas y la proyección de la negatividad en el Occidente, una propuesta que ha sido severamente criticada por otros pensadores árabes que le han acusado de racismo.

El concepto ahistórico que formula Hanafi de la identidad árabe islámica es notablemente similar al enfoque de Samuel Huntington, ya que “reduce la lectura tanto de la conciencia islámica como de la occidental a perspectivas religiosas y culturales”.¹⁸ El proyecto de Hanafi parece ser una especie de reflejo invertido del orientalismo, y es difícil ver cómo puede evitar formas deshumanizadas de alienación mediante la adopción de los métodos de su rival. No obstante, cabe destacar que el orientalismo y el occidentalismo no existen en el mismo nivel. Hay una relación de poder jerárquica y asimétrica entre los dos. Los occidentalistas no tienen colonias en Europa y Norteamérica. “Así, mientras que el orientalismo europeo es el resultado del optimismo de espíritu, proezas y actitud ofensiva, los modos de discurso islamistas y occidentalistas son los productos de espíritus decaídos, débiles y defensivos”.¹⁹

¹⁷ Véase Ian Buruma y Avishai Margalit, *Occidentalism: The West in the Eyes of Its Enemies*. Nueva York: Penguin Books, 2004.

¹⁸ Yudian Wahyudi, “Arab Responses to Hasan Hanafi’s *Muqaddima fi `ilm al-istighrab*,” *Muslim World* 93, no. 2 (2003), pp. 233-248, se citan las páginas 236, 238.

¹⁹ Larbi Sadiki, “Occidentalism: The ‘West’ and ‘Democracy’ as Islamist Constructs,” *Orient* 39/1 (1998), p. 116.

Uno de los aspectos más interesantes sobre el occidentalismo negativo es que éste se remonta a una larga tradición de críticas “occidentales” formuladas por los pensadores europeos de la contra-Ilustración. Aunque estos críticos existieron en el siglo XIX (Joseph de Maistre, Herder, Nietzsche), algunos de los más importantes encontraron su expresión pesimista en el momento de la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, en particular Oswald Spengler en su libro monumental *La decadencia de Occidente*.

Uno de los manifiestos occidentalistas y anticolonialistas más incisivos aparecido en Irán es, por supuesto, el clásico de Jalal Al-e Ahmad (d. 1969), *Westoxication (Gharbzadegi)*. Este libro plantea el dilema de los intelectuales iraníes modernos entre la elección de la autenticidad cultural o la sumisión desarraigada y alienada al Occidente. Al-e Ahmad ha diagnosticado la *Westoxication* como “el conjunto de condiciones de la vida, la cultura, la civilización y el modo de pensamiento de las personas que no cuentan con el apoyo de la tradición, tampoco de la continuidad histórica, o de la gradualidad de la transformación”.²⁰

Sin embargo, lo más llamativo en esta formulación es que se respalda en una lectura de la filosofía de Martin Heidegger interpretada por el erudito iraní Ahmad Fardid. Éste redujo la oposición entre Oriente y Occidente y su inspiración colonialista, a la noción de “verdad histórica” de Heidegger. Al desplazar la crítica de la Ilustración europea y la cultura alemana a una idealización del Islam y el Oriente, Fardid y más tarde Al-e Ahmad, proponen un camino nuevo hacia la autenticidad. “En esta construcción de Oeste y Oriente como poseedores de esencias opuestas, con el Oriente albergando una verdad ontológicamente legítima capaz de superar el nihilismo tecnológico engendrado por el Oeste, la *Gharbzadegi (Westoxification)* de Fardid es el intervalo entre el yo y el ser en el camino a la reanudación de la auto-realización islámica”.²¹ Parece muy irónico que proyectos que intentan redimir la alienación y que se centran en la identidad islámica y asiática, empleen estrategias y argumentos conceptuales que provienen del centro de la cultura europea (si bien es cierto que derivan de sus críticos internos). Se pueden

²⁰ Ali Mirsepassi, “Religious Intellectuals and Western Critiques of Secular Modernity”, *CSSAA-ME* 26/3 (2006), p. 418.

²¹ *Ibid.*, p. 420.

hacer observaciones similares de otros pensadores iraníes como Ali Shari`ati, cuyo concepto revolucionario de Shi`ismo, depende de categorías marxistas que al mismo tiempo redefine como simplemente islámicas.²² También es sorprendente ver hasta qué punto el pensador islamista egipcio Sayyid Qutb imita a los autores europeos y norteamericanos en su diagnóstico muy negativo de Occidente en su libro *El Islam y los Problemas de la Civilización* (1962). La trágica situación de la modernidad, desde su punto de vista, tenía que ser resuelta por el Islam y no por la democracia liberal o el marxismo²³. En el caso de los occidentalistas musulmanes que utilizan como base a los pensadores europeos, la verdadera pregunta que debemos extraer es hasta qué medida es imposible separar el Islam de Occidente en la era moderna.

Al reconocer estos vínculos intelectuales entre las ideas antioccidentales y sus orígenes occidentales, es importante no leerlas como un caso de mero pensamiento derivado. Cemil Aydin ha observado en una crítica de Buruma y Margalit, que es importante reconocer “la distinción entre el discurso occidentalista deshumanizado sobre el Oeste y las otras críticas auténticamente musulmanas de la modernidad, el orden internacional y el colonialismo. ¿Es el caso que los musulmanes, islamistas o laicos, no deban criticar a Occidente de ninguna manera? En ausencia de una distinción entre las críticas progresivas y deshumanizadas, el paradigma del occidentalismo puede reducir todas las críticas de Occidente hechas por los musulmanes, ya sea a una copia ‘subdesarrollada’ del romanticismo alemán, o a una enfermedad contagiosa eurocéntrica de la crítica sin ningún tipo de contenido humanista incorregible”.²⁴ Aydin ha demostrado cómo los pensadores islamistas de la República de Turquía utilizan retórica occidentalista “sobre el Occidente decadente, materialista, positivista, sin alma, in-moral, comunista, individualista, y masónico” para atacar al régimen secular de Mustafa Kemal.²⁵ Por supuesto, es impresionante ver que en los últimos años los partidos islamistas en Turquía se han convertido en defensores pragmáticos de la adhesión de Turquía a la Unión Europea, pues

²² *Ibid.*, p. 427.

²³ Fakhry, p. 100.

²⁴ Cemil Aydin, “Between Occidentalism and the Global Left: Islamist Critiques of the West in Turkey,” *CSSAAME* 26/3 (2006), p. 447.

²⁵ *Ibid.*, p. 453.

evidentemente se pueden hacer modificaciones en las formas previamente negativas de occidentalismo.

A este último respecto, quisiera centrarme más en la categoría de la religión en la representación de Oriente y Occidente. Ésta desemboca en la dialéctica de la lucha secular entre los regímenes seculares y los movimientos islamistas, por ejemplo, en los países árabes donde “los orientalistas aquí no son occidentales sino occidentalizantes. (...) El laicismo francés configura el comportamiento político en los centros de poder argelinos y tunesinos”.²⁶ Justo como el secularismo de estilo europeo configura las concepciones de los gobiernos de los islamistas como antidemocráticos y extremistas, así también los islamistas tienen su propio vocabulario para describir a sus oponentes. Entrevistas con los islamistas en una gran variedad de países han indicado que el vocabulario de la ética islámica (*akhlaq*) constituye la base de las críticas más importantes de Occidente y de su democracia, en términos de perversidad sexual, imperialismo y materialismo.²⁷ A pesar del interés intrínseco de estas observaciones, sin embargo, la diferencia marcada entre estas posiciones opuestas, islamistas y laicistas, proporciona la oportunidad para un análisis que no necesariamente se hace eco de cualquiera de estas formulaciones.

En este punto vale la pena examinar el término laico y sus derivados, que son objeto de mucho debate, no sólo en los países que consagran la laicidad como principio nacional (Francia, Indonesia, Turquía), sino en otros lugares también. Al comienzo de la articulación del orientalismo, Europa fue postulada como la morada de la ciencia y el pensamiento progresista, con la doctrina oficial de la Ilustración de la laicidad como un corolario. Esto provocó que Oriente fuese entendido como su contrario, como un ámbito caracterizado por la superstición retrógrada, con la religión como el obstáculo principal para el progreso. Contraataques occidentalistas no tardaron en aparecer. Tagore, para dar un ejemplo, sostuvo que la India fue una civilización consagrada a la espiritualidad mientras que el Oeste había abandonado su religión por un materialismo craso. El problema con esta afirmación es la falta de autenticación histórica. Es, sin duda, una aseveración

²⁶ Sadiki, pp. 103-120, se citan las páginas 108-9.

²⁷ *Idem.*

satisfactoria afirmar que Occidente es una tierra donde la gente sin alma se divierte interminablemente en un abandono corrupto de la espiritualidad. Sin embargo, una aseveración de este tipo difícilmente funge como una descripción adecuada.

Algunos intelectuales han aducido la cuestión de la laicidad como una forma de moda más grave. Syed Muhamad al-Naquib Attas (un pensador eminente de Malasia) sostuvo, hace dos décadas, que la secularización es un problema crítico para el Oeste, que finalmente derivará en su caída.²⁸ Como alerta de protección contra este peligro, él fue uno de los promotores de “la islamización del conocimiento”, un programa concebido como una manera de garantizar la autenticidad islámica sin ninguna mancha de laicismo occidental. El carácter ideológico de este argumento se desprende de una caracterización de “Occidente” definitivamente atemporal. Algunos de los musulmanes argumentan desde una posición esencialista-escritural que la doctrina norteamericana de la separación entre Iglesia y Estado es inherente a las enseñanzas del Nuevo Testamento tal como lo conocemos, pero que este concepto privatizado de la religión es ajeno al Islam. Esto es interesante como una crítica del concepto moderno euro-americano de religión, aunque frecuentemente minimiza la manera en que el Islam formó sólo una característica de las sociedades premodernas junto con el imperio, la costumbre local y el decreto administrativo, sin por ello ser la característica definitoria o predominante

Sin duda, es notable que al-Attas hiciera una lectura atenta de algunos de los teólogos modernos cristianos y los filósofos europeos que abordaron la cuestión de la laicidad durante los años 1960 y 1970. Lamentablemente, esta muestra limitada no es definitiva, ya sea del pasado o del futuro de Europa y Norteamérica. Éste es uno de los ejemplos en los que la confusión de entender toda Europa y Norteamérica en una entidad conocida como “el Occidente” es claramente errónea.

Las predicciones de la desaparición de la religión y el predominio de una mentalidad laica también parecen erróneas después de la Revolución Iraní de 1978-79 y el fortalecimiento de la derecha religiosa en los Estados

²⁸ Syed Muhamad Naquib al-Attas, *Islam, Secularism and the Philosophy of the Future*, Islamic Futures and Policy Studies. Londres: Mansell Publishing Ltd., 1985.

Unidos. Sólo para dar un ejemplo, las encuestas de opinión pública en la Unión Americana indican que una de las razones por las que la mayoría rechazaría a un candidato presidencial, sería la falta de creencia en Dios. Hay índices numerosos que indican que Estados Unidos es un país donde la religión es extraordinariamente importante. Algunos intelectuales sostienen que el factor religioso es tan fuerte que Norteamérica está en peligro de convertirse en una teocracia.²⁹ Según algunos analistas, sólo un tercio de los estadounidenses tienen confianza en la teoría darwiniana de la evolución biológica, pues la mayoría probablemente sostiene un enfoque creacionista o alguna otra alternativa teológica. Una serie de novelas apocalípticas titulada *Left Behind*, que describe los acontecimientos del Día del Juicio y la Resurrección de acuerdo con el Libro de la Revelación, ha vendido más de cincuenta millones de copias en ex territorio. Información abundante sobre estas y otras cuestiones que tocan el papel extraordinario de la religión en la vida norteamericana, está disponible en el sitio del Internet del Foro Pew sobre la Religión en la Vida Pública (pewforum.org). Evidentemente, es necesario hacer investigaciones más actualizadas del concepto de la secularización en Europa y Norteamérica para entender el futuro de este concepto hoy en día.

Estudiosos contemporáneos como José Casanova, en conversación con el antropólogo Talal Asad, han señalado cómo la crítica europea de la religión durante la Ilustración se convirtió en una especie de profecía autocumplida, una teoría teleológica de la secularización que sirvió como su propia prueba.³⁰ Los datos alegados en apoyo de esta tesis como se aplicó a Europa incluyeron el aumento de la diferenciación de la sociedad, la reducción de la función pública de la religión en el Estado, la ciencia y la economía, al lado de un porcentaje reducido de la participación religiosa activa (a pesar de la persistencia de alta creencia religiosa). La tesis de la secularización fue probablemente exagerada, sin embargo, para el siglo XIX Europa, al igual que el Medio Oriente moderno, “vio el retorno a la religión militante, literal, y antigua, pues los procesos de expansión económica comenzaron a

²⁹ Kevin Phillips, *American Theocracy: The Peril and Politics of Radical Religion, Oil, and Borrowed Money in the 21st Century*. Nueva York: Penguin, 2007.

³⁰ José Casanova, “A Reply to Talal Asad,” en *Powers of the Secular Modern: Talal Asad And His Interlocutors*, ed. David Scott and Charles Hirschkind, Cultural Memory in the Present. Stanford, CA: Stanford University Press, 2006, pp. 12-30.

poner en peligro las estructuras tradicionales”.³¹ En contraste, la situación de Norteamérica se vio como una inversión, basada en el postulado de que el *des-establecimiento* oficial de la religión se correlacionó con un alto grado de religiosidad individual, tal como observaron Tocqueville y Marx. Esta divergencia clásica entre Europa y Norteamérica en la expectativa de secularización también ha ido acompañada de resultados diferentes de la secularización en las comunidades católicas y protestantes. Para los Católicos, el conflicto con la modernidad eventualmente condujo a un laicismo progresivo que incluyó el activismo social (por ejemplo, la teología de la liberación); los protestantes, en contraste, vieron el desarrollo de una colusión entre lo religioso y lo secular. Un interesante caso estudiado es el ejemplo de los derechos humanos y la disidencia religiosa. La Iglesia católica aceptó lentamente esta cuestión durante el siglo XIX, pero han habido notables ejemplos recientes de obispos católicos exigiendo que la esfera secular sea conectada a la moralidad pública, en cuestiones que van desde la economía hasta el control de la natalidad.

La teoría de la secularización, según Harvey Cox y otros, suponía que la modernidad inevitablemente conduciría a un abandono gradual de la religión institucional, pero esta tesis ha sido refutada de modo espectacular a finales del siglo XX y principios del XXI. Existen también diferencias significativas entre los conceptos de laicidad en países diferentes como Francia, Estados Unidos, Turquía e Indonesia. La incapacidad de las teorías de la secularización de los años 1960 y 1970, para tener en cuenta acontecimientos recientes o distintos países, indica su inadecuación como un índice de las características atemporales de la civilización occidental.

¿Cuáles son entonces las alternativas para combatir la conocida oposición entre “Occidente” e “Islam”? Este escrito es, sin duda, una de ellas. Esta conferencia la impartí en inglés, por vez primera, en Malasia, ante una audiencia en la que muchos miembros eran estudiantes de posgrado de una universidad norteamericana. Ahora vuelvo a presentarla en castellano en la Universidad Nacional Autónoma de México. Quisiera sugerir a todos

³¹ Sandra Halperin, “Europe in the Mirror of the Contemporary Middle East: Aspects of Modern European History Reconsidered”, en *Islam and the West: Critical Perspectives on Modernity*, ed. Michael J. Thompson. Nueva York: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2003, pp. 75-105, se cita la página 98.

ustedes una serie de lineamientos que pueden ser perseguidos, a fin de evitar lo que yo he descrito como la base intrínsecamente conflictiva del concepto de “Occidente”. Un primer lineamiento sería el fomento de los estudios serios que permitan comprender las distintas cosmovisiones religiosas. En vez de un occidentalismo ideológico, tendríamos que fomentar el estudio verdaderamente académico concentrado en el conocimiento especializado de la cultura, la historia, las instituciones y prácticas de países y regiones particulares, es decir, estudios europeos, estudios norteamericanos, estudios sudamericanos, etcétera. Aunque los estudios de zona tienen sus limitaciones, su virtud es que estimulan investigaciones multidisciplinarias en una región particular, que permite a los especialistas de campos distintos de estudio comunicar y ampliar su propio conocimiento con la intención de crear un análisis más holístico y comprensivo.

Otro lineamiento consiste en identificar comunidades éticas que trasciendan las fronteras nacionales y religiosas, como ha sugerido el filósofo Alasdair MacIntyre. Tariq Ramadan ha propuesto de manera similar que los musulmanes deben buscar frentes unidos de intereses entre los países del sur global, independientemente de sus antecedentes religiosos. Su punto es que “un diálogo auténtico entre los judíos, cristianos, humanistas y musulmanes no puede sino conducir a una acción común formidable que funja como un movimiento de resistencia ante la locura humana, la injusticia y la explotación”.³² Es notable que Ramadan utilice el vocabulario económico de los países industrializados del Norte y el Sur subdesarrollado. Al mismo tiempo que sigue siendo contrastante, Ramadan evita el modelo de conflicto ideológico inherente a los conceptos de Oriente y Occidente. Y sobre la base del proyecto de los Musulmanes Progresivos, mi colega en la Universidad de Carolina del Norte, Omid Safi, sostiene lo siguiente: “Es obligatorio visitar, interrogar, criticar y deconstruir el paradigma poderoso y seductor de ‘Islam *versus* Occidente’ (y el doble ‘choque de civilizaciones’) antes de que podamos ofrecer una alternativa más global. Para ello, debemos ocuparnos primero de los *Westernophobes* musulmanes, y luego de los

³² Tariq Ramadan, *Islam, the West and the Challenges of Modernity* (Markfield, Leicester: The Islamic Foundation, 2001), p. 185.

Islamophobes occidentales”.³³ En resumen, la oposición entre Occidente e Islam nos ata a un pasado que se define por la expansión colonialista y la de su contrario, la resistencia anticolonialista. Si hemos de forjar un mundo en el que podemos ver más allá de las identidades limitadas y pensar seriamente acerca de nuestra humanidad compartida, es el momento de ir más allá de estas concepciones limitadas. ❧

³³ Omid Safi, “I and Thou in a Fluid World: Beyond ‘Islam Versus the West,’” en *Voices of Islam*, ed. Vincent J. Cornell, volume 5, *Voices of Change*, ed. Omid Safi. Westport, CT: Praeger, 2007, pp. 199-222, se cita la página 199.

Sobre *L'abbé* Jacques-Paul Migne (1800-1875)

G. C. Coulton, *et. al.*

Jacques-Paul Migne, abad, personaje extraordinario, inseparable de la obra de su vida, la famosa Patrología, ha llamado la atención de autores tan diversos como Blaise Cendrars y Henry Miller. Gabriel Zaid nos envió las páginas escritas sobre Migne, hace más de 60 años, por el historiador inglés G. C. Coulton en su autobiografía Fourscore Years. An Autobiography (Nueva York: Macmillan, 1944, pp. 350-354). A continuación, nuestra traducción (Istor).

Sería de verdad un ingrato si no le dedicara ahora unas pocas palabras de sentido agradecimiento al *abbé* J.P.Migne. La prosa de su vida ha sido contada brevemente por Christopher Wordsworth, sobrino del poeta y futuro obispo, en su *Diary in France*, en la entrada del 14 de agosto de 1844. En su *grande imprimerie*, a poco más de cien metros de la Barrière d' Enfer —una garita, N.del T.—, Wordsworth encontró “una gran fábrica dirigida personalmente por el *Abbé*. Tiene todas las instalaciones necesarias para imprimir, tales como la fundición de tipos, estereotipos, *satinage*, *brochure* y *reliuré*; sólo falta la fabricación del papel. Es, ciertamente, una institución muy admirable, más aún si uno piensa que ha sido creada y es dirigida por un sacerdote, cuyos estudios previos en nada lo preparaban para semejante empresa. Se me dijo que unos 200 obreros estaban empleados en la fábrica... Nació, qué duda cabe, con el genio del mando. Su meta principal es la de dar al mundo una colección completa, en forma portátil y a un precio muy económico, de todos los padres griegos y latinos de la Iglesia. Dijo que había tenido durante mucho tiempo ese proyecto en mente y que no ha gozado un instante de descanso desde que empezó a ejecutarlo. ‘¿Y con cuales recursos empezó usted?’ . ‘¿Con ninguno —contestó—, sino la *bonne*

volonté; un hombre podría construir una iglesia como su Saint Paul o la abadía de Westminster con sólo tener la buena voluntad de hacerlo'. 'Pero, ¿usted tuvo amigos para ayudarle?'. 'No, tuve muchos adversarios y enemigos'. 'Pero, ¿y los obispos de su Iglesia?'. 'Señor, al principio todos estuvieron en mi contra. Luego, viendo mi seriedad, se me acercaron y ahora me apoyan'. Habría que mencionar una razón que llegó a mis oídos y que puede explicar la reticencia inicial del arzobispo –de París, N.del T.– para aprobar formalmente la intrépida empresa de Migne: hubo otros eclesiásticos franceses que anteriormente se involucraron en empresas literarias y fracasaron. El prelado temía que el *abbé* se sumase a la lista de especuladores eclesiásticos fracasados. Si la empresa llegara a tener éxito, llegará, quizá más que cualquier otro proyecto hoy en día, a familiarizar el espíritu del público literario con los grandes textos de la antigüedad cristiana y proporcionará una biblioteca popular de teología patristica tanto para los curas de parroquia, como para los estudiantes universitarios. Por lo tanto, prestará un servicio insigne a la causa de la cristiandad”.

Entre 1844 y 1864, Migne publicó una patrología latina en 217 tomos, con cuatro tomos de índices y además dos series de *Patrología graeca* en 161 volúmenes. Sin embargo, esos 382 volúmenes no representaban ni la mitad de todas sus ediciones. Un incendio catastrófico consumió la fábrica entera en 1868. Volvió a construirla de inmediato, pero la guerra de 1870 jugó en su contra. Murió en 1875, luchando siempre pero prácticamente en bancarrota. Mientras, empero, había proporcionado a los medievalistas textos cuyo precio los volvía accesibles hasta para los estudiosos pobres: de siete a ocho francos el tomo. Eran reimpresiones de viejas ediciones de referencia, principalmente de esos folios que Gibbon cita para subrayar el contraste entre la fertilidad intelectual del monaquismo francés y la esterilidad de sus propios “monjes de Magdalena”.¹

El valor histórico de la materia contenida en esos 382 volúmenes, además de la labor editorial, es superior hasta al de los Monumenta Germaniae o Rolls Series. En la edición misma existen muchos menos errores que lo

¹ *Autobiography*, ed. Birkbeck Hill, p.56: “The shelves of their library groan under the weight of the Benedictine folios which have issued from the single abbey of St Germain-des-Prés at Paris”. Mi Guibert personal es una reimpresión del folio de 1651 y contiene 550 mil palabras, o sea, cuatro veces más que el presente libro.

que se afirma, a veces de manera precipitada. Incluso si los tomos hubiesen costado el doble, tendríamos todavía motivo para asombrarnos de la calidad del conjunto. Además, tienen la enorme ventaja de presentarse como series uniformes y enciclopédicas. Deben haber pocos lugares de alta cultura que no las posean, o que no puedan, a lo menos, conseguir el préstamo de una universidad vecina. Aquí en Toronto, pero es algo excepcional, tengo una colección a cinco minutos a pie, y otra a diez minutos, en la Biblioteca Universitaria o en el Instituto de Estudios Medievales. De modo que para los estudiantes una referencia a Migne es mucho más conveniente que una referencia a una edición posterior y más científica, que si bien puede existir, será difícil de conseguir. Además, tiene un valor educativo, especialmente para los estudiantes más jóvenes: una vez que han sido advertidos, tienen que buscar por sí mismos la crítica del texto. Finalmente gozamos del inmenso beneficio de un precio que nos permite comprar esos libros: leer y digerir y anotar con calma, acudir a las páginas para una consulta amistosa en cualquier momento, a diferencia de nuestras breves entrevistas con una edición costosa en una librería que abre unas pocas horas, tal como es el hábito en Inglaterra. Jamás entenderemos a esa gente del pasado si no caminamos por sus veredas y carreteras, y eso es lo que la *Patrología de Migne* nos permite hacer al precio de los boletos para un concierto.

Ahora, después de la prosa del *abbé* Migne, su tragedia. Los hermanos Edmond y Jules de Goncourt apuntan de manera característica en su *Journal*, el 21 de agosto de 1864: “Aquel personaje que es Migne, fabricante de libros católicos, empezó su labor de impresor en la calle de Vaugirard, con una multitud de sacerdotes bajo entredicho, pillos que colgaron los hábitos, *devil-dodgers*, sujetos definitivamente perdidos. Cuando asoma un policía, es una estampida hacia la salida. Migne tiene que gritar: ‘¡Nada de pánico, no tiene nada que ver con ustedes, viene a verme por alguna violación a los derechos de autor!’”. De sus prensas salen enciclopedias ortodoxas, colecciones de los padres de la Iglesia con cientos de volúmenes. Y detrás de ese comercio, tiene otro. Hace pagar sus libros a los curas, en parte con *bons de messe* firmados por el obispo. Aquellos cuestan algo así como ocho centavos cada uno y él los revende a 40 en Bélgica, en donde el clero no es lo suficientemente numeroso como para cubrir todas las funciones de misas heredadas de los tiempos del dominio español”.

Los Goncourt no dejaban pasar la ocasión de embellecer una buena historia, pero no podemos acusar de exageración a la *Catholic Encyclopaedia*. Leemos en su tomo X, página 291, que: “Las dificultades se amontonaban. El arzobispo de París estaba opuesto a los elementos comerciales de la empresa y prohibió su continuación, antes de, finalmente, suspender al editor en sus funciones sacerdotales. La guerra franco-prusiana de 1870 le causó grandes pérdidas; luego vino de Roma un decreto condenando el abuso de los *bons de messe* para comprar libros, y Migne estaba mencionado nominalmente en relación con tal abuso. Murió sin haberse recuperado.

El profesor Alphandéry, en el Congreso de Loisy, me contó que Migne, de manera bastante normal, se tornó en un Micawber dickensiano, yendo de una dificultad a otra. Sus trabajadores clericales eran atacados por aún más problemas: no tenían escrúpulos y eran a veces desesperados. Iban a París y nadie, creo yo, ha intentado negar lo que A.Houtin escribió en su autobiográfica *Une vie de prêtre*, a saber, que en la Ciudad Luz hay más sacerdotes en la calle *–sur le pavé–* que en el trabajo parroquial cotidiano. Por lo tanto, según Alphandéry, cuando Migne tenía que salir de la fábrica y pasar por la puerta de la sala de trabajo, siempre guardaba la precaución de levantar frente a él su bastón.

Sea lo que sea, la ayuda de Migne a los letrados ha sido magnífica; su olfato empresarial, su valor y tenacidad lo colocan al lado de Joseph Wright y su *Dialect Dictionary*”.

Hasta aquí el gran Coulton. Cincuenta años después, Owen Chadwick, su compatriota, escribía en su *A History of the Popes* (Oxford: Clarendon, 1998, pp. 539-540): “Jacques Paul Migne fue un sacerdote que tuvo problemas con su obispo debido a sus actitudes liberales durante la Revolución Francesa de 1830. Pasó entonces al periodismo eclesiástico y fue uno de los fundadores del *Univers*, pero ninguno de los periódicos que dirigió prosperó. En 1836 empezó a publicar una biblioteca para el clero. Fundó su propia casa editorial y contrató como trabajadores intelectuales baratos a sacerdotes que tenían problemas con su obispo y no encontraban empleo. La *Patrología latina* –el título no es adecuado porque publicó no sólo los textos de todos los padres, sino todo lo que pudo encontrar de la Alta Edad Media– con sus 221 tomos, luego la *Patrología Graeca* con 161 tomos, ocuparon 24 años de su vida. No era un gran académico, pero usó a un verdadero sabio, el

benedictino Pitra –futuro cardenal, N.del.T–, para garantizar la calidad, e hizo infinitos esfuerzos para averiguar que los textos retomados de ediciones anteriores fueran correctos. La suya no fue una edición a partir de nuevos manuscritos, sino un intento de sumar las mejores ediciones existentes. Su influencia fue trascendental en sí, tanto más cuanto fue la obra ideada y realizada por un sacerdote ligeramente de mala fama para la Iglesia, que no era erudito ni muy culto, y que empezó sin capital a su disposición. Todo el mundo hablaba mal de él, todo el mundo usó y aprovechó su trabajo. La historia de la Europa medieval y de la Iglesia primitiva se volvió mucho más accesible justo cuando las universidades producían historiadores especializados en esas épocas que necesitaban una entrada fácil a las fuentes. Hasta la fecha, las *Patrologías* siguen siendo muy usadas. En 1868 un incendio destruyó su imprenta y los libros en existencia. Sus métodos para empezar de nuevo la aventura le causaron más problemas con el arzobispado. Ese hombre no santo hizo más bien académico que cualquier otro sacerdote francés en todo el siglo”.

Para completar esos dos textos, hay que recurrir al *Dictionnaire de Théologie Catholique*, tomo décimo, publicado en 1929 en París por la Librairie Letouzey. En el apartado “MIGNE Jacques Paul” encontramos que el arzobispo de París, Monseñor de Quelen, estimaba que una empresa comercial tan grande no debía ser dirigida por un hombre del clero; cuando Migne se negó a renunciar, el prelado le prohibió celebrar misa. Su sucesor, Monseñor Affre, levantó la sanción en 1847. El proyecto inicial contemplaba la publicación de una inmensa *Bibliothèque universelle du clergé, ou Cours complet sur chaque branche de la science ecclésiastique*. Debía alcanzar la cantidad de 2,000 volúmenes, en un formato cómodo y uniforme, pequeño, sobre dos columnas, a un precio modesto. Para lograrlo fundó sus Ateliers Catholiques (Talleres Católicos) en el Petit-Montrouge, con 300 trabajadores que resultaron ser la mejor imprenta de París. Al reunir todas las ramas del oficio, pudo producir un volumen por semana a un costo muy bajo.

Para 1862 ya había publicado 850 volúmenes y proyectaba imprimir otros 1,150. Esa obra monumental no fue acabada por culpa del incendio del 12 de febrero de 1868 que destruyó todos los talleres, con los negativos de las grandes colecciones (667, 855) y decenas de miles de libros. De los escombros sacaron 600 toneladas de plomo.

Además de las *Patrologías*, publicó *Le Cours Complet d' Ecriture Sainte* (28 tomos), *Theologiae cursus completus* (28 tomos), *Démonstrations évangéliques des plus célèbres défenseurs du christianisme* (20 tomos), *Orateurs sacrés* (99 tomos publicados antes del incendio), *Encyclopédies théologiques* (171 volúmenes sobre todas las ciencias humanas y divinas). Lanzó también los 27 tomos de su *Cours complet d' histoire ecclésiastique*. Por si eso no fuese suficiente, al lado de las grandes colecciones publicó un sin fin de obras como las de Santa Teresa, San Juan de Ávila, San Pedro de Alcántara y Santo Tomás de Aquino, entre otros. Para 1868 había editado 1,100 volúmenes.

Migne fue siempre muy exigente tanto para la perfección tipográfica, como para la corrección de las galeras. El gasto de lo segundo equivalía al costo de la composición: se entiende si uno piensa que las correcciones eran revisadas sucesivamente ¡sobre cinco pruebas y que había siempre tres correctores juntos!

Hoy en día, la *Patrología* se puede consultar en línea. 

Informe sobre los indios organizados en pueblos colindantes con Sinaloa, sierras de Álica y Huajicori, 1866*

Coronel Thomas Roig

El coronel Thomas Roig (1813-1888) nació en Thuir (Rosellón), hijo de agricultor. A los 18 años entró a la escuela militar de Saint Cyr. Subió en el escalafón, sin pena ni gloria, hasta obtener, en 1864, el grado de coronel. Sirvió seis años en “África” (Argelia) y el resto en Francia, casi siempre en el Regimiento de Línea número 62, mismo que no participó ni en la guerra de Crimea ni en la de Italia.

Roig arribó a México, junto con su regimiento, a inicios de 1865; y permaneció aquí hasta el final, encargado de la defensa de la plaza de Mazatlán, tarea por demás difícil, dado que su adversario era nada menos que el general Ramón Corona. En su informe de 1865, el general divisionario Castagny registra:

Servía bajo mis órdenes en Francia con mucho celo; conoce a fondo todas las partes del servicio. En Francia sería un excelente coronel, pero en México le ha tocado un mando muy importante. Tiene que resolver cuestiones de administración, finanzas, justicia; debe tener la iniciativa (...) no está a la altura. Lo dominan las autoridades mexicanas cuando él debería hacer sentir la influencia francesa en la dirección de los asuntos del país.

En 1866, el mismo Castagny reconoce que “es un excelente hombre, muy querido por todo su regimiento, aunque uno siente que la mano firme del

* Service Historique de L'Armée de Terre, Château de Vincennes. París: fondo G7 (Intervención francesa en México) caja 49, 24 de marzo 1866, por el Coronel Roig, comandante superior en Mazatlán (5 fojas=10 páginas). La palabra “pueblos” o “pueblo” viene siempre en español en el original francés. Traducido del francés por Jean Meyer.

general Aymard, quien mandaba al 62 con tanta distinción, no está más allí”. Sin embargo, Roig fue condecorado por su defensa de Mazatlán y el mariscal Bazaine declaró que “el Regimiento 62 se cubrió de una gloria imperecedera” derrotando a Ramón Corona entre el 11 y el 12 de septiembre de 1866 en Palos Prietos (Archivos del Ejército, Château de Vincennes, fondo de expedientes individuales 5 y f 5807, 3ª serie).

El manuscrito inédito redactado por el general Roig manifiesta unas cualidades intelectuales que no podía apreciar el general Castagny, ese terrible lansquenete que no compartía con el coronel Roig el respeto de las autoridades civiles mexicanas, y que se había hecho famoso por su atroz práctica de la “tierra quemada”, en represalia contra la práctica del general Corona de fusilar a todos los franceses.

En el informe, de corte “indigenista”, geográfico, histórico y etnográfico, aparecen importantes actores como el propio general Corona, jefe de la resistencia liberal; Manuel Lozada, su eterno adversario, indio, líder agrario, autoridad incontestada de la Sierra de Álica y lo que sería un día el estado de Nayarit, y Perfecto Guzmán, jefe liberal que tuvo que fingir durante algún tiempo, por órdenes de su jefe Ramón Corona, adhesión al Imperio de Maximiliano¹ (Istor).

(f 1) Los indios sinaloenses que habitan las vertientes de la Sierra Madre colindantes con Sinaloa, y principalmente los conocidos como indios de la Sierra de Acaponeta –Estancia, Maloian, Otutitán (sic), Santa María de Matatan–, viven congregados en pueblos cuyas tierras aún son muchas veces limítrofes y, cuando no, el espacio que las separa está conformado por sitios que pertenecen a grandes propietarios, concesiones antiguas de los soberanos españoles. Su número es considerable y forman, todavía hoy, la mayor parte de la población de aquellos distritos. Cuando uno sube hacia el altiplano, los encuentra casi sin mestizaje. Todos esos montes abundan en excelentes pastizales, minas importantes, sitios en los cuales el oro sale a la vista.

No es inútil hacer notar desde ahora que todo lo que se encuentra en la Constitución, las costumbres, las tendencias de esos indios, bien puede

¹ Jean Meyer, *Yo, el francés. La intervención en primera persona* (México: Tusquets, 2002; reeditado en 2009 en la colección Maxi del mismo sello) y *La tierra de Manuel Lozada* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara-CEMCA, 1989).

aplicarse en general a los indígenas de todo el territorio. En todas partes rigen condiciones de la misma naturaleza, llamadas a producir los mismos efectos.

Cuando la Conquista, paso a paso, unió el país a los españoles, cuando se consolidó su poder, fue por tratados sucesivos con los indígenas. La sumisión completa necesitó muchos años y, en numerosas ocasiones, tuvieron que emprender de nuevo expediciones lejanas cuyo resultado positivo no pasaba de ser un éxito aislado. Es que los tratados no se pactaban con naciones sino con una fracción de habitantes que vivía en cierta porción de territorio. Las otras tribus, por más que pertenecieran a la misma raza, podían lo mismo aceptar el tratado que rechazarlo. Pero cuando se edificaron ciudades importantes y se establecieron centros que recibían los productos de la industria, para repartirlos comercialmente en todos los puntos habitados, se hizo sentir la necesidad de armarse mejor contra los levantamientos y las rapiñas de los indígenas mal contenidos y de adoptar un sistema general. El descubrimiento de las minas y de sus riquezas, que había que conservar para los nuevos dueños del suelo, aumentaron el deseo de conseguir una situación menos precaria, un Estado permanente de ser posible. De hecho, ¿quién vendría a aprovechar los campos y principalmente las minas, cuyo penoso trabajo poco convenía a los europeos? Los españoles contaban entre sus filas con artesanos y personas capaces de dirigir empresas industriales; pero la labor agrícola //fl v. y el trabajo minero debía corresponderle a los indígenas; había que encaminarlos a esas actividades. Tal es el origen de las disposiciones tomadas y del establecimiento de los pueblos cuya organización aún existe; es un monumento de sabiduría que honra al gobierno español desde el punto de vista de sus intereses y que debía servir de transición para los indígenas, de la vida nómada, rústica, a la vida civilizada.

El indio, como todos los habitantes de las tierras calientes, abomina el trabajo, especialmente cuando es para provecho ajeno. Antes, vivía de la caza y de la pesca, sembrando maíz y completando su alimentación con las frutas que la naturaleza puso a su disposición. Gozando de grandes espacios, se transportaba con su familia y cambiaba de lugar según las estaciones y su gusto. Bajo el imperio de la fuerza y de la persuasión, apoyándose sobre el clero que formaba una unidad con el gobierno, se reunió a cierto número de familias, no demasiado considerable, y se les dotó de una extensión de terreno en relación con sus necesidades y también de algún ganado y

de semillas. Se levantaron *mojoneras*² sobre los límites fijados por los cuatro vientos. Existen todavía, coronadas por una cruz. Así se estableció el pueblo. Su constitución fue también bastante sencilla: un *alcalde* por ellos nombrado preside una reunión de doce *ancianos* –los *magnates* o *principales*–. Tenían que construir sus casas, sembrar y vivir en paz como una gran familia. El gobierno español tenía a sus enemigos pasados reunidos en grupos que, por así decirlo, tenía a la mano, en un espacio circunscrito cuyos límites no debían cruzar en un principio, prescripción que cayó en desuso. Los privilegios y obligaciones estaban ligados a esta nueva instancia. Los indígenas, obligados a no vivir como errantes, a no cometer más depredaciones, eran propietarios inamovibles –y lo son todavía hoy– de las tierras recibidas en común, sin más restricción que la absoluta prohibición de vender o enajenar, bajo ningún pretexto. Una contribución mínima y anual estaba reservada al gobierno, como reconocimiento, de cierta manera, de su derecho soberano. Quien no pertenece al pueblo no tiene derecho de establecerse o de sembrar sin el permiso formal del alcalde, después de deliberar con los principales; en tal caso debe pagar al pueblo una contribución proporcional, a la hora de la cosecha.

El alcalde es nombrado por dos años, en una votación libre de los indígenas y la entrega de un palo de ébano, la *barra*, adornada en plata en sus extremidades, ha sido siempre, hasta esos últimos tiempos de disturbios y revoluciones, el signo respetado del poder y del mando. Con la *barra* en la mano, el alcalde tiene derecho a ser respetado por todos sus administrados; todos, sin excepción, deben obedecer sus órdenes. //f2 En caso de tumulto, los culpables, a la vista de la barra, tienen que rendirse sin condiciones; el castigo es generalmente el *cepo*, en el cual el preso acostado queda amarrado por los pies. Cuando hay extranjeros en el pueblo, existe un juez de los *vecinos*, quienes no se encuentran sometidos a la jurisdicción del alcalde, con la sola excepción del caso de expulsión.

Como la admisión de quien no pertenece al pueblo es facultativa y no puede ocurrir sin una votación, la *junta de los principales* puede también decidir que la presencia de tal individuo perjudica al grupo; en este caso tiene la obligación de retirarse. El alcalde se encuentra bajo la autoridad del

²Todas las palabras subrayadas por el autor vienen en español en el texto francés.

juez de los vecinos o del juez de la localidad vecina, quien ejerce una vigilancia general. Por eso algunas perturbaciones han ocurrido en ciertos pueblos debido a la presencia de forasteros y a las invasiones producidas por la ignorancia y el espíritu de violencia de las autoridades liberales; pero tanto en el fondo como en la forma de la ley, los indígenas son los dueños de su casa y todas las dificultades son relevadas al alcalde, menos los casos criminales.

Hubo y hay muchos matrimonios entre indígenas y *vecinos*; las hijas indias se casan fácilmente con forasteros, mientras que son pocas las hijas de vecinos que se casan con indios. Se dan casos de individuos que solicitan su admisión en el seno del pueblo para vivir y compartir deberes y privilegios. En estos casos muy raros, le toca a la *junta* decidir.

En todas las relaciones con la autoridad, aparecen con el nombre de *indígenas, gentes sin razón*. Muchas veces esas denominaciones los siguen en las relaciones particulares, pero la palabra *indito*, en el lenguaje coloquial, es la que se usa. Se concibe fácilmente cuántos grandes servicios esa organización pudo prestar al principio; en casi cada pueblo hay un templo. Los sacerdotes se apoderaron de esas poblaciones cuyas costumbres se dulcificaron al mismo tiempo que la ignorancia en la cual estaban sumidas; eso hizo de ellas un instrumento de trabajo bastante dócil para los dueños de las tierras y de las minas. El sudor del indio sirvió para enriquecer a los ávidos, demasiadas veces injustos y crueles. Los miembros del clero se dedicaron a la minería, contra las ordenanzas muy sabias en la materia.

Los jesuitas en especial se sirvieron hábilmente y con éxito de su influencia y de su autoridad entre los indios para sacar a un costo menor grandes ganancias de su trabajo. Pocas son las minas importantes que no cuentan en su leyenda algún capítulo relativo a un obispo, a un cura, o a un milagro debido a su intercesión. Los indios aparecen siempre en su calidad de trabajadores, con sus creencias en //f2v. seres sobrenaturales, mezcladas con las ceremonias del culto, y hay siempre un santo más o menos milagroso para ayudarlos a la *bonancia* (sic) de la mina, o para vengarlos destruyendo las labores para los socavones; a veces el santo absorbe el metal en medio de la amalgamación o de la fusión. Tienen minas encantadas en las cuales el oro y la plata brillan a la vista y se cambian poco a poco en polvo entre las manos de quien cree tener un tesoro. O bien son genios *duendes* que defienden la

entrada; ¿quién se atrevería a penetrar? Además tienen prácticas para conjurar esos maleficios, prácticas que funcionan sólo después de haberse confesado, ayunado y comulgado.

Muchas minas antiguas y de gran valor, cuya existencia está comprobada por levantamientos y cuentas auténticas, no pueden encontrarse; ciertamente son conocidas de los indios ancianos que han trabajado en ellas, pero no hay ninguna manera de conseguir que ellos den informaciones positivas. Dicen que de hablar morirían en el año, y cuando parecen a punto de ceder, piden una cantidad a valer sobre el precio convenido y luego enseñan cualquier hoyo malo abandonado, afirmando que es la verdadera mina.

Los indios trabajan a veces una mina rica para sí mismos, pero a escala reducida, por falta de recursos. Aunque los tuviesen, actuarían siempre de la misma manera para no llamar la atención. Se contentan con ganar justo lo que les permite comprar un animal o salir de un paso difícil.

Si sus necesidades son limitadas a un grado inimaginable, su pereza y su despreocupación son tales que viven siempre en la mayor indigencia. Año tras año, sus reservas permiten apenas alcanzar la cosecha siguiente; por lo mismo han sufrido grandes escaseces y su existencia ordinaria se caracteriza por la penuria general. Con todo y el gran número de hijos, la población decrece rápidamente: largas abstinencias y el abuso del mezcal, y las intemperies a las cuales están expuestos casi sin ropa, son probablemente las causas principales de este fenómeno. Hay pueblos que tienen una población muy reducida, pero la ley de su organización no sufre ninguna alteración y los sobrevivientes gozan de la misma extensión de tierras, así como de los mismos privilegios. El pueblo de Escuinapa, a seis leguas de Rosario, ofrece un ejemplo de esa disminución de la población indígena. Hace unos años, el Gobernador Federal del Estado de Sinaloa, Plácido Vega, quiso apoderarse de una parte de las tierras de Escuinapa para su devolución al Estado y venderlas después para sus finanzas; la medida empezó a aplicarse y algunas ventas tuvieron lugar, pero los indios litigaron y el asunto llegó hasta la ciudad de México //f.3 y, en contra de las tendencias invasoras del gobierno, la Suprema Corte falló a favor de los indígenas.

El pueblo de Escuinapa está bien construido y pudo llegar a tener cuatro o cinco mil habitantes *vecinos*. La venta del terreno ocupado y el número de los indios propietarios es muy reducido; así se ve la singular posición que

pudo crearse para los indígenas con la acumulación de una numerosa población a consecuencia del desarrollo de un centro de comercio e industria.

Se concibe fácilmente cómo esas poblaciones –diseminadas en todo México y principalmente en las laderas de las sierras de Álica y Huajicori, viviendo en las mismas condiciones y compartiendo origen–, han sido capaces, con todo y su insignificancia y su estado de simple pueblo, de aportar su contingente y de pesar mucho en todas las revoluciones sucesivas. Si revisamos el tiempo que va desde la Independencia hasta los últimos años, vemos que han figurado en todos los levantamientos, en todas las perturbaciones, unos aportando su concurso al partido liberal, otros combatiendo a favor de los conservadores. Los que han seguido el estandarte liberal, han cedido en parte a una vaga esperanza de salir de su estado de inferioridad: la palabra mágica “libertad” les hizo creer en las promesas de quienes los arrastraban, excitando sus instintos buenos o malos. La esperanza casi siempre realizada del saqueo y el deseo de venganza provocado por unas injusticias demasiado reales, eran suficientes para callar todos los escrúpulos. En los últimos años, el partido dizque liberal logró sostener a los indios de diversos pueblos desde la sierra de Huajicori hasta Rosario; muchos eran y querían ser neutrales; las *Juntas de los principales* eran unánimes; pero poco a poco la política del jefe liberal introdujo la división, se organizó un cuerpo bajo el nombre de *Brigadas de los Pueblos Unidos*, reclutando entre los indígenas; un impuesto de cuatro reales fue cobrado a cada individuo para ser exento de la *leva*, algo que iba en contra de la ley de creación de pueblos, puesto que los eximía del servicio militar. Por lo tanto, varios indios prefirieron alistarse en las partidas y, a cambio de la leva de cierto contingente, los pueblos no tuvieron que pagar ese tributo. Así pasó por ejemplo cuando las tropas francesas marcharon de Durango a Mazatlán; Corona tenía en sus tropas destacamentos de los pueblos de Santa María, Matatán, Maloian y Otatitán, entre otros..., la mayoría armados con puros arcos y flechas.

Como se dijo anteriormente, las tierras reciben generalmente las lluvias y se prestan a la ganadería: por lo tanto, los pueblos entre El Rosario y Huajicori ofrecen, al subir progresivamente hacia la sierra, una serie de valles, lomas y mesetas acogedoras en las cuales se agrupan con gusto los animales. Por lo tanto los propietarios del llano //f3v acostumbra arrendar al año el derecho de formar sobre una extensión determinada de terreno un

rincón. El producto de la renta pertenece al pueblo; su uso y reparto, a las atribuciones del alcalde. Antaño las relaciones de los indígenas con los propietarios, muchas veces muy alejados, tenían un carácter de absoluta buena fe; muchas veces un indígena del pueblo tenía el encargo y la vigilancia del rebaño a cambio de algunas ganancias convenidas; el ganado quedaba en seguridad, garantizado de cierta manera por un hombre de la comunidad. Hoy, para aumentar el celo de sus partidarios, el gobierno dizque liberal tomó la costumbre de confiscar los animales de los que no son fieles a él y que declara enemigos de la patria, *traidores*. Esos animales los venden o los matan para alimentar a los defensores de la causa que uno quiere hacer triunfar. En tales circunstancias, el ganado confiado a la buena fe de los indígenas es una presa designada. Todos los animales que no llevan el fierro de un dueño comprometido con el partido, son evidentemente propiedad de un *traidor*. Hay que reconocer que los indios no tienen la iniciativa de esas iniquidades, pero se benefician del robo que se hace, en su territorio, de las cosas confiadas a su cuidado. Cada semana los jefes liberales dan la orden de matar la cantidad de animales que corresponde a los destacamentos armados y a la población entera del pueblo que participa del reparto; así toda noción de justicia tiende a desaparecer y, sin embargo, hay que reconocerlo, muchos ven con dolor ese estado de las cosas que les asombra: la autoridad que permite el robo, que lo organiza, les parece una monstruosidad, una influencia nefasta. Pero, por otro lado, vivir sin trabajar, recibir una ración diaria de carne, cuando anteriormente se comía carne de vez en cuando, tener también su parte en la distribución del maíz confiscado, todo esto constituye una existencia demasiado suave para no dejarse llevar. El gozo es ahora y el castigo en el porvenir. Si el partido puede mantenerse, todo está bien y no se presenta ningún reclamo; por lo tanto se encuentran naturalmente llevados a defender la causa de los liberales. Esa digresión sobre el estado actual de las cosas puede tener la utilidad de servir de transición en el examen del estado antiguo y del estado hacia el cual se debe marchar evidentemente: a saber, moralizar a esas poblaciones, inculcarles ideas de orden y de trabajo, conducir las a la civilización y por ende formar un elemento duradero sobre el cual pueda uno apoyarse. No cabe duda que un gobierno capaz de conquistar el afecto de los indígenas por sus medidas benévolas y de conservarlo con disposiciones inteligentes, habría recorrido

más de la mitad del camino hacia la pacificación de México. Los indígenas saben perfectamente que como pertenecen a la misma raza y son regidos por las mismas disposiciones, se encuentran en todas partes apreciados como inferiores y que por lo tanto sus intereses son los mismos. //f4 Se llevan perfectamente entre ellos y a gran distancia saben actuar en común y con oportunidad.

Como obedecen más a un hombre, a un jefe (el cual se ha unido a un partido) que a dicho partido y a sus ideas de gobierno de las cuales no se dan cuenta, debemos hablar a las pasiones de sus jefes, exaltando las buenas y conteniendo las malas. Además, sus intereses son fáciles de satisfacer: quieren seguir gozando de sus privilegios tales como son, bajo cuya protección pueden mantenerse y vivir del producto de sus tierras. Sus necesidades son pocas pero con la paz y la tranquilidad el desarrollo del comercio y de la industria a su entrono les haría quizá salir de su inercia. Una justicia para todos puede y debe impedir que se les moleste, que se les engañe en sus transacciones, que sean víctimas de usurpaciones parciales por los propietarios limítrofes de sus tierras, como ocurre demasiadas veces. Más adelante, esa institución de los *pueblos* deberá posiblemente ser modificada y los indígenas entrar en la ley común, pero eso no puede ser sino la obra de un gobierno fuerte, establecido sin contestación. Hoy esa medida encontraría probablemente una oposición formidable, invencible; en tiempos de calma pedirán posiblemente por ellos mismos la adopción de tales medidas. Hay que llevarlos a esas disposiciones poco a poco, gradualmente, usando de todos los medios para borrar las diferencias y los signos de inferioridad que existen con los otros habitantes del Imperio. Sus privilegios compensan de cierta manera dicho estado de inferioridad; una vez desaparecido, esos privilegios perderían su razón de ser. Una escuela para los niños en los *pueblos* puede establecerse a un costo menor; sería una institución de la más alta importancia, perfectamente recibida por los indígenas.

Varios pueblos han sido incendiados; al ayudarlos a reconstruir sus casas, perdonándoles una o dos veces el pago de la contribución anual al gobierno, se tomaría una medida que tuviera el mejor efecto a un costo menor.

Desde punto de vista de los intereses generales, ¿qué se debe hacer para lograr de manera definitiva la sumisión de esas poblaciones? Es ahora un examen fácil; el primero y casi el único elemento de pacificación en los

pueblos consiste en aniquilar a las bandas de las cuales ellos son sólo el complemento; reducidos a ellos mismos, absolutamente en todas partes, los *pueblos* distan mucho de ser hostiles al gobierno; sus tradiciones les recuerdan que deben sus privilegios, al amparo de los cuales viven, al gobierno real, antiguo; *al rey indio*, apelación que se ha conservado para indicar un título incontestable de tierras. //f4v. El rey de España se intitulaba *rey de Hispania y de los Indios* y ellos han conservado la memoria aquella. Hay que llevarles a ver en el gobierno imperial la continuación del poder que les dio en dotación las tierras que poseen; hay que tener el mayor cuidado en el trato con los curas que ejercen todavía la mayor influencia sobre ellos. Existe una diferencia entre los indígenas y los otros individuos que forman parte de las gavillas disidentes: estos últimos han perdido toda costumbre de trabajar, se encuentran totalmente abandonados a sus malos instintos y persisten en su oposición muchas veces porque no tienen ya ni hogar ni lugar. Para el indio, el *pueblo* le ofrece siempre un lugar, una protección, tierras para trabajar y sembrar; el indio está arraigado al suelo, tiene interés en el mantenimiento del orden. Las tradiciones son monárquicas; esa circunstancia no necesita ser creada, y bien podría ser aprovechada. Eso sí, el indio es desconfiado: han engañado tantas veces a la raza a la cual pertenece que busca agruparse y cuidarse lo más posible.

En suma, para concluir con el presente estudio de esas poblaciones, hay que insistir sobre el punto que nos parece el más importante: los indígenas, lejos de ser hostiles, en sentido absoluto, reconocerán fácilmente todo gobierno imperial que los protege, un gobierno imperial antes que cualquier otro, por sus propias tradiciones; pero no hay que perder de vista que la fuerza y la potencia material los atraen y que el derecho, sin tener el apoyo de esos elementos, no puede triunfar en medio de ellos en estos tiempos de guerra civil. Todos los esfuerzos deben dirigirse contra los jefes que los arrastran. Ahí está el mal. Deben ser aniquilados o desaparecer.

Todos los terrenos ocupados por los pueblos desde el Rosario hasta la Sierra de Huajicori suben gradualmente y presentan todos los aspectos de los sitios de montañas; pasa lo mismo con la Sierra de Álica. Sería difícil determinar positivamente la cantidad de su población, pero se puede añadir que ahí algunas tribus antiguas se han conservado sin más modificaciones que un burdo cristianismo y de cierta manera adaptado a sus usos.

Hasta hay en la otra vertiente de la Sierra de Álica, del lado del Estado de Zacatecas, una tribu antigua, los *huacholes* (sic) que aún no ha sido convertida. Su jefe recibe cada año de la autoridad de Colotlán, que es el punto más cercano, la investidura del mando para la entrega o el mantenimiento entre sus manos de la *barra*, símbolo generalmente reconocido. Los han visitado monjes de Zacatecas, pero persisten en practicar su religión. Por lo demás viven //f4v. y trafican muy apaciblemente.

Los indios de la Sierra de Huajicori, incluidos los pueblos hasta El Rosario pueden levantar varios miles de sujetos para defenderse en su territorio. En campaña, últimamente, nunca han alcanzado la cifra de 500, contra lo que se ha dicho con exageración. Les hacen falta armas.

Los indios de la Sierra de Álica son más numerosos y como hasta ahora, con todo y diversas alternativas, han quedado siempre vencedores bajo la conducta de su jefe (Manuel Lozada, N. del T.) y tienen un mayor gusto por las expediciones; efectivamente, pueden levantar tres, cuatro y hasta cinco mil hombres y sumar también otros contingentes de la región de Tepic. Todos tienen un fusil, a veces dos. Nunca figuraron en los levantamientos del partido liberal, al cual se opusieron siempre. Su conducta, sus costumbres de orden y de trabajo, la fidelidad con la cual han reconocido el Imperio, combatiendo en su favor, son la prueba de lo que se puede esperar de los indígenas cuando se encuentran preservados del contacto con los pretendidos liberales y bajo la conducta de un jefe hábil y entregado.

La caballería forma siempre la mejor tropa pero pocas veces pasa de ser la cuarta parte del efectivo general.

Los dos jefes a los cuales obedecen esos indígenas son muy conocidos. Perfecto Guzmán es el comandante en Huajicori y Manuel Lozada, general al servicio del Imperio, manda sobre toda la Sierra de Álica.

Antes eran enemigos pero se reconciliaron el año pasado. La alianza entre esos dos hombres, que no se habían visto nunca, parecía sincera. Hoy Corona y sus bandas han vuelto a interponerse entre ellos. Es muy difícil saber qué ha ocurrido. ¿Estará Perfecto Guzmán jugando una representación frente a un Corona al cual teme y contra el cual puede difícilmente defenderse, manteniendo el acuerdo de no atacar a las tropas del general Lozada? ¿Los dos jefes siguen de acuerdo o han vuelto a ser enemigos? Es lo que no se puede saber antes de que los acontecimientos se hayan precisado más.

En cuanto a los individuos que ejercen alguna influencia sobre los indígenas, es muy inútil ocuparse de esas cuestiones en las presentes circunstancias. Son muy pocos para empezar y se encuentran solamente entre los propietarios limítrofes de sus tierras. Hoy son personalidades que hay //f.5 que evitar de evidenciar. Todos han sufrido grandes pérdidas y están, cosa natural, muy irritados.

No tendrían el lenguaje conveniente y sus palabras no serían escuchadas. No hay más conducta que correr sobre Corona y sus bandas; una vez purgado de su presencia el territorio, la sumisión será un hecho y podrá durar si los indígenas comprueban bien que de aquí en adelante son protegidos y o corren el riesgo de las incursiones (de Corona, N. del T.)

En Mazatlán, a 24 de marzo de 1866
 El Coronel del 62° Regimiento, Comandante Superior
 (firma) Roig 

1866, La Laguna, México: carta al general Castagny

Teniente-coronel D'Albici

La siguiente carta, dirigida al Señor General Divisionario comandante de la 2ª División del Cuerpo Extraordinario en Durango, el general Castagny, procede del Archivo Histórico del Ejército en Tierra (SHAT), Château de Vincennes, Francia, fondo Expédition du Mexique (G7), 49 (Segunda División), y la publicamos en concordancia con el informe del coronel Roig ofrecido en las páginas precedentes (Istor).

Avilés, 21 de marzo de 1866
Columna Móvil del Norte
Núm. 197, 2ª División

Mi general,

Cuando me encuentro a punto de dejar Avilés en conformidad con sus órdenes, creo que es mi deber transmitirle las observaciones que pude hacer durante mi estancia en La Laguna.

La Laguna no es sino el valle que se extiende sobre las dos vegas del transcurso inferior del río de Nazas; a veces ancha, a veces angosta, siempre abordable durante las secas y siempre cubierta de agua durante las lluvias, esa comarca es sin duda una de las más boscosas, ricas, pobladas y mejor trabajadas.

La población, formada de elementos muy diversos, incluye un gran número de bandidos que vinieron de todos los puntos de México para sustraerse a la acción de la justicia en los matorrales impenetrables que bordean el río y en los desiertos del Norte y del Este.

La posesión de las tierras de La Laguna se reparte entre tres grandes propietarios, pero sus títulos han sido contestados antaño por las poblaciones y eso engendró interminables querellas entre hacendados y peones, disputas que los disidentes supieron aprovechar para hacer de ellas un instrumento

de resistencia. A la hora de la intervención y del Imperio, Jesús González Herrera se hizo el representante de todos los odios, de todas las ambiciones y de todo el bandidaje de La Laguna y el enemigo seapuró en buscar su amistad, en apoyarlo cuanto pudo.

A la luz de lo que precede, la sumisión de La Laguna se presenta bajo un triple aspecto: 1. Buscar un compromiso entre los dueños de las haciendas y los peones. 2. Destruir la actuación de las partidas enemigas. 3. Perseguir sin tregua a los bandidos.

La primera cuestión se encuentra ya casi resuelta por el curso mismo de los acontecimientos, puesto que, forzados a abandonar una región en la cual sus vidas no estaban más en seguridad y deseosos de conservar unas tierras cuya prodigiosa fertilidad es una fuente de incalculables riquezas, los propietarios se encontraron en la obligación de recurrir al sistema del arrendamiento y abandonar así, contra un pago anual y fijo, los terrenos que eran la fuente primera de todos los desórdenes. Creo sumamente importante empujar a los latifundistas en esa dirección, porque transformará en personas interesadas en el mantenimiento del orden a todos los que anteriormente empujaban al desorden para apropiarse de alguna manera del objeto de todos sus deseos. De esa manera también desaparecerá el monopolio de la tierra de la hacienda, monopolio que no es la menor causa de los agravios de los peones contra sus amos. Hasta los propietarios resultarían beneficiados por tal arreglo, puesto que sus vidas y su fortuna quedarían garantizadas y que sus arrendatarios no les fallarían si, por una prosperidad creciente, llegasen a subir la renta.

La Laguna ha sido creada por el río Nazas y es él quien por sus crecidas le lleva la vida en todas las direcciones. La distribución equitativa de sus aguas debe llamar la atención de la autoridad civil por que algunas pretensiones exageradas han a veces levantado los grandes propietarios los unos contra los otros; ahora que el sistema del arrendamiento parece querer establecerse, es de temer que los que tienen demasiado desarrollando el instinto de propiedad desvíen las aguas que pueden pertenecer a otros y recurran a la fuerza para sostener sus pretensiones, en un país en el cual la fuerza brutal ha siempre guerreado contra el derecho.

La solución a la segunda cuestión depende del curso de los acontecimientos actuales; si las grandes partidas armadas que se asomaron últi-

mamente en Parras y en los Cerritos del Niño Jesús no vuelven más, La Laguna, aislada del Norte por unos desiertos y confinando al Sur con regiones sometidas, quedará abandonada por nosotros a sus propias fuerzas y la desorganización no tardará en meterse con la banda de González Herrera.

Hoy en día la situación es la siguiente: las grandes bandas de Naranjo, Treviño y Viesca se encuentran en Subajo y Monclova o probablemente en esta última ciudad, pero pueden llegar al Burro sin que la guarnición de Avilés sea informada, ni si fuese servida por los habitantes, lo que dista mucho de ser el caso ya que el instinto bandolero de casi toda la población, la desmoralización general, la timidez de las autoridades y de los administradores de las haciendas alcanzan tal grado que nadie quiere o se atreve a prevenirnos de lo que sea; al contrario, intentan engañarnos en todo y sólo con los mayores esfuerzos alcanzamos a conseguir algunas informaciones.

González Herrera se había huido hacia el Subajo cuando hicimos nuestra marcha; quizá se encuentra hoy en el Burro y el miedo que inspira es tan grande que es imposible conseguir correos, si no es a un precio exorbitante, y muchas veces regresan sin haber podido cumplir con su mandato.

El batallón de Avilés ciertamente es suficiente para rechazar cualquier intento del enemigo, pero no podrá nunca, él solo, destruir a los bandidos mientras no tenga como exploradores una tropa mexicana conocedora del país, bien dirigida y compuesta de elementos reclutados en parte en La Laguna y en su mayoría fuera de la región. Formar dicha tropa con puros laguneros sería demasiado peligroso, por lo menos ahora, por la influencia de (González) Herrera sobre la desmoralización de la gente; por otro lado, tampoco se les puede excluir del reclutamiento, porque sólo ellos conocen las veredas, el matorral, los ojos de agua, los canales que forman la red inextricable de La Laguna; sólo ellos son capaces de descubrir las madrigueras de los bandidos o de reconocerlos entre la multitud.

Una tropa de sesenta a ochenta jinetes sería fácilmente mantenida por La Laguna puesto que desde la Laura hasta el Burro el país es rico, bien cultivado, abundante en forrajes de todo tipo. Los pueblos tendrían que pagar un impuesto para sostener dicha fuerza y si se resistieran, se podría imponérselo sin temer arruinarlos.

La unión de tal tropa al batallón de Avilés pondría al Comandante Thoumini al tanto de los movimientos de (González) Herrera y de las

grandes bandas, si volviesen, y levantaría el velo que nos disimula lo que pasa más allá de la Concepción.

En cuanto a la tercera cuestión, cuando hayan desaparecido las grandes bandas, siempre quedará el bandidaje y la necesidad de una tropa mexicana se hará tanto más sentir cuanto las tropas francesas bien podrán ser retiradas de Avilés; sin embargo será necesario controlar la región, cuidar la ejecución de las leyes, prevenir los desórdenes, acabar con (González) Herrera y perseguir sin descanso a los bandidos que tardarán mucho en desaparecer. El jefe de dicha tropa tiene que ser emprendedor y activo y es muy importante que tenga buenos subordinados ya que las operaciones contra (González) Herrera y los bandidos sólo tendrán éxito si la tropa puede fraccionarse en pequeñas unidades bien dirigidas, para surgir al mismo instante en varios lugares a la vez y reunirse tan fácilmente como se había dividido.

En resumen, mi General, tal es la situación de La Laguna:

Las grandes partidas en Monclova probablemente, allende del Subajo sin duda alguna. (González) Herrera en el Subajo con 250 hombres o quizá de nuevo en Cerritos; sus tenientes Isabel López, Marcos Guerrero, Nestor Reyes, desaparecidos en La Laguna, pueden formar grupos, observar nuestros movimientos y servir de exploradores. Una población profundamente desmoralizada, llena de odio, entregada al enemigo y escondiendo a los bandidos; haciendas abandonadas por sus dueños y gobernadas por unos administradores que tiemblan frente al último de sus peones y tienen que pactar con el enemigo. En una palabra, el desorden absoluto impera. Para enfrentar tal situación propongo los medios siguientes: empujar los grandes propietarios a dar sus tierras en arrendamiento; hacer arreglar equitativamente por la autoridad civil competente la distribución de las aguas del Nazas; organizar una tropa mexicana de 60 a 80 jinetes reclutados por una pequeña parte en La Laguna y el resto afuera de la región; adjuntarla a las tropas francesas de Ávila hasta la destrucción de las bandas y dejarla después trabajar sola para hacer las funciones de policía.

Tengo el honor de ser muy respetuosamente, mi General, su humilde y obediente servidor.

El teniente-coronel Comandante de la Columna del Norte.

d'Albici. 

La Historia y sus lecciones

Notas recopiladas por Jean Meyer

En 2004, Dana Lindaman y Kyle Ward publicaron un valioso libro titulado *History Lessons. How Textbooks from Around The World Portray U.S. History* (Nueva York: New York Press, 404 pp.). El paseo en el internacional y tupido bosque de los manuales escolares de secundaria es tan divertido como ilustrador. Confirma que muchas veces las narraciones faltan de objetividad y pueden llegar a no ser fiables. Así, un libro de texto canadiense insiste en el papel de los pilotos de Canadá durante la Segunda Guerra Mundial, y otro llega a decir: “La mayoría de los canadienses ignoran el papel crucial de su país en el desarrollo de las bombas atómicas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki”. Uno se divierte leyendo, en un manual inglés, que “las colonias “se trata de los insurgentes americanos” no tenían uniformes, tampoco hombres ni dinero”, o que Tom Paine, el autor de *Common Sense* y padrino de los Estados Unidos, “por un tiempo se ganó la vida fabricando ropa interior para las damas”. Mientras, los libros norteamericanos saludan con respeto al mismo Paine como “un editor inglés radical” que “vivía de su pluma” y abogó “generosamente por la independencia”.

Pero para tirar la primera piedra es necesario no haber pecado, y a los autores a veces, se les olvida lo que tienen en el ojo. Por ejemplo, no ponen en duda la versión que circula de manera generalizada, en los libros de texto de su país, sobre la explosión del Maine (1898), buque de guerra norteamericano en la bahía de La Habana: la describen como el resultado de un ataque español o de un accidente. La segunda hipótesis ha sido confirmada hace unos años por la labor de los buceadores y los expertos. El asunto es impor-

tante porque la explosión precipitó la intervención estadounidense en la guerra hispano-cubana. Los autores citan un manual cubano que adelanta la hipótesis de que los americanos volaron su propio barco para justificar la invasión de la isla. La cita está escuetamente presentada: “Ningún manual de historia se publica en Cuba sin la aprobación explícita del gobierno. La teoría conspirativa sobre la explosión del Maine es por lo tanto especialmente interesante”. Hubiera necesitado un comentario un poco más nutrido.

¿Por qué? Precisamente porque un *leit motiv* que recorre los manuales extranjeros sobre los Estados Unidos es su maquiavelismo: los franceses lo cantan cuando hablan de la expedición franco-inglesa de Suez en 1956; los saudíes ven en sus intervenciones en el Medio Oriente una cruzada contra el Islam; y los iraníes justifican la toma de su embajada en 1979 como una reacción popular contra la conspiración norteamericana para restablecer el shah en su trono.

Benoît Rayski se enojó mucho contra los maestros y profesores de historia, y también contra los intelectuales, políticos y periodistas que hace dos años se movilizaron en Francia para oponerse a la lectura en los salones de clase, como lo había deseado el presidente de la república, de la célebre carta escrita a su familia por el joven comunista Guy Môquet, antes de ser fusilado por los nazis. Una estación del metro de París lleva el nombre del héroe. Benoît, periodista, hijo de Adam Rayski, y uno de los principales dirigentes de la organización de resistencia FTP-MOI, compuesta de comunistas inmigrados y franceses, conoce muy bien la historia de la resistencia. En 2008 publicó un libro lleno de coraje: *Le cadavre était trop grand. Guy Môquet piétiné par le conformisme de gauche* (París: Denoël, 122pp.) La traducción al castellano: *El cadáver era demasiado grande. G.M. pisoteado por el conformismo de izquierda*. Su ira se debe a que los argumentos manejados por los que se negaron a leer la carta a los alumnos se traducen en que los profesores abandonaron su papel y perdieron de manera inquietante el sentido de la historia. Su panfleto denuncia “ese tornado de hipocresía, tsunami de cretinismo, alud de estupidez”. Según él, en la Francia de 1942 la gente entendía las relaciones entre internacionalismo y patria, izquierda y libertades, herencia de las Luces y ser judío. Muchos de los guerrilleros del MOI eran judíos polacos, húngaros, rumanos y también no judíos como los armenios. En la Francia de hoy, dice B.Rayski, ya no es el caso. Por eso el hombre se enojó.

De haber nacido en otros tiempos, Tzvetan Todorov bien pudo haber luchado en las filas del MOI. Francés de origen búlgaro, titular del Premio Príncipe de Asturias, tiene traducido al español *Los abusos de la memoria* (Paidós Ibérica, 2008, 112pp.). Recuerda cómo, a la muerte de Stalin, los comunistas europeos que habían denunciado los campos de exterminio nazis no querían saber nada del Gulag y de las diversas oleadas represivas y exterminadoras que recorrieron la Unión Soviética entre 1920 y 1954. En octubre del 2008, en una conferencia en la Caixa Forum de Madrid, criticó la Ley de Memoria Histórica española en estos términos: “El mal está presente como algo que todos somos capaces de hacer. El error está en considerarnos víctimas inocentes y ver a los criminales como monstruos ajenos a nosotros”.

A fines del año 2008, la policía rusa irrumpió en la sede moscovita de la organización civil Memorial y se llevó todos los archivos, así como las computadoras. Hay que saber que Memorial nació hace 21 años, en tiempos de la Perestroika, para preservar la memoria histórica del terror político de Estado en la URSS y en todos los países del “campo socialista”, y para aportar una ayuda social y jurídica a las víctimas del terror. Lo que no le perdona el actual poder en Rusia es que, además, defiende concretamente los derechos del hombre, en Chechenia por ejemplo, y toma siempre posición frente a las autoridades sobre cuestiones importantes. Ha recibido, hay que hacer notar, varios premios internacionales por su actividad.

Poco antes de recibir el golpe asestado por los órganos de seguridad del Estado ruso, Memorial publicó un texto titulado *Las representaciones nacionales del pasado. El siglo XX y la “guerra de las memorias”*, que se puede consultar en su traducción al francés en la revista ESPRIT de octubre 2008 (pp. 31-41). En resumen: a partir de 1914, los pueblos europeos comparten una historia común de tragedias que dejan profundas heridas que no cicatrizan. Cada uno recuerda y siente esa historia a su manera, y desarrolla su propia historia del siglo XX. De tal manera, las memorias se oponen: todos quieren ser víctimas. No hay verdugo: el verdugo es el otro. Un solo ejemplo: ¿qué significa el 17 de septiembre 1939 para el pueblo polaco? Fue una tragedia nacional, cuando el país que resistía a la agresión hitleriana sufre, desde el Oriente, una brusca invasión soviética. Es un hecho histórico que no puede ser justificado por la injusticia de las fronteras delimitadas después de la Primera

Guerra Mundial. Pero para una parte importante del pueblo ucraniano, esa fecha tiene otro sentido: por primera vez todas las tierras ucranianas quedaron reunidas en un sólo territorio, aunque bajo el dominio soviético.

Otro ejemplo: los rusos no entienden por qué lituanos, letones y estonios no quieren festejar con ellos la derrota del III Reich. La razón: la victoria del Ejército Rojo significó para estos tres pueblos su incorporación forzada a la URSS. Georgia y Ucrania han provocado el enojo de Rusia al abrir “museos de la ocupación soviética”; Moscú no quiere saber nada de la hambruna que a principios de los años 1930 provocó la muerte de millones de personas en Ucrania y Kazajstán, además de las provincias rusas del Suban y Volga meridional. Ucrania recuerda la hambruna como un “genocidio” organizado o favorecido por Stalin. Memorial se propone a no olvidar nada y, a la vez, a asumir en cada nación la responsabilidad cívica de su propia historia, para, algún día, ir más allá de las representaciones divergentes del pasado. En conclusión, Memorial propuso la creación de un foro histórico internacional permanente sobre los acontecimientos y los conflictos históricos del siglo xx. “Tenemos el deber de intentar que nuestros recuerdos trágicos comunes acerquen a los pueblos en lugar de dividirlos. Tenemos una posibilidad de lograrlo, si nos ponemos de acuerdo para trabajar juntos sobre el pasado, y no cada quién por su lado”.

La revista *Public Culture*, editada por Claudio Lomnitz en Duke University Press, dedica su número 54 del invierno 2008 a “The Public Life of History” (La vida pública de la historia). La noción de “herida histórica” formulada por Dipesh Chakrabarty es la misma que manejan Tzvetan Todorov y Memorial. Se aplica a los procesos de colonización y descolonización, y también a la lucha por los derechos cívicos en diversos países. Las heridas históricas hacen mucho ruido en nuestra profesión de historiar, por su ambivalencia misma, al no ser idénticas a las “verdades históricas”. Se puede ver en este mismo número con el trabajo de Bain Attwood sobre la “generación robada” entre los niños aborígenes de Australia, o en el artículo de Deborah Posel sobre la Comisión de Verdad y Reconciliación de África del Sur: eso vale para el genocidio de los armenios, la Shoah y todas las “heridas históricas” evocadas en el ya antiguo número de *Istor*.

Václav Havel, dramaturgo y ex presidente de la República Checa, ha participado en el guión de una película que prepara Milos Forman sobre la

anexión de la región checoslovaca de los Sujetos por los nazis, que fue en 1938 el prólogo a la guerra mundial. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores publicó en España, en 2008, sus memorias, *Sea breve por favor*, libro destinado a las nuevas generaciones “porque me parece muy importante conservar la memoria histórica, sin ella no existe la continuidad histórica, ni se mantiene la identidad”.

El encuentro anual de los historiadores en Blois, Francia, del 9 al 12 de octubre 2008, fue dedicado a una Europa que duda de sí misma y busca contestaciones. Jean-Noël Jeanneney, presidente del Consejo Científico de dichos encuentros, declaró: “Clio, siendo concreta, prefiere hablar de los europeos y no de Europa como ideal o abstracción. Les dice que en el momento presente la aportación de la historia puede ser valiosa”. (*Le Monde*, 7 de octubre de 2008: 24, texto de J-M. Jeanneney, “Le secours de Clio”).

En su libro *L'Europe frigide* (editado por André Versailles, 2008, 162pp.), Elie Barnavi, historiador y un tiempo embajador israelí, denuncia la neurastenia llorona de la Unión Europea. Diagnostica que tiene miedo de todo: de su éxito, del mundo, de su propia historia. No entiende la “querrela inverosímil sobre sus raíces cristianas” que afectó en 2004-5 los debates sobre la redacción del preámbulo constitucional. Barnavi afirma que Europa se condena a no entender nada “si persiste en borrar de su historia un elemento tan esencial de su identidad”. Exclama que no se puede negar que durante casi dos mil años Europa fue cristiana; no asumir esta herencia es “absurdo y dañino”.

El 8 de noviembre de 2008, Catherine Coquery-Vidrovitch, Pilles Manceron y Gérard Noiriel, historiadores y miembros del Comité de Vigilancia sobre los Usos públicos de la Historia (CVUH) publicaron en *Le Monde*: “Los historiadores no tienen el monopolio de la memoria. Los ciudadanos tienen algo que decir sobre la gestión de su propio pasado, por más que eso no les guste a los especialistas”. Es una ruda contestación a su colega Pierre Nora (*Le Monde*, 10 de octubre de 2008) y a la petición “Libertad por la Historia” (diciembre 2005) señalada anteriormente en *ISTOR*. “El verdadero riesgo para los historiadores es el de mal contestar a los envites de su época y no reaccionar con fuerza a las instrumentalizaciones del pasado [...] Se nos dice que la Historia no debe escribirse bajo el dictado de memorias en competencia. Claro, pero tales memorias existen y nadie puede darles la orden de

callarse. El despertar a veces desordenado de memorias heridas, en muchas ocasiones, no es sino la consecuencia de las lagunas o debilidades de la historia académica y de la ausencia de una palabra pública sobre las páginas turbias del pasado [...] Como ciudadanos, estimamos que la ley que reconoce el genocidio de los armenios “felizmente no prolongada hasta la fecha por la penalización de su negación” y la que reconoce la esclavitud como crimen contra la humanidad, son actos fuertes de nuestras instituciones que no hay que poner en duda”. ❧

Oración fúnebre por Alejandro Rossi (1932-2009)

Adolfo Castañón

Nos hemos reunido aquí para dar con esta oración fúnebre un último adiós a nuestro querido amigo, maestro y padre intelectual Alejandro Rossi, Alejandro Rossi Guerrero, en esta ceremonia convocada por el gobierno de la República a través de la Secretaría de Educación Pública el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en este recinto de Bellas Artes en compañía de su esposa Olbeth y de sus hijos, nietos, amigos y compañeros de la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Nacional, El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica.

“Todas hieren, la última mata”, dice Horacio, y a él, Alejandro Rossi, le acaba de tocar esa última hora que es también la primera de su ausencia. Nació Alejandro Rossi en la noble ciudad de Florencia, de madre venezolana y padre toscano. Corría por su sangre la heroica del general José Antonio Páez bajo cuya mirada parece haberse escrito ese libro prodigioso titulado *La fábula de las regiones*, que es como una sinopsis vivida y soñada de nuestra dolorida América y de la álgida Venezuela de sus amigos poetas y filósofos como Eugenio Montejo, Juan Nuño, Federico Riu y la de su hermano Félix. La Universidad Nacional Autónoma de México lo albergó desde principios de los años cincuenta; donde venía desde la profundidad cosmopolita –Buenos Aires, Florencia, Caracas– de aquel *Edén, vida imaginada* que luego nos regalaría Alejandro Rossi antes de morir como una joya que sólo se muestra al que sabe que va a morir.

A Alejandro Rossi no le gustaban los patetismos fáciles ni hubiera aceptado la ficha bibliográfica como elogio fúnebre. Sin embargo, es inevitable empezar a hablar en voz alta de la asombrosa trilogía literaria –ya podemos

romper el silencio— que arman *Manual del distraído*, *La fábula de las regiones* y *Edén*, que han reinventado cada una el mundo de su género y juntas la prosa narrativa hispánica en su conjunto. Un largo y fecundo camino lo llevó a crear esas islas afortunadas del idioma: llegó primero a la ciudad de México poco después de cumplir 20 años, procedente de Berkeley y antes de Buenos Aires. El camino hacia esta casa llamada México se lo mostró Vicente Gaos, quien vio en él buena madera, de discípulo ideal, para su hermano, el filósofo José Gaos.

Gaos le supo enseñar el camino de las ideas que es el camino, el rumbo de la crítica. “Este fue el nombre de la revista —*Crítica*— de filosofía analítica que fundaría años después con Luis Villoro y Fernando Salmerón en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, que fue como su segunda casa. Acaso por el ascendiente indirecto de José Gaos, a cuyo seminario sobre la traducción de *Ser y tiempo* de Martin Heidegger asistiría Rossi acompañado de fieles conjurados —Villoro, Portilla, Uranga—, al terminar su tesis sobre Hegel, dirigió sus pasos hacia la cabaña de la Selva Negra donde sesionaba el seminario del filósofo alemán. Estudió ahí un par de años, pero de nuevo, la diosa crítica lo lleva a apartarse de ese pensamiento devorador y buscar otros horizontes en la filosofía británica y en el positivismo lógico de Ayer y Gilbert Ryle. La vocación crítica de Alejandro Rossi tenía no poco de poética y de ética, de lógica y de lúdica, algo sorprendentemente humano, humanísimo que llevaría a Alejandro Rossi a dejar de lado sólo en apariencia la filosofía para poner en prosa susurrada una inédita crítica al aquí, a nuestra opaca y sorda metafísica de las costumbres a la que él supo devolver su música de esferas en esa obra inagotable que es *Manual del distraído*, libro que a unos meses de publicado pasó a ser un clásico en parte por haber sabido resucitar a Borges, Bioy y Bianco. Ése es el primero de los tres libros con que se levanta la limpia arquitectura literaria de la obra de Alejandro Rossi.

Mientras tanto, a Alejandro Rossi le gustaba conversar y darle la vuelta a la argumentación como si fuese una mascada de mago de donde iban saliendo palabras y conejos. Tal vez fue eso o su valentía de hombre libre y de amigo leal hasta el sacrificio lo que lo acercó a Octavio Paz y a toda esa constelación de amigos como Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Kasuya Sakai, Julieta Campos —entre los que se han ido— y Gabriel Zaid, Tomás

Segovia, José de la Colina, Teodoro González de León, Fernando Pérez Correa y Enrique González Pedrero, entre los que aún nos acompañan.

A Alejandro Rossi le gustaba conversar y era muy difícil despedirse de él porque al menor parpadeo volvía a enganchar el tren de la fábula y la idea. Además de ser maestro y escritor eminente, universitario cabal e íntegro ciudadano muy activo de la república de las letras, Alejandro Rossi supo ocasionar entre nosotros el genio y el arte de la conversación hasta despertar en sus interlocutores la misma pasión por las ideas que a él lo animaba, hasta despertar, de conversación en conversación, al genio de la ciudad, al genio de la universidad... El arte de la conversación resucitado por Rossi en la universidad o fuera de ella es un arte civil, un arte política. Por eso la pérdida de Alejandro Rossi es una pérdida para la ciudad.

Dije al principio que nos reuníamos para decir adiós a uno de los más altos pensadores y escritores mexicanos e hispanoamericanos de la segunda mitad del siglo xx y de principios de éste. Debo corregir, pues, el que se va al morir, en realidad se queda en nosotros, velando silenciosamente por nosotros que nos quedamos huérfanos de él. Parfraseando a su amado Jorge Luis Borges sabemos que Alejandro Rossi nos sueña y nos acompaña, nos juzga y entra erguido como el día en la noche. Que sólo se ha ido para hacernos adivinar cómo sería el mundo sin esa conversación magnética capaz de salvar el rostro de la ciudad con un par de frases inteligentes en sus imágenes y en sus semejanzas.

Fare thee well and if forever, forever well. ❧

(Las palabras anteriores fueron leídas por Adolfo Castañón el domingo 7 de junio de 2009, en una ceremonia luctuosa de cuerpo presente ofrecida a Alejandro Rossi.)

Orlando Figes, *The Whisperers, Private Life in Stalin's Russia*. Nueva York: Metropolitan Books, 2008.

José Manuel Prieto

El mutipremiado historiador británico Orlando Figes (1959), autor, entre otros, de *A People's Tragedy*, de 1996, y *Natasha's Dance*, de 2002, se adentra en *Los susurradores*, su más reciente libro, en una zona poco estudiada de la realidad soviética, un territorio que yace más allá de la investigación del Gran Terror o los desmanes del Gulag. Y lo que ha encontrado en aquella zona de pesado silencio es, como el nombre de su libro lo indica, una vida susurrada, un país de personas atemorizadas a profundidad. Ya en el prólogo de su volumen de más de 700 páginas anuncia tal objetivo: "Muchos libros describen la parte externa del Terror, los arrestos, los juicios, la esclavitud y los asesinatos del Gulag, pero *Los susurradores* es el primero en explorar a profundidad el impacto de todo esto en la vida personal y familiar".

El libro de Figes confirma y amplía mi propia tesis de que en la URSS convivieron dos tipos de terror, uno abierto, de *alta intensidad*, que suponía el encarcelamiento y la eliminación física; y otro menor o de *baja intensidad*, como le llamo, cuya aplicación estaba más encaminada a la intimidación, a inmovilizar a la futura víctima y hacerla vulnerable. En-

tonces, entre todas las prácticas de este *terror de baja intensidad* se encontraban las siguientes: la de los Cuestionarios, encargados de codificar a las víctimas, elucidando su pasado burgués o aristocrático (lo correcto era ser de ascendencia campesina o proletaria); la del País Cárcel, que cerró las fronteras de la Unión Soviética, impidiendo la fuga; la de la Toma de Rehenes, que hizo una práctica común del encarcelamiento de familiares de personas a quienes se quería controlar; la del uso del lenguaje como instrumento del terror, que buscaba deshumanizar previamente a las víctimas, presentarlas como entes innecesarios para la sociedad (y que tuvo un equivalente en la Alemania nazi, fenómeno analizado por Victor Klemplerer en su imprescindible libro *Lingua Tertii Imperii*, de 1947); y otras que me encargué de enumerar en mi investigación. Sin embargo, la que más importa para el análisis del libro de Figes es, sin duda, la del Ocultamiento. En la URSS todo se escondía: el resultado de los censos, todo, como una práctica para mantener desorientada a la población, un remedo de la privación sensorial en las prácticas de tortura, en donde a la persona se le oculta si es de día o de noche, cuántos días lleva preso y hasta la causa misma de su encarcelamiento.

Lo que susurraba la población soviética entonces, es lo que el Estado se esmeraba en ocultar: la hambruna en

Ucrania, que según estimaciones de la más reciente historiografía se cobró cerca de seis millones de vidas, los terribles desmanes de la colectivización forzada; además de eso, la catástrofe de los primeros meses de la que los rusos conocen como la Gran Guerra Patria, por cuya difusión muchos fueron fusilados, acusados de esparcir mentiras. Y por último, la existencia misma del Gulag, la vastedad de la represión lanzada contra su propia población.

Como se hizo evidente a partir de 1985, mucho era lo que los ciudadanos soviéticos confiaron a sus diarios, a pesar del peligro que significaba tal práctica. Muchas resultaron las memorias que fueron legadas a sus familiares para ser publicadas en algún momento del futuro. De modo que *Los susurradores* funciona como un compendio de esa riquísima narrativa que comenzó a publicarse y literalmente tomó el país por asalto a partir de 1985, declarada la Glasnost, cuando los principales periódicos soviéticos, las editoriales, comenzaron a publicar toda esa literatura que fue escrita para ser impresa y leída en un porvenir incierto, que sin embargo acaba de producirse con el advenimiento de la Perestroika: diarios privados, memorias, historias personales que se habían mantenido en el más estricto secreto. Figes la ha leído todo y lo presenta, reelaborado, ante los ojos del lector.

Con ayuda de la Sociedad Memorial, una organización surgida en 1987 con el fin de conservar la memoria histórica de los crímenes del estalinismo, el autor británico organizó tres grupos de investigadores que recolectaron diarios, testimonios y fotos de sobrevivientes del Terror que, en la mayoría de los casos, jamás habían sido publicados. Entre 2003 y 2006 estos mismos investigadores interrogaron a las personas o familias de donde provenían los diarios y demás materiales para darle un contexto más exacto al acervo y así enriquecer su lectura. Para mayor complejidad y alcance de este libro, la casi totalidad del material ha sido colocado en un *website* (www.orlandofiges.com), donde el lector puede consultar fotos, archivos de audio y las páginas de los *journals* usados en el libro. El resultado es el más amplio y rico mosaico que se haya recogido sobre este tema.

Para la portada, Figes escogió una foto de lo que parece ser un retrato de familia terriblemente desfigurado por el borrón con que intentaron hacer desaparecer la identidad de un miembro caído en desgracia —¿un padre?, ¿un esposo?—. Se pregunta el autor: “¿De qué manera vivir en un sistema regido por el terror afecta las relaciones humanas? ¿Qué pensaban las personas cuando sus esposos, su esposa, su padre o su madre eran repentinamente arrestados?”.

Los bolcheviques identificaron correctamente a la familia burguesa como el último frente a vencer, donde debería darse la batalla final contra la lealtades y quebrarse el orden anterior. De ahí que la narrativa de Figes gire también en torno a la historia de esas familias desmembradas y violentadas. Su libro reúne principalmente historias de clanes: es la historia de Golovina (Znamenskaia), Nikiforova, la de Delibash, Bushueva, Tikhanova, Malygina (Feofilaktova), Vitkevich, Fursei, Kuznetsova, Kovach, Muravsky, Poloz, Sirman, Timofeeva, Lileev, Netto, Volkova, y muchos otros.

“Todas las noches permanecía despierto, esperando por el sonido del motor de los coches”, recuerda Piotr Kolobkov de su padre, un obrero de Leningrado. “Se quedaba rígido en su cama. Aterrorizado. Yo podía oler su miedo... Estaba convencido que lo arrestarían por algo que había dicho”.

Por otra parte, y con relación a un período más tardío, cuando comenzaron a regresar las personas de los campos de concentración del Gulag, Angelina, la hija de Zinaida, mencionó que luego de la reunificación familiar, su mamá “siempre permanecía distante. Nunca tenía ninguna muestra de afecto hacia nosotros. Jamás nos acariciaba el pelo, o nos abrazaba... nunca nos dio nada espiritual o emocional. La verdad es que, luego de

su vida en el campo de concentración, no tenía nada que darnos”.

A pesar de su justificado entusiasmo por la increíble riqueza de los testimonios hallados, Figes, que es un excelente narrador y enhebra sus historias con maestría, tiende a darle mayor relevancia a relatos de autores profesionales. Es el caso de Konstantin Simonov (1915-1979), célebre escritor y novelista, cuyos materiales usa en extenso, en particular sus impactantes memorias *Con los ojos de un hombre de mi generación* de 1979, pero aparecidas hasta 1988. Ahí, el autor hace un repaso muy crítico de su vida como uno de los grandes jerarcas de la cultura y el mundo literario soviéticos.

Otro de los memorialistas citados extensamente es Alexander Tvardovsky, el célebre poeta, editor de la importante revista *Novy Mir* y cuya familia fue “deskulakizada”, es decir, acusada falsamente de ser un miembro de la clase de los kulaks, o campesinos ricos, y enviada a los campos de concentración.

Soy de la profunda convicción de que la experiencia totalitaria es vivencial, es decir, que nadie que no la haya experimentado puede llegar a entenderla a cabalidad, de que minúsculas percepciones forman la vida bajo el terror totalitario. Un libro como éste, sin embargo, nos ayuda a entender mejor el horror del estalinismo, y lo que es quizá más importante, el presente de un país

como la Rusia de hoy, las secuelas terribles del control totalitario, su herencia. Dice Figes: “Una población silenciosa y conformista es uno de los resultados del régimen de Stalin. Familias como los Golovin aprendieron a no hablar de su pasado... A los niños se le enseñaba a mantener la boca cerrada, a no hablar sobre sus familias...”.

En *Los susurradores* aparece el drama totalitario en todo su esplendor. Su eficacia aumenta porque Figes no lo aborda frontalmente: se limita a colocar al lector frente a los hechos de millones de existencias vividas a media voz.

Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867: aportaciones para una historia de la nación*. México: El Colegio de México-ENAH-INAH, 2008.

Emilio de Antuñano

El siglo XIX mexicano es un periodo convulso, azotado por conflictos y fracturas que parecen hoy confusos: hay liberales que reivindican la herencia indígena pero que buscan inmigración europea para liquidarla, o conservadores que pugnan por fortalecer el comercio y modernizar a la industria, entre un largo etcétera. La dificultad del análisis estriba en que no solamente estaba en juego definir un proyecto de Estado, conserva-

dor o liberal, o crear al Estado (aunque quizás esto último fuera lo primordial); tampoco obedecían los conflictos decimonónicos solamente a un enfrentamiento entre estamentos y corporaciones persiguiendo beneficios y prerrogativas. Se trataba, además, de inventar e imaginar a la nación, tarea en la que España jugaría un papel medular: *otro* radical para unos, de cuyo pernicioso yugo había que librarse, y madre patria para unos más, orgullosa herencia.

Entre todos los debates que atravesaron al México del XIX –políticos, económicos, ideológicos– quizás el “identitario” sea el menos conocido, aquel que hoy nos es más extraño. La extrañeza obedece al triunfo incontestable del proyecto nacional propugnado por (digámoslo así para simplificar) los liberales: la desespañolización de México (desespañolización, sobra decirlo, inevitablemente trunca, pues se conservarían lengua y religión, para empezar). Que éste o cualquier otro proyecto nacional triunfara en un siglo de invasiones extranjeras, nulo crecimiento económico y en donde el Estado no aparecía por ninguna parte –más aún, que muchos de los pilares de esa idea nacional permanezcan—¹

¹ Apunta Mauricio Tenorio que mientras México ha cambiado radicalmente en el último siglo, la idea de México como nación sufrió pocas modificaciones desde que se “sintetizó entre 1880 y 1930”, periodo casi inmediatamente

no deja de ser un resultado que merece una reflexión profunda.

El libro de Pérez Vejo obliga al lector a acometer un ejercicio novedoso para los no historiadores: imaginar una pugna por el significado de la nación mexicana. Pugna que pasaba por dotar a debates sobre la Conquista, la Colonia y la Independencia, Hidalgo e Iturbide, de un significado fundamentalmente político. El libro resulta sugestivo, interesa y divierte porque describe –con lujo de detalle– un país en donde el significado de la nación –sus símbolos que hoy nos resultan más naturales– era incierto; en donde el panteón de los héroes de la patria estaba todavía en disputa; y cuya precaria esencia era amenazada por invasiones extranjeras y el contagio de las más inverosímiles y diversas razas – anglosajona, hispánica, latina e indígena, entre muchas otras–.

El autor describe este asombroso triunfo del nacionalismo mexicano y el papel fundamental de *otro* que en él desempeñarían España y los españoles. La invención de la nación mexicana no se enfrentó solamente al problema de que ese *otro* frente el cual se construyó compartía lengua, religión y costumbres. La dificultad estribaba también en que

posterior al que Pérez Vejo estudia (“Del nacionalismo y México: un ensayo”, *De cómo ignorar*. México: FCE, 2000, p.73).

el estatus jurídico de los españoles era tremendamente elusivo en el siglo XIX (y cambiante a medida que tratados y constituciones se sucedían) y éstos formaban parte del “escenario social cotidiano” del México de la época: prestamistas, abarroteros, capataces de haciendas y hacendados, industriales o militares, entre otras ocupaciones. O si se prefiere: ricos, conservadores, blancos, propietarios. Gente decente en todo momento.

Así, el análisis del nacionalismo mexicano en el XIX resulta tanto más interesante cuanto que en él confluyen (como en cualquier otro) debates, intereses y conflictos económicos, sociales, políticos e ideológicos. No se trata de afirmar que los conflictos políticos entre liberales y conservadores, por ejemplo, simplemente se tradujesen en conflictos “identitarios” acerca del significado de la nación, o que sucediese lo contrario. La realidad es más compleja. Los liberales podían recurrir a un discurso antiespañol para defender programas políticos o intereses prosaicos de coyuntura en lo que constituía una instrumentalización del artificio nacional. Pero lo otro también se daba: lealtades políticas en apariencia primarias –a la república o la monarquía, por ejemplo– demostraban una importancia menor de la que solemos atribuirles y no hacían sino traducir identidades nacionales más profundas. Distinguir entre todos estos conflictos en

donde la idea de España fungió como una suerte de galvanizador resulta extremadamente difícil, pues todos ellos se alimentan y confunden entre sí. Probablemente la derrota del proyecto nacional hispánico de los conservadores se debió parcialmente a que éste se asociaría irremediamente con un proyecto político y un lenguaje, que para resumir llamaré “antirrepublicano”, a contraccorriente del espíritu de los tiempos.

El libro de Pérez Vejo toca, de manera tangencial, otros temas extremadamente interesantes. Menciono uno de pasada: el papel de la prensa decimonónica en la configuración de un espacio público y en la difusión de imaginarios conservadores y liberales. El libro reseñado constituye una sugerente invitación a pensar aquellos imaginarios, así como otros que nos son más familiares y que definen no pocas filias y fobias. Reflexionar acerca de la relación entre nuestra idea de nación y las fracturas políticas, económicas o sociales que la surcan, es una tarea imperiosa sobre la cual, me gustaría creer, esta lectura arrojará no poca luz, al tiempo que quizás ordene algunos de nuestros más estridentes y acuciantes dilemas.

Stuart B. Schwartz, *All Can Be Saved. Religious Tolerance and Salvation in the Iberian Atlantic World*. New Haven/Londres: Yale University Press, 2008.

Jean Meyer

Lidiamos, aquí, con un libro espléndido, original y atrevido que descansa sobre la propuesta de un dicho tradicional español: “Cada uno se puede salvar en su ley”. Sí, la de Moisés, Jesucristo, Mahoma, Lutero, Calvino...

Tal postulado fue sostenido por sujetos adeptos a los monarcas de España y Portugal del siglo XVI al XVIII: hombres y mujeres, ricos y pobres, cultos, autodidactas y rústicos, libres y esclavos. Todos, estudiados por el autor en un libro generoso y divertido que vale la pena leer por gusto. Es posible que levante polémica, pero está llamado a convertirse en un gran clásico. Descansa en una inmensa literatura, pero principalmente en un amplio *corpus* elaborado a partir de los archivos de los tribunales de la Inquisición, tanto en España como en Portugal, y las posesiones de ambas naciones en América.

Lo que Stuart B. Schwartz persigue es la “tolerancia” en materia de religión entre la gente común y corriente (una sola excepción: el famoso P. António Vieira S.J.). ¡Pero cuidado con la palabra tolerancia! Porque el español y el francés

tienen este solo vocablo para traducir dos del inglés: *toleration*, que sería la tolerancia como política –cuando el rey de Francia otorga o clausura un Edicto de Tolerancia, digamos–; y *tolerance*, que se podría traducir como actitud o sentimiento de tolerancia, como el ser tolerante.

Buscando en los archivos de la Inquisición datos sobre la sexualidad en España y su imperio, S.B.S. encontró casos de “tolerancia” en el segundo sentido del término. Su presencia relativamente frecuente en tierras iberoamericanas, consideradas como baluartes de la ortodoxia y de la intransigencia católica, lo llevó a preguntarse quiénes eran estas personas “tolerantes” y de dónde les habían nacido tales ideas o sentimientos. Así empezó una investigación trasatlántica que abarca de 1500 a 1820 y cubre España, Portugal y sus tierras americanas.

Es un cliché considerar a la tolerancia como eminente privilegio de las elites cultas. De ser así, sería sinónimo de cultura y por lo tanto en el pueblo, entre las masas incultas, no podría prosperar. La bibliografía sobre el tema es generalmente política –cuando aborda a los Estados–, y biográfica –pensemos en John Wyclif, Cristina de Pisan, Nicolás de Cusa o Erasmo, o la enunciación que reza “la tolerancia en el pensamiento de”–.

Schwartz da marcha atrás: su análisis no va de arriba hacia abajo. Se sitúa aba-

jo, no en el campo de la historia de las ideas o de la doctrina religiosa, sino en lo que Marc Bloch y Lucien Febvre llamaban “historia de las mentalidades”.

Segunda originalidad: su campo espacial comprende la doble Iberia con sus Américas, cuando la “leyenda negra” no da espacio para pensar que la tolerancia haya existido en esos reinos de la intolerancia por definición, de la Inquisición. Henry Kamen le abrió la vía pero el mito parece indestructible. Tercer factor único: el autor no limita el Otro, la otra Ley, a católicos y protestantes, sino que abraza a judíos, musulmanes, indios y africanos aún no cristianizados, o en el marco de una síntesis religiosa. Estas tres decisiones han permitido al investigador escapar a otro cliché, el de una historia Whig del progreso sostenido y fatal de la tolerancia, debido a la necesidad del desarrollo comercial y económico, del interés bien entendido y del progreso de las Luces.

“Cada uno se puede salvar en su ley”. El punto de partida que S. B. S. toma muy en serio, como sus sujetos, es el de la redención, porque es inseparable de la tolerancia. Su libro arranca en el siglo XVI, era de una Reforma, primero protestante, luego católica, que no hubiera ocurrido sin la sincera preocupación de Martín Lutero por su salvación y la de todos los hombres. El siglo XVI, y luego el XVII con el jansenismo, resucitó los de-

bates de los Padres de la Iglesia con Orígenes, Irineo y Pelagio, por un lado, y Agustín, padre espiritual de Calvino, y Jansenio, del otro.

Además, en la “globalización” del siglo XVI que se dio con la conquista de América, las relaciones con Oriente y la explosión del esfuerzo misionero cristiano, todo se conjugaba para poner en duda la afirmación de cada institución cristiana: “Fuera de la Iglesia, no hay salvación”. Casi todos los multitudinarios casos personales de “tolerancia” presentados en el libro responden a una experiencia personal, a una historia de vida que aguijonea al lector hasta que se plantea la pregunta de “sentido común”: ¿si Dios es bueno, si Cristo murió para redimir al género humano, por qué no se salvarían los buenos chinos, japoneses, indios de las Indias y de América, y sus antepasados, y los justos que vivieron y murieron antes de Cristo, y los que son fieles a la ley de Moisés o de Mahoma?

Antes de que Agustín condenara de manera implacable a los niños muertos sin bautismo, el buen Irineo había afirmado: “Cristo no vino únicamente para los que, a partir del emperador Tiberio, han creído en él. Y el Padre no ha ejercido su providencia a favor de los solos hombres de ahora, sino en favor de todos los hombres sin excepción, que desde el principio, según sus capacidades y en su tiempo, han temido y amado a Dios,

practicado la justicia y la bondad con el prójimo”.²

David Brading le preguntó a su amigo S.B.S. qué tan representativos eran sus disidentes. Efectivamente, el historiador los encuentra como “disidentes” atrapados en las redes de la Inquisición. Algunos caen en la categoría de “herejes” definidos, otros pocos son claramente trastornados o rayan en el comportamiento patológico, pero la mayoría son hombres y mujeres “normales”, y son varios cientos cuyas motivaciones van desde la exclusiva caridad cristiana, hasta el escepticismo, pasando por el relativismo y un generoso universalismo.

Cito: “Tomando en cuenta lo peligroso que era hacer tales declaraciones y la firme intolerancia de la Corona y de la Iglesia, creo que se vale asumir que habían muchas personas en aquellas sociedades que compartían dichas ideas, pero tenían el sentido común o la prudencia de no expresarlas en voz alta. Pero, incluso si fuesen relativamente pocos, diría que de todos modos importa escribir su historia. Escribir la historia de la cultura ‘popular’ no significa que ‘el común’ en el pasado tiene importancia sólo si representa a todos [...] Erasmo, Lutero, Spinoza y Locke son interesantes porque no son como todo el mundo [...] quiero

² Citado por Daniel Pézeril.- *Le Christ étonné*, Paris, Fayard, 1997: 242.

dar el mismo privilegio a las mujeres y a los hombres oscuros que aparecen en estas páginas [...] De cierta manera fueron los precursores de nuestro mundo. Sus dudas y su tolerancia crearon el suelo sobre el cual crecieron eventualmente los conceptos modernos de libertad de conciencia y tolerancia, y sus vistas disidentes de una salvación posible para todos eran más cercanas a la posición de Vaticano II que a la de la Inquisición que intentaba corregirlos”.³

Posición ésta del concilio Vaticano II, ciertamente, y de un San Ireneo también. Ya dije que S. B. Schwartz no escribió una historia Whig. Tampoco sufrió el síndrome de “la lista de Schindler”: a saber, encontrar en la buena conducta de unos pocos un motivo para confiar en la bondad de la humanidad. El autor presenta a sus “héroes” inmersos en sus contextos, con todo y sus miedos, dudas y contradicciones. Presenta, también, a los que denunciaron, juzgaron o castigaron.

Al hablar de juicios y condenas, hay que precisar que si bien los archivos de la Inquisición de España y Portugal proporcionan lo esencial de la documentación, el libro no pretende tratar el tema de esta institución. Pero, como lo saben Henry Kamen, Solange Alberro y Serge Gruzinski, sus archivos son una de las

pocas fuentes que conservan la voz del común de los mortales en el pasado. Schwartz es un coyote con muchas horas de desierto y sabe bien que esa voz es distorsionada por las condiciones de su emisión: el diálogo es asimétrico entre la debilidad y el poder, la amenaza y la aplicación de la tortura, las estrategias del acusado, de los testigos, del juez...

El autor no pretende haber agotado el material producido por los más de 20 tribunales españoles y los tres portugueses, pero su banco de datos es impresionante; sin embargo, no abruma al lector con una historia cuantitativa, más bien ofrece, en forma ordenada, una microhistoria serial. O, mejor dicho, estudios de casos que permiten sacar a luz el contexto (“*le milieu*”, como decía el historiador jesuita Joseph Lecler en su *Histoire de la tolérance au temps de la Réforme*) y la lógica de los pensamientos y acciones de estos hombres. Son muchos los casos presentados en toda su rica complejidad, lo que permite al autor y al lector evitar las generalizaciones o los determinismos. Dije “microhistoria”, pero la multitud de personas, la inmensidad del espacio trasatlántico y una larga duración de 320 años, rebasan por mucho los límites de la microhistoria.

Uno tiene la tentación de regresar a Clifford Geertz, pero también al Marc Bloch de *Los reyes taumaturgos*, al finalizar la lectura de este gran libro. Stuart B.

³ Stuart B. Schwartz: 6-7.

Schwartz nos envuelve en su concepción de la cultura, actitudes, creencias, rituales, y cultura material, además de darle toda su importancia a la conducta simbólica. Sabe que las culturas se ajustan y reajustan constantemente, que los significados son inestables: la herejía, por ejemplo, es un problema de definición y como bien lo dice Schwartz, los disidentes de la Iglesia Católica dejaron de ser tales posterior al concilio de Vaticano II.

Finalmente, el libro hace una valiosa aportación al intrincado tema de las relaciones entre alta y baja cultura, entre elite y pueblo. Schwartz deja bien claro que no cree en una circulación en sentido único, desde arriba hacia abajo. “Sus rústicos discípulos de Pelagio” —y de San Irineo— encuentran en su propia vida, al contacto del otro —judío, converso y mahometano, pero también indio y africano—, la “curiosidad” que los lleva a concluir que cada uno se puede salvar en su ley. En el noveno capítulo los llama “pelagianos” precisamente porque recuperan una idea, un sentir presente en las profundidades del cristianismo.

El tema sigue siendo de actualidad, como lo manifiestan las pulsiones contemporáneas de fanatismo e intolerancia en varios credos, y en las ideologías que Raymond Aron calificó de “religiones seculares”.

Varios autores, colección *Para entender*. México: Nostra ediciones, de 2005 a la fecha.

David Miklos

Fue en 1941, durante la infame ocupación nazi, cuando el editor Paul Angoulvent, fundador de las Presses Universitaires de France (PUF), lanzó al mercado *Les étapes de la biologie*, de Maurice Callery, libro que sería el primero de la hoy famosa colección *Que sais-je?*, cuyo nombre proviene del medallón que el escéptico Michel de Montaigne mandó grabar con dichas palabras allende 1576. Hoy, la reconocida “enciclopedia de bolsillo” —cuyos breves tomos, de 128 páginas cada uno, son escritos, bajo pedido, por especialistas y para los lectores de a piecuenta con más de 3800 títulos, signados por 2500 autores y vertidos a 43 idiomas, que en Francia ha superado los 160 millones de ejemplares, en una empresa que bien puede ser llamada de ilustración para las masas.

Siete años después de que Angoulvent llevara a cabo su notable iniciativa editorial, Arnaldo Orfila Reynal, entonces director del Fondo de Cultura Económica —ocupó el puesto entre 1948 y 1965—, ofreció a los lectores la *Historia de la literatura griega*, de C. M. Bowra —en traducción de Alfonso Reyes y bajo el cuidado editorial de Antonio Alatorre—, primera entrega de los *Breviarios* que el

pasado 2008 cumplieron 60 años de existencia y alcanzaron los 562 títulos. Libros baratos y de temática variopinta –circunscritos a las órbitas de la literatura, el arte, la filosofía, la historia, la psicología y la ciencia–, los *Breviarios* del FCE comprenden una serie de traducciones, rescates y libros creados originalmente para la colección, de extensión variable, tamaño discreto, diseño editorial impecable y precio accesible.

Hoy, circulan en librerías varias decenas de títulos de la incipiente colección *Para entender*, publicada bajo el sello de Nostra Ediciones y, desde hace un par de años, bajo el mando de Alejandro Cruz Atienza. Nieta evidente de las colecciones mencionadas previamente –que no son sino las piedras angulares de cualquier empresa editorial dedicada a la divulgación masiva a través de libros accesibles y compactos–, *Para entender* vio la luz en 2005 con un trío de ediciones simultáneas que dejaron claro no sólo su quintaesencia sino su alcance: *El Poder Ejecutivo de los Estados Unidos Mexicanos*, de Agustín Llamas M. y Rodrigo de León G., *El Poder Legislativo de los Estados Unidos Mexicanos*, de Benito Nacif, y *El Poder Judicial de los Estados Unidos Mexicanos*, de Miguel Carbonell.

Para entender ofrece a los lectores una alternativa moderna de divulgación, concentrada, a la fecha, en cuatro amplios temas: cultura política y económica, de-

bates de actualidad, sociología y literatura. Coyuntural en su intención –los títulos publicados a la fecha se antojan procedentes de una aguda observación de los temas que sobresalen en los medios de comunicación; el reto, quiero pensar, es ofrecer al lector la posibilidad de ir más allá de los datos plagados de opinión y tendencias subrepticias que se manifiestan en las notas periódicas–, la colección que nos ocupa se adentra con inusual inteligencia en la inabarcable empresa que la anima.

Entre las virtudes que sobresalen en los libros de *Para entender* se cuentan un par que las diferencian de aquellos pertenecientes a las tradicionales colecciones ya mentadas: por un lado, no se trata de libros de bolsillo, aunque su delgadez –es decir: su poco número de páginas: de entre 46 y 120, aunque el promedio es de 72– los hace transportables, y, por el otro, están dotados de un diseño editorial moderno, en el que al cuerpo del texto –en el que se insertan recuadros resaltados– se suman anotaciones al margen que sirven de guía de lectura y sumario al paso (esto no sucede en los volúmenes dedicados a autores literarios, sin embargo).

Debe anotarse que el eje alrededor del que giran los títulos de *Para entender* es, casi siempre, la cultura política: se trata, así, de libros muy útiles para desentrañar la madeja de variables que in-

suflan de vida a nuestra república y su siempre naciente democracia (los libros son muy recomendables para nutrirse de información y entrar al debate que, de manera inevitable, siempre sale a flote en los periodos electorales del país). Los autores son, por lo general, especialistas reconocidos por su experiencia y concentración en el tema elegido, casi todos académicos y docentes pertenecientes a una institución de abolengo (y algunos de ellos, también, columnistas de periódico que trascienden el mero *opinionismo*, tan en boga en los días que corren).

Y más allá de la coyuntura, los libros aquí reseñados ofrecen un buen sumario histórico de los temas abarcados –y, en ese sentido, se emparentan con nuestras especializadas *Herramientas para la Historia*, editadas por la División de Historia del CIDE en mancuerna con el FCE–, lo mismo que abren una ventana prospectiva, más que necesaria en una nación que no está acostumbrada a contemplar el largo plazo cuando se mira a sí misma.

Hacia finales de 2009 la colección *Para entender* habrá alcanzado la media centena de títulos; en 2010, ofrecerá a los lectores una nueva rama: “México en su Bicentenario”, cuyos temas serán, entre otros, la educación, la salud, la jus-

ticia, las instituciones políticas y los movimientos campesinos, con la intención de abarcar los dos siglos de historia de cada rubro.

Larga vida, pues, a *Para entender*.

Algunos títulos de la colección *Para entender*:

Agustín Basave B., *El nacionalismo* (2007).

Roberto J. Blancarte, *El Estado laico* (2008).

Ricardo Cayuela Gally, *Mario Vargas Llosa* (2008).

Leonardo Curzio, *El liberalismo* (2007).

Álvaro Enrígue, *Salvador Elizondo* (2009).

Julio Frenk y Octavio Gómez Dantés, *El sistema de salud* (2008).

Luis Felipe Lomelí, *El ambientalismo* (2009).

Massimo Modonesi, *El Partido de la Revolución Democrática* (2009).

Guadalupe Nettel, *Julio Cortázar* (2008).

Ugo Pipitone, *La izquierda* (2007).

José Luis Reyna, *El Partido Revolucionario Institucional* (2008).

Víctor Reynoso, *El Partido Acción Nacional* (2009). ❧

DOSSIER

Patrice Gueniffey

Director de estudios de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, su obra más reciente es *Le 18 Brumaire. 9-10 novembre 1799, L'épilogue de la Révolution française* (París: Gallimard, colección "Les Journées qui ont fait le France", 2008). Actualmente escribe una biografía de Napoleón.

Frédéric Hitzel

Doctor en Historia por la Sorbona y experto en el imperio otomano, posee un diploma en lengua turca y es el encargado de investigación del Centre National de la Recherche Scientifique en el Centre d'Histoire du Domaine Turc de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París. Es autor de *L'Empire ottoman, XV^e-XVIII^e siècles* (París: Les Belles-Lettres, 2001) y de *Artisans et commerçants du Grand Turc* (París: Les Belles-Lettres, 2007).

Ruth de Llobet

Es parte del cuerpo docente del Center for Southeast Asian Studies de la University of Wisconsin, Madison, y especialista en el papel político de los criollos filipinos del siglo XIX, tema de su doctorado.

Claude Markovits

Director de investigación del Centre National de la Recherche Scientifique, es autor de *Merchants, Traders, Entrepreneurs: Indian Business in the Colonial Era* (Palgrave Macmillan, 2008).

NOTAS Y DIÁLOGOS

María Paz Amaro

Maestra en Historia del Arte por parte de la UNAM, es asesora de museos y crítica de arte. Colabora en la revista de artes *La Tempestad*.

Gerardo Piña

Escritor, es doctor en literatura inglesa por la University of East Anglia, Inglaterra. Su obra más reciente es la novela *La última partida* (México: Tusquets, 2008).

VENTANA AL MUNDO

Valeria Luiselli

Escritora, actualmente cursa el doctorado en letras hispanoamericanas en la Universidad de Columbia, Nueva York.

David Miklos

Escritor y editor, es autor de las novelas *La piel muerta* (2005), *La gente extraña* (2006) y *La hermana falsa* (2008), trilogía sobre el origen publicada por Tusquets. Forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte desde agosto de 2008.

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS

Carl W. Ernst

Doctor en religiones comparadas por la universidad de Harvard, parte del cuerpo de investigadores del Department of Religious Studies de la University of North Carolina-Chapel Hill y director del Carolina Center for the Study of the Middle East and Muslim Civilizations, es autor de *Following Muhammad: Rethinking Islam in the Contemporary World* (Carolina del Norte: UNC Press, 2003).

PUNTOS DE VENTA

COLECCIÓN COMPLETA

Casa Refugio Citlaltépetl y Sala Margolín, México, D.F.

DEL NÚMERO 24 EN ADELANTE

EN EL DF: Librerías del Fondo de Cultura Económica (FCE),
librerías Gandhi, Péndulo de la Condesa, Siglo XXI Editores,
Librería Madero, Casa Juan Pablos, La Jornada Cuauhtémoc y
Álvaro Obregón, librerías Educal.

EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA:

Ganco de Xalapa, librería de la Universidad Autónoma de
Aguascalientes, librería de la Universidad Autónoma de Chiapas, librerías
del FCE de Monterrey y Guadalajara, librerías Educal de Campeche,
Carrillo Puerto, Chetumal, Cuernavaca, Mérida, Morelia, Nuevo Laredo,
Oaxaca, Puebla, Querétaro, Salamanca, Taxco, Villahermosa, Xalapa,
Zacatecas y Zapopan.

ISTOR

ISTOR

números anteriores

NÚMERO 34, OTOÑO DE 2008:

El sonido de la historia

NÚMERO 35, INVIERNO DE 2008:

Historia y ficción

NÚMERO 36, PRIMAVERA DE 2009:

Las crisis financieras
en la Historia

NÚMERO 37, VERANO DE 2009:

Colombia

ISTOR

próximo número

NÚMERO 39, INVIERNO DE 2009:

50 años del Tratado
del Antártico

Pobreza digital Las perspectivas de América Latina y el Caribe

Ante la desigual participación de las comunidades pobres y marginadas de América Latina y el Caribe en la llamada sociedad de la información, los autores de este libro exploran estrategias novedosas para abordar los retos que presenta la pobreza digital —concepto que abarca las múltiples dimensiones del desigual acceso a los servicios de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC).

Este volumen refleja el esfuerzo por cerrar la brecha digital entre los países de la región y dentro de ellos, el cual fue iniciado por el DIRSI (Diálogo Regional sobre Sociedad de la Información) y ha abierto el camino para valiosos debates sobre políticas públicas y reformas que capitalicen los logros de la liberalización económica y atiendan las realidades que plantea la pobreza digital.



Hernan Galperin (Ph.D., Stanford University) es profesor asociado en la Universidad de San Andrés (Argentina) e investigador asociado en la University of Southern California. Es además miembro del Comité Directivo de la Red de Investigación del Tecnologías de la Información DIRSI (Diálogo Regional sobre Sociedad de la Información), una red de investigadores sobre políticas públicas en el área de TIC financiada por el International Development Research Center (IDRC).

Judith Mariscal (Ph.D., LBJ School of Public Affairs of University of Texas at Austin) es profesora e investigadora de tiempo completo en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), y directora del Programa TELECOM-CIDE. Es además miembro del Comité Directivo de la Red de Investigación sobre Tecnologías de la Información DIRSI (Diálogo Regional sobre Sociedad de la Información).



ISTOR

año x, número 38, otoño de 2009, se terminó de imprimir en el mes de julio de 2009 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), calzada de San Lorenzo 244, 09830, México, D. F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos. El tiro fue de 1500 ejemplares.